



DANI VERA LA
PROMESA
DE EME

DANI VERA LA
PROMESA
DE EME

© Título: La promesa de Eme.

© Dani Vera.

ASIN:

Corrección y maquetación: Elisa Mayo • elisamayoescritora@gmail.com

Diseño de Cubierta: Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

«Un amigo es alguien que lo sabe todo de ti y a pesar de ello te quiere».

Elbert Hubard

PRÓLOGO

Corro a través del campo. Al llegar al lugar indicado, me freno en seco y miro a mi alrededor; lo único que veo es una gran extensión de tierra seca y amarillenta. En ningún momento quito mis ojos de ese desolador paraje; cualquier indicio de que la tierra está revuelta en un determinado punto puede salvarme la vida. Lo observo todo con atención. Reanudo la marcha con cuidado. Hay varios surcos que me dan mala espina. «¡Respira, joder!», me repito una y otra vez. ¡Tranquilízate! Me aferro a mi M-16 como a un salvavidas.

Hace unas horas que me deshice de mi chaqueta del equipo de combate y me quedé en camiseta. El calor aquí es infernal. Me quito el casco y seco el sudor que corre por mis sienes antes de retomar el camino.

No veo a mi equipo, pero sé que está en algún lugar cubriendo mis espaldas. Debo llegar al otro lado de la explanada; tengo que ir con cuidado porque ya han estallado demasiadas minas antipersonas en lugares como este. He visto a varios compañeros saltar por los aires, tan jodidos como para tener que amputarles miembros de su cuerpo después. ¡Mierda! No es nada agradable.

Tiemblo por la imagen que me viene a la memoria. Respiro, hago acopio de todo mi autocontrol y avanzo un par de pasos. Deslizo la punta de mi bota por la arena con temor al notar un saliente un tanto extraño en el suelo. ¡Uf! No es nada. Doy otro paso al frente con cuidado. Tengo mucho miedo. Respiro para intentar controlar los temblores de mi cuerpo.

Observo el destello que acaba de producirse al frente. Oteo a mi alrededor y la calma que se respira es casi asfixiante. Vuelvo a secar el sudor que sale descontrolado. Cambio el M-16 de mano, expectante por los próximos sucesos. Escucho por el *pinga* la voz inconfundible de mi capitán reclamando cautela. ¡Cómo si fuese necesario! ¡Joder! Soy el primer interesado en no saltar por los aires.

Es curioso cómo, en momentos así, el cerebro te juega malas pasadas. El mío rememora imágenes de mi infancia, *flashes* de recuerdos de la época de mi preadolescencia. Parece que me encuentro de nuevo frente a la sucia ventana, con marcos de madera, donde se quedaban impregnados el vaho y las huellas de mis manos aferradas al cristal. Recuerdo los árboles ensortijados que recibían la curvada carretera mal asfaltada, repleta de baches, y evoco la ilusión por una nueva acogida. Siempre nos repetían que fuésemos educados, que estuviéramos aseados. Los domingos en el orfanato eran días de visitas, días de esperanzas para algún pequeño. Con mi edad, la esperanza se me escapaba como la arena entre los dedos. Esperanzas que te llenaban el corazón cuando veías los faros delanteros del coche de una nueva pareja y que se esfumaba al ver los traseros, llevándose con ellos no solo tus ilusiones, sino también a otro compañero de juegos.

Sacudo la cabeza para alejar los funestos pensamientos que me desvían del objetivo: llegar con vida al otro lado de este infierno y señalar las posibles minas antipersonas.

—¡Es para hoy!

—No metas prisa, ¡joder! Si crees que lo puedes hacer mejor ya sabes dónde encontrarme — respondo malhumorado a la chirriante voz de mi capitán.

Intento alejarlo no solo de mi cabeza, sino también de mi oído, por lo que retiro el *pinga* para no tener que escucharlo de nuevo. Sé que estará cabreado y me echará una buena reprimenda cuando llegue al punto de encuentro; e incluso, es muy posible que me caiga alguna suspensión de

empleo y sueldo, pero hoy no tengo el humor para soportar nada más. ¡No sé cómo cojones se me ocurrió aceptar este puto empleo! Por el dinero, Eme, ¡recuérdalo! ¡Joder!

Avanzo de manera tan pausada que incluso a mí me resulta tedioso. Veo otro trozo de tierra revuelta, otra posibilidad más. Saco del cinturón una banderilla y la señalo. Estudio el contorno, resigo la tierra con mis manos, me levanto, avanzo y bajo mis pies escucho el clic inconfundible que se produce al activar la dichosa mina.

Me quedo unos segundos con el pie en el detonante. Sé muy bien lo que sucederá si lo levanto. El sudor corre libre por mi cuerpo, las lágrimas se arremolinan en los ojos y los cierro en un vano intento de tranquilizarme. No hay vuelta atrás y, si lo hago, todo habrá terminado. Escucho voces lejanas a través del *pinga*. No le hago caso. Me concentro en la respiración. ¡Joder! ¡Menuda mierda! Sopeso las posibilidades, pero no encuentro ninguna. Dicen que, en estos casos, tu vida pasa por tu mente como una película, pero yo no veo nada. Solo oscuridad. Decido hacerlo rápido e indoloro. ¡Como si eso fuese posible! Me río con sarcasmo. Me llevo las manos al pelo y lo noto más largo de lo habitual. Necesito un recorte. ¡Como si eso importara ahora! ¡Joder, Eme! ¡Céntrate! Bajo la vista al suelo y, aunque tengo muy claro lo que debo hacer, me resisto. Veo en la distancia que mis compañeros se acercan junto al EOD^[1]. ¡Tendría que haber llegado antes! Espero y levanto la mano para que se paren. No hay marcha atrás. Nos miramos mientras ellos niegan y me reprenden lo que voy a hacer, pero creo que es algo irremediable. Corren hacia mí. Levanto el pie...

Y acto seguido, el detonante.

¡BBOOMMGG!

Siento cómo mi cuerpo se eleva por los aires, floto y no duele nada. Vuelo alto. De repente, noto como la inercia que me empujaba hacia arriba desaparece y caigo. Rápido. Mi cuerpo se estrella contra el suelo, pero no siento nada. De inmediato, todo negro. Floto.

Veo un cuerpo inerte en el suelo mientras inicio un tranquilo vuelo. ¡Es una sensación extraña! Estoy en paz. Y todo se vuelve luz. Y calma.

Capítulo uno

«La felicidad no consiste en desear cosas, sino en ser libre».
Epicteto

Seis meses antes

Llegué al aeropuerto de Madrid con una pequeña maleta donde cabían pocas prendas de vestir, pero cargado de ilusiones. Me llevé todo el viaje pensando en las diferentes opciones que barajaría cuando llegase. Tenía una nueva sensación de euforia instalada en el estómago, las típicas mariposillas producidas por los nervios. Una nueva esperanza se abría camino en mi vida y era algo que me gustaba.

Estaba acostumbrado a recorrer medio mundo con pocas pertenencias, por lo que no tenía que facturar, y los trámites para salir del aeropuerto fueron rápidos. Cogí un taxi y le di la dirección para que me llevase al pequeño apartamento que había alquilado a través de una agencia. No estaba muy seguro de quedarme allí, pero era una buena opción mientras decidía qué hacer con mi vida y buscaba trabajo. Había quedado con la chica de la agencia esa misma tarde.

—Buenas tardes, señora Ordoñez. Soy Emerson Ward. —Saludé con un apretón de manos a la señora que me esperaba junto a la puerta del viejo edificio de apartamentos.

—Buenas tardes, señor Ward, espero que haya tenido un agradable vuelo.

—Sí, gracias. Ha sido tranquilo. Si no le importa, me gustaría ver el apartamento y poder instalarme. Estoy agotado.

—Sí, claro, entremos.

La señora Ordoñez, una mujer joven y bastante atractiva, me enseñó el apartamento donde viviría los próximos tres meses. Era pequeño pero suficiente para empezar de cero. Mientras no encontraba algo, acordé con Rebeca que me haría cargo de sus clientes en la capital.

Las siguientes dos semanas pasaron volando en una rutina que me autoimpuse. Necesitaba dejar atrás la apatía y, para ello, me levantaba al amanecer, corría por El Retiro durante una hora, acudía al gimnasio, consultaba las páginas para buscar trabajo, actualizaba currículum, compraba el diario por si ofrecían algún puesto que no saliese en internet ... Todo bastante emocionante.

Los sábados eran otro cantar. No tenía ni tiempo ni ganas de ligar, por lo que localicé varios clubs interesantes donde dar rienda suelta a los instintos más primarios y satisfacer mis necesidades. No precisaba saber el nombre de la chica para follármela como un animal; tan solo sesiones donde la lujuria y el hedonismo estaban presente en cada rincón. Piel, sudor y sexo eran los únicos requisitos para disfrutar de una buena noche; varias personas buscando el propio placer, los besos descontrolados, las caricias furtivas, la excitación al ver los cuerpos desnudos de dos mujeres mientras gozan; sus pechos bamboleándose delante de mí, probar el sabor de su esencia... Delicioso.

Poco a poco me fui acostumbrando a esas rutinas. Desayunaba todos los días en la misma cafetería mientras leía el diario o trasteaba con el móvil y charlaba con la hija del dueño. Establecí cierta amistad con ellos. Eran muy amables.

Ese día acudí con un poco de prisa, ya que tenía que hacer un trabajo para la empresa de Rebeca, mi mejor amiga. Ella vivía en Málaga junto a su marido Edward y su hija Mara. Era un trabajo sencillo. Un cónsul que acudía a la capital española para una reunión y debía ejercer de

guardaespaldas; no me gustaba, pero que hacía que pudiese pagar algunas facturas al mes.

—Buenos días, Luis.

—Buenos días, Eme. ¿Lo de siempre? —preguntó mientras me sentaba frente a él en la barra.

—No, ponme solo un café, por favor. Hoy voy con un poco de prisa.

—¿Curro?

—Sí. Solo por hoy, un trabajo sencillo. O al menos, eso espero —contesté con una sonrisa de medio lado, mientras Gema, su hija, me servía el café—. Gracias.

—De nada. Toma, el periódico —me dijo, mientras me ofrecía la publicación.

—Por cierto, Gema, tu tío Agustín llega para la próxima semana. Por fin se ha jubilado —comentó Luis a su hija.

—¿Sí? Ya era hora. Ese hombre cualquier día iba a morir de un infarto. ¿Qué ha hecho con la academia? —le preguntó a su padre con una gran sonrisa de satisfacción en la cara.

—Quiere traspasarla. Así le sacaré algo para su jubilación —le respondió Luis, mientras hacía un café.

—Me parece muy buena idea —respondió su hija—. Agustín es el hermano de mi madre. Un policía retirado que montó una academia para preparar a los futuros agentes de la ley. En un principio, era un local pequeño, pero dado el éxito que tenía, tuvo que ampliar el negocio. Es bastante rentable, aunque hace un par de años sufrió un infarto. Está recuperado, aunque ya es hora de que se jubile, disfrute y descanse —me explicó Gema.

Me terminé el café y salí de allí tras despedirme. Tenía que ir a casa, ducharme y cambiarme de ropa para afrontar el día. Antes pasé por la tintorería para recoger el traje de chaqueta negro y la camisa blanca que utilizaba como uniforme. Esperaba que fuese un día tranquilo. Cuando estuve listo, enfundé mi arma en el cinturón y me marché al aeropuerto, donde comenzaba mi servicio.

Mientras los jefes hacían su trabajo, nosotros, que ya nos habíamos encargado de hacer la ruta y asegurar el perímetro, nos reuníamos en una sala preparada para poder estar pendientes de todo. Por suerte, el día pasó sin incidentes y el cónsul estuvo reunido la mayor parte del día, por lo que charlé con el resto de los guardaespaldas de los distintos cónsules. Cuando lo dejé de nuevo en el aeropuerto, regresé a mi casa. Un trabajo que resultó fácil y sin complicaciones.

Al sentarme en el sofá, con una copa en la mano, recordé la conversación de Luis con su hija y comenzó a fraguarse una idea en mi cabeza. ¿Una academia? Quizá no fuese tan descabellada. Aquí no encontraba trabajo, y los pocos que hacía no eran tan satisfactorios como pretendía. Tampoco quería jugarme la vida a cada paso como cuando estaba en el ejército, pero un poco de acción... Y, ¿dirigir una academia tendría la suficiente fuerza como para mantener ese estado de adrenalina que necesitaba en mis venas? No lo sabía, pero tenía que hacer algo. Agotado por el rumbo de mis pensamientos, me acosté.

Los días pasaban con una monotonía tan aburrida que era casi desesperante. Llevaba un mes asentado en Madrid y seguía sin conseguir trabajo, uno que fuese estable. Y para colmo, si quería que la capulla de mi polla se levantase, necesitaba tener a dos o más chicas desnudas y dispuestas para mí. Cada vez me costaba más trabajo tener una puta erección y eso me preocupaba mucho. Incluso, en alguna que otra ocasión había tenido que acudir a las dichosas pastillitas para conseguir algo. Tenía la sensación de que me estaba volviendo loco o que envejecía a una velocidad bestial. No quería admitirlo, pero estaba jodido. Tanto que ni tan siquiera había

intentado ligar con la hija de Luis. En otro tiempo, lo hubiese hecho solo por divertirme un rato y eso que la chica me miraba con deseo; en varias ocasiones, incluso, me invitó al café o intentó quedar conmigo para tomar unas copas, cosa que rechacé sin tan siquiera pestañear.

Al entrar en la cafetería, vi a Luis junto a un hombre canoso y corpulento, sentados alrededor de una de las mesas más alejadas. Al verme, me hizo una seña con la mano para que me acercara.

—Eme, ven, siéntate con nosotros. Toma un café. Te presento a mi cuñado Agustín. —Levantó la mano para llamar la atención de Gema—. ¿Quieres un trozo de tarta de manzana? Está recién hecha.

—Encantado, Agustín. Nunca me negaré a un trozo de tarta, y menos, de manzana. ¡Me encantan! —exclamé un poco más entusiasmado de lo que quise aparentar en un principio.

—La ha hecho *mi* Gema, le encanta hacer pasteles —me aclaró casi en un susurro—. ¡Niña, trae un trozo de la tarta para el yanqui! —gritó, mientras miraba a su hija que estaba preparando un café.

Me reí por el cariñoso apelativo con el que me llamaba Luis. Era un hombre muy divertido que se pasaba la mayor parte del tiempo en el bar. Su hija ejercía de camarera y su mujer era la cocinera. Y lo hacía de maravilla. Muchos días almorzaba allí y terminaba por llevarme un *tupper* con la cena.

Gema llegó con el desayuno, me saludó con una sonrisa y volvió a la barra para continuar atendiendo a los clientes. Saboreé un trozo del delicioso pastel, mientras Luis charlaba con su cuñado.

—Sigo preocupado por ese asunto. Ya son tres chicas asesinadas y trae en jaque a la policía. Mis chicos hacen todo lo que pueden, pero cada vez que están cerca de una pista, el muy hijo de puta se escabulle. Es un cabrón muy escurridizo —explicaba Agustín. Eso me llamó la atención. Hasta hace unos instantes había desconectado de la conversación para centrarme en el succulento desayuno.

—La verdad es que es una pena. ¡Esas chicas tan jóvenes y con tanta vida por delante! —dijo Luis, afligido.

—Cierto, pero te puedo asegurar que la policía hace todo lo que está en sus manos. Menos mal que aún no ha trascendido a la prensa. Lo único que hace es avivar el miedo.

—Espero que pillen a ese cabrón. Y cambiando de tema, ¿has encontrado a alguien para el tema de la academia? —preguntó Luis.

—No. Me he entrevistado con varias personas interesadas, pero no llegan a dar el perfil. Quiero traspasársela a alguien que continúe con mi misma filosofía y no lo deje como un simple gimnasio donde se impartan clases de artes marciales. Además, la nave necesitaría una reforma para el próximo proyecto. Quiero que la persona que se haga cargo, lo prosiga. Sabes que esto no es una simple academia.

—Lo sé. Espero que encuentres a alguien.

Durante toda la conversación permanecí callado. No sabía de qué iba el tema, aunque pronto cambiaron, desviando su atención hacia mí.

—Y tú, ¿has encontrado trabajo ya? La cosa está *mu* mal aquí. Hay mucho paro. No tengo ni idea de adónde vamos a llegar con la dichosa crisis —exclamó con un sonoro suspiro—. Chico, no sé por qué te has venido... —continuó—, pero seguro que hay más trabajo en cualquier parte.

—¿Por el sol? ¿Por las playas? —le rebatí con una media sonrisa en la cara.

—Sí, porque las playas madrileñas son mundialmente conocidas.

No pude remediarlo y estallé en una carcajada.

—Estaba harto de dar tumbos por el mundo sin tener un verdadero hogar al que regresar — contesté de manera enigmática.

Luis me miró, pero no añadió nada más. Continuó removiendo su café de manera pausada, con la vista puesta al frente, pensativo. Agustín, que hasta entonces había permanecido en un segundo plano, me preguntó.

—¿A qué te dedicas?

—Era oficial del ejército americano. Con la edad, me jubilé, por decirlo de alguna manera.

—¿Con la edad? ¡Si eres un pimpollo! —exclamó con una sonora carcajada que provocó que todo el bar voltease la cabeza para mirarnos.

—No tengo edad para estar en misiones y el trabajo de oficina no va mucho conmigo. Trabajé durante tres años para una empresa de seguridad en Málaga.

—¿No nos dijiste que acababas de llegar de Las Vegas? —preguntó Luis.

—Estuve allí solo unos meses. Ayudando a un amigo y luego... me quedé. Ahora hago pequeños trabajos de guardaespaldas para algunos jefes de estado o personalidades relevantes. Nada que sea importante —contesté, restándole importancia al tema—. Busco un trabajo que me dé cierta seguridad, pero a la vez que sea lo suficiente interesante para que me mantenga activo, un hogar al que regresar y asentarme un poco.

—¡Bienvenido al mundo de los españoles! Hijo, eso es lo que buscan la mayoría de nuestros jóvenes —respondió Luis.

—Me lo imagino, pero con mi currículum espero encontrar algo a mi medida —rebatí.

—Sabes, la esperanza es algo subjetivo. Cuando eres joven, tienes la ilusión de encontrar un trabajo, una buena mujer, un hogar, éxito... Y después, con los años, te das cuenta de que la vida consiste en ser feliz con lo que tienes. Estamos en una constante búsqueda de la felicidad, de una que no es verdadera. Anhelamos lo que no tenemos... Vemos fotos de amigos en redes que viajan por el mundo y pensamos que si nosotros hiciésemos ese viaje, también seríamos más felices. O vemos una foto de alguien comiendo en un buen restaurante, y nos imaginamos allí, cuando los verdaderos placeres de la vida están en los pequeños detalles...

—No anhelo nada de eso. ¿Una buena mujer? ¡Ni de coña! He viajado por medio mundo, no solo por trabajo sino también por placer. No aspiro a nada de eso porque lo he tenido y lo he disfrutado al máximo. Tengo muy buenos amigos...

—Entonces, ¿qué buscas? Todos perseguimos aquello que no tenemos —me interrumpió Luis.

—Pues no tengo ni la menor idea. Pero, para empezar, no estaría mal tener un buen trabajo —contesté, mientras alzaba los hombros.

—¿Y qué tipo de trabajo buscas? Porque, al parecer, ser guardaespaldas no te gusta demasiado, dejaste el ejército; la seguridad privada... tampoco es lo tuyo. Dices que buscas un hogar al que regresar, asentarte, pero no deseas un trabajo fijo en una oficina... —replicó Agustín.

—Pues no sé. Estoy mirando ofertas para saber si alguna llama mi atención... —Esta conversación comenzaba a molestarme un poco, la verdad. ¿Qué les importaba a ellos lo que yo hiciera o dejara de hacer en mi vida? No lo comprendía.

—¿Y qué tal se te da el trabajo de entrenador? —preguntó Agustín con una expresión en la cara que no lograba entender—. Sí, entrenador. Te lo pregunto porque como has escuchado, traspaso mi negocio, pero no quiero dejarlo en manos de cualquiera... Necesito alguien que esté muy preparado y que se implique en él para que prosiga con los nuevos proyectos...

—Creo que no sería muy bueno... No sé.

—No se trata solo de entrenar a los chicos. Consiste en prepararlos para lo que se tienen que

enfrentar ahí fuera... Tengo clases especiales para policías nacionales, para el ejército español, para los TEDAX, para la unidad antiterrorista, para la unidad de crímenes organizados... Creo que hay alguna clase para cualquier ámbito de la policía, guardia civil o rama del ejército. Es un programa nuevo y está dando muy buenos resultados.

—¿Y por qué traspasa el negocio? ¿Por qué no contrata a alguien que imparta las clases mientras usted se dedica a la parte administrativa? Le daría más tiempo libre, no tendría que estar tan pendiente...

—Porque quiero disfrutar de mi jubilación y hacer lo que durante tantos años no he podido por estar trabajando como un burro —me interrumpió.

—Déjeme que lo piense durante unos días. No es lo que tenía en mente, pero le prometo que sopesaré la idea —respondí dándole vueltas a la cabeza.

—Piénsalo. Me quedaré aquí una semana. Necesito desconectar...

En ese momento, Gema y su madre se unieron a nosotros, cambiamos de conversación y, entre risas, terminamos el desayuno.

Capítulo dos

«La gente busca la felicidad como un borracho busca su casa, sabe que existe, pero no la encuentra».
Voltaire

Durante la siguiente semana sopesé mucho el proyecto que me ofreció Agustín. Mantuvimos infinidad de reuniones hasta que logramos llegar a un acuerdo. Debía realizar muchas reformas en el local y no disponía de demasiado dinero para afrontarlas. La cuestión era que quería enfrentarme a ese nuevo proyecto. Lo hablé con Rebeca durante horas e incluso se ofreció a prestarme el dinero, cosa que rechacé, no por orgullo, como ella me dijo, sino porque quería sacarlo adelante sin necesidad de ayuda. Podría hacer las obras yo mismo. Era algo que se me daba bien y ahorraría en gastos.

Diez días más tarde llegaba a Almería. Llevaba cerca de un mes y medio en España y aún no me había asentado, pero empezaba a dar los primeros pasos. Quedé con Agustín en el aeropuerto y me maravillé de lo pequeña que era la ciudad en sí. En pocos minutos llegamos a un pueblecito donde a las afueras había un polígono industrial en el que se ubicaba la nave.

—Aquí están los vestuarios. Como verás tienen duchas nuevas. Hace un par de años que las reformé e instalé una nueva caldera con más potencia. Una chica viene todas las noches antes del cierre para limpiar. La sala de máquinas también es nueva. Las cambié todas, hará unos meses. Lo que tendrás que reformar es el tatami, es muy antiguo. Esa sala, en general, necesita nuevas colchonetas, quitar humedades, pintar las paredes... Y, en la sala que está vacía al fondo, es donde vamos a instalar la sala de prácticas de tiro, por lo que hay que insonorizarla. Tengo ya los permisos pertinentes —enumeraba Agustín, conforme hacíamos un *tour* por las instalaciones. No eran muchas reformas en sí, pero si quería darle un cambio de imagen, debía hacer algo más de lo que me estaba pidiendo.

—Es muy espacioso... —añadí, mientras observaba todo con interés—. Las ventanas de arriba deberíamos cambiarlas. Son antiguas y me da la impresión de que entra bastante frío y agua por ahí.

Me quedé callado mientras miraba la pared. Había rastros de humedad, lo que confirmaba que entraba agua. Tenía mucho trabajo por delante, pero nada que no pudiera hacer yo mismo. Durante una hora más, proseguimos mirando las instalaciones que ya estaban cerradas al público. Fuimos a su despacho donde me enseñó los libros de contabilidad, los contratos, y todos esos asuntos legales. Debía contratar un asesor para que llevase los papeles, ya que el suyo también se había jubilado. Cerramos un trato verbal allí mismo, a la espera de que el abogado redactase todo y firmar en notaría. Eso tardaría unos días.

Como la vez anterior, también alquilé un apartamento a través de una agencia. La chica me dio las llaves en una cafetería del centro donde habíamos quedado. Era un apartamento pequeño, pero a pie de playa, con zonas perfectas para practicar el submarinismo. Además, si abría las ventanas de algunas estancias, escuchaba el sonido del mar. ¡Una maravilla!

Los días siguientes, mientras esperaba la legalización de los contratos, paseé por los alrededores, empapándome de la alegría que se intuía en el ambiente. Localicé una tienda de ultramarinos donde podías comprar casi de todo, una panadería donde la chica elaboraba los pasteles e inundaba las calles colindantes con el olor de la vainilla y el chocolate, con la manzana

asada o la crema pastelera. Era un espectáculo para los sentidos, y el dar un paseo por los alrededores me relajaba, ya que escuchabas el sonido del mar y el olor de la playa entremezclado con el de los pasteles. Sin duda, era un lugar precioso donde establecerme y acostumbrarme a esta vida. Podría ir a bucear, correr por las mañanas en la playa y había localizado un local de ambiente liberal a las afueras, que parecía que tenía muy buena pinta; no lo había visitado, pero no tardaría en hacerlo.

Una vez que todo estaba en orden, comencé con mi rutina para poder abrir al público lo antes posible y recuperar algo del dinero invertido. Lo primero que hice fue pintar la fachada, que me llevó más tiempo del esperado. Después arreglé el sistema eléctrico, que estaba en un estado lamentable, y menos mal que todo lo hice yo, porque me habría gastado una pasta. Cambié el viejo tatami por uno nuevo, que encontré por casualidad en internet a muy buen precio, y entrenaba a diario. Eso era algo que no me saltaba por nada del mundo.

Me hice asiduo de una cafetería que había cerca de casa. Desayunaba allí a diario mientras leía el periódico local. Quería informarme de todo lo que sucedía para poder integrarme.

—¿Lo de siempre? —preguntó la chica de la barra, mientras servía el café al cliente de la mesa contigua.

—Sí, gracias.

—De nada. En un momento estoy con usted.

—No tengo prisa. ¿Me puede acercar el periódico?

—Claro, enseguida se lo traigo. —Se acercó a la barra, lo cogió y regresó a mi mesa—. Es una pena lo de la chica. Tan joven y con tanta vida por delante...

Miré la portada del diario y vi la foto de una chica en blanco y negro. El titular era muy sensacionalista: «Quinta víctima del asesino anónimo». Seguí leyendo la noticia y me apenó pensar en esas cinco mujeres y sus familias. Sus muertes eran crueles, macabras, con violación incluida. En ese momento, la camarera trajo mi pedido y continué leyendo la noticia con interés.

Tomé el café y un trozo de tarta de manzana que me supo a gloria y, cuando terminé, tras pagar la cuenta, me marché a mi apartamento. Puse música mientras me metía en la ducha. Cuando llevaba allí apenas unos minutos, escuché un golpe que no sabía determinar de dónde provenía. Cerré el grifo y, como no oí nada más, volví a abrirlo y continué. Unos segundos más tarde, los golpes se hicieron un poco más fuertes. Volví a hacer lo mismo, pero nada... silencio. Me enjaboné rápido con la intención de terminar cuanto antes, pero los golpes se volvieron más rudos, fuertes y continuos.

Sin terminar de enjuagarme, me enrollé una toalla alrededor de la cadera y salí del cuarto de baño, no sin antes resbalar debido al gel de la ducha. Cabreado, fui al salón para averiguar de dónde cojones venían. Apagué la música y agudicé el oído, hasta que los golpes volvieron con más fuerza, además de escuchar los gritos de una persona. Cuando me di cuenta, provenían de la puerta de entrada del apartamento. Corrí hacia allí y abrí sin preguntar.

—¡Menos mal que se digna a abrir! ¡Llevo más de media hora aporreando la puerta y llamando al timbre! —me chilló una chica. Estaba perplejo, ya que no sabía quién carajo era. Pensé que sería una equivocación. ¿Media hora? ¡Ja!

—Disculpe, señorita. Creo que se ha confundido —contesté, colmándome de paciencia.

—¿Vive aquí? —Me miró con cara de espanto.

—¡Sí, claro! —respondí de inmediato.

—Entonces, no me he equivocado. ¡Soy la vecina de abajo y ahora mismo tengo una emergencia! —explicó de manera atropellada. Apenas entendía que ocurría.

—¿La puedo ayu...

—¡Tengo el cuarto de baño inundado! —exclamó casi gritando y moviendo las manos sin dejar que terminase la frase—. ¡Debe solucionarlo ahora mismo!

—¿Y por qué tendría que solucionarlo yo? —Cada vez entendía menos.

—¡Porque usted es el causante de tal desastre! —exclamó como si fuese la cosa más lógica del mundo. ¿Qué yo era el causante de que tuviese el cuarto de baño inundado? ¡Y una mierda!

—Mire, señorita, déjeme que me ponga algo de ropa, y la acompaño para ver qué podemos hacer. ¿De acuerdo? —Me miró de arriba abajo, recorriendo con su mirada cada centímetro de mi piel, calentándola por el camino. Debía pararlo. Elevé una ceja y me recreé en sus bonitos ojos, que estaban perdidos en mi tatuaje. Cuando se dio cuenta, se sonrojó.

—Por supuesto, pero, por favor, dese prisa. No tengo todo el día para solucionar este problema.

—Tardo dos minutos.

—De acuerdo, lo espero abajo.

Se giró y se marchó por las escaleras. Pensé que debía llamar al casero para que solucionase el problema. Me vestí con una camiseta y un viejo pantalón de chándal y bajé hasta su casa para ver qué ocurría. Cuando llamé al timbre, escuché los ladridos de un perrito, junto a la voz de mi vecina mandándolo callar. No me había fijado hasta entonces en su cuerpo; era pequeña, con una larga melena morena y su piel bronceada por el sol. Sus espectaculares curvas llamaron de inmediato mi atención. Me quedé embobado mirándola, casi sin prestar atención.

—¿Va a entrar o se va a quedar ahí mirando como un pasmarote? —preguntó la chica, de la cual no sabía ni su nombre.

—Disculpe, por supuesto.

Seguí a mi vecina a través de su apartamento hasta el cuarto de baño. Al darse la vuelta me fijé que tenía un culo espectacular, redondo y respingón. ¡Madre mía, qué trasero! Me obligué a alejar esos pensamientos de mi cabeza y concentrarme en el apartamento de ella. A pesar de tener la misma distribución que el mío, este parecía un hogar. Tenía detalles que le daban calidez. En las paredes del pequeño pasillo colgaban cuadros con imágenes del mar, de la playa, amaneceres, llenos de luces y de colores vivos. Al pasar por el salón parecía una estancia caótica, aun así, todo estaba donde debía. Miré a mi alrededor y a ella; de inmediato, supe que todo eso la representaba a la perfección. En el sofá de dos plazas, un niño pequeño con el pelo moreno y muy rizado jugaba con un coche de juguete, emitiendo sonidos que se asemejaban a un motor.

—¿Quién eres? —preguntó el renacuajo, que debía tener la misma edad de Mara.

—El vecino de arriba.

—¿Y qué haces aquí?

—Ayudar a tu madre.

—¿Y cómo sabes que es mi madre? —Vale, me había pillado. No lo sabía y había sacado conclusiones precipitadas.

—¡Nando! ¡Calla y deja al señor, que va a ayudarme! —gritó la chica. Después me miró—. Disculpe a mi hijo. Es un cotilla. ¡Toby! ¡Calla!

Vale, era su hijo. Valiente casa de locos. Reí y continué el camino tras ella. El perro continuaba ladrando y siguiendo todos mis movimientos; la chica lo mandaba callar una y otra vez, sin

obtener resultado alguno, mientras el niño emitía sonidos cada vez más alto.

Al llegar al cuarto de baño, todo era un desastre. El agua rezumaba por las paredes y el techo; el suelo estaba anegado. Aquello parecía una piscina. No sabía qué hacer.

—Lo único que se me ocurre es cerrar la llave de paso general y llamar al casero. No sé si habrá alguna tubería rota.

—¿No ha cerrado ya la llave de paso? —me preguntó, incrédula.

—No. Primero quería saber qué es lo que ocurría —respondí.

—¡Esto es un desastre! ¡Cierre la llave ya! ¡Se me va a caer el techo encima! —exclamó, asustada.

—¡No se le va a caer el techo! —clamé, desesperado.

—¡Esto me lo tiene que arreglar ya! —concluyó, cruzándose de brazos.

—Por supuesto. Espere un momento, por favor...

—No voy a esperar. ¡Arréglole! ¡Ya!

—¡Joder, no sea tan impaciente! Voy a llamar de inmediato a mi casero. Mientras, la ayudaré a arreglar este desastre, ¿de acuerdo? ¿Tiene por ahí alguna fregona de más?

—Por supuesto... Disculpe mi tono, pero estoy muy nerviosa con todo este desastre. Por cierto, me llamo Rocío —se presentó. Alargó la mano para ofrecérmela en un saludo formal.

—No se preocupe. Es normal. Yo soy Eme. Ahora, si no le importa, voy a mi apartamento para cerrar la llave de paso y la ayudo con todo. —Le ofrecí la mía. Al cogerle la mano noté su suavidad y me fijé en sus dedos manchados de pintura.

—Perdone que tenga las manos así. Estaba en mi estudio, pintando, cuando ha ocurrido esto —me aclaró, mientras se limpiaba las manos en el pantalón corto que llevaba.

Mis ojos se fueron de manera irremediable a sus muslos, rellenos pero firmes, donde podía agarrarme. Me quedé sin saber qué más decirle, y además, mi entrepierna estaba empezando a despertar... Era mejor no decir nada, así que negué con la cabeza y salí del cuarto de baño seguido del perrito que no paraba de ladrar. Fui a mi casa, cerré la llave y hablé con el casero. En media hora, me enviaba a un fontanero para que reparase lo que fuese que estuviese dañado y volví a casa de la chica para ayudarla a recoger aquel desastre.

—He llamado a mi casero, en media hora vendrá alguien para repararlo —le comenté, una vez abrió la puerta de la casa.

—Perfecto. Gracias. Es que estoy un poco desesperada; dentro de un rato tengo que duchar a Nando y con esto así es imposible —explicó, encogiéndose de hombros. En ese momento me pareció un gesto adorable.

Durante un buen rato nos dedicamos a recoger agua del suelo; parecía que, al cerrarla, ya no salía. No obstante, observé cómo el techo estaba mojado muy cerca de la lámpara y eso me dio miedo; podría producirse un cortocircuito eléctrico en cualquier momento. Agua y electricidad no eran buena combinación.

Cuando fui a darme la vuelta para comentárselo resbalé y caí al suelo de la manera más absurda. No me lastimé más allá de mi orgullo, pero cuando miré a Rocío intentaba aguantarse la risa. Me fijé bien en ella. Era una mujer muy guapa y en ese momento tenía un brillo especial en unos ojos chispeantes del color de la miel. Llevaba una camisa suelta blanca, aunque manchada con colores la mayor parte de ella, al igual que sus dedos.

—¡Ya podrías ayudarme! —exclamé, divertido, olvidando los formalismos que utilizábamos hasta entonces.

—No me digas que un hombretón como tú necesita la ayuda de una chica para levantarte del

suelo —dijo, estallando en carcajadas.

—No digo que me ayudes a levantarme, pero podrías poner toallas para no resbalarnos — expliqué, y aunque quise ponerme serio, no lo conseguí y también estallé en carcajadas.

—¡Sí, claro! ¡Y después tener una tonelada de ropa sucia acumulada! ¡Para algo están las fregonas! —espetó, riendo. En ese momento, llamaron al timbre. Ella fue a abrir la puerta mientras yo me incorporaba del suelo.

—Ya ha llegado el fontanero —me anunció Rocío, mientras entraba en el cuarto de baño con un hombre cargado con una caja de herramientas.

—Voy a cambiarme de ropa y enseguida vuelvo.

—De acuerdo. No me moveré de aquí —me dijo, a la vez que me guiñaba un ojo.

Fui a casa, me puse ropa seca y volví a la suya de inmediato. Había algo en ella que me atrapaba. No sabría determinar qué era; me hacía sonreír. Eso me gustaba mucho, me sentía cómodo con ella.

Tras varias horas en las que nos dedicamos a secarlo todo, no pudimos terminar, ya que el fontanero debía volver al día siguiente. También tenían que venir albañiles para abrir el suelo de mi apartamento y ver dónde estaba la avería. Todo era más complicado de lo que parecía. Cuando nos dimos cuenta era la hora de cenar.

—¿Te apetece cenar con nosotros? Voy a pedir una *pizza* porque no tengo cuerpo para ponerme a cocinar ahora mismo.

—Me encantaría.

El niño empezó a dar saltos de alegría en el sofá, pensando en la *pizza*.

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó una vez que hicimos el pedido.

—Eso no se pregunta —respondí, guiñándole un ojo.

Rocío fue hacia el frigorífico y sacó un par de botellines.

—¿Quieres vaso?

—No, aquí mismo está perfecto, gracias.

Tras cenar y acostar al niño, nos quedamos sentados en el salón tomando una cerveza. Rocío puso un poco de música suave y los acordes de *Perfect*, de Ed Sheeran, flotaron en la estancia, junto con los ladridos del perro, que se estaba convirtiendo en una mosca cojonera. Rocío lo cogió en brazos y lo puso en su regazo, y con las caricias, se calmó.

—Gracias por ayudarme. Me vi un poco agobiada.

—No tienes por qué pedir disculpas. Aunque todo ha sido una locura, al final la velada no ha estado mal —le contesté. No sabía cómo actuar con ella y me había quedado un poco cortado, avergonzado. ¡Joder! ¡Yo, el rey de los polvos rápidos! Aunque... había un niño pequeño en la habitación de al lado y eso me impedía avanzar con la madre. ¡Eso era! ¡Seguro!

—La verdad es que me he divertido...

—Bueno, me marchó a casa. Mañana tengo que madrugar y mucho trabajo por delante —le dije, mientras me levantaba del sofá y refregaba las manos en los vaqueros. No sabía muy bien cómo actuar. Mis noches siempre terminaban con un: «¡Nena, me lo he pasado genial! ¡Ya te llamaré!».

Cuando llegué a mi apartamento, tenía una erección de campeonato al recordar la figura redondeada de Rocío, sus carnosas curvas, sus ojos vivos y unos labios rojos que incitaban al pecado... Pero liarme con mi vecina era muy mala idea. Una cosa era follar con una chica y tener algo de una noche, y otra muy distinta con alguien a la que voy a ver todos los días y que sabía dónde vivía. ¡Definitivamente no! ¡De ninguna de las maneras! Al día siguiente me acercaría al

club para quitarme las ganas.

Capítulo tres

«Son a los que usted puede llamar a las 4 am los que realmente importan».
Marlene Dietrich

ROCÍO

Tuve una mañana de locos. La policía llamó para decirme que habían robado en mi tienda. Menos mal que no estaba, porque a la hora en que robaron, la mayoría de los días, acostumbraba a estar en la trastienda pintando o moldeando en arcilla. Cuando llegué y vi todo alborotado y roto me entraron ganas de llorar por la impotencia. ¿Qué hubiese pasado en el caso de estar allí durante el atraco? Era una pregunta que me hacía una y otra vez.

Hablé con Clara, mi amiga desde pequeña, que junto a Vane y Cristi formábamos nuestro grupo. Quedé con ellas en una cafetería a la que solíamos ir después de recoger a Nando del cole. Me llevé casi toda la mañana en la comisaría de policía interponiendo la denuncia. Aún tenía el miedo en el cuerpo. Tras charlar unos minutos con mi padre y mentirle de forma descarada para tranquilizarlo, decidí seguir sus consejos e ir a hablar con el nuevo dueño de su gimnasio para dar clases de defensa personal. Entre los robos en los pequeños negocios de la localidad y el asesino que traía de cabeza a la policía, comenzaba a sentir una inseguridad que me volvía loca.

Por ello, nada más salir de la comisaría cogí mi pequeño coche y me dirigí hacia el polígono industrial donde se ubicaba el gimnasio. Sabía que todavía no estaba abierto al público, pero mi progenitor me aseguró que el encargado iba todas las mañanas para arreglarlo y que estaba haciendo un buen trabajo. Se me hacía raro que mi padre no estuviese por allí. Ese negocio fue su vida y tenía muy buenos recuerdos del lugar. A pesar de la insistencia de mi padre, nunca di clases de defensa personal. Acudía al gimnasio y prefería otras actividades. Era hora de cambiar el chip.

Con esos pensamientos llegué a la nave. Lo primero que llamó mi atención fue que habían quitado el rótulo exterior, aunque no habían puesto ninguno. Le habían dado una mano de pintura por fuera, cosa que le hacía falta desde hacía años y le daba una imagen más cuidada. Llamé a la puerta sin que nadie me respondiera. Volví a tocar con los nudillos sin resultado alguno. Esa era la puerta por donde entraba los clientes; atrás había otra más pequeña por donde solía entrar mi padre y el resto de los monitores que daba acceso directo a las oficinas. Di la vuelta a la nave y me adentré en el pequeño callejón. Siempre me había producido un escalofrío. Era estrecho y de noche no estaba iluminado, lo que le confería un aspecto tétrico. Al tocar con los nudillos, la puerta se desplazó un poco, pero me dio un poco de vergüenza entrar sin pedir permiso, por lo que volví a llamar. Tras un rato de indecisión, me adentré en la pequeña recepción.

—¿Hay alguien? —pregunté al aire. Todo estaba apagado, por lo que la única iluminación era la que entraba por los pequeños ventanales superiores. Me vino a la mente la imagen de las películas de miedo, cuando la protagonista estaba sola en la casa y hablaba como yo lo había hecho, mientras el asesino estaba en la planta inferior.

De repente, escuché el sonido de la música de AC/DC con *Highway to hell* y, de manera inconsciente, me dirigí hacia allí mientras tarareaba la letra. La música provenía de la sala del *ring* de boxeo. Al entrar, lo primero que vi fue un chico sin camiseta, con una espalda ancha y musculosa; estaba sudoroso mientras entrenaba con uno de los sacos. Sus movimientos eran ágiles. Había estado el tiempo suficiente en el gimnasio con mi padre para saber que era muy bueno con

el saco. No pude articular palabra; estaba hipnotizada con sus brazos. ¿Dije que estaba musculoso? Todo él exudaba masculinidad. La boca se me quedó seca y otras partes que creía muertas revivieron de repente, así, sin avisar. Intenté carraspear para advertir de mi presencia, pero entre la boca acartonada y la música atronadora de AC/DC, no conseguí demasiado. Así que adelanté unos pasos y me adentré un poco más en la sala. Me daba la impresión de ser una ladrona, de estar haciendo algo malo.

De repente, como si lo hubiese invocado, ese adonis, ese dios griego que provocaba que mi imaginación se disparase, se dio la vuelta, dejándome sin respiración. ¡Por el santísimo cristo del abdominal! Si de espaldas estaba bueno... No podía apartar mi vista de aquella tableta de chocolate. Sin quererlo, mis ojos bajaron a la cinturilla de sus pantalones, caídos de la forma más sexi y que descubría lo que era el principio de un tatuaje que soñaba con lamerlo...

—Rocío, ¿qué haces aquí? —me preguntó una voz conocida.

Cuando mis ojos subieron hasta su cara, me di cuenta de que el chico que había cogido el negocio de papá no era otro que Eme, mi vecino. Me hubiera percatado antes si no estuviese entretenida en otras partes de su anatomía, que no vi el día que estuvimos recogiendo agua en mi apartamento, a pesar de que en un principio me recibió con tan solo una toalla enrollada en su cintura. Pero estaba tan agobiada que no le presté la suficiente atención.

—Eh... ¡Vaya, no sabía que fueras el nuevo dueño! Quería dar clases de defensa personal y pensé que este sería el mejor lugar para hacerlo —logré explicar para no quedar como una idiota. Aunque Eme me miraba con una expresión divertida en la cara.

—Claro. No me importará, aunque no está abierto al público. Todavía me queda trabajo por hacer y el vestuario femenino está entre las prioridades. Si no te importa que el local esté en obras, por mí no hay ningún problema. ¿Cuándo quieres empezar? —me dijo, acercándose de manera peligrosa. Estaba claro que, cuando estuvo en casa, no me fijé bien en él. Y en ese instante no me perdía detalle.

—Cuanto antes mejor. Anoche robaron en mi local a una hora en la que acostumbro a estar dentro del estudio. Me da miedo que se repita y me pille allí —admití un poco avergonzada. No me gustaba sentirme débil.

—Está bien. Dime qué horario te viene bien y entrenamos a esa hora. ¿Sueles hacer ejercicio de manera habitual? —me preguntó, recorriendo mi cuerpo con una mirada hambrienta y nada disimulada que provocó que me calentara el alma y la entrepierna.

—¿Piensas que porque tengo unos kilos de más no puedo estar en forma? —pregunté de manera desairada. Sabía que no lo había dicho por eso, pero necesitaba poner un poco de distancia. Además, ver su cara de perplejidad no tenía precio. Me estaba divirtiendo.

—No, por favor. Discúlpame si he dado pie a que se malinterprete. Es tan simple como saber por dónde debemos empezar el entrenamiento —dijo de manera atropellada con las manos arriba y las palmas hacia afuera en son de paz. Carraspeó y se puso serio.

—No pasa nada. Es que estoy acostumbrada a ese tipo de comentarios. Y no me hacen daño, que conste; es más, me los paso por el co... digo... que me los paso por el forro de los pantalones —dije de la manera más adusta posible, intentando aguantar la carcajada que tenía en la garganta.

—Las personas que hacen ese tipo de cánones de belleza son gilipollas. La mujer es bonita porque es mujer, así de simple, independientemente de su talla —alegó sin más. La que carraspeé fui yo, para salir de ese estado de ensoñación en el que estaba entrando. ¡Por favor! Babeaba como una quinceañera. Estaba claro que los entrenamientos iban a ser muy duros.

—¿Te parece bien tres días a la semana por la mañana? Así puedo venir después de dejar a

Nando en el cole y antes de abrir la tienda —apunté. Por mí, vendría todos los días, pero mi economía no me lo iba a permitir. Además, si quería verlo más a menudo, siempre podía ir a pedirle café o azúcar o que me echara un polvo... ¡Otra vez desvarió!

—Me parece perfecto. ¿Lunes, miércoles y viernes? —preguntó. Asentí con un movimiento de cabeza. Iba a decir algo más, pero su teléfono sonó en ese momento.

—¡Dime, Rebeca! —contestó con demasiada alegría para mi desgracia.

¿Sería alguna novia? Con lo bueno que estaba no me extrañaría. Le hice una señal con la mano y me marché; continuaba hablando y riendo por teléfono. Debía recoger a Nando del cole y reunirme con mis amigas. No me daba tiempo a comer nada, pero ya tomaría algo en la cafetería. Nando había almorzado en el cole, pero a mí, con todo el jaleo, no me dio tiempo.

Al entrar, mis amigas, Vane, Cristi y Clara, ya habían llegado. Se reían de algo con Pepe, el camarero. Ninguna de las cuatro teníamos una figura esbelta, ni éramos altas; más bien, cuando la naturaleza repartió la belleza, nosotras estábamos juntas de cachondeo en algún lugar tomando unos mojitos. En cambio, nunca nos faltó un ligue. Ellas sabían sacarse partido; yo, ni eso. Y me daba igual. Lo que sí teníamos era una amistad incondicional desde niñas.

Cuando crucé la cafetería con Nando de la mano, todas miraron en mi dirección como si las hubiese invocado. El local contaba con una zona habilitada para niños, por eso nos gustaba quedar allí.

—Cielo, corre hacia las colchonetas. Te voy a pedir la merienda. ¿Quieres un batido de chocolate tamaño extragrande? —le pregunté a Nando, inclinándome para quedar a su altura.

—¡¡Sí!! ¡¡Y un trozo de tarta de manzana!! ¿Puede ser? —preguntó casi en una súplica.

—Claro, ahora mismo te lo pido. Pero esta noche debes comerte toda la verdura. ¿Trato hecho? —le dije poniendo la mano para chocarla con la de él.

—Trato hecho —exclamó, alegre, mientras chocaba los cinco conmigo para cerrar el acuerdo.

Suspiré mientras lo vi alejarse hacia la zona infantil y me acerqué a la mesa donde estaban mis amigas. Después de saludarnos, pedir la merienda al niño y algo para mí, comenzamos a hablar todas de manera atropellada, como siempre ocurría cuando nos reuníamos.

—¿Qué te ha dicho la policía? —preguntó Clara.

—¿Te han robado mucho? Mira que te digo veces que no dejes el dinero del día en la tienda. ¿Cuándo nos vas a hacer caso? —Esa era Vane, tan maternal como siempre. Era la amiga que siempre te daba consejos de madre.

—¿Había algún poli *buenorro*? —preguntó Cristi. Siempre intentaba emparejarme con alguien, aunque la realidad era que todas estábamos solas por un motivo u otro.

Cristi no se había casado, pero acababa de salir de una relación que había durado demasiado tiempo. Ahora se quería desquitar de «todos los malos polvos que había tenido», palabras textuales. Vane tenía relaciones esporádicas, pero no había encontrado su verdadero amor. Estaba casada con su trabajo; demasiadas guardias en el hospital en el que trabajaba como pediatra. Clara era la más sensata y serena. Fue la primera de nosotras en encontrar pareja, la primera en casarse y la primera en divorciarse cuando encontró a su marido en la cama con una compañera de trabajo.

Y yo estaba inmersa en una separación demasiado amistosa. No había traumas ni malos rollos. Todo era de común acuerdo. Nos hablábamos a través de los abogados, me pasaba su parte correspondiente, aunque no cumplía con ninguna de las visitas a Nando. Todo era muy diferente a como fue con Clara. Me fui a vivir con él apenas dos semanas después de conocernos, me pidió matrimonio al mes, me quedé embarazada a los dos meses y a los cinco, nos casamos en los

juzgados. Todo fue demasiado rápido. ¡Era bastante impulsiva y loca! ¡Además de creer en los cuentos de princesas! Apenas nos conocíamos y cuando Nando llegó al mundo, los problemas se acrecentaron y Ferdinand cada vez pasaba menos tiempo en casa. Hasta que decidimos que lo nuestro no funcionaba.

—Han tomado huellas de la tienda, han hecho una relación de lo que han robado, y que, bueno, si tienen algo, me llamarán. No tenía el dinero en la tienda, pero me han robado uno de los cuadros que tenía vendido por encargo a un cliente. Lo peor ha sido el destrozo, más que el valor económico. Tengo que llamar a alguien para que cambie la puerta y voy a instalar un sistema de alarmas. ¡Mucho trabajo! ¡Y no había ningún poli *buenorro*! —les contesté a todas.

—¡Vaya, siempre te ocurre todo a ti, hija, parece que te ha mirado un tuerto! —me dijo entre risas Cristi—. El otro día, lo de las tuberías; hoy, el robo, ¿qué será lo siguiente?

—Por cierto, no os lo he contado —la interrumpí en un ataque de euforia—. ¡Me he apuntado a clases de defensa personal! —Eso llamó la atención de ellas; de momento, la mesa se quedó en silencio y todas las miradas recayeron sobre mí—. ¿Recordáis cuando os conté que mi vecino me ayudó el día de marras? —Me callé creando expectación y todas asintieron en silencio—. Pues bien, esta tarde fui al antiguo negocio de mi padre para apuntarme a las clases y, ¿sabéis quién estaba allí? ¡Mi vecino! Entrenaba con el saco y no tenía la camiseta puesta.

—¿Es guapo? —preguntó Clara.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Es un adonis, un dios griego! ¡Es el tipo de hombre que te hace pensar en burradas y guarradas! ¡Cuanto más guarras, mejor!

—¿Qué guarradas, mamá? —preguntó mi hijo que había llegado a la mesa sin que yo me diese cuenta. ¡Claro, si es que Eme me nublabla la razón!

—Eh... —Me quedé en blanco sin saber qué decirle.

—¡La de no ducharse y que te apesten los pies! —respondió Vane por mí. Mi hijo frunció el ceño sin comprender nada; todas intentábamos aguantarnos la risa—. Los niños, cuando llegan a cierta edad un poco mayor que tú, no quieren ducharse y al final, les huele la pilila y los pies —le explicó muy seria. Había días que me costaba la propia vida convencerlo para que se duchase, siempre distraído con sus coches y la Nintendo.

—Yo me ducho todos los días —inquirió mi hijo, irguiendo la postura.

—¿Te has comido la merienda, cielo? —le pregunté para cambiar de tema.

—Sí, quería agua.

—Toma —le ofrecí su botellita que saqué de la mochila—. Sigue jugando un rato más.

Nando salió disparado hacia la zona infantil para jugar con el resto de los niños, y nosotras estallamos en carcajadas, ganándonos las miradas del resto de los clientes.

—¡Continúa por donde ibas! —exclamó Vane. Todas clavaron su mirada en mí.

—¡No hay más que contar! Mi vecino ahora va a ser mi entrenador; me dará clases tres días a la semana —repuse, muy digna.

—¿Me estás diciendo que tu vecino, aquel que cogió la fregona y se ofreció a limpiarte el cuarto de baño sin tener ninguna obligación, además de que está bueno de la muerte y que regenta el gimnasio de tu padre, te va a entrenar? —preguntó Vane. Mientras Clara nos miraba a una y a otra como si se tratara de un partido de tenis.

—Sí —contesté, escueta.

—¡Joder! ¡Qué suerte tienen algunas! —dijo Cristi—. Lo que tienes que hacer es tirártelo, no que te entrene. ¡Hace tanto tiempo que no follas que se te habrá regenerado el himen! —prosigue—. ¿Eso es posible? —le pregunta a Vane. Todas estallamos de nuevo en carcajadas.

—Mira, Rocío, cuando la vida te pone por delante a un *mojabragas* como ese, hay que aprovechar la ocasión, tirártelo, tener todos los orgasmos que puedas y *a otra cosa, mariposa*. A estas alturas de la vida no vamos buscando el príncipe azul y está claro que a nosotras no nos ha ido demasiado bien en los temas del amor, ni tan siquiera eligiendo pareja. Para muestra, un dedal —dijo, señalando hacia todas nosotras.

—Aún somos jóvenes, no hables como si fuésemos unos carcamales. Yo tengo la esperanza de encontrar a alguien...

—Clara, bonita, las posibilidades cada vez son más escasas —interrumpió Vane.

—Eso lo dirás por ti, que pasas más horas en el curro que en tu casa. Si no tienes vida social, así es imposible —la regañó Clara. De todas nosotras, era la más soñadora.

—Lo que vosotras digáis. Mientras, te aconsejo que te tires al *vecinito* y tengas unos orgasmos fabulosos. Al menos, tendrás una piel divina.

Todas estallamos en carcajadas. Así era nuestra relación, siempre con las bromas, y cuando una estaba de bajón, las amigas y las risas eran el complemento perfecto para tomar aire y continuar luchando.

Con la cháchara se me hizo tarde. Tenía que duchar a Nando, hacer los deberes, la cena y al día siguiente había cole de nuevo. Con prisas, me despedí de mis amigas y me marché a casa. Estando en el patio interior por el que se accedía a los portales, me encontré de nuevo con Eme.

—¡Buenas tardes, vecina! —saludó con una sonrisa tan radiante que podía eclipsar el sol.

—¡Hola, entrenador! —respondí lo más risueña que pude, intentaba disimular el calentón que me producía con solo verlo. Pero, claro, una vez que había visto su tableta de chocolate, me había vuelto muy golosa y tenía antojo. Me ruboricé por el camino que cogían mis pensamientos.

—Todas las mañanas salgo a correr por la playa, temprano. Estaba pensando que podrías venir conmigo como parte del entrenamiento —me propuso, mientras sacaba sus llaves del bolsillo del pantalón vaquero. ¡Estaba guapísimo! ¡Parecía recién duchado y con el pelo mojado! Suspiré.

—¡Claro, me encantaría! —contesté. Eme abrió la puerta y me dejó paso. Al cruzar por su lado, se me quedó mirando, me ruboricé y apresuré el paso para entrar en casa—. ¡Hasta mañana, Eme! —me despedí antes de cerrar la puerta de casa y quedar apoyada en ella. ¿Qué acababa de pasar? ¿Estaba ligando con mi vecino?

Capítulo cuatro

«¿Es sucio el sexo? Solo cuando se hace bien».
Woody Allen

Llevaba poco más de una semana con una rutina que me gustaba mucho. Demasiado para mi gusto. Todas las mañanas salía a correr con mi vecina a la misma hora y, cuando se retrasaba por cualquier motivo, me impacientaba. Era una mujer guapísima, de eso no había ninguna duda, pero además era simpática, siempre sonreía; se ruborizaba enseguida, era inteligente, y muy aguda en sus comentarios. Conseguía arrancarme las carcajadas como si fuera lo más normal del mundo. Me divertía mucho con ella.

Cuando salíamos a correr, me gustaba ver el movimiento de su culo con la carrera, por eso siempre me quedaba un poco rezagado. ¡Joder, cómo me ponían sus nalgas! ¡Follárselo tenía que ser una delicia! Al final, terminaba con una erección de campeonato, por lo que empecé a coger la costumbre de darme un chapuzón en el mar para que no se diese cuenta. Y masturbándome después en la ducha como un puto adolescente con las hormonas en plena ebullición. La cuestión era que no podía enrollarme con ella sin más. Era mi vecina y tenía un hijo, que complicaba más las cosas. Siempre me acostaba con mujeres que no supieran nada de mí, que no pudiesen reclamarme nada. Ni tan siquiera les daba mi número de teléfono. Ligaba y follaba por diversión. Bueno, lo de follar era más bien algo fisiológico.

—¡Pensé que estabas más en forma! —gritó Rocío, girando la cabeza hacia atrás para encararme—. ¡Y resulta que siempre te quedas atrás!

—¡No quiero dejarte en ridículo! Además, voy a tu ritmo. Si me paro un poco es para que no te esfuerces demasiado. Soy tu entrenador, ¿recuerdas? —exclamé. Había sonado convincente. Hasta yo me lo había creído. Aligeré un poco la marcha para ponerme a su altura—. ¿Quieres medirme conmigo? Vamos, si llegas antes que yo, te invito a un helado.

Aceleré un poco el ritmo, no mucho pero sí lo suficiente. Rocío esbozó una enorme sonrisa que le iluminó toda su jodida y preciosa cara y se esmeró por adelantarme.

—¿No sabes que yo por un helado mato? Te espero en la heladería, nene.

Y utilizó todas sus fuerzas para un *spring* en el que no tenía nada que hacer. Está mal que yo lo diga, pero en cuestión de ejercicio físico, estoy muy en forma. El entrenamiento diario ha formado parte de mi vida desde muy pequeño y nunca he dejado de hacerlo. Le cedí un poco de ventaja mientras volvía a recrearme en sus nalgas e imaginarlas de mil formas, con esos pantalones cortos se le marcaban más. No sabría decir si me gustaba más por delante o por detrás. Aceleré el ritmo, la adelanté un poco y comencé a correr de espaldas, todo por verle la cara sonrojada por el esfuerzo, el pelo alborotado del ejercicio y sus pechos bamboleándose delante de mí. ¡Joder, sus tetas también me ponían muy burro!

—¿Quién es la que va a invitar ahora al helado? —pregunté, mientras le guiñaba un ojo y me daba la vuelta. Fingí un traspiés para que pudiese adelantarme de nuevo. Me gustaba este juego que me llevaba con ella—. ¡Un poco más! ¡Hasta aquella roca! Quien llegue el último invita al helado.

Rocío se lo tomó muy en serio y aceleró más su ritmo. La verdad es que estaba más en forma de lo que en un principio imaginé. La dejé unos minutos delante hasta que estaba a punto de llegar

al objetivo, así que aceleré mi ritmo, pasé por su lado, provoqué un choque, y ... ¡ups! nos caímos ambos a la arena de la playa. En un movimiento ágil, la coloqué para que cayera sobre mí. Nos quedamos mirándonos, con la respiración entrecortada; ella por el esfuerzo, y yo... bueno, por el esfuerzo de contención que hacía en ese momento por no arrancarle la ropa y... ¡Joder!

—¡Parece que estamos empatados! —dije para ahuyentar esos pensamientos de mi cabeza. Pero mi polla, la muy mamona, tenía otros planes. Y lo peor era que Rocío se había dado cuenta.

—¡Uno contra cinco! —susurró demasiado cerca de mis labios. No comprendí qué quiso decir con eso. Arrugué el cejo y entrecerré los ojos—. A eso vas a tener que jugar después —me respondió de una manera tan sensual que mi entrepierna dio una sacudida.

Rocío desvió su mirada hacia abajo y me guiñó un ojo. Acto seguido, intentó levantarse, aunque fui más rápido, le di la vuelta y me puse encima de ella. Nos quedamos mirando y me perdí en sus ojos color miel que reclamaban que apagara el fuego que había en ellos. Me acerqué un poco más, tanto que nuestros alientos se mezclaban. Olía a regaliz, ese rosa relleno de nata que tanto le gustaba comer.

—No me hace falta masturbarme como un adolescente —susurré en su oído. Tampoco hacía falta que le dijera que follaba cuando me daba la gana.

—Pues tienes que poner una solución a tu... problemilla —continuó machacándome. Sabía lo que se hacía. ¡La muy arpía!

—¿De verdad piensas que es... un *problemilla*? —volví a susurrar, y con un movimiento de caderas, le clavé mi erección en el vientre haciéndole notar el alcance del... problemón.

Me levanté de inmediato, porque si no lo paraba en ese instante, podrían detenernos por escándalo público. Rocío imitó mi gesto y también se levantó con las mejillas aún arboladas. ¡Preciosa! Como todos los días, terminé dándome un chapuzón de agua fría. Ella me esperaba sentada en la arena. Cuando salí, me puse la camiseta y nos fuimos a la heladería. Entre risas, nos tomamos un helado. No le tocaba entrenamiento, pero yo tenía que ir para terminar con las reformas; ya quedaba poco y pretendía inaugurar en un par de semanas.

Nos despedimos en la puerta de casa y cada uno se dirigió a su apartamento. Después de una ducha y coger la bolsa de deporte, me fui a mi local. Me había comprado una moto hacía un par de semanas. Desde que estuve en Las Vegas con Julio, me aficioné más a ellas, así era mucho más cómodo trasladarte y, sobre todo, aparcar, que en el centro era casi imposible. Y, aunque yo vivía en un pueblo colindante y el negocio estaba en un polígono, cuando iba a hacer gestiones a la ciudad o para divertirme, suponía todo un reto.

Al llegar al callejón trasero, aparqué la moto en el mismo sitio de siempre. Abrí el portaequipaje, saqué la bolsa de deporte junto con las llaves y me di la vuelta para entrar y comenzar con el trabajo diario. Al dar un par de zancadas, tropecé con una lata de refresco que rodó por el suelo. El sonido retumbó en el silencioso callejón. Me acerqué a ella, la cogí y la llevé al contenedor de basura, que había a un lado, con la intención de tirarla.

Al acercarme, comprobé que estaba medio abierto y algo extraño sobresalía desde dentro. Abrí con precaución para no mancharme las manos y, cuando fui a tirar la lata, me fijé en una bolsa de plástico grande que envolvía algo. Por un lateral, sobresalía pelo. Me alcé un poco para verlo mejor; pensé que sería algún animal muerto, alguien que habría atropellado a un perrito y lo había dejado allí tirado. El olor a putrefacción me alcanzó a medida que abría más el depósito de basura. No alcanzaba a ver bien, pero la bolsa tenía rastros de sangre. Había visto demasiados cadáveres en mi vida como para saberlo. Me fijé bien en el tamaño y, de repente, la cruda realidad me sobresaltó. ¡Joder! ¡Me cago en la puta! ¡Eso no podía ser un animal! ¡Demasiado

grande para ser un perro! Cerré de golpe el contenedor y saqué de inmediato mi teléfono móvil. Llamé a la policía.

—Buenos días, mi nombre es Emerson Ward. He venido a trabajar y he encontrado un cadáver en el contenedor de basura —les dije cuando descolgaron el teléfono.

Una vez que finalicé la llamada, tardaron poco más de veinte minutos en llegar. No toqué nada, sino que me limité a sentarme en la moto y a desear tener un cigarrillo en ese momento. No fumaba desde que me marché de Las Vegas y no lo había deseado hasta ese momento. Cuando la patrulla se personó en el callejón, se llevaron varios minutos tomando fotografías del lugar, mientras yo prestaba declaración. Me dijeron que habían llamado a los inspectores para que se hicieran cargo del caso.

Cerca de una hora después, mi impaciencia iba creciendo. Comprendía que debían hacer su trabajo, pero ¡joder!, yo también tenía que continuar con el mío. Un coche negro, con las luces policiales, apareció por allí. Una chica bastante atractiva salió de él con una seguridad y tranquilidad aplastante. Se notaba que era experta o que estaba acostumbrada, no como los primeros que llegaron, que los pobres parecían novatos.

—Soy la inspectora Olivia Blanco —se presentó una vez que enseñó la placa y cruzó el cordón policial.

—Emerson Ward, dueño del gimnasio —repliqué, dándole un apretón de manos.

—Cuénteme todo lo que sepa, señor Ward.

—Como le he dicho a sus compañeros, no sé mucho. Llegué aquí hace una hora, tropecé con una lata de refresco y, cuando la fui a tirar, encontré el cadáver. Eso es todo lo que sé. Los llamé de inmediato. Y no he tocado nada, tan solo la tapa del contenedor para abrirla —expliqué una vez más.

—De acuerdo, señor Ward. Dígame, ¿tiene cámaras de seguridad aquí afuera? —me preguntó, mientras miraba alrededor de las vallas que cerraban el callejón y los muros exteriores de la nave.

—Llevo poco tiempo con el negocio. De hecho, aún no está abierto al público. Estoy haciendo reformas, así que no, no tengo ni fuera de la nave, ni dentro de ella —le respondí.

—¿Qué estuvo haciendo esta mañana? —preguntó, mientras anotaba algo en una pequeña libreta negra.

—He corrido por la playa durante una hora, tomé un helado, fui a casa a ducharme y me vine aquí.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo? —continuó a la vez que preguntaba y anotaba sin mirarme siquiera a la cara. ¿Cómo podía saber si mentía, si no me miraba?

—Sí. En primer lugar, mi vecina Rocío. Suelo salir a correr con ella todas las mañanas.

—¿Apellido?

—Eh... No lo sé —contesté con toda la sinceridad del mundo.

—¿Va a correr todas las mañanas con ella y no sabe cómo se apellida? —preguntó, alzando una ceja; enfrentaba mi mirada con desconfianza.

—Llevo poco tiempo instalado. No conozco apenas a nadie y no tengo tiempo libre. Trabajo a destajo para abrir el negocio en un par de semanas y empezar el nuevo proyecto. Para eso me he instalado aquí, no para socializar —repliqué un poco molesto.

—Está bien. Entonces me dice que fue a correr con su vecina y después a tomar un helado. ¿Pagó con tarjeta o en efectivo?

—Efectivo. El camarero puede confirmárselo. Desayuno allí todos los días. Después, la

señorita Rocío y yo, nos marchamos a casa. Cada uno a la suya. Me duché y vine hacia aquí. Encontré el cadáver y llamé a la policía. Una mañana muy divertida. —Ironice. Aunque el tiempo que estuve corriendo con Rocío sí fue agradable. Me perdí en mis pensamientos.

—De acuerdo, señor Ward. Eso es todo. Si necesitamos saber algo más, nos pondremos en contacto.

Dicho eso, se dio la vuelta y empezó a observar los alrededores con detenimiento. Dos chicos de uniforme sacaron el cadáver del contenedor con cuidado, y un hombre con guantes y mascarilla desenrolló la bolsa. Había otra persona haciendo fotos a todo. El de la mascarilla, que imaginé que sería el forense, comenzó a recoger muestras del pelo del cadáver y le mostraba al de las fotos algunas partes del cuerpo. Me fijé bien. Era una chica joven, de constitución delgada y el pelo muy moreno.

Entré en el gimnasio y el resto del día lo pasé trabajando. Cuando salí al atardecer, no quedaba rastro de la policía y no parecía que hubiese pasado nada allí. No tenía ganas de encerrarme en casa, así que me dirigí hacia el club liberal. Era justo lo que necesitaba. Echar un polvo en condiciones. Desde que llegué a Almería, no había follado y la situación con Rocío no mejoraba mi estado.

El club era bastante corriente por fuera. No se anunciaba con letreros luminosos ni tenía una gran entrada. Lo que sí ponía en la web era que aseguraban la discreción. Ese aspecto me traía sin cuidado, pero imaginé que no sería igual para todo el mundo.

Al entrar, escuché la insinuante voz de Adele. Me fui directo a la barra y pedí un *whisky*. El ambiente era muy sensual, con grandes espejos y el color granate predominaba en la sala. Me senté en el taburete alto de la barra. Debía esperar una invitación de alguna pareja o una mujer para acceder a la parte interesante del local. Tras unos minutos y una copa, un par de chicas me ofrecieron entrar con ellas, aunque me pidieron estar un rato a solas en la barra, a lo que accedí de inmediato. Al entrar en la otra sala del local lo observé todo con atención. Cerca de mí, había un grupo de tres personas tomando una copa y charlando de manera animada. Uno de los hombres tenía la mano apoyada en el muslo de ella y lo acariciaba de forma suave desde la rodilla hasta la parte superior de los muslos, arrastrando la falda en su camino. El otro hombre le tocaba la mejilla y, de vez en cuando, bajaba la mano a su escote y lo recorría con sus nudillos. Ella se dejaba hacer. La imagen empezó a ponerme cachondo.

En el otro lado de la barra estaban las dos chicas que me habían invitado, ambas con trajes bastante cortos y escotados. Estaban muy cerca la una de la otra, se hablaban al oído, se reían y rozaban sus pechos cada vez que se carcajeaban. Mis ojos no podían separarse de esa imagen, me ponía muy burro ver cómo dos chicas se acariciaban los pechos, aunque fuese por encima de la ropa, como en esa ocasión.

Le di un trago a mi bebida y seguí observando a las chicas con las que me iba a acostar esa noche. El escote del traje de la pelirroja tenía en el centro una abertura que dejaba entrever el contorno redondeado de su terso pecho, tapando apenas la aureola. Tan solo podía pensar en ir hacia allí y acariciar con mi lengua ese contorno; recrearme en la suavidad de su piel. Tenía mucha tensión sexual acumulada en la entrepierna y pensar en Rocío hacía que me estallase. Cualquier día me iba a correr encima como un auténtico colegial con tan solo mirarle el culo. Observé la pista de baile. Allí, el ambiente era sexo en estado puro. Todos sabían a lo que iban. Una pareja bailaba demasiado pegada mientras se besaban. La chica llevaba una falda holgada. Miré la escena. El hombre acariciaba sus muslos hasta llegar a las nalgas por debajo de la ropa, una vez allí, con una excitante parsimonia, la apretaba y la acercaba más a él, mientras movía la

pelvis. Parecía que la estaba follando allí mismo.

Mi erección era casi dolorosa, pero quería disfrutar más de ese tipo de espectáculo. Volví mi vista hasta el grupo de tres de mi derecha. La chica había abierto un poco más las piernas y dejaba al aire su depilado centro. Un hombre, por detrás, le acariciaba los muslos, mientras que, por delante, el otro le pasaba la mano por el clítoris, recogía sus fluidos y se los llevaba a la boca.

Casi gemí cuando lo vi. Desvié la mirada hacia las dos chicas. Estaban más cerca, si era posible, apenas quedaba espacio entre ellas. El roce de sus pechos era más descarado, sus caras reflejaban excitación en estado puro. Una de ellas acarició el brazo de la otra, mientras se acercó un poco más y le dio un pequeño beso, apenas un roce. Sacó su lengua y le recorrió el labio inferior. A esas alturas, mi corazón latía frenético, mi polla estaba dura como una roca y apenas era capaz de respirar con normalidad. No había imagen más erótica que ver cómo dos mujeres se daban placer. Eran exquisitas. Sensuales. Me ponían tan cachondo que era capaz de llevarme toda la noche contemplándolas mientras me masturbaba y, aun así, querer más. ¡Joder! Sudaba con tan solo imaginarlo.

La pelirroja me miró y se dio cuenta del estado en el que me encontraba; besó en el cuello a la acompañante y, con la boca, le bajó el tirante del vestido, recorriendo el hombro con su lengua. La morena echó la cabeza hacia atrás, facilitándole el acceso, y comenzó a acariciar los muslos de la pelirroja, subiendo el vestido a su paso. Una le dijo algo en el oído a la otra y ambas miraron en mi dirección. Era una clara invitación a unirme ya a su fiesta particular.

A esas alturas, no podía aguantar más; me levanté y me fui hacia ellas. Quería alargar más el momento, alargar la noche. Las invité a una copa y pedí una segunda ronda para mí.

No me apetecían charlas banales, tan solo pasar la noche. Me puse detrás de una de ellas, la morena con unos grandes pechos. Eso no quería decir que la otra no los tuviera. La pelirroja tenía otros atributos, como unos labios jugosos que quedarían a la perfección alrededor de mi polla y un culo fantástico que incitaba al pecado.

Ellas continuaron con sus caricias, sus besos y sus risas mientras yo acariciaba los muslos de una y el escote de la otra. Estaban tan suaves que eran deliciosas. La pelirroja llevó mi mano hasta el coño de la morena, provocando que ambos la tocáramos con nuestros dedos. Jadeó y ¡joder!, ¡cómo jadeó!

Ya estábamos preparados para pasar a la siguiente fase. Necesitaba follarlas. A las dos. Les hice una señal y nos adentramos por el pasillo que daba a las salas privadas. En ese momento vi cómo Agustín salía de una de ellas. Ambos sabíamos por qué estábamos allí, así que nos limitamos a un simple saludo con la cabeza y continuar cada uno a lo suyo.

Capítulo cinco

«El más lento en prometer es siempre el más fiel en cumplir».
Jean-Jacques Rousseau

Durante horas me dejé llevar por la pasión, una explosión brutal de placer por placer, sin sentimientos, tan solo llegar al orgasmo una y otra vez de manera salvaje. Y es que ver a dos chicas cómo se comían la una a la otra mientras me follaba el culo de una de ellas y veía rebotar sus tetas delante de mis narices me ponía muy cachondo. El sexo siempre ha formado parte de mi vida, pero hasta que llegué a Las Vegas, no conocía ese mundo. Había escuchado hablar de él, aunque no lo había practicado. Allí... simplemente fluyó.

Era más fácil que no te pidiesen nada cuando practicabas ese tipo de sexo. No se iba para encontrar el amor verdadero y era algo que todos tenían claro. Esa noche me resarcí de todos los calentones que me provocaba la descarada de mi vecina. Alguna que otra vez tuve que cerrar los ojos para no ver la imagen de ella frente a mí, su culo mientras hacía *footing* o sus pechos... ¡Vale! Más veces de las que estaba dispuesto a reconocer, me corrí pensando en ellos y eso que siempre se los había visto con ropa. Pero tengo mucha imaginación.

Las chicas tenían tanto aguante como yo; la pelirroja parecía contorsionista del Circo del Sol, por lo que pasamos una noche gloriosa. Digna de repetir y de tener grandes erecciones solo con el recuerdo.

Cuando salí del local estaba amaneciendo. Me fui a casa, tenía que descansar. Con suerte podría hacerlo, al menos, un par de horas. Me quedaba mucho trabajo aún por hacer en la nave; la reforma se complicaba por momentos. Tocaba aislar las paredes para que no entrase humedad y poder pintarlas.

Lo primero que hice al llegar fue darme una ducha, ya que necesitaba quitarme el olor a sexo. Al meterme en la cama, me quedé dormido del tirón, no sin antes poner el despertador, porque con lo cansado que estaba era capaz de no despertarme. Escuchaba los ladridos de Toby en la lejanía, pero estaba tan agotado que no era capaz de levantarme. ¡Qué cojones le pasaba ahora al animal!

¡Y ahora el timbre! ¡Joder! ¡Estoy durmiendo! Me di la vuelta y seguí a lo mío. Pero no había manera. Un timbre, dos, un golpe en la puerta, otro más... El sonido del móvil, los insistentes ladridos del jodido perro... ¡Joder! ¡Agggghhhh! «¡No hay quien duerma!».

Me levanté de mala leche. Miré el reloj y apenas había dormido media hora. Tenía una llamada perdida de un número desconocido. Fui hasta la puerta y, al abrirla, me encontré con Rocío. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto, balbuceaba y no se le entendía lo que decía.

—Shhhh. Tranquila, así no comprendo lo que me dices. —Intenté calmarla. La abracé, cerré la puerta de casa y dejé que se desahogara—. ¿Le ha ocurrido algo a Nando?

Fue lo primero que se me pasó por la cabeza; ella lo negó con un movimiento de cabeza. Continué acariciando su cabello, esperando el momento que se viera preparada para explicarme el porqué de su estado. La senté en el sofá de casa y fui a la cocina para preparar una tila. Cuando lo tuve todo listo, lo llevé al salón y me senté a su lado. Cogió la taza con las dos manos, calentándolas con el calor que desprendía. Se aferraba al recipiente como si de ello dependiese su vida. Le dio un sorbo y poco a poco, conforme bebía, su respiración se fue tranquilizando.

—Es mi padre. Ha sufrido un infarto —sentenció, aún con la voz tomada y entrecortada por el

llanto.

—¿Es grave? —pregunté con precaución.

—Lo están interviniendo en este momento. Me gustaría ir al hospital, pero la señora Rosa, que es quien suele quedarse con Nando, no puede. Me preguntaba...

—¿Si puedo quedarme con él? —pregunté. Asentí.

—Te lo agradezco mucho. Ahora mismo está en el cole. Se lo pediría a mis amigas, pero todas trabajan hoy —aclaró, mientras subía los hombros.

—No te preocupes. Yo me encargo de él. Tú solo céntrate en tu padre —le dije de manera suave. Deseaba tranquilizarla.

—Nando almuerza todos los días en el comedor. Lo recojo a las cinco de la tarde. Suelo llevarlo a jugar al parque, le doy la merienda, regresamos a casa, hacemos los deberes...

—¡Para, para! —le dije con las palmas de las manos hacia arriba—. Apúntalo todo. No creo que recuerde ni la mitad de lo que me has dicho.

Rocío esbozó una pequeña sonrisa, aunque no era como las que ella acostumbraba a tener, esas que le iluminaban el rostro. No era mucho, pero sí algo. Una vez que terminó de tomarse la tila, la acerqué al hospital en la moto, ya que no estaba en condiciones para conducir. Además, aquí todo estaba relativamente cerca.

Me fui al gimnasio a trabajar un poco. Inauguraba en un par de semanas y todo debía estar listo. Estaba preparando también una pequeña recepción de inauguración. Vendría Rebeca con su marido y la niña. Tenía ganas de verlos, aunque hablábamos casi todos los días. Agustín me había ayudado con los contactos que él tenía dentro de la policía, del ejército y de los legionarios, ya que había un cuartel muy cerca. Teníamos los contratos firmados y vendrían altos cargos para supervisar las instalaciones; que todo se hiciese según los protocolos. Estaba entusiasmado con la idea.

Le dediqué más horas de lo que en un principio estipulaba a la dichosa pared que tenía humedad. Debía rascarla, aplicar el producto, lijar determinadas zonas y pintarla una vez que se hubiese secado. Esa era la estancia más espaciosa y luminosa de todas, por lo que la emplearía para las máquinas de entrenamientos; sería la más visitada por la gente de a pie, personas que vendrían un par de veces a la semana para entrenar, tonificar o coger musculatura. El resto, incluida la sala de tiro, eran áreas exclusivas para los entrenamientos del nuevo proyecto.

Cuando me quise dar cuenta era la hora de recoger a Nando. Como una exhalación, cerré todo, cogí la moto y me fui al cole. Al llegar, todavía no habían abierto las puertas. Aparqué, dejé el casco en el portaequipaje y me fui a esperar al lado de un grupo de mujeres. Si ellas estaban allí, sería por algo. Mi mente divagó sobre los hijos y cómo te cambian la vida. Los niños te condicionan y coartan la libertad. Disfrutaba de una independencia que no tendría si fuese padre. Me gustaba mi vida tal y como era. Tenía un trabajo estimulante, un apartamento donde regresar, una vecina, estaba conociendo gente nueva y podía ir al club siempre que quisiera follar. Sin darme cuenta, la puerta se abrió y los niños comenzaron a salir. Nando llegó hasta mí y tiró de mi camiseta para llamar la atención.

—Hola. ¿Dónde está mamá?

—Mamá está con tu abuelo. Se encontraba mal y lo han llevado al hospital para que lo curen y lo cuiden—. El niño cabeceó de manera suave.

—¿Por qué hablas raro? —No pude evitarlo y estallé en una carcajada. Madre mía, el niño era cómo su madre.

—No hablo raro. Es que no soy español y, aunque domino bien el idioma, el acento no me lo

puedo quitar. —Nando volvió a asentir.

—¿Por qué las madres te miran de esa forma?

—¿De qué forma? —No entendía lo que me quería decir.

—Como si fueses el último pastel de manzana de toda la pastelería.

¡Joder con el niño! Este era peor que Mara. ¡Y eso era mucho decir! Durante un rato, estuve riéndome a carcajadas. ¿Qué cojones le iba a explicar al niño? La mejor táctica era cambiar de tema, jugar al despiste.

—Hablando de pasteles, ¿te apetece que vayamos a tomar uno?

—¡Sí! —exclamó, entusiasmado. Parecía que la técnica había resultado.

Nos dirigimos a una cafetería cercana donde servían trozos de tartas caseras. Ya había estado en alguna otra ocasión y estaban deliciosas. Hicimos el pedido y nos sentamos en la terraza.

—Tu mamá me ha dicho que después de jugar en el parque toca hacer los deberes. —Rocío me comentó que siempre se hacía el remolón y le costaba empezar.

—Bueno, mamá siempre me deja jugar un ratito antes.

—Eso no es lo que me ha dicho. —Intenté ponerme serio.

—¿No cuela? —Aquí no pude más y estallé en una gran carcajada. Este crío era la hostia.

—No. No cuela colega. Termina de tomarte la tarta de manzana y el batido de chocolate y nos vamos un rato a jugar a los columpios —le propuse.

—Y en vez de jugar a los columpios, ¿por qué no jugamos al fútbol? —me preguntó con un brillo especial en los ojos.

—Mucho me temo que yo no sé jugar al fútbol europeo. Recuerda que soy americano. —Pude notar un poco de decepción en sus ojos y no me gustó. No se debería decepcionar así a un niño.

—No pasa nada —contestó, resignado.

—¿No juegas al fútbol con tu papá? —le pregunté con mucho tacto. Nada más preguntarlo, me arrepentí. No sabía nada de la vida de Rocío, podía ser separada o divorciada, incluso viuda, y yo aquí, metiendo la pata con un pequeño al que le podía recordar una historia dolorosa.

—Mi papá nos abandonó cuando yo era pequeño y desde entonces no lo he vuelto a ver. ¿Tú vas a ser mi nuevo papá? —me preguntó de golpe, mientras tragaba un trozo de tarta de manzana, mi preferida, pero que, en ese momento, me costaba trabajo tragar y estaba tan dura como la suela de un zapato. ¡Joder! Comencé a toser, me faltaba la respiración, y mientras, Nando me miraba con cara de no saber qué hacer.

Intenté relajarme. ¡Joder! ¡Era solo un crío! ¡No sabía qué decía! Tomé un poco de agua antes de volver a hablar. En realidad, me tomé el vaso entero. Deseé desaparecer. Después de unos angustiosos y largos segundos, en los que medité la respuesta para no herir sus sentimientos, comencé a hablar.

—No es cuestión de que quiera o no ser tu padre. Padre o madre no es quien engendra, sino quien cría. ¿Lo entiendes? —Hice una pausa para que fuese asimilando mis palabras—. Tu mamá está haciendo un trabajo fantástico contigo. Te cuida, te lleva al cole, se preocupa por ti, juega contigo... No necesitas nada más para ser feliz. Y si tu papá no quiere verte, él se lo pierde. —Le revolví el pelo y pagué la cuenta para marcharnos a los columpios.

Le cogí de la mano y cruzamos la carretera. Nando iba dándole vueltas a lo que le había dicho, casi podía ver los engranajes de su cabecita.

—Pero mamá no sabe jugar al fútbol como los papás. Veo a los otros niños que juegan con sus padres o los llevan a los partidos y me da envidia.

—¿Le has preguntado a mamá si quiere jugar contigo? Estoy seguro de que estará encantada de

hacerlo. Y yo, aunque no sea tú papá, también puedo aprender. Podrías enseñarme. Soy muy bueno con los deportes, ¿sabes?

Nando se quedó pensativo de nuevo, me miró y no dijo nada, solo afirmó. El resto de la tarde pasó en un suspiro. Definitivamente, lo mío no era tener hijos. Estaba agotado entre las sumas y las restas, la lectura, la ducha del chico, la cena... No sabía cómo se las apañaba Rocío. Ella no tenía nadie con quién compartir esos momentos. Y la admiré por ello. Era una mujer muy valiente.

Cuando llegó del hospital, Nando dormía. Le preparé algo ligero para que tuviese algún alimento. Estaba seguro de que no tendría ganas ni cuerpo para cocinar. Cenó mientras me explicaba que a su padre le habían colocado un *stent* y que debía transcurrir un mínimo de setenta y dos horas para pasarlo a planta.

Durante los siguientes tres días establecimos rutinas donde Rocío se quedaba con su padre, mientras yo lo hacía con Nando. Ese día, al llegar Rocío a casa, al rato, me marché a la mía. Por el camino, me sonó el móvil. Me extrañó mucho cuando miré la pantalla y vi en ella el nombre de Agustín, por lo que descolgué de inmediato.

—Dime, Agustín.

—Estoy en el hospital. Por favor, necesito hablar contigo. ¿Puedes venir a verme?

—Por supuesto.

Me dio el número de la planta y el hospital donde se encontraba. Cogí la moto y me marché de inmediato hacia allí. Cuando entré en la habitación estaba sentado y una enfermera le tomaba la tensión.

—Agustín, ¿qué te ha ocurrido? —pregunté, extrañado.

—Me ha dado un infarto. Ya sabes que no es el primero. Esta vez, la cosa era un poco más grave, por lo que decidieron colocarme un *stent*. Creí que me moría.

—¡Qué dices! Aún te queda por dar mucha guerra. Pero, dime, ¿necesitas algo? Porque no creo que me llames para ver mi careto —dije para quitar un poco de hierro al asunto. Era la segunda persona que escuchaba en los últimos días a quien le ponían un *stent*. ¿Lo tenían de oferta? ¿Un dos por uno como en los supermercados?

—Bueno, esto es como un hotel. Te ponen esta pulserita y es un todo incluido. Pero no te llamaba por eso... —Hizo una pausa y tomó un poco de agua de un vasito de plástico que tenía en la mesilla—. Hoy me he acojonado de verdad. Por un momento pensé que no viviría. Ya sé que me vas a decir que son delirios de un viejo, pero me preocupan mi hija y mi nieto. No tienen a nadie más. Están muy solos y si algo me pasara...

—No te va a pasar nada, Agustín —interrumpí. No me gustaban nada los derroteros que tomaba esto—. Todavía te queda mucha guerra que dar.

—Eso espero. Pero la vida da muchas vueltas y no hace falta que te mueras para que desaparezcas de la vida de una persona de la noche a la mañana. —No sabía qué carajo quería decir—. Creo que eres buena persona y un hombre de fiar. Uno que se viste por los pies —¿Por dónde cojones quería que me vistiera? No creo que me pueda poner unos pantalones por la cabeza. Cada vez estaba más perdido. Era un enfermo, por lo que me obligué a atenderlo y prestarle atención—. Solo te pido que, en caso de que a mí me pase cualquier cosa, ayudes en todo lo que puedas a mi hija. Se siente muy sola y mi nietecito es tan pequeño... Estoy tan arrepentido... Prométeme que los cuidarás.

Parecía... desesperado. Era algo importante para él. No conocía a su hija y... ¡Joder! Era una promesa que implicaba mucho compromiso. Cuidar de una mujer y su hijo... ¡Joder, joder, joder! ¡JODER! Tomé una fuerte bocanada de aire, intenté relajarme, pero me fue imposible... Sin darle

ninguna explicación, salí de la habitación dispuesto a marcharme. Era una gran responsabilidad. El tipo de compromiso del que yo siempre había huido. Necesitaba pensar.

Salí del hospital y, solo cruzar la puerta de la calle, comencé a coger bocanadas de aire. Parecía un pez fuera del agua. «¡Me cago en la puta!». Cogí la moto, arranqué y me marché. Debía sopesarlo bien. No podía tomar una decisión como esa a la ligera. Pero era alguien indefenso. Un niño pequeño... Como yo cuando... Alejé esos pensamientos. No necesitaba recordarlos de nuevo. No lo podía dejar tirado, ¿no? Eso es de ser muy desalmado. A un chico se le cuida y se le quiere. Si no... «¡Mierda! ¡No puedo dejar de pensar en él! Aunque tiene a su madre. ¿Y si le pasase algo a ella? ¿Con quién se quedaría?».

Empecé a notar una presión molesta en el pecho. Me costaba trabajo respirar y la sensación de ahogo se intensificaba con cada segundo que recordaba a su nieto. No, no era capaz de dejar tirado a un niño. Debía hacer algo.

Pasé horas en las que solo podía pensar en esa personita, que no conocía de nada, pero que me angustiaba que sintiese esa sensación tan devastadora que es la soledad. No, no podía permitirlo. Casi sin darme cuenta, había llegado de nuevo a la habitación del hospital.

—Antes de prometerte nada, me gustaría conocerlos —le dije nada más entrar.

—Eme, ya los conoces —me dijo con voz cansada. Estaba acostado en la cama del hospital y se le veía... triste.

—¿Cómo que ya los conozco? Yo no conozco a tu hija, y menos a tu nieto.

—No es lo que me ha comentado Rocío.

—¿Rocío es tu hija?

Capítulo seis

«Un verdadero amigo es aquel quien se acerca a ti cuando el resto del mundo te abandona».
Walter Winchell

Me sorprendí mucho al enterarme de que Rocío era la hija de Agustín. Ahora sabía el motivo por el que ella acudió a mí, en lugar de cualquier otro gimnasio que tuviese más cerca. En ese momento no lo pensé, pero, claro, tampoco es que razonase mucho cuando la tenía delante.

—Eme, ¿estás aquí? Te has quedado blanco. —Escuché la voz lejana de Agustín.

—Eh... Sí, disculpa. Solo estoy sorprendido —contesté, distraído.

—¿Estás seguro? ¿Quieres un poco de agua?

—No. Estoy bien. Ahora contéstame, Agustín. ¿Por qué quieres que cuide de ellos? Por lo poco que conozco a Rocío es una mujer que se vale por sí misma, fuerte, independiente. Además, según me ha contado ella, tiene muy buenas amigas.

—Mi niña no necesita ningún hombre a su lado, que la proteja o que la cuide. Se basta ella sola para criar a su hijo, llevar adelante su negocio y vivir como quiere. No es esa la protección que te pido.

—¿Entonces? No te entiendo.

—Solo pretendo que la ayudes cuando lo necesite, le tiendas una mano cuando nadie más lo haga. Créeme, pasará. Ser un hombro donde desahogarse en los peores momentos.

—Quieres que sea su amigo —aclaré.

—Exacto. Necesito que seas su amigo, alguien en quien apoyarse para poder continuar y que Nando se pueda aferrar a esa persona.

—Agustín... —Me senté en el butacón, al lado de la cama. Esta conversación iba a ser larga —. La amistad no es algo que se pueda forzar. Se labra día a día, poco a poco, con pequeños detalles, adquiriendo complicidad con esa persona. Se forja perdonando los errores, aceptando los fallos de la otra persona y, pese a todo, continuar a su lado. Tengo grandes amigos. Te puedo asegurar que, cuando los necesite, estarán a mi lado como yo he estado al suyo cuando les ha hecho falta, pero no por una imposición.

—Al menos prométeme que lo vas a intentar.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—¿Crees en la verdadera amistad entre un hombre y una mujer?

No sabía a qué venía esa pregunta, pero la respuesta era muy clara. Por supuesto que sí. Me acordé de Rebeca y su recuerdo me sacó una enorme sonrisa.

—¿Por qué no? Mi mejor amiga es una mujer y, además, era la capitana de mi escuadrón. Nuestra amistad se fortaleció con las misiones que tuvimos, a base de cubrirnos las espaldas y tener que confiar ciegamente en la otra persona. —Me quedé en silencio durante un rato. No entendía qué quería de mí—. Puedo intentar un acercamiento, ganarme la confianza de Nando y Rocío poco a poco. Te puedo prometer que intentaré estar ahí cuando me necesiten porque tú me lo has pedido. Aunque no te lo creas, me has ofrecido una vida nueva, una segunda oportunidad, y eso jamás lo olvidaré.

—Con eso me vale. —Se quedó callado y carraspeó. Presentía que no era lo único que quería.

—Dime, hay algo más, ¿verdad? —le pregunté, mientras me levantaba del butacón y metía las

manos en los bolsillos del pantalón. Estaba intranquilo.

—No sé cómo pedirte esto.

—Directo, sin rodeos —contesté.

—Quiero que me prometas una última cosa. Deseo que seas su amigo, no quiero que intentes jugar con ella. Te he visto en el club...

—Club al que tú también vas —le corté—. Me parece muy hipócrita tu actitud. Sé su amigo, protégela, pero no juegues con ella. ¿No? ¿No es eso lo que me estás pidiendo? Puedes estar tranquilo, no soy un hombre que quiera ningún compromiso, aunque lo que te acabo de prometer sea la mayor responsabilidad que he adquirido en mi vida.

—Eme, no te lo tomes a mal. Siéntate —dijo, señalando el butacón—. Necesito que comprendas mi actitud.

—La entiendo, no te preocupes; no quieres que tu hija se lie con un tipo como yo. Puedo sacarle las castañas del fuego, pero no... —Me callé la boca, me empezaba a cabrear.

—Eme, tengo las mismas perversiones que tú desde que tengo uso de razón. A mí una sola mujer nunca me ha bastado. Cuando conocí a la madre de Rocío pensé que era el amor de mi vida. Y de verdad que la amaba, con todo mi corazón, pero no fue suficiente. Cuando mantenía relaciones con ella se quedaba... corto, necesitaba más. Mucho más. —Se quedó en silencio durante unos segundos, tomó varias respiraciones antes de continuar—. No sé si me comprenderás, pero para llegar al orgasmo tenía que fantasear...

—¡Vamos, Agustín! ¡No me jodas! La imaginación forma parte importante del sexo, una parte esencial, diría yo. Los juegos de pareja, siempre que sean consensuados...

—¡Pero no quiero eso para mi hija! ¿No lo entiendes? —me interrumpió de repente con un tono de voz más adusto.

—Eso debería decidirlo ella. No quiero decir que esté pensando en acostarme con tu hija, pero no deberías meterte en su vida de esa forma. —Esto no tenía ningún sentido. Rocío era una chica espectacular, simpática, independiente, fuerte... Todo lo que un hombre puede desear. «¡Joder! ¿Yo he dicho eso?».

—Mi pervisión hizo sufrir mucho a mi mujer.

—¡Eso no es ninguna pervisión! Es una tendencia sexual como cualquier otra. No implica maldad, no somos enfermos. ¿No lo entiendes?

—En un principio quiso probarlo y me acompañó —continuó hablando, casi sin hacerme caso—. Para mí fue la mayor prueba de amor que pudo regalarme y la amé más por ello, si es que era posible. ¡Joder! ¡Lo tenía todo! Una mujer preciosa que me acompañaba en mi aventura y que después podía recordar esos momentos con ella en nuestra cama, un buen trabajo, un hogar... Ver cómo otro hombre la acariciaba, la besaba y la hacía suya, mientras yo se la ofrecía, era el colmo de la felicidad, el éxtasis más placentero, tocar el cielo con mis propias manos. Fui feliz hasta que me enteré de que ella no sentía lo mismo que yo... A ella le repugnaba todo ese mundo... ¡Lo hacía por mí, no porque quisiese hacerlo! Una noche, después de llegar de un club, se metió en la ducha como siempre. Me preparé una copa y fui hacia el baño. Quería hacerle el amor a mi mujer y, al entrar, lo que encontré me dejó... atónito. Lloraba desconsolada mientras se restregaba la piel con un estropajo. Su preciosa piel, completamente enrojecida mientras frotaba una y otra vez, temblando, aturdida y atormentada.

—Comprendo lo que quieres decir. Debe de ser una situación muy complicada si esa persona no comparte tus gustos.

—No. No lo entiendes. En casos como el nuestro, o somos felices nosotros o nuestras parejas.

Si ellas no comparten nuestros gustos, nunca podremos serlo, uno de los dos debe renunciar y... eso no es justo... para ninguno. Tú no eres como yo. Vas allí como deshago, porque no tienes ni tiempo ni ganas de adquirir un compromiso con nadie como pareja. Llevo muchos años en este mundo y visto demasiadas cosas y sé que, aunque participes de esto, no es tu prioridad, por eso mismo te estoy pidiendo que no lo hagas con ella. Aunque la veas fuerte, en el fondo es muy vulnerable y ha sufrido mucho por amor. Temo que sea ella la que acabe equivocándose. Es una mujer muy enamoradiza y no deseo que sufra.

—¡Esta bien! —claudiqué, levantando ambas palmas de las manos—. Te prometo que cuidaré de ellos. Debes entender que, por mi educación, por mi forma de ser, por mi disciplina dentro del ejército o... por lo que tú quieras llamarlo, jamás rompo una promesa. Una promesa a un amigo es sagrada.

—Gracias. Te estoy muy agradecido.

—No me las des. Te prometo que los ayudaré en todo lo que pueda. Ahora, descansa. Yo debo marcharme.

Cuando salí del hospital, amanecía. Estaba agotado, pero no tenía ganas de acostarme, por lo que me fui del tirón al gimnasio para terminar de arreglarlo. Con los acontecimientos de los últimos días iba muy retrasado y la fecha de la inauguración se me venía encima. Pasé todo el día encerrado allí. A última hora de la tarde comenzaban los entrenamientos un grupo de policías nacionales de la brigada de homicidios y desaparecidos. Mi trabajo consistía en un entrenamiento exhaustivo de preparación física que, junto con otros especialistas, como psicólogos, psiquiatras y entrenadores de perros, formaríamos un cuerpo de élite, especializado, sobre todo, en crímenes y asesinos en serie. Sobre las siete de la tarde comenzaron a llegar mis nuevos alumnos; un total de siete policías.

Durante más de una hora, nos dedicamos a entrenar en el combate cuerpo a cuerpo. Eran policías que estaban muy bien preparados.

—¡Está bien, chicos! Gracias. La clase ha finalizado por hoy. Mañana continuaremos —dije una vez que habíamos concluido.

Los chicos comenzaron a dispersarse por el aula en grupos, hablando entre ellos.

—Pérez, ¿tenemos ya los resultados de la autopsia? —preguntó Ricardo, uno de los policías.

—Esperaba tenerlos a final de la tarde, pero terminó mi turno y el forense aún no tenía el informe —contestó Castillo, otro compañero.

—Bueno, ahora empieza el mío. Si llega el informe, te aviso —intervino Pérez.

—Gracias, te lo agradecería mucho. Este caso nos está trayendo de cabeza.

—La verdad es que sí. El cabrón se lo está montando de puta madre. No deja ni una sola pista ni huella de la que poder tirar. Sabe lo que se hace.

—Lo pillaremos. De eso no te quepa duda. Siempre cometen algún error.

—Espero que así sea. Oye, una pregunta, ¿leíste el informe de la policía de Madrid? El del asesinato que tanto se asemejaba a este —preguntó Castillo.

—Nos lo dieron ayer. Espero que tu pálpito sea cierto y no tengamos a dos capullos matando por ahí.

—Pero si es así, ¿por qué en Madrid y aquí? —reflexionó Castillo.

—Tío, no tengo ni puta idea. Pero ahora mismo lo único que me apetece es darme una ducha y meterme en la cama hasta mañana. Estoy agotado y no soy capaz de pensar en nada más.

—Descansa. Mañana hablamos. Esperemos que ya tengamos el informe y podamos avanzar un poco en la investigación.

No pude evitar escuchar la conversación entre los dos policías. Sabía que eran los encargados del caso de los asesinatos de las últimas semanas. Esperaba que pillaran al cabrón, ya que no se hablaba de otra cosa. Y el informe que esperaban seguro que sería de la chica que apareció muerta en el callejón de atrás. Al recordar aquel suceso, me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

Cuando todos se marcharon, cerré el gimnasio y me fui a casa. Estaba muy agotado. Al llegar al patio interior de los apartamentos, vi luz en la ventana de Rocío. Sopesé la idea de acercarme a su casa, pero la descarté de inmediato. No tenía ganas ni fuerzas para nada, tan solo para dormir durante al menos ocho horas seguidas. Cuando llegué a su rellano, escuché como se abría la puerta de Rocío, dejando que el perro se escapara, ladrando de nuevo.

—No sé para qué le pones ese collar al perro —le dije a Rocío, cuando la escuché salir.

—Para que no ladre —respondió con una sonrisa, mientras se encogía de hombros. Estaba preciosa con la melena suelta, sus ojos brillantes y manchas de pintura por la cara.

—Pues a la vista está que no da resultados. No sé si te habrás dado cuenta, pero sigue ladrando como un condenado —le susurré al oído mientras me acercaba a ella. Noté cómo se le erizó toda la piel y se le ensanchó la sonrisa que iluminó todo su rostro.

—He hecho algo de cenar, por si te apetece. Sé que llevas todo el día liado y estoy segura de que no habrás almorzado en condiciones. Además, Nando y yo hemos hecho tarta de manzana esta tarde. Apostaría lo que quieras a que no podrás resistirte a ella.

¡Joder! ¿Cómo negarme a comer un buen trozo de tarta de manzana casera? Recordé los cumpleaños de Mara y los pasteles de mi amiga Rebeca. Sonreí y, casi sin hablar, entré en su apartamento, dispuesto a llevarme mi ración. Toda la casa olía al pastel recién horneado. Casi salivaba.

Nando estaba sentado en el sofá. Al verme, se levantó para saludarme y chocó los nudillos conmigo, la forma en la que se había acostumbrado a hacerlo. Era un crío fantástico.

—Eme, ¿te quedas a cenar? Hemos preparado tarta de manzana —me preguntó Nando.

—Por supuesto, colega. ¿Quién puede resistirse a un buen trozo?

—Primero debes comerte toda la cena o mamá no dejará que la pruebes —me explicó el muy pillo.

—Estoy seguro de que podré con la cena y el postre —respondí, mientras le guiñaba un ojo.

—¿Te gustan las verduras? Mamá ha preparado ensalada de judías verdes. Si tú te comes muchas, quedarán menos para mí. Prefiero comerme un trozo más grande del postre —dijo bajando el tono de voz, aunque no lo consiguió demasiado, ya que Rocío se enteró y a mí me entró la risa.

—Te he escuchado, renacuajo. Y si no te comes tu ración de ensalada, no probarás el postre. Ya lo sabes —respondió mi vecina con fingido enfado, aunque ambos aguantábamos la risa.

La cena transcurrió distendida por las ocurrencias de Nando y los ladridos de Toby. De fondo se escuchaba la banda sonora de la película de *Spiderman*, de la que el niño y yo éramos fans. Cualquiera le quitaba la televisión mientras veía a su superhéroe.

Los días pasaron sin más, casi en una bienvenida monotonía, ya que me daba tiempo de ultimar todos los arreglos de la nave. Por la noche cenaba con Rocío y Nando. Cada tarde, horneaban una tarta diferente. Nada más entrar en el portal, me llegaba el olor y jugaba a adivinar el sabor de ese día. A veces, la adornaban con dibujos. Rocío era una artista en esa materia, tenía pasión por la

pintura, solía pintar cuadros para luego venderlos. Le había encargado un par de ellos para mi negocio. Ese viernes por la noche, cuando llegué del gimnasio, no olía a nada, cosa que casi me desilusionó. Al llegar al portal, vi a Rocío bajando por las escaleras. Iba vestida con unos vaqueros ajustados y una camisa amplia blanca que resaltaba el color moreno de su piel. Llevaba el pelo suelto, cuando en casa solía tenerlo recogido en un moño bastante deshecho.

—¡Hola! —saludó, alegre.

—¡Hola, Rocío! ¿Qué tal está tu padre hoy? —pregunté. Pensé que quizá iría a verlo al hospital, ya que aún no le habían dado el alta.

—Bien, bastante mejor. Si sigue así, mañana podrá irse a casa.

—Me alegro mucho. ¿Vas a verlo? —le pregunté.

—No, hoy salgo con las chicas. Nando se ha quedado en casa de doña Rosa. Así que esta noche voy a tomarme unas copas y a bailar un rato, que falta me hace. ¿Te apuntas? —me preguntó con un brillo especial en sus bonitos ojos. Era una mujer espectacular y cada día me costaba más trabajo estar junto a ella y no abalanzarme. Estaba empezando a sentirme muy atraído por Rocío, pero tenía que alejarme en ese sentido. Menos mal que la presencia de Nando me facilitaba mucho la labor para no cometer una locura.

—Creo que hoy descansaré.

—Venga, no seas aguafiestas. Pareces un señor mayor, tan responsable y trabajador. De casa al trabajo y del trabajo a casa. ¡Necesitas desmelenarte un poco! —exclamó con picardía. ¡Si ella supiera! ¡Joder! ¡Me lo estaba poniendo muy difícil! Y la verdad es que llevaba ya una semana que no iba por el club. Prefería quedarme en casa con ellos dos. ¡Me cago en la puta! ¿Qué carajo me estaba pasando? Por otro lado, debía ir con ella para asegurarme de que no le pasaba nada. Al fin y al cabo, se lo había prometido a su padre.

—Está bien. Me doy una ducha rápida y me voy con vosotras —claudiqué, pero solo por asegurarme de que volvía bien a casa. Me vino a la cabeza la conversación de los dos policías. Había un asesino en serie suelto por las calles de Almería y no podía permitir que le sucediese algo. Sin que se diese cuenta haría de escolta para ella y sus amigas.

Con esa firme convicción, me fui a la ducha, repitiendo en mi mente una y otra vez que lo hacía por cuidar de ellas y no por querer pasar más tiempo a su lado.

Al llegar al *pub* donde habíamos quedado, tres locas se abalanzaron sobre nosotros. Hablaban todas a la vez y no llegaba a entender lo que decían. ¿Por qué lo hacían tan rápido? Tras las presentaciones, nos fuimos hasta la barra para pedir algo de beber.

—Rocío, llevabas razón en lo que decías. Creo que todas estamos de acuerdo —dijo Cristi, mientras le daba un trago a su bebida de una forma muy sensual. ¿Pretendía ligar conmigo?—. Si no lo vas a usar, me lo dices. Me viene a la mente varias formas de hacerlo.

Rocío se rio, negando con la cabeza. No entendía nada de lo que decían. ¿Hablaban en clave?

—Entre amigas se presta la ropa, no otra cosa. Esos asuntos son... sagrados —explicó Clara, aunque no me quedaba claro nada. Me perdía parte de la conversación. Solo podía mirar a un lado y a otro, como si estuviera en una pista de tenis.

—Hija, solo lo digo por si ella no lo va a usar. Sería un desperdicio.

—Cristi, cariño. Creo que debes centrarte en tu vida y dejar otros... menesteres para más adelante. Dejar de usar todos los... las cosas sin ton ni son. Que estás muy espabilada últimamente —respondió Clara. Aunque seguía sin saber a qué se referían, parecía un buen consejo.

—¿Qué? ¡No me negareis que la prenda... es muy bonita! ¡Es una lástima dejarla en el armario

sin usar! —exclamó Cristi. Y todas comenzaron a reírse. Pedí otra ronda porque, aunque no estaba aburrido, no llegaba a comprenderlas bien.

Tras varias rondas más, salimos a la pista de baile. En un principio, todo iba bien, nos divertíamos, reíamos y bailábamos. Las amigas eran muy divertidas y siempre salían con alguna broma. Pronto, me sentí integrado en el grupo. Rocío, cada vez se pegaba más a mí y, aunque me encantaba, me provocaba un problema cada vez mayor en mi entrepierna.

—Rocío, creo que deberíamos irnos ya, es demasiado tarde —dije, mientras intentaba disimular mi erección. No sabía si era por las copas que llevaba encima, pero se colgó a mi cuello y me pidió un último baile. Me impregné de su perfume y cada vez me costaba más separarme de ella. Ronroneó tan cerca de mí que solo me provocaba llevármela al aseo y follarla hasta que quedásemos exhaustos. Me di un golpe de realidad y recuperé mi cordura, esa que había perdido por unos segundos.

—¿Es que no te gusto? —preguntó con voz mimosa.

—Lo siento. Solo podemos ser amigos. Le hice una promesa a tu padre —expliqué con la respiración más entrecortada de lo que quería. «¡Joder! ¡Me cago en la puta madre de la puñetera promesa!».

—¿Cómo que una promesa? —preguntó con cara sorprendida.

—Prometí que os cuidaría, que velaría por vosotros, pero sin llegar más allá de una bonita amistad, soy un hombre de palabra...

La cara de espanto que puso me enterneció. Era una mujer fuerte, pero en ese instante podía ver la vulnerabilidad en sus bonitos ojos.

—No me rechaces, por favor... —casi suplicó. ¿Me estaba pidiendo que no la rechazase porque pensaba que no me gustaba? ¡Joder! Esto era de locos.

—No te rechazo. Deberíamos irnos a casa y mañana hablamos de esto, cuando estés más despejada...

—¿Crees que estoy borracha? ¿Es eso?

—No se trata de eso...

—Mira, da igual, déjalo. Ahora, por favor, te pido que te marches.

—¿Y dejarte aquí sola? Ni de coña —repliqué, casi enfadado.

—No sería la primera vez que salgo con mis amigas. Es algo que hago desde que tenía quince años. Sé cuidarme solita, no necesito a un guardaespaldas —sentenció con un tono de voz duro.

Dicho eso, me di la vuelta y salí del *pub* como si estuviera en pleno incendio y así lo estaba, al menos mi polla. Al llegar a casa, me la casqué durante más de una hora como un jodido adolescente con las hormonas en plena efervescencia.

Capítulo siete

«El sexo es como jugar una partida de bridge: si no tienes una buena pareja, más te vale tener una buena mano».
Woody Allen

ROCÍO

Por fin llegué a casa después de una noche muy intensa. Nando se había quedado con una vecina, así que tenía unas horas para mí. Toby me recibió como siempre entre ladridos. No le gustaba que lo dejase solo. Lo mandé callar, aunque hizo caso omiso. Me fui directa al cuarto de baño, recordando cómo las manos de Eme acariciaban mi cuerpo mientras bailábamos en el *pub*. Su ritmo era muy sexual, despertando partes de mi cuerpo que estaban atrofiadas desde hacía mucho tiempo. La sensualidad con la que movía las caderas provocaba que quisiera arrancarme las bragas como si fuese una fan enloquecida, a pesar del cabreo monumental que había cogido con él.

Cerré la puerta, abrí el grifo de la ducha y dejé que corriese hasta que llegara a una temperatura agradable mientras me desnudaba. Miré mi reflejo en el espejo. A pesar de los kilos de más, del paso del tiempo y de un embarazo, mis curvas me parecieron bonitas. Hacía mucho tiempo que no pensaba en el sexo, era algo que había relegado en algún lugar de mi mente y no dejaba que saliese. Me concentraba en mi hijo y en mi trabajo; demasiado tiempo que no estaba con un hombre, desde que lo dejé con mi ex. Paseé mis manos por los pechos que aún no se habían caído demasiado y la caricia me erizó toda la piel. Sentí una necesidad que creí perdida. Recordé el juguete que me regalaron las chicas con motivo de mi separación en aquel *tuppersex* que organizaron, y la excitación se acrecentó. Aún no lo había estrenado, pero era hora de hacerlo. Intenté recordar donde lo había guardado. Salí del cuarto de baño, seguida de mi querido perrito que continuaba ladrando, y rebusqué en el fondo del armario. Cuando encontré lo que buscaba, me marché de nuevo al baño, cerrando la puerta tras mi paso. Trasteé en el móvil, puse un poco de música relajante y miré mi juguetito con necesidad. Estaba excitada. Nunca había usado nada por el estilo. Lo encendí y me reí cuando se activó. Tenía además algo específico para el clítoris. Me pasé la mano por mis labios y estaba empapada. ¡Por Dios, cuánto tiempo!

Lo toqué con suavidad y volví a pulsar el botón. Me reí nerviosa a la vez que cogía el lubricante y le echaba un buen chorreón. Entré en la ducha. El ambiente estaba empañado por la nebulosa de vapor y el sonido de la música. Me senté en la placa y dirigí los chorros de agua a mis partes íntimas. Me traspasó una corriente eléctrica. Escuchaba a Toby ladrar en la lejanía, pero ya no me importaba. Paseé mi nuevo juguete por mi cuerpo, sintiendo cada vibración que emitía, hasta llegar a mi centro. Me toqué con los dedos para comprobar el grado de humedad, aunque bien sabía que estaba empapada. El juguetito no era pequeño y debía acostumbrarme a él... Ummm, me relamá con la sensación del lubricante, pequeñas cosquillas que incitaban a más.

El volumen de la música subió y me introduce un poco el aparato mientras con un dedo daba círculos perezosos alrededor del clítoris. La necesidad se acrecentó. Apenas escuchaba los ladridos del perro y, en este momento, me daban igual. Introduje un poco más y aumenté la velocidad, arrancando un gemido de satisfacción. ¡Dios! ¡Estaba tan cachonda! Poco a poco, me lo fui introduciendo por completo. Tenía unas bolitas internas que me enloquecían de placer, pero cuando me rozó el vibrador del clítoris, no pude evitar un gran gemido de placer. ¡Joder! Aumenté

la velocidad por la necesidad de correrme. Me encontraba en una nube de placer donde apenas veía o escuchaba nada que no fuese el sonido de mis gemidos o de la vibración del aparato, aunque bien sabía que Toby ladraba frenético en la puerta. Aumenté la velocidad hasta el máximo para acelerar el orgasmo. Necesitaba correrme con urgencia.

En ese momento escuché un fuerte porrazo en la entrada. Me asusté de inmediato, provocando que la excitación se fuera por el desagüe. Cerré el grifo y salí de la pequeña placa de ducha, me envolví en una toalla y salí, seguida de Toby, dispuesta a saber qué ocurría. Estaba cabreada, pero de inmediato, el enfado dejó paso a la preocupación. ¿Y si le había pasado algo a Nando? Volví a escuchar los porrazos en la puerta de entrada y, con prisa y asustada, la abrí.

Al otro lado se encontraba Eme con una cara de cabreo monumental y un pantalón corto caído en la cadera que hacía que se le enteviera el tatuaje. Me relamí al verlo.

—¿Se puede saber qué cojones le pasa al puto perro que no para de ladrar? ¡Joder, que son las cinco de la mañana! —exclamó en un tono de voz muy bajo pero, al mismo tiempo, bastante amenazante.

—¡Guau! ¡guau! ¡guau!

—Shhhh. ¡Calla! —intenté silenciarlo, pero no había manera.

—¿Lo puedes acallar, por favor? —preguntó, casi perdiendo la paciencia.

—Lo sé, lo siento, pero estaba en la ducha y últimamente está bastante... susceptible. —Eme me miró con cara de no entender nada, a la vez que sus ojos recorrían mi cuerpo. Toby continuaba ladrando a todo sin parar, meneando la cola y yendo de un lado a otro de la casa, mientras yo le regañaba e intentaba calmarlo—. Sé que es muy molesto, pero de verdad que lo he intentado todo. Le he puesto un collar antiladridos. Si el perro ladra, se activa, pita y manda una vibración, pero a él esa vibración hace que ladre y vuelva a pitar, a vibrar y vuelva a ladrar y... ¡Estoy desesperada! ¡Ya no sé qué hacer! —exclamé frustrada, subiendo y bajando las manos.

Mi perrito apareció a mi lado, me agaché para acariciarle la cabecita. Llevaba conmigo muchos años y solo en los últimos meses se comportaba de esa manera. Lo consulté con el veterinario y me vendió el dichoso collar que tampoco hacía efecto. Tendría que llevarlo de nuevo. Toby salió disparado, ladrando por toda la casa, y se adentró en los dormitorios.

—Sé que es difícil, pero debes hacer algo. Se lleva todas las madrugadas ladrando y, en cualquier momento, algún vecino llamará a la policía. ¡No hay manera de dormir!

Nos quedamos callados, mirándonos el uno al otro. En el último mes, estábamos cogiendo bastante confianza y casi siempre cenábamos junto a Nando. De repente, nos dimos cuenta de que Toby estaba callado. Lo buscamos con la mirada y apareció por el pasillo con algo en el hocico.

—¡Mira! Parece que ese... palo le gusta —exclamó Eme. Me fijé bien en lo que llevaba en la boca hasta que me di cuenta de lo que era. «¡Tierra trágame y no me escupas!». De repente, me sonrojé y me entró la risa nerviosa—. Lo mismo solo era cuestión de buscarle un juguete para que no se aburriera. Yo no se lo quitaría —continuaba hablando Eme, mientras yo reía y me tapaba la cara con las dos manos, muerta de la vergüenza. Menos mal que él aún no se había dado cuenta de lo que era.

—Está bien, Eme. No te preocupes. No se lo quitaré. Al menos por esta noche —sentencié, mientras intentaba cerrar la puerta para que no supiese qué era lo que realmente tenía en la boca.

De repente, se escuchó el sonido de la vibración y el perro lo soltó en el suelo, asustado; volvió a ladrar. Mi vecino me miró, desvió sus ojos al perro y volvió a posarlos en mí con una ceja levantada. Dio tres pasos hacia él y cogió el juguete. Lo observó con atención mientras intentaba apagarlo, subió su mirada hacia mi cuerpo. Supe en el momento exacto en el que se

percató de lo que hacía cuando él llegó por su sonrisa de medio lado, la ceja levantada y la exclamación que soltó.

—¡Joder! ¡Ponte algo de ropa! ¡Joder, me cago en la puta! ¡¿Sabes lo difícil que se me hace imaginarte en esa situación y no follarte contra la pared?!

Comenzó a dar vueltas por el salón con el cacharro en la mano, mientras soltaba todo tipo de exabruptos por la boca y a mí me volvía a dar la risa tonta. Se paraba, lo miraba y volvía a andar mientras exclamaba todo tipo de palabras que no lograba entender porque las decía en inglés, como siempre que se cabreaba.

—¿Que más te da lo que haga con mi cuerpo? ¡Bien te has encargado de decirme una y otra vez que solo podemos ser amigos! —le grité, enfadada—. ¿Prefieres esto o que me folle a cualquiera en los lavabos de una discoteca? ¡Tengo treinta y ocho años! ¡Por el amor de Dios! ¡Necesito a alguien que me folle, no que me proteja!

¡Joder, la había liado! Nunca, jamás, había tenido esa necesidad. Ni hablaba de esa manera. Con mi vecino era diferente. Con solo verlo, tenía taquicardias y mis braguitas se desintegraban. Pero él no quería nada conmigo. Me lo había dejado claro en más de una ocasión. Solo una amistad. No quería romper la promesa a mi padre. ¡Una estúpida promesa! «Soy un hombre de palabra», me había dicho esa misma noche.

Se giró hacia mí y, en dos pasos, estaba pegado a mi semidesnudo cuerpo; mi espalda contra la pared. Nuestros alientos se entremezclaban de manera deliciosa y su mirada me incendiaba. Con el aparato en la mano, lo subió y, aún vibrando, lo acercó a mi escote.

—¡No necesitas ningún aparato que te dé placer, ni nadie que te folle en los lavabos! —exclamó con la respiración entrecortada.

Toby continuaba ladrando, reclamando su juguete, y enseñándole los dientes a ese hombre que me volvía loca.

—Entonces, ¿qué es lo que se supone que debo hacer? —repliqué casi en un susurro en su oído, asegurándome de que mi aliento acariciase sus labios—. Si no me follas, no puedo tirarme a otro y tampoco disfrutar de mi juguete, ¿qué propones, Eme?

Eme bajó la mano de manera pausada mientras en su recorrido acariciaba mi brazo. Se acercó un poco más a mi boca, lo suficiente para saber qué iba pasar a continuación. No nos dimos cuenta del carraspeo, hasta que Toby subió la intensidad de sus ladridos. Miramos hacia la puerta para ver a la señora Pérez, con su bata de andar por casa, los rulos puestos y una mascarilla en la cara de color negra que, con la oscuridad del portal, daba la impresión de ser algo diabólico. Ambos nos separamos como si pincháramos. Enfrentamos nuestras miradas y nos aguantamos la risa que estábamos a punto de soltar. Eme escondió el vibrador en su espalda.

La señora Pérez era la típica vecina cotilla, la vieja del visillo, que estaba al tanto de la vida de todos.

—Rocío, nena, tu perro no me deja dormir. Está formando tal escándalo que ha despertado a mi Pepe —dijo con aparente tranquilidad, mientras Toby ladraba y le enseñaba los dientes. Era con la única que se ponía un poco agresivo.

—Lo siento, señora Pérez, pero últimamente está un poquito agobiado por estar todo el día aquí encerrado...

—Nena, si no lo callas, me veré en la obligación de llamar a la policía. No solo por mi Pepe, sino por el bien de la comunidad —amenazó.

—No se preocupe que mañana, si me da tiempo, lo llevo al veterinario después de recoger a Nando. Se lo comentaba ahora mismo al señor Ward, ¿verdad? —pregunté, mientras miraba a mi

vecino.

—Si no te metiesen todos los días tanta prisa para ir quién sabe dónde, seguro que te daba tiempo y ¡calla al chucho, por favor! —exclamó la señora Pérez.

—¡A mí nadie me la mete, ya me la meto yo solita! —repliqué, haciéndome la ofendida. Vi a Eme intentar aguantar una carcajada, mientras miraba su mano escondida en su espalda, y a la señora Pérez ponerse roja como un tomate. Estaba a punto de estallar de ira. La conocía. Intenté coger aire para aguantarme la carcajada por la burrada que acababa de soltar—. La prisa. Ya me meto la prisa yo solita. Vamos, que no hace falta que nadie me la meta...

—No se preocupe, señora Pérez, daremos un paseo con el perro para que su marido pueda descansar —interrumpió Eme.

La señora Pérez nos observó de arriba abajo, levantó la barbilla ofendida, se dio media vuelta y se marchó a su casa. Justo cuando cerró la puerta, ambos estallamos en grandes carcajadas.

—¿Ya me la meto yo solita? —preguntó Eme, mostrando el dildo morado que vibraba en su mano, mientras Toby continuaba con sus ladridos. «¿Y ahora cómo coño salgo de esta?». La cara de mi vecino era todo un poema y yo tan solo tenía ganas de reír, porque el calentón, con todo lo ocurrido, se me había pasado—. ¿De verdad necesitas esto para darte placer? —Intenté hacerme la ofendida pero no lo conseguí. Tan solo fui capaz de intentar ocultar las carcajadas.

—Entra. Me visto y lo bajamos. —Me di la vuelta, a la vez que sostenía la toalla con las manos para que no se cayera, y fui hacia mi dormitorio para cambiarme de ropa. Vi a Eme tirar el vibrador en el sofá y a Toby saltar sobre él para cogerlo. Ambos volvimos a carcajearnos. Estaba claro que necesitaba comprarme otro porque ese ya estaba inservible.

Incrédula, por todo lo ocurrido, me enfundé en unos simples vaqueros, una camiseta con el hombro al aire y unas sandalias, aunque de vez en cuando reía al pensar la que liarían las chicas cuando se lo contase.

Salí del dormitorio, cogí la correa de Toby y salimos al paseo marítimo. La noche estaba despejada y hacía una temperatura perfecta. Bajamos a la playa y solté al perro para que corriese por la arena.

—Hoy me he sorprendido mucho cuando me he enterado de que Agustín es tu padre. No me lo esperaba. Me ha dado mucha pena cuando lo he visto en el hospital —me dijo de repente.

—Es un hombre fuerte, pero no se cuida demasiado. Lo más probable es que le den mañana el alta. Debió traspasar el negocio hace un año, cuando le dio el primer infarto, pero es muy cabezota —le expliqué. Eme se adelantó un poco y cogió una piedrecilla de la arena y la arrojó al mar. Toby fue detrás de ella, pero al mojarse las patas en la orilla, comenzó de nuevo a ladrar. ¡Ya no sabía que iba a hacer con él!

—Me alegro de que se lo den ya. Debe de estar que se sube por las paredes después de una semana ingresado.

—Y yo, así no tienes que seguir con esa absurda promesa que le hiciste a mi padre —le repliqué, guiñándole un ojo.

—No me tientes, Rocío, que esta noche he estado a punto de perder la puta cabeza —contestó de una manera que me pareció tan sensual que volví a excitarme. Este hombre tenía ese efecto en mí. Era, como decía mi amiga Cristi, un *mojabragas* en toda regla. Y ese acento... ¡Ese acento me volvía loca!

—No te estoy tentando. Te planteo un hecho.

—No me lo planteas, me lo complicas.

—¿Por qué? Si mi padre no se muere, no tienes por qué seguir cumpliendo tal promesa, ¿no?

—pregunté, molesta.

—Siempre me he guiado por el honor y el deber. Mi palabra es lo único que tengo y no pienso faltar a ninguna promesa, por mucho que me cueste.

—Pero no entiendo por qué mi padre te hizo prometer semejante cosa. Jamás se ha metido en mis relaciones, ni en mi vida. Siempre me ha dado la posibilidad de escoger... No entiendo a qué viene esto ahora.

—Tan solo quiere protegerte.

—¿De ti? —interrumpí, porque no me cuadraba. Tenía la sensación de que me ocultaban algo.

—De mí... de todos... No lo sé, Rocío —contestó de manera enigmática. Se paró en seco y me miró con tal intensidad que me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo—. Será mejor que nos vayamos. Son más de las cinco de la mañana y apenas quedan unas horas para que tengamos que levantarnos.

Dicho eso, nos marchamos a casa. Toby parecía más calmado. Cuando llegué, me puse una camiseta cómoda y me acosté. Enseguida mi perrito se subió a la cama, se enroscó a mi lado y caímos en un profundo sueño.

Capítulo ocho

«No era más que un zorro semejante a cien mil otros. Pero yo lo hice mi amigo y ahora es único en el mundo».

El Principito, Antoine de Saint-Exupéry

Por fin se acercaba el gran día. Tenía la nave a punto y tan solo quedaba ultimar algunos detalles del *catering*, aunque me daba tiempo de sobra, ya que aún faltaban un par de días. Debía ir al aeropuerto para recoger a mis amigos que aterrizarían en poco más de una hora. Eli junto a Taylor, y Julio con Christine, llegaban desde el otro lado del charco para apoyarme en esta nueva aventura. Rebeca, Edward y Mara llegarían en su coche unas horas después. Estaba pletórico, ya que los vería de nuevo. Habían cogido las vacaciones coincidiendo con la inauguración, y eso me llenaba de regocijo. Ellos eran únicos en mi vida y, en ese momento, los necesitaba a mi lado.

Al bajar las escaleras, encontré a Rocío que salía de su casa para llevar a Nando al colegio. Estaba tan bonita como siempre, a pesar de tener aún pintura en la cara. Nunca se daba cuenta de que llevaba la cara o las manos manchadas; pintaba durante horas y, al final, se le iba el santo al cielo; se limpiaba de manera rápida, porque llegaba tarde o bien para llevar a Nando al cole o bien para recogerlo.

—¡Buenos días! —saludé.

—¡Buenos días, Eme! ¿No vas a correr hoy? —me preguntó con cara de extrañada al no verme con ropa deportiva.

—No, hoy llegan algunos de mis amigos. Se han cogido vacaciones para estar conmigo en estos días. Ahora voy al aeropuerto para recogerlos. Lo siento, pero con todo el lío de la inauguración se me olvidó avisarte. Mejor lo dejamos para mañana. ¿No te importa? —me disculpé, mientras me frotaba la nuca, algo que hacía a menudo cuando me sentía un poco nervioso.

—No te preocupes. Aprovecharé e iré al centro para comprar algunas pinturas que necesito para el nuevo lienzo. Tengo que entregarlo dentro de poco y me queda mucho trabajo por hacer.

—¡Genial! ¿Te apetece venir con nosotros a almorzar? Primero, recogeré a unos en el aeropuerto y, luego, he quedado con otros en su hotel.

—No sé. No me parece apropiado. Querrás hablar con ellos de vuestras cosas y creo que no pinto nada allí —contestó con una sonrisa deslumbrante. Estaba preciosa.

—Estoy ansioso por verlos, pero te aseguro que no les importará que estés allí. Vente con Nando. Mi amiga Rebeca tiene una hija de su edad y podrían pasar una tarde divertida —traté de convencerla. Quería pasar más tiempo con ella; me sentía muy a gusto y disfrutaba de su compañía.

—No lo sé. Cuando Nando salga del cole, te mando un *wasap* y ya veremos. ¿Te parece?

—De acuerdo, como quieras —claudiqué y me marché al aeropuerto para recoger a los chicos.

Cuando llegué a la terminal, aún quedaban unos minutos para que aterrizará el avión. Fui a la

cafetería y pedí un café; no había desayunado nada. Estaba ansioso. En estas semanas había hablado con ellos por teléfono, pero no con la frecuencia que deseaba. Mi amistad con Julio se afianzó mucho cuando estuve en Las Vegas. Al final, todos tenían pareja y estaban felices.

Atrás quedaron los días en los que el escuadrón se jactaba de la libertad de no tener una pareja que los amarrase a algún lugar; aquella época en la que podíamos organizar un viaje improvisado para hacer surf, escalar o tirarnos en paracaídas en el otro lado del mundo. Rebeca tenía una hija, y Christine estaba embarazada. No dudaba de que el próximo en caer sería Taylor, por mucho que gritara que era alérgico a los bebés.

Yo era el único que tenía una relativa libertad y era así porque, al tener un negocio propio, ya estaba amarrado a Almería de algún modo. Recuerdo que el padre de mi amiga Daniela decía que tener un negocio era como una mala amante, que siempre te pedía y exigía más, además de llevarse todo tu dinero.

Terminé de tomar el café y me marché hacia la salida de pasajeros para recoger a los chicos. Miré las pantallas y vi que su avión ya había aterrizado. Al cabo de unos minutos, vi cómo salían. Christine estaba preciosa. La barriga se le empezaba a notar y tenía un brillo especial que la hacía estar radiante. A Rebeca, cuando estuvo embarazada de Mara, también le ocurrió lo mismo.

Sin poder remediarlo, me vino a la mente Rocío. ¿También tuvo ella ese halo que la hacía parecer tan especial cuando estuvo embarazada de Nando? Seguro que sí, aunque en aquella ocasión fue otro el que disfrutó de su aspecto. De repente, sentí rabia contra aquel hombre que la había dejado embarazada y que pudo disfrutarla. Fue un imbécil por dejarla escapar, ya que era una mujer única.

—¡Tío! ¿Cómo estás? —La voz de Julio y sus brazos machacándome la espalda me sacaron de mis pensamientos.

—Mejor por delante que por detrás —contesté con las bromas.

—¡Venga ya! ¿Eme ha perdido su particular sentido del humor? ¿Tan mal estás que tienes que recurrir a frases tan manidas como esa? ¡Tío, es de una peli de lo más antigua!

—¡Es de *Grease*! —exclamó Christine. Los miré mal; sobre todo, a la directora del hotel, que había dicho el título de la peli con la misma euforia que si hubiese descubierto la fórmula secreta de la Coca-Cola o le hubiese tocado la lotería.

—¿Os podéis dejar de gilipollices? —pregunté, malhumorado. Empezábamos mal. Tenía muchas ganas de verlos, pero ahora, casi se me habían quitado.

—¡Uy, Uy! ¡Estás así porque has sido el cazador cazado, macho! —habló Taylor. Él y sus frases lapidarias.

—¿Nos podemos marchar ya? Tenéis que alquilar el coche y, si tardamos un poco más, nos va a pillar la hora punta y nos comeremos un atasco de cojones —expliqué cada vez más cabreado.

—¡Está bien! ¡Vaya recibimiento! —exclamó Julio—. Me da la impresión de que le hace falta echar un buen polvo —dijo bajando el tono de voz, como si se tratase de una confidencia entre ellos. ¡Capullo!

—A mí no me hace falta echar un buen polvo. Quizá lo necesites tú, ya que es tu mujer la que está embarazada. Dime, Christine, ¿aún te llegas a las piernas para depilártelas? —pregunté con una inocente sonrisa en la boca. No quería mofarme de ella por estar embarazada, era la misma broma que le gastaba a mi amiga Rebeca cada vez que quería desviar el tema o burlarme de ella.

Sabía que ellos no se ofenderían, ya que era algo muy nuestro. Aunque caí que, a lo mejor, Christine no estaba al tanto y podía sentirse ofendida. Miré en su dirección y la vi sonreír. Sí, sabía de qué iba el tema.

—¿Sabes? No hace falta que lo haga yo. Voy a unos centros de estética fantásticos en los que te hacen todo tipo de tratamientos. Y para otras zonas... más íntimas... tengo a mi marido dispuesto para hacerme... cualquier trabajo... que requiera... su atención.

¡Vaya! No recordaba lo bien que se defendía la jodida directora. Me quedé sin palabras. No sabía cómo contestarle sin ofenderla. Una cosa era gastarle una broma y otra muy distinta herir sus sentimientos. Opté por callarme, di la media vuelta y empecé a salir del aeropuerto con mis amigos pegados al culo. Pasamos por la oficina de alquiler de coches y enseguida pudimos salir de allí.

Nos dirigimos a un *bareto* donde tomar algo mientras hacíamos tiempo para esperar a Rebeca y su familia. Ya era la hora de tomar una cerveza fresquita. Me encantaba España por su gastronomía. Era fantástica; y la hora del aperitivo, junto con la siesta, el mejor invento. Lo que peor llevaba era las altas temperaturas que hacían en Almería, menos mal que el apartamento contaba con aire acondicionado.

Nos sentamos en la terraza, bajo una pérgola que daba sombra. Llevaban desde el día anterior en Madrid; así que habían podido descansar, sobre todo Christine, que lo necesitaba por su estado. En ese momento recibí un *wasap* de Rocío. Me sorprendió mucho, ya que todavía no era la hora de recoger a Nando del cole. Preocupado por si ocurría algo, lo abrí enseguida.

Vecina Buenorra ¡Hola! ¿Recogiste a tus amigos?	Eme Hola, Rocío. Sí. Estoy tomando una cerveza con ellos.
Vecina Buenorra Ah, disculpa, no quería molestarte.	Eme No es ninguna molestia. ¿Te apuntas a una cerveza fresquita? Estamos cerca de casa.
Vecina Buenorra No puedo. Tengo trabajo en el taller y después debo recoger a Nando del cole.	Eme Ok. ¿Te apuntas para almorzar? Hoy es viernes, por lo que Nando no se queda en el comedor.
Vecina Buenorra Jajajaja.	

—Oye, ¿con quién te mensajeas? —preguntó Taylor, que estaba sentado a mi lado.

—Con nadie —respondí, intentando dejar el móvil encima de la mesa para que no se diesen cuenta.

—«Vecina Buenorra». ¿En serio, Eme? Ya te has liado con tu vecina. ¿Eso no infringe alguna de tus normas?

—No me he liado con mi vecina. Solo nos llevamos bien. Además, es mi clienta del gimnasio. La ayudo a entrenar —contesté, molesto. No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Sí, claro. Del mismo modo que Christine era mi jefa —interrumpió Julio.

—O Eli mi amiga —terminó por decir Taylor, mientras los cuatro se carcajaban. ¿Qué cojones les pasaba a estos conmigo?

—Eli, me da la impresión de que estas vacaciones van a ser muy divertidas —dijo Christine, mientras reía y se acariciaba el vientre. ¡Divertida, mis cojones!

—Chicos, no os hagáis pajas mentales.

—No. Nosotros no necesitamos hacernos pajas, estamos bien servidos. Eso te lo dejamos a ti —contestó Taylor, riendo y chocando los puños con Julio.

¡Uf! Me estaba cabreando. Estos habían venido graciosos. Se iban a enterar.

—¡Por poco tiempo! En cuanto le empiece a crecer la tripa, no dejará que te acerques. ¡Vale! Lo siento. Eso ha estado fuera de lugar —me disculpé enseguida, levantando las palmas de las manos en señal de rendición; me había pasado y debía reconocerlo. No estaba demasiado fino y no sabía el porqué; me estaban machacando y no era lo habitual. ¿Habrían ensayado?

—¡Eme, deja de fruncir el entrecejo! —exclamó Eli entre risas.

—¡Joder, sois peor que Rebeca! —contesté, aunque ya menos molesto.

—Aprendimos de la mejor —replicó Julio. Todos nos carcajamos.

Pasó cerca de una hora y no había vuelto a recibir ningún mensaje de Rocío. No sabía el motivo, pero me crispaba y me enfadaba que no viniera a tomar algo con nosotros. Esperaba que, al menos, se uniera para el almuerzo y así poder conocer a Rebeca. Tenía ganas de que ambas se llevaran bien. Una era mi mejor amiga, y la otra se estaba convirtiendo en una persona importante en mi vida a pasos agigantados. Aquí, en Almería, también necesitaba tener amigos, personas con las que relacionarme. Lo único malo era que mentía cuando decía una y otra vez que ella era mi amiga. Nunca he mirado a Rocío del mismo modo que a Rebeca. Las palabras de Agustín resonaron en mi mente: «En casos como el nuestro, o somos felices nosotros o nuestras parejas. Si ellas no comparten nuestros gustos, nunca podremos serlo, uno de los dos debe renunciar y... eso no es justo... para ninguno. Tú no eres como yo. Vas allí como desahogo». ¿Sería eso cierto? La cuestión era que, cada vez que lo practicaba, había disfrutado como nunca lo había hecho. Eso era una señal, ¿no?

Miré de nuevo el móvil, necesitaba saber si vendría. Con disimulo, miré a mi alrededor, no soportaría más cachondeito por parte de mis amigos, ya había tenido suficiente. Estaban distraídos mientras hablaban del embarazo de Christine. Si era como Rebeca, tendría al menos cinco largos minutos en los que ninguno se fijaría en mí. Le envié nuestra ubicación en un mensaje rápido y esperé una respuesta.

Diez minutos más tarde aún no había llegado. Me empezaba a impacientar, además de cabrear. No me dio tiempo de enviarle otro mensaje cuando Rebeca llamó a Julio para decirle que estaban en la puerta del hotel donde se alojaban todos. ¿Qué cojones estaría haciendo para no tener tiempo de mandar un puto *wasap*? ¿Y a mí qué me importaba lo que hiciese? Me estaba volviendo loco y eso no era bueno. Debía olvidarme que deseaba que estuviera allí y, más todavía, preguntarme por qué puñetas estaba tan desesperado por no verla.

Me contesté que era porque en las últimas semanas habíamos pasado mucho tiempo juntos y me había acostumbrado a su compañía. Repetí eso una y otra vez como un mantra. Al fin y al cabo, también extrañaba a Rebeca, y estaba claro que con ella no tenía nada. Se me pasaría esa atracción sexual tan fuerte que sentía por Rocío. En cuanto pudiera, iría de nuevo al club a

desahogarme. Sí, eso haría, así podría olvidarme de todo.

Casi sin darme cuenta, estábamos en la entrada del hotel donde se alojarían mis amigos. Rebeca ya había llegado hacía un rato y estaba en su habitación. Julio y Taylor, junto a las chicas, entraron para coger las llaves y subir a las suyas para dejar las maletas. Me quedé en recepción esperando mientras miraba a mi alrededor. El hotel no era demasiado lujoso; aunque tenía su encanto y se veía limpio. No era como el hotel donde trabajaban Christine y Julio en Las Vegas, a pesar de pertenecer a la misma cadena.

Me llevé un buen rato esperando a que bajase alguno de ellos; toqueteaba el móvil mientras mataba el tiempo, debatiéndome entre llamarla o no. Lo guardé en el bolsillo trasero del pantalón y comencé a observar los cuadros que adornaban las paredes. Eran pinturas llenas de colores, con un estilo fresco y motivos marineros. La firma me recordaba algo, pero no lograba saber qué, a pesar de que no tenía ni idea de arte, de cuadros o de pintores.

De repente, escuché una voz femenina muy conocida.

—¡Capullo! ¿Admirando el arte? ¿Pretendes cambiar de oficio?

Me giré y allí, con su melena rubia recogida en una coleta, unos vaqueros rotos, una camiseta de tirantes y unas botas militares estaba mi amiga Rebeca, con una sonrisa deslumbrante, y su hija Mara cogida de la mano.

—¡TITOOOOO! —chilló mi pequeña terrorista, mientras corría hacía a mis brazos y se tiraba en ellos.

Capítulo nueve

«Recordar es fácil para el que tiene memoria. Olvidar es difícil para el que tiene corazón».
Gabriel García Márquez

ROCÍO

Miré de nuevo el móvil. Me costaba trabajo no estar pendiente del dichoso aparato cada cinco segundos. Las chicas me recriminaron con la mirada. Vane, al verme inquieta, puso su mano encima de la mía, tapando de ese modo la pantalla; aunque era absurdo, ya que no había sonado ningún tipo de notificación. ¿Estaría averiado? ¿Estaba peor de lo que creía! ¿Cómo coño iba a estar estropeado si hacía menos de una hora que había hablado con Ferdinand? ¡Urggg!

Había quedado con ellas en una cafetería cerca del centro en una de nuestras quedadas de urgencia, después de que Cristi mandara un mensaje al grupo contando que la habían despedido. Estaba muy perdida desde que David la dejó por una chica más joven tras una relación de cinco años. A partir de ahí, mi amiga se quiso desquitar y mantenía relaciones esporádicas con el primero que se le pusiera a tiro.

—Deberías almorzar con ellos. Si Eme te lo ha pedido, no creo que sea por compromiso —dijo Clara al verme distraída.

—Te lo tienes que tirar. ¡No follas desde que lo dejaste con Ferdinand y de eso hace ya un siglo! —exclamó Vane.

—Si por mí no es; es por la absurda promesa que le ha hecho a mi padre. Ya se podía callar la boca de vez en cuando —contesté, malhumorada.

—Eso tiene fácil solución. Utiliza tus armas de mujer —me dijo, mientras sonreía y se acariciaba los pechos de manera lasciva. El camarero, que acababa de llegar para tomarnos nota, se sonrojó. Reí porque mi amiga era siempre así de descarada.

—No soy capaz de hacer eso. Soy mucho más tímida que tú en ese sentido. Me moriría de vergüenza.

—Chica, después del numerito del perro y del consolador no sé cómo no se te ha tirado encima.

—Porque creo que, en realidad, no le gusto lo suficiente. Otra explicación no tiene. Está a gusto conmigo como amiga...

—¡Y por tus tartas! —me interrumpió Cristi—. En realidad, creo que es por tus cenas por lo que pasa la mayoría de las noches con vosotros. ¡Piénsalo! Le das de cenar y encima haces unos postres que te cagas. Hasta yo me volvería lesbiana con tal de tener eso al llegar de currar.

Todas nos reímos, aunque en el fondo me molestó un poco. No hacía la cena para él, sino para Nando y para mí. La repostería era algo que me encantaba y me relajaba. Por eso todas las noches hacía algún postre especial, incluso antes de que mi vecino llegara a mi tranquila vida y la trastocara por completo.

—¡Pues yo creo que lo que tenéis es tensión sexual no resuelta! —exclamó Vane, sacándome de mis cavilaciones.

—Por eso se atiborra de chocolate. —Esa era Cristi, que como siempre tenía que dar la puntilla.

—Lleva atiborrándose de chocolate desde hace años —intervino Clara.

—Porque, en realidad, Ferdinand tenía engominada hasta la churra. No creo que la dejase satisfecha sexualmente.

—A ella no, no sé al resto de las tías que se tiraba.

—¿Queréis dejar de hablar como si yo no estuviese presente? —pregunté un poco más alto de lo que pretendía, provocando que toda la cafetería se volviese a mirarnos. Me disculpé con la mirada y les recriminé a las brujas que tenía por amigas.

—La cuestión es que Eme te gusta más de lo que sentiste por tu ex. Aunque con lo estirado que era, no sé qué le viste —dijo Vane—. Tienes que echar un polvo, Rocío. Estás muy tensa.

—Si quisiera relajarme, me iría a un *spa* o a que me dieran un masaje.

—Un masaje con final feliz, querrás decir —respondió rápida Cristi.

Vaya trío de amigas me había buscado. Clara era la más sensata y ni tan siquiera tenía claro si de verdad lo era. Después de tomar una cerveza, nos despedimos, ya que Vane y Clara tenían que volver al trabajo. Cristina había quedado con su madre y yo... me debatía entre acudir al almuerzo con Eme y sus amigos o irme a casa.

Al salir del bar, recibí una llamada de él. Con impaciencia, arrastré el botón verde de descolgar la llamada.

—¡Hola! —contesté, alegre. Quería sonar despreocupada, aunque no sabía si lo había conseguido.

—¡Hola, morena! ¿Por qué no has venido? Esperaba que tomaras algo con nosotros antes de almorzar —dijo. Su voz sonaba un poco seca.

—¿Ya habéis comido?

—Aún no. Vamos ahora. Estoy en la recepción del hotel esperando a los chicos que han subido para dejar el equipaje. Y tú, ¿has almorzado?

—Tampoco. Estaba tomando algo con las chicas. Cristi nos llamó porque esta mañana la han despedido del curro. Estaba algo agobiada.

—Comprendo. ¿Sigues con ellas?

—¿Qué? ¡Ah, no! Acabo de salir de la cafetería donde habíamos quedado.

—¿Vas a venir? —preguntó, esperanzado—. Recoge a Nando del cole y te acercas con él. Estoy seguro de que Mara y él se harán buenos amigos.

—Está bien —claudiqué, aunque en el fondo me moría de ganas por ir.

—¿Sabes dónde está el hotel Bell Almería?

—Sí, está cerca del Paseo Marítimo.

—Exacto. Estaremos en La Taberna del Tío Pedro. ¿Sabes llegar?

—Por supuesto que sí. Te recuerdo que el guiri eres tú, no yo —respondí entre risas—. En quince minutos estoy allí.

Colgué el teléfono y, aunque no me gustaba estar tan cerca de ese hotel por los recuerdos que me traía, sabía que no tendría problemas. Mi ex estaba demasiado lejos. Me fui al cole para recoger a Nando y, de ahí, directa al restaurante. Nando estaba ilusionado con la idea de quedar con Eme. Se llevaba de maravilla con él y siempre me preguntaba si venía o si cenaba ese día en casa. Sabía que extrañaba una figura paterna en su vida. Mi padre era un alma demasiado libre y, aunque de vez en cuando se quedaba o jugaba con él, no solía ser un abuelo al uso. La palabra normalidad y mi padre no conjugaban demasiado bien en la misma frase. Eso fue algo que aprendí desde muy pequeña.

Entre risas y conversaciones con mi hijo sobre los compis del cole o los próximos exámenes,

llegamos al punto de encuentro, aunque no había ni rastro de mi americano particular.

—Mamá, ¿se habrá arrepentido y no querrá almorzar con nosotros? —preguntó mi niño un tanto preocupado.

—No, cariño, seguro que vendrá ahora. Se habrá entretenido con sus amigos.

—¿Y si Eme quiere regresar a su país con ellos? Lo mismo los echa de menos —preguntó. Era un niño muy inseguro a pesar de que intentaba darle todo el cariño del mundo y demostrarle que yo nunca lo iba a abandonar. ¡Hasta eso tuvo que hacer mal el jodido de mi ex!

Cuando se enteró de que estaba embarazada, no quiso saber nada de mi hijo. Incluso llegó a insinuar de que no era suyo. Se cree el ladrón que todos son de su condición. ¡El muy granuja! Tras dar por perdida la batalla me hizo firmar mil papeles para cubrirse su carísima espalda. Renunció a todos los derechos como padre a cambio de que yo lo hiciese a cualquier tipo de manutención para mi hijo. ¡Por mí se podía quedar con todo su asqueroso dinero! ¡Menos mal que no llegué a casarme! Dos años más tarde, se coló aquí con su carísimo traje a medida, su pelo engominado, y su bufete de abogados para tener unos derechos sobre el crío a los que había rehusado. Nunca le puse impedimento para verlo, pero siempre estaba tan ocupado que no tenía tiempo para él. Al menos, me pasaba algo de manutención, una miseria, pero tampoco me hacía falta su dinero. Lo tenía guardado para Nando.

—Cariño, si Eme quiere regresar a su país está en todo su derecho. Además, aunque es nuestro amigo, su familia está en Estados Unidos. Lo entiendes, ¿verdad? —le respondí como pude, aunque las lágrimas amenazaban con salir, no porque Eme se fuese, sino por la nostalgia y tristeza que mostraba mi pequeño ante esa posibilidad.

Respiré una bocanada de aire profunda en un intento de ocultar mis emociones. Mi niño, mi peque, era todo amor y tenía la fuerte convicción de que necesitaba un papá. Eso me dolía, no porque creyera que yo no era suficiente para él, sino porque, en realidad, mostraba una carencia que para él era importante y que yo no era capaz de cubrir.

—Mamá, a Eme le encantan los dulces que haces. Si se lo hacemos todos los días, no querrá marcharse nunca. Mañana podemos hacer la tarta de manzana. Creo que es su favorita —dijo, mientras bajaba el tono de voz como si me hiciese una confidencia.

—¿Quién está hablando de tarta de manzana? —Me asustó la voz de Eme.

Mi hijo se alegró tanto de verlo que se tiró en sus brazos a darle un fuerte abrazo.

—Le decía a mamá que mañana podría hacerla. Sé que es tu favorita y así no querrás marcharte —respondió con una pizca de orgullo.

—¿Y por qué querría marcharme? —preguntó, confundido.

—No le hagas caso —susurré en su oído. Me miró, pero no dijo nada.

—¿Por qué no quieres que le haga caso? No me importaría que mañana la hicieses... —Reí a carcajadas cuando me contestó de esa forma y ponía su mejor cara inocente—. Mira, ya vienen por ahí —dijo, mientras señalaba al final de la calle.

¡Madre del amor hermoso! Decir que me había quedado sin respiración se quedaba corto. Eme estaba buenísimo. Tenía unas tablas de abdominales para lavar ropa impresionantes, pero lo que tenía delante de mis ojos... ¡Coño! ¡Esos tres parecían sacados de los anuncios de calzoncillos!

—¿Esos son tus amigos? —pregunté cuando fui capaz de articular más de dos palabras seguidas.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —dijo, mientras me miraba con cara de no entender. ¡Ingenuo!

—Oye, ¿y allí en Estados Unidos hay más de vosotros? Me refiero, a más de vuestro tipo —pregunté, porque si era así, me trasladaría allí con los ojos cerrados. ¡Total, aquí no tenía nada

que hacer con Eme y su absurda promesa a mi padre!

—¿A qué te referías con más de *nuestro tipo*?

Me reí porque el pobre estaba muy perdido. No sabía a lo que me refería. Me volvió a mirar, arrugando el ceño. En ese momento, llegaron sus amigos. Después de las oportunas presentaciones, entramos en el restaurante.

El bar en sí no era nada del otro mundo, pero contaba con un excelente cocinero. Alguna que otra vez había almorzado allí con las chicas. La decoración no tenía nada en especial, era el típico bar español con buenas tapas, manteles de cuadros rojos y blancos, y algunas fotos colgadas en las paredes de los años de *María Castaña*. Unieron varias mesas para que pudiéramos estar todos juntos. La niña de la que me había hablado Eme era preciosa, pero tenía una lengua viperina que me sorprendió. Tal y como me dijo, congenió muy pronto con mi hijo.

—Tito, ¿cuándo nos vas a enseñar tu casa?

—Después de almorzar, si queréis, pasamos por allí. Pero tenía pensado llevaros al parque. Mientras vosotros jugáis, los mayores podremos tomar un café.

—¡No quiero ir al parque a jugar! Quiero quedarme contigo. Hace tiempo que no estamos juntos y eres mi tito preferido. Además, me dijiste que en tu casa tenías un regalo para mí — contestó la peque en un tono de voz de lo más zalamero.

—¡Guauuuu! ¿Eme es tu tito? ¡Molaaa! —exclamó mi hijo.

—Pues claro que Eme es mi tito, al igual que tito Julio, tito Taylor y tito George, que no ha podido venir porque tenía trabajo —contestó Mara con un punto de orgullo en su voz.

—¡JOOO! ¡Qué suerte!

—¿Vamos afuera a jugar? He visto unos columpios aquí al lado —le preguntó Mara a Nando.

—¿Podemos ir, mamá?

—Claro, pero tened cuidado y no crucéis la carretera. Cuando esté la comida, os avisamos — dije antes de que se marcharan.

Dicho eso, los dos pequeños salieron disparados, provocando las carcajadas generales de todos nosotros. En ese momento, llegó el camarero para tomarnos nota.

—¿Quieres un refresco o prefieres una cerveza? —me preguntó Eme en voz baja para que no se enterase nadie más, aunque todas las cabezas se volvieron para mirarnos.

—Una cerveza, por favor.

—De acuerdo. Aquí, al pedir las bebidas, sirven unas tapas fantásticas. Podéis escoger las que más os gusten o llamen vuestra atención —explicó Eme a sus amigos.

—¿Estás seguro de eso? Creo que, una vez nos vayamos, cierran el local por quiebra. Estos no saben cómo bebemos cervezas —exclamó Rebeca, riendo. Todos estallamos en carcajadas, haciendo que me relajara un poco.

—A los niños les podemos pedir migas. No sé si hoy las habrán preparado, porque son típicas en épocas de lluvias. A Nando le encantan —expliqué para que todos se enterasen, sobre todo para Rebeca.

Me había llamado mucho la atención que todos hablasen tan bien el español. Según me contó Eme, Julio y Rebeca eran malagueños, pero el resto dominaban bastante bien el idioma. Yo hablaba inglés, pero hacía mucho tiempo que no lo practicaba, por lo que no recordaba muchas cosas. Cuando Eme me pidió que fuese con él al almuerzo fue una de las cosas que me echó atrás, ya que pensaba que quizá no me iba a enterar de la conversación. Pero todos eran muy considerados y hablaban español de maravilla, cosa que agradecí.

Como era de esperar, ese día no tenían migas, pero sí ropa vieja, por lo que cuando llegaron,

Eme se levantó de la mesa junto a Edward para ir a llamar a los niños.

—¿Quién es ese y qué coño has hecho con mi amigo? —me preguntó muy seria Rebeca en cuanto ellos dos salieron del local.

No sabía a qué se refería, pero me dio un miedo atroz la forma en que me habló. ¿Qué le había hecho a esa mujer para que se dirigiese a mí de esa forma? Creo que mi cara se volvió blanca, porque enseguida Eli, la mujer de Taylor, comenzó a hablarme.

—¡Perdona, Rocío! Rebeca no ha querido hacerte sentir mal —me comentó, bastante apurada. Se giró hacia su amiga y la amonestó—. ¡Eres muy bruta, chica! ¿Puedes disculparte con ella, por favor?

—Ya sabes como soy. Bruta, malhablada, pero con un gran corazón —dijo Rebeca, mientras le guiñaba un ojo a su amiga—. Y no, no pienso disculparme por ser como soy. Si va a ser la chica de nuestro capullo, más le vale acostumbrarse a nosotros.

—¡Yo no soy ni seré su chica! —intenté defenderme—. Y no hace falta que te disculpes, Eme me ha hablado mucho de ti.

Aunque no me dijo que era una capulla integral. No sabía cómo era tan amigo de ella y le tenía tanto aprecio. Si solo con la postura que tenía al sentarse en la mesa daba miedo. Me recorrió un escalofrío por la espalda al pensar que ella tuviese algo en mi contra. Sería capaz de cortarme en cachitos y comerme como aperitivo. Definitivamente, mucho tenían que cambiar las cosas para que esa mujer me cayera bien.

Capítulo diez

«Un cambio en lo general, requiere un cambio en lo particular».
Mahatma Gandhi

Pasamos todo el almuerzo entre risas mientras probábamos las tapas típicas almerienses que hicieron la delicia de todos nosotros. Desde que llegué, no las había probado aún, salvo alguna de manera esporádica o las cenas caseras de Rocío, y ya era hora de que me pusiera al día con la gastronomía y las costumbres españolas. Nando y Mara congeniaron desde el primer minuto, aunque eso era algo que ya sabía. Ambos tenían un carácter muy parecido, además de esa lengua viperina que les caracterizaba. Juntos formaban una buena camarilla y me satisfacía mucho, ya que eran muy importantes en mi vida.

Después de almorzar, cada uno nos marchamos para ducharnos y arreglarnos para la gran inauguración, aunque de grande no tenía nada. Tan solo asistirían mis amigos más íntimos, algunos alumnos y varios altos cargos con los que habíamos firmado los contratos. Tenía ganas de hablar con ellos, y aunque ya había empezado los adiestramientos, aún no estábamos al cien por cien. Esperaba que de ahí saliera un grupo lo suficientemente preparado como para ser un referente en el adiestramiento de militares y policías. Tenía muchos proyectos en mente. Mi experiencia como oficial aportaría una perspectiva nueva y, aunque todavía era una prueba piloto bastante novedosa, esperaba que diese los resultados suficientes como para ir abriendo mercado.

Según Agustín, también vendría el dueño de una empresa que tenía un grupo de exmilitares a sueldo. Esperaba poder captarlo como cliente. Tendría que ofrecerle algo diferente y preparar un presupuesto lo bastante jugoso para que escogiera mi negocio entre los pocos que había en el mundo.

Acompañé a Rocío a su casa antes de pasar por la mía. Deseaba pasar unos minutos con los dos. Extrañaba nuestra rutina y, el no haber ido a correr ese día con ella y pasar esos momentos me pesaba como una losa. No sabía qué me ocurría con mi vecina, pero estaba claro que algo había.

—¿Te paso a recoger dentro de una hora? Podemos ir juntos a la inauguración. ¿Qué te parece? —pregunté. A pesar de que yo debía estar en la nave un par de horas antes para recibir a los del *catering*, quería que viniese conmigo.

—No podemos ir los tres en la moto, Eme. Te olvidas de Nando —respondió con una preciosa sonrisa.

—No me olvido de él. Nando se puede quedar con Rebeca y Mara. Ellos irán después, así podrás ayudarme con los últimos detalles. Anda, dime que sí —supliqué con un tono de voz más bajo mientras me apoyaba en el quicio de la puerta y metía las manos en los bolsillos para evitar acariciar sus mejillas.

—De acuerdo —claudicó. Bajó su rostro, escondiéndolo entre su mata de pelo moreno y ondulado para ocultar que se estaba sonrojando. ¡Era preciosa!

—Te recojo en media hora —ratifiqué y di media vuelta para marcharme antes de que pudiese cometer una locura. ¡Putá promesa de los cojones! Debía hablar con Agustín.

Llegué a casa, me duché rápido y bajé a la suya antes de la media hora acordada. Estaba impaciente y nervioso; no solo por la inauguración, sino también por pasar un rato a solas con

ella. Cuando la vi salir con un simple vestido negro de tirantes, con sus jugosos labios pintados con brillo y sin nada de color; su pelo recogido dejando libre su cuello, mi entrepierna despertó con ganas. ¡Estaba tan bonita que la boca se me secó de golpe!

No fui capaz de articular ninguna palabra hasta unos minutos más tarde. En el momento en que iba a decirle algo, se dio la vuelta para coger un paquete que estaba encima del mueble de la entrada y que no me había dado cuenta de que estaba ahí. Era una tarta embalada a la perfección para que no le ocurriese nada por el camino. Nando salió disparado de la casa como una bala.

—¿Nos vamos? Llevo la Nintendo Switch con un juego que seguro que le mola a Mara.

Con el niño cogido de la mano mientras no paraba de hablar del juego, fuimos andando hasta el hotel donde se alojaba el resto. Al llegar, Rebeca estaba en la recepción con Mara y su marido a la espera de nuestra llegada. Iban a llevar a los niños a un parque de bolas mientras hacían tiempo.

—¿Seguro que no necesitas ayuda? Puedo ir con vosotros y que Edward se quede con los niños —dijo mi amiga.

—¡Sí, claro! ¡Tú encasquétame el marrón! —farfulló su marido.

—No hace falta. Procura que no le pase nada a los críos y que la tarta llegue entera. Nosotros nos encargamos del resto —le dije en un tono condescendiente.

—¿Y qué le va a pasar a la tarta? —preguntó, molesta—. Que no sepa cocinar no quiere decir que vaya a tirarla o destrozarla.

—O que se la coman los niños antes de llegar —repliqué.

Rebeca era un desastre y consentía demasiado a su hija. Si Mara le pedía tarta, estaba seguro de que no se la negaría. No sabía de qué sabor la habría preparado Rocío, pero a Nando le encantaría. Al crío le gustaban los pasteles tanto como a mí.

—No te preocupes. Yo me encargo de que no le metan mano antes de tiempo. —Me tranquilizó Edward, la voz de la sensatez en ese matrimonio.

—Bueno, ya sabéis que dentro de un par de horas tenéis que estar allí. Por favor, no lleguéis tarde. Después de la inauguración, Agustín, el padre de Rocío, se quedará con los niños para que nosotros podamos salir a tomar unas copas. ¿Os apetece? —les dije, mientras nos preparábamos para marcharnos.

—Claro que nos apetece. Por cierto, Edward se encarga de que los críos no le metan mano a la tarta. ¿Quién se encargará de que tú no le metas mano a la pastelera? —preguntó Rebeca, mientras se reía a carcajadas, y Rocío se sonrojaba. ¡Me encantaba cuando lo hacía!

—¡No digas tonterías! —exclamé, dándome la vuelta.

Escuché las burlas de Rebeca y su marido, aunque no les hice caso y continué mi camino.

Cogimos la moto que estaba aparcada bastante cerca del puerto y nos fuimos directos a la nave. Durante el par de horas que estuvimos allí, tuve que reprimirme las ganas que le tenía; ansiaba acariciar sus mejillas en cada ocasión que se sonrosaba o tocar la sedosidad de su cabello; retirarle los rebeldes mechones que le cubrían el rostro y que me impedían ver sus bonitos ojos. Estaba salvado por la cantidad de personas que entraban y salían mientras preparaban lo del *catering*.

Cuando tuvimos todo listo, preparé dos copas de cava y brindé con ella por el éxito de mi negocio y por mi primera clienta.

Al poco tiempo de abrir las puertas, comenzaron a entrar los invitados. Los primeros, como no podía ser de otra forma, fueron mis amigos, acompañados del pequeño Nando y la terrorista de Mara. Tras saludar a varios posibles clientes y hacerles una visita guiada por las instalaciones,

los dejé tomando una copa y me acerqué para charlar con mis colegas. Hacía un rato que no veía a Rocío. La busqué con la mirada, mientras me servía un refresco. Ese día no quise beber alcohol, a excepción de la copa que me tomé con mi vecina, al menos hasta que los invitados más importantes se marcharan. Al llegar junto a la mesa, que Rocío había decorado con manteles y adornos de flores secas, estaban todos los chicos. Al otro lado de la sala, se encontraban los policías que entrenaba para el nuevo proyecto. Por mucho que miraba a mi alrededor, no la veía.

—Ha ido a buscar a los niños —me dijo Rebeca, mientras le daba un sorbo a su botellín de cerveza.

—¿Quién? —pregunté, haciéndome el tonto.

—Tu vecina. Ha ido a buscar a los niños. ¿No la buscas a ella?

—¿Yo? No. Para nada. Solo comprobaba que todo estuviese en orden —respondí de manera despreocupada. No quería que Rebeca opinase de mi relación con Rocío. La conocía lo suficiente como para saber que no iba a dejar el tema en paz.

—¡Claro! Y yo me chupo el dedo.

—El dedo no sé, pero creo que has perdido la perspectiva.

—¿En serio? Esa chica me gusta —dijo, mientras bebía del botellín de nuevo. Me daba tiempo para que asimilara lo que me decía. ¡Si es que la conocía demasiado bien!

—No sé qué opinará Edward al respecto —contesté para picarla. Si es que me lo ponía a tiro y era difícil desaprovechar la ocasión.

—¡No seas más capullo, ya sabes a lo que me refiero! Rocío me gusta para ti. Creo que es la horma de tu zapato y que será la definitiva. Me da la impresión de que te tiene pillado por los huevos —exclamó entre risas. Se lo estaba pasando en grande. ¿Estos habían venido para resarcirse de todas las burlas que les he hecho durante años? Pues me parece que lo iba a pasar muy mal, ya que me quedaba mucho por delante para que el marcador se igualara.

—¡Tú estás loca! —exclamé un poco más alto de lo que pretendía, por lo que provoqué que más de una cabeza se girase en nuestra dirección. Miré hacia todos los lados, con la vana esperanza de encontrarla y salir huyendo de esta conversación. Sí, tenía ganas de huir—. Rocío es solo una amiga. No tengo a nadie aquí y ella es amable. Además, hace unas tartas que te mueres de ricas.

—Creo que te equivocas, machito. A tus amigas no las miras como a ella. Si así fuera, ya habrías tenido más de un problema con mi marido. ¿No crees? —respondió altiva. La muy mamona sabía que llevaba razón y se aprovechaba de ello.

—Reconozco que está muy buena y tiene un polvazo, pero no hay nada más allá.

—¡Vamos, Eme! No digas tonterías —replicó casi molesta.

—No puedo tener nada con ella. Tengo mis principios, y sabes que mi palabra es ley. Si digo o prometo algo, lo llevaré hasta las últimas consecuencias —dije cada vez más molesto. Volví a mirar al fondo de la sala por si la veía, pero solo estaban los chicos charlando con un superior.

—¡Qué palabra ni qué cojones, Eme! ¿De qué coño estás hablando? —exclamó, mientras me clavaba el dedo en el pecho. Rebeca me miró con cara de no entender nada. Y no la culpaba, ya que ni yo mismo entendía el porqué de esa estúpida promesa que me empezaba a pesar como una puta loza en la espalda. Le relaté todo lo referente a su padre.

—Eres un capullo y al final te vas a arrepentir.

—No empieces, Rebeca.

—Sé lo que me digo, capullo —dijo y me agarró por el brazo para impedir que me fuera. Sí, deseaba huir, como un vil cobarde.

—¡Y yo lo que me hago! Así que tú dedícate a follar con tu marido y déjame en paz con lo mío —repliqué más que molesto.

—¡Tío, estás muy perdido! ¡Y te lo digo porque te conozco, Eme! —replicó, acercando su rostro al mío, con nuestras narices casi pegadas. Era la primera vez que teníamos una bronca como esta y no me gustaba el rumbo que tomaba la conversación.

—Capi, desde que te depilas, estás echa una portera insoportable —dije para quitarle hierro al asunto.

Ambos soltamos una carcajada y dimos la charla por zanjada. En ese momento llegó mi vecina casi corriendo y, con la respiración entrecortada, comenzó a hablar de manera atropellada.

—Eme, por favor, necesito que me ayudes con los niños.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, preocupado.

—Venid, por favor, están en la sala donde hay una pared para escalar.

Salimos corriendo hacia allí, con Rocío a la cabeza. A pesar de la preocupación por los críos, mi vista no se desviaba de las nalgas de mi vecina que se bamboleaban de una manera tan sensual que me volvía loco. En ese momento me di cuenta de que iba descalza. Al llegar a la sala, que estaba casi seguro de que la dejé cerrada con llave, ya que no la había mostrado a nadie aún, me encontré a Mara en lo alto de la pared, con Nando debajo, intentando cogerla. Ambos lloriqueaban porque la pared era alta y ninguno de los dos eran capaces de bajar.

Sabía que era un momento bastante inoportuno y que las mamás estarían preocupadas por la situación, pero sin poder evitarlo, estallé en carcajadas al verlos.

—¡Titooooo! ¡Ayúdame, por favor! ¡No me puedo bajar! ¡Dile al capullo que no me mire las bragas! —gritó Mara.

—¡Tito, jo, no le estoy mirando las bragas! ¡Es que, si se pone un vestido, y yo estoy abajo, no puedo evitarlo! —¿Tito? ¿En serio? Reí por las ocurrencias de estos dos.

—¡Capullo! ¡Él no es tu tito! ¡Es mi tito!

—¡Creída! ¡Ponte unos pantalones! ¿Por qué no puede ser mi tito también? ¿Tienes la exclusiva?

—¿Y por qué me tengo que poner unos pantalones? ¿Porque tú lo digas? No es que tenga la exclusiva, es que es mi tito desde que nació.

—Porque para hacer deportes, aunque seas una chica, debes ponerte pantalones si no quieres que te ocurra esto. ¡Y no me llames capullo!

—¡Mamiiii! ¡Bájameeee!

—¡Niños, estaos quietos! Ahora mismo os bajamos —exclamó Rocío, mientras hacía aspavientos con las manos—. He intentado bajarlos, pero me es imposible. No sé. Además, me da miedo las alturas.

—No te preocupes, ya nos encargamos nosotros —dije para tranquilizarla.

Tanto Rebeca como yo comenzamos a subir. Era una pared y se nos daba de maravilla. Estábamos acostumbrados a este tipo de deporte, además de que en más de una ocasión habíamos tenido que rescatar a algún civil en nuestra época de militar. En pocos minutos, los teníamos abajo.

—¿Cómo se os ocurre hacer esto? —los regañó Rocío.

—Yo quiero ser como mi mamá y ella está acostumbrada. Además, quería practicar porque mis papás se van mucho de escalada y no me dejan ir con ellos porque dicen que yo no sé. Así que quería aprender y demostrarles que puedo hacerlo para que la próxima vez me lleven con ellos —relató Mara y se quedó tan pancha.

Aquí ya no me pude aguantar más y estallé en carcajadas. Ya no solo teníamos a una pequeña terrorista, ahora también se había sumado uno más al comando. ¡Que Dios nos cogiera confesados porque estos dos juntos tenían más peligro que una bomba atómica! Media hora después, Agustín se llevó a los niños a su casa. Ya era tarde y tan solo me quedaba hablar con un par de clientes más, que aún no habían llegado, pero que habían confirmado su asistencia.

Casi al final de la noche llegó uno de los clientes. Se trataba de un importante empresario que tenía una agencia de seguridad privada. Quería que adiestrara a sus empleados en artes marciales, que perfeccionaran técnicas en la lucha cuerpo a cuerpo y en el *krav magá*, un sistema de artes de lucha híbrida usada por los israelíes.

—Señor Black —saludé con un apretón de manos.

—Señor Ward. Me han hablado muy bien de su expediente militar. Debo reconocer que me ha dejado asombrado la cantidad de misiones que ha llevado a cabo —me alabó. La gente que me adulaba de aquella forma me ponía los pelos de punta.

—Muchas gracias. Es un placer que hablen tan bien del currículo de uno. Aunque solo hacía mi trabajo.

—No sea tan condescendiente consigo mismo. Si hablan tan bien de usted es porque lo vale —contestó.

—No es condescendencia. Pienso que debo realizar mi trabajo de la manera más impecable posible.

—Eso dice mucho de usted —contestó. En ese momento, se acercó el alto cargo de la policía que me dijo Agustín que vendría. No sabía que cargo tenía con exactitud, ya que me perdía con los grados tanto del ejército como de los policías españoles.

—Señor Domínguez. Un placer conocerlo —saludé.

Tras guiar a mis dos clientes y estar con ellos más de una hora mostrándole las instalaciones y hablando del nuevo proyecto, dimos por finalizada la inauguración con un gran éxito, ya que sabía que había conseguido mi objetivo: captar su atención.

Al marcharse todos, solo quedábamos los más íntimos. Al salir, activé la alarma; cogí la mano de Rocío y entrelacé nuestros dedos. Era la primera vez que lo hacía, pero quería alejar a los dos polis que durante toda la noche no habían parado de mirarla. Su mano era pequeña y suave en comparación con la mía. Acaricié su muñeca y andamos dos pasos mientras decidíamos el local al que acudiríamos para tomar unas copas.

Capítulo once

«Si la pasión, si la locura, no pasaran alguna vez por las almas... ¿Qué valdría la vida?».
Jacinto Benavente

El *pub* quedaba bastante cerca del polígono donde estaba la nave, no obstante, se necesitaba algún medio de transporte. Llamamos a dos taxis que nos trasladarían a todos y así no habría peligro de desafortunados accidentes o inesperadas multas en caso de excedernos un poco con las bebidas. No es que fuésemos a emborracharnos como adolescentes, pero algunas copas de más seguro que caían. Mis amigos estaban de vacaciones; celebrábamos que emprendía un nuevo negocio y, sobre todo, que estábamos juntos de nuevo.

En pocos minutos llegamos al local que estaba repleto al ser un viernes por la noche. La música era atronadora, demasiado fuerte para mi gusto. Creo que estaba envejeciendo. Los ritmos se iban alternando.

Con dificultad y llevándonos más de un codazo, llegamos hasta la barra para hacer el pedido de las bebidas, mientras las chicas pillaban una mesa en un lado de la pista. Entretanto nos atendían, miré hacia ellas y las vi que reían por algo. Me gustó verlas juntas. Saber que simpatizaban me quitaba un peso de encima, pese a no advertirlo hasta ahora. El que congeniasen, de algún modo, era importante para mí. Suspiré orgulloso de la morena que me quitaba el sueño en las últimas semanas.

¡Joder! ¡No sabía qué me pasaba con ella! No podíamos mantener ninguna relación, se lo prometí a su padre y, para mí, una promesa era sagrada. Debía cuidarlos, acogerlos bajo mi ala de protección, pero en lo único que pensaba era en perderme en su piel y saborearla hasta quedar saciado. Un incómodo pinchazo en la entrepierna me despertó del estado de ensoñación. Eso y un codazo por parte de Edward para avisar que ya nos habían servido las bebidas.

Tras la típica odisea para llegar hasta la mesa sin que se derramasen las bebidas por el camino, logramos dejarlas a salvo. Las chicas reían de nuevo por algo, y Rocío, al ir a coger su bebida, se acercó un poco y me llegó su olor dulzón, impregnado por las tartas que hacía a diario. ¡Era un goloso, para qué negarlo! La incomodidad en la parte sur de mis pantalones volvió con fuerza. Me removí buscando un poco de comodidad y le di un gran sorbo a mi *whisky* para refrescarme. De repente, al escuchar los primeros acordes de una de las canciones que estaban más de moda, todas las chicas, excepto Rebeca, salieron a bailar. Me posicioné de forma que pudiera encararlas y me puse cómodo para disfrutar de las vistas. Había prometido no acostarme con ella, pero nada me impedía disfrutar del espectáculo. Sus curvas se marcaban de manera sensual en el minúsculo vestido que llevaba y, con el baile, sus movimientos eran hipnóticos.

Durante un rato me dediqué a observarla. Sabía que ella, de vez en cuando, me miraba, me guiñaba un ojo y sonreía. Estaba claro que bailaba para mí. Cada vez que sus caderas se movían o se daba la vuelta mostrando sus nalgas, mi entrepierna brincaba. Como continuase de esa forma, el dolor sería insoportable. Terminé mi bebida y, antes de darme cuenta, ya tenía otra delante de mis narices que, por no hacerle el feo, me bebí casi del tirón. Ellas reían y bailaban distraídas, aunque los ojos de Rocío y los míos se atrajeran como imanes.

—¡Toma, tío! —dijo Rebeca, mientras me daba una servilleta de papel. La miré sin comprender para que me la daba.

—¿Y eso? —pregunté, extrañado.

—Para la baba.

—Estás muy graciosa —contesté, malhumorado.

—No. Es muy gracioso ver cómo el gran Eme se derrite ante una chica.

—No me derrito ante nadie —le respondí.

—Claro. Al igual que yo tampoco sentía nada por Edward. Y tampoco me iba a casar ni a tener hijos.

Ambos nos carcajamos y choqué mi vaso de *whisky* con el botellín de cerveza de mi amiga. Edward llegó y se colocó detrás de su mujer, le rodeó la cintura con sus brazos y le dio un tierno beso en el cuello.

Estaba acostumbrado a ver esas muestras de cariño entre ellos, pero no por eso dejaban de sorprenderme. Rebeca era una mujer fría en apariencia y esas muestras de amor siempre le habían producido urticaria. En cambio, con su marido era diferente. Ella lo miraba diferente. Volví la cabeza hacia la pista de baile. Taylor y Julio se habían reunido allí con sus mujeres. Me terminé la bebida casi de un trago. Era mala idea, ya que lo que menos necesitaba era pillarme una cogerza, pero sentía mi garganta tan seca como el esparto.

Fui hacia la barra al ver mi vaso vacío. Necesitaba beber algo sin alcohol y refrescar mi boca tanto como olvidarme de cierta morena española con pelo rizado. Pedí un refresco con mucho hielo y, tamborileando mis dedos sobre la barra al ritmo de la pegadiza música, escuché que alguien me hablaba. Giré la cabeza y vi una rubia despampanante. Su rostro me era familiar, pero no lograba ubicar de qué la conocía.

—Eme, ¡qué alegría verte! —Pues sí, debía conocerme.

—¡Hola, preciosa! —Era la forma en la que llamaba a todas las chicas, así no había confusiones con los nombres.

—¿Qué haces por aquí? ¡Pensé que hoy estarías en el club celebrando la inauguración por todo lo alto! —Vale, ya sabía de qué la conocía. Era la chica con una manchita muy sexi en el coxis. Aunque seguía sin recordar su nombre.

—Uf, eso quisiera, preciosa, pero han venido unos amigos desde lejos. Me toca hacer de niñera —le respondí, guiñándole un ojo con complicidad, acercándome a ella y susurrándole al oído. Un polvo rápido en los lavabos quizá sería lo que necesitaba para olvidar a cierta española —. Y tú, ¿no vas hoy?

—Iré un poco más tarde. Ahora mismo estoy calentando motores —replicó con picardía, moviendo su cuerpo de manera despreocupada al son de la música.

—¡EMEE!

De repente, sentí como me separaban de la rubia, y un cuerpo con curvas peligrosas y demasiado sensuales para mi cordura se interpuso entre nosotros. Sus pechos estaban tan pegados a mi cuerpo que sentía sus pezones erectos a través de la ropa. ¡Joder! ¡lba a volverme loco!

—Rocío —saludé, despreocupado.

—¿Puedes pedirme algo de beber? Tengo la boca seca —me susurró al oído. Juro, de verdad que juro y perjuro que me sonó de la manera más erótica posible. Parecía que, en vez de una bebida, me pedía que le echara un polvo y, mi polla, la muy traicionera, le hizo la ola. Carraspeé para intentar calmar la situación y bebí un gran sorbo del refresco.

—Por supuesto. ¿Qué quieres beber?

—Un mojito —dijo. Intenté separarla un poco, aunque fue imposible ya que había demasiadas personas a nuestro alrededor.

Se tocó el pelo de manera coqueta, dejando libre esa parte del cuello que tanto me gustaba y que estaba loco por besar. El pinchazo en la ingle era casi insoportable. Cogí aire, me giré hacia la barra e hice el pedido de su mojito y otro *whisky* para mí. Sabía que era la peor decisión, pero pensé que sería la única manera de sobrellevar la noche. De nuevo, su aroma dulce me llevó a un punto casi de locura. Como continuase de esa manera, mandaría al carajo la puta promesa de los cojones. ¡Joder! La frustración me llevaba al límite.

El camarero dejó nuestro pedido en la barra. Rocío cogió la suya y le pegó un gran sorbo con la cañita entre sus carnosos labios que brillaban al estar mojados. Imité su gesto y me bebí la mía casi del tirón. Con una sonrisa traviesa, se marchó de nuevo hacia la pista de baile, mientras contoneaba sus caderas al ritmo de la música. Me quedé allí, donde podía verla y así evitar las burlas de mis amigos. Además, la anterior preciosidad rubia no estaba demasiado lejos y sabía que no me quitaba la vista de encima; con un poco de suerte, tendría un desahogo esa noche. Falta me hacía, ya que estaba a punto de reventar.

Durante un buen rato me dediqué a observarla, deleitarme y disfrutar con el espectáculo. Parecía un puto quinceañero hormonado, pero no me importó. Bailaba, bebía, hablaba con las chicas, acercándose las unas a las otras y reían. Se lo pasaban de miedo. De repente, vi cómo se acercaba por detrás un chico un poco más alto que ella, apoyó la barbilla sobre su cabeza y la rodeó con el brazo, provocando que ambos cuerpos se rozaran más allá de lo permitido. Esperé para ver su reacción cuando ella lo rechazase. Sería divertido.

No debía alterarme porque un chico que no levantaba tres palmos del suelo con cara de idiota se acercara a ella con la clara intención de arrimar cebolleta. Estaba seguro de que ella lo rechazaría con ese arte español que la caracterizaba. Relajé la respiración y me acomodé en la barra. Me fijé en la cara de Rocío. No parecía muy molesta... ¡Joder! ¡La muy arpía no tenía intención de pararle los pies!

Dejé el vaso en la barra y, como el que no quiere la cosa, me acerqué hasta la pista. Tenía unas ganas enormes de bailar. La sonrisa de Rocío al verme se ensanchó. No quise darle importancia al moreno que estaba detrás de ella, tocándome las bolas y no de la mejor forma. Mi principal objetivo era cuidarla y protegerla. Y lo vi claro. Tenía que quitarle al troglodita del medio para evitar que le ocurriese algo.

Me acerqué un poco más, despacito, como el león que se acerca a su presa salivando por la perspectiva de la caza. Pasé de las burlas tanto de Taylor como de Julio. No me interesaban ni lo más mínimo en ese momento. Después me vengaría de ellos.

Clavé mi mirada en la suya y, al ritmo de la música, comencé a bailar mientras me aproximaba tanto que nuestros alientos se entremezclaban, rodeaba su cintura con el brazo y le besaba ese cuello que me atraía como la miel a las abejas; dejaba claro de esa forma que Rocío no estaba disponible. Al separar mis labios de esa piel dulce y suave, me produjo una sensación de desasosiego que no sabía cómo explicar. Necesitaba seguir besándola. No obstante, miré al chico que, al ser testigo de la escena, levantó las manos y se retiró de inmediato. ¡Mejor! ¡Lo que menos me apetecía era una pelea de gallitos! Porque él era el típico ligón de discotecas y yo debía protegerla de ellos. Rocío me miró con una ceja levantada y una sonrisa complaciente en sus apetitosos labios.

—¿Marcando terreno, vaquero? —me susurró de forma tan sensual que mi ingle volvió a pegar un tirón.

—Prometí protegeros. Eso también incluye alejar a los moscones —le respondí en su oído. Intenté sonar lo más despreocupado posible, pero en cambio me salió la voz ronca. Esto se

convertiría en una puta pesadilla.

—¿Protegerme también supone evitar que eche un polvo? —preguntó. No paraba de bailar de forma sensual con sus pechos pegados al mío, subiendo y bajando por mi torso de forma tan erótica que estaba a punto de cometer la mayor tontería de mi vida. «¡La promesa! ¡Recuerda la promesa, Eme!» Me lo repetí una y otra vez—. Aunque siempre podría utilizar a mi amigo a pilas.

¡Me cago en la puta! Imaginarla mientras se daba placer con el cacharro de silicona me ponía de peor humor que verla con el gallito. Necesitaba tranquilizarme o me abalanzaría sobre ella sin remedio, mantener la mente fría y, sobre todo, otras partes de mi anatomía que también estaban bastante perjudicadas.

—El cacharro a pilas también supone un peligro. Debería ir a tu casa y confiscarlo. Y ahora, dediquémonos a pasarlo bien, bailar y tomar unas copas sin más intención que pasar un rato divertido con los amigos —precisé para dejar clara mi postura, aunque ni yo mismo estuviese tan seguro.

No pude reprimir mis ganas y acaricié su mejilla con mis nudillos, provocando que los latidos de mi corazón se acelerasen. El rubor de sus pómulos me hizo sonreír. Con un movimiento se dio la vuelta y continuó bailando, pegándose poquito a poquito a mi cuerpo. Mis brazos rodearon su cintura y, al ritmo de la música, nos movimos de manera más sensual, subiendo la temperatura de nuestros cuerpos. Sin pensarlo, acerqué mis labios al cuello, en una caricia prolongada desde su oído hasta la zona de la clavícula. Me estaba acercando al fuego y me iba a quemar, pero en ese momento me daba igual, tan solo quería disfrutar un rato más. Poco a poco me estaba convirtiendo en un puto adicto a su olor y a su presencia.

Comencé a bajar la mano acariciando todo su torso; gimió y el sonido me la puso más dura, si es que eso era posible. De espaldas a mí, mientras movía sus nalgas, colocó su mano en mi nuca. Ambos temblamos por el deseo contenido. ¡La promesa! Mi boca buscaba su cuello con desespero mientras el ritmo de los latidos de nuestros corazones se volvía frenético. Intenté separarme, pero Rocío me lo impidió haciendo su agarre más fuerte.

La música, la bebida y los continuos contoneos de Rocío provocaron que mandara a la mierda mi determinación de no tener nada con ella. ¡Al carajo la puta promesa! Con un rápido movimiento le di la vuelta para encararla y atacar esos carnosos labios que me llevaban por la calle de la amargura. Los recorrí con mi lengua como si fuesen el manjar más exquisito, mientras pegaba mi pelvis a la suya para que viese el estado de excitación en el que me encontraba. Nuestras lenguas comenzaron un baile tan sensual como el de nuestros cuerpos, mientras intentaba saborear la suavidad de su cavidad.

Mis manos bajaron hacia las nalgas, primero con pausadas caricias para pasar a agarrarlas fuerte y pegarlas más a mí. No quería que hubiese ni la más mínima separación entre nosotros. En ese punto ambos estábamos jadeantes y sudorosos. Mi ataque a su boca se hizo más necesitado, más voraz y anhelante. Bajé una mano hacia su muslo, y el roce de su piel desnuda terminó con el poco raciocinio que me quedaba.

Despacio y al ritmo de la música me fui alejando de la pista de baile. Buscaba algún sitio donde dar rienda suelta a los instintos más primarios y follarla hasta que nuestras gargantas doliesen de gritar. Por el rabillo del ojo vi un pasillo que iba hacia los lavabos. Nos tendríamos que conformar con eso de momento. Sin dejar de besarla, de acariciar su cuerpo con avaricia, y moviéndonos al son de la música que salía por los altavoces de la discoteca, nos dirigimos hacia allí, no sin antes pararnos en la primera pared que vi para recorrer sus muslos con mis dedos sin

nada de por medio que me lo impidiese. Moví la pelvis y le clavé mi erección. Me encantaba cómo respondía ante mis toques; el sonido de sus gemidos era lo más erótico que jamás había escuchado. ¡Joder! Estaba a punto de correrme en los pantalones con las imágenes de todas y cada una de las guarradas que quería hacer con ella. Tuve que parar un instante, coger aire y tranquilizarme para no llegar a explotar antes de tiempo.

Un poco más calmado, la miré fijamente. Estaba preciosa; su pelo revuelto, los ojos brillantes, las pupilas negras, apenas quedaba rastro del color miel, los labios brillantes e hinchados. ¡Tan follable! Sin demorar más la espera, cogí su mano y entrelacé nuestros dedos para llevarla con prisas hacia algún lugar donde poder perderme entre sus piernas. Era en lo único que podía y quería pensar en ese momento.

Cruzamos el pasillo y vi la puerta del almacén entreabierta. Eso era mejor que el cubículo de un cuarto de baño; al menos, tendríamos más privacidad, además por el estado en el que nos encontrábamos ambos, estaba seguro de que sería algo rápido. Ya podríamos disfrutarnos y dedicarnos todo el tiempo del mundo cuando llegáramos a casa, ya que el niño estaba con su abuelo.

Entramos a tientas y busqué un interruptor sin dejar de atacar sus apetitosos labios. Al no encontrarlo, descarté la idea para pasar con rapidez a desnudarla. La premura por meterme entre sus piernas era casi insoportable. De una patada cerré la puerta. Sus risas ante el gesto me llenaron el pecho de calidez. Palpé por su ropa en busca de la cremallera, pero al no encontrarla, decidí subirle el vestido sin más y apartar a un lado las braguitas. Recorrí sus pliegues con mis dedos. ¡Dios! ¡Estaba empapada!

—Morena, ¿estás segura de lo que vamos a hacer? —le pregunté en un intento de templar mis nervios y calmar mi deseo.

—Jamás en mi vida he estado tan segura de algo, vaquero.

¡Joder! Ese apelativo saliendo de sus labios, casi en un largo gemido, estimuló mi dolorosa erección, desatando aún más mi deseo por ella. Casi la atacé como un animal. Con las manos temblorosas intenté quitarme la hebilla del cinturón. Me encantaron sus risas al comprobar mi estado y ambos estallamos en carcajadas descontroladas. Noté sus manos sobre las mías, mucho más calmadas. Logró deshacerse de los impedimentos y sacar mi erección en una larga caricia. ¡Como siguiese un poco más no sería consciente de mis actos!

Aparté sus manos, la volví a besar como si venerase algo delicado y valioso, enrosqué sus piernas en mi cintura y, justo en el momento en el que por fin iba a entrar en ella, la puerta se abrió.

Como pude, la aguanté para impedir que quien fuese, lograra entrar. Rocío en ese momento, estalló en carcajadas, provocando las mías. Con prisas y risas nerviosas, como si fuésemos dos adolescentes pillados por sus padres, nos recolocamos la ropa, agarré su mano y, sin decir nada, salimos corriendo de la discoteca. Llamamos a un taxi para irnos a casa. Al entrar, me di cuenta de que me había olvidado la cartera y las llaves de casa en la nave.

—Vayamos allí un momento. Le decimos al taxista que nos espere y nos marchamos a casa. Mañana la necesito. Tengo allí las tarjetas y mi documentación —le expliqué, mientras besaba ese punto del cuello que tanto me gustaba y donde se concentraba todo su aroma. Rocío no contestó, se limitó a disfrutar de mis besos y a asentir con la cabeza.

El taxista emprendió el camino. Tuve que parar antes de que terminase por desnudarla en el asiento trasero. Entrelacé nuestras manos y me dediqué a mirar por la ventanilla. Tampoco quería pensar mucho, ya que si lo hacía sabía que era capaz de parar esta locura.

Al llegar al callejón, le dijimos al chico que nos esperase, bajamos y con rapidez entré en la nave mientras Rocío me esperaba en la puerta. Al llegar al despacho, encendí la luz, rebusqué en los cajones del escritorio. Abrí uno por uno sin encontrarla. Miré a mi alrededor buscándola por encima de los muebles. Al cabo de unos segundos la vi encima del sofá. La cogí, miré en su interior, cerciorándome de que tuviese dinero y, cuando estaba dispuesto a salir, los gritos de Rocío llamaron mi atención.

Capítulo doce

«Nadie ama al hombre al que le tiene miedo».
Aristóteles

ROCÍO

Grité tan fuerte que me dolió la garganta. Nunca había visto nada parecido tan cerca. Cuando falleció mi madre, no tuve el valor de entrar a verla, de todas formas, no quisieron mostrar su cuerpo debido al estado en el que se encontraba después del accidente. Ante mí, permanecía el cuerpo inerte de una chica morena con el pelo rizado, unos años mayor que yo. La vacía mirada, los labios entreabiertos, las manos atadas con una ruda cuerda... Su cuerpo tirado sobre el asfalto como si fuese una muñeca rota... El escenario me produjo un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza, por lo que comencé a temblar sin remedio alguno.

Eme acudió a mi lado con rapidez. En ese instante, toda la nebulosa de alcohol y excitación se fueron de golpe. Sacó su teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón e hizo una llamada. Pagó al taxista sin dejar de abrazarme. El chico no se marchó porque también estaba cuando encontré el cadáver.

Durante un rato, esperamos a que llegase la policía. Eme me repetía una y otra vez que entrase a su despacho; allí podría tomar un poco de agua y tranquilizarme, aunque en ese momento no podía moverme. Estaba petrificada.

Cuando la policía llegó, nos apartaron y comenzaron a hablar entre ellos. Estaba tan aterrorizada que no comprendía nada. También vinieron los dos polis alumnos de Eme. Mi vecino intentaba calmarme con palabras susurradas al oído. Lo único que sabía era que me faltaba el aire. Escuché cómo uno de ellos hacía una llamada de teléfono. Tenía la sensación de que me había desdoblado de mi cuerpo y que era una simple observadora de todo lo que ocurría a mi alrededor sin ser muy consciente de ello.

La angustia y el miedo se apoderaron de mi maltrecho estado de ansiedad. Comencé a hiperventilar; me faltaba el aire y el poco que conseguía capturar llegaba con dificultad a mis pulmones. No quería mirar el cuerpo, pero mis ojos se desviaban hacia esa dirección una y otra vez sin remedio alguno.

—Tranquila —me decía Eme, mientras me acariciaba la espalda con suavidad. No veía a nadie más, tan solo el cuerpo inerte de la muchacha.

—Lleva muerta poco tiempo, aún está caliente. —Oí decir.

—Este no es el escenario del crimen. La han dejado aquí hace poco. ¿Tienes las cámaras activadas?

—No. Solo está activada la alarma, aún queda pendiente ese tema. No creí que fuese algo tan urgente —respondió Eme.

—¡Joder! ¡Ya es el segundo cuerpo que encontramos en el mismo lugar!

—¡A mí no me hace ni puta gracia! —farfulló Eme bastante molesto.

—He avisado a los compañeros; llegarán enseguida, al igual que el forense.

—Voy a llevármela. Está muy nerviosa —explicó Eme al mismo tiempo que me señalaba con

la cabeza.

—No te la lleves aún. Tenemos que tomarle declaración.

—¡Y una mierda! ¿No veis el estado en que se encuentra? Necesita tomar algo para tranquilizarse. ¡Está con un puto ataque de ansiedad!

Miré a mi alrededor. Era la única que estaba en ese estado. Varias parejas de policías rastreaban los alrededores con diligencia. Me fui hasta un lado del callejón, me apoyé en la pared y me dejé caer hasta el suelo. Me sentía derrotada. Las lágrimas no dejaban de correr por mis mejillas. Eme se acercó con una manta que no supe de dónde había sacado. Con suavidad, la posó sobre mis hombros, me ofreció un pañuelo y un vaso de agua.

—Pobre chica. Parece tan joven... —comenté con la voz entrecortada por el llanto.

—Rocío, cálmate un poco. Deben tomarte declaración. Después podremos marcharnos a casa —me explicó Eme con delicadeza, sin dejar de mantener contacto conmigo en ningún momento, algo que le agradecía con todo mi corazón. No sabía si hubiera sido capaz de sobrellevar todo eso si él no estuviese a mi lado.

—No sé nada, Eme. Solo encontré el cadáver cuando te estaba esperando —le expliqué.

—Shhhh. Lo sé. Es lo mismo que debes decirles a ellos —me susurró—. No te preocupes, morena. Todo saldrá bien.

—Lo sé. Estás a mi lado, solo por eso estoy más tranquila. Menos mal que los niños están con mi padre, al menos se han ahorrado todo esto.

—Por supuesto que sí. Los niños están a salvo en casa de tu padre.

Nos quedamos callados durante un largo rato, a la espera de que pudiera declarar y marcharnos. A pesar de estar mucho más tranquila, de vez en cuando, recordaba a la pobre chica y mis lágrimas volvían a salir a borbotones. Eme se acomodó a mi lado y apoyé la cabeza en su hombro. La noche se había complicado de tal modo que estaba siendo una de las más largas de mi vida.

Después de la inauguración, dimos en la discoteca un paso importante en nuestra relación. Todo apuntaba a que terminaríamos enredados en la cama o en la pared, pero ni por un segundo me imaginé que nuestra noche loca implicaría un cadáver y varias patrullas de policía. Suspiré y agarré la mano de Eme. Necesitaba sentir su calor, su piel, aspirar su tranquilizador aroma.

Poco a poco, el cansancio por todos los acontecimientos se apoderó de mi cuerpo. Pasadas las horas, estaba mucho más sosegada. Todo avanzaba demasiado lento. Necesitaba una ducha y dormir algunas horas con urgencia. Llegó un momento en que no era capaz de mantener los ojos abiertos. Las hipnóticas caricias de Eme en mi cabello, en la mano o en el muslo, no ayudaban a mantenerme despierta.

Cuando me di cuenta, la luz del amanecer junto a la suave voz de Eme, me despertaron del estado de duermevela en el que me encontraba. Había llegado el momento de declarar. Todos los policías tenían el mismo aspecto de cansancio que nosotros. Tanto un policía uniformado como los dos amigos de Eme se acercaron a nosotros.

—Vamos a tomarle declaración a tu chica —le informó unos de sus amigos.

—¡Ya era hora! Llevamos aquí casi toda la noche. Está cansada y muy nerviosa. Solo quiero llevarla a casa.

—Lo sé, pero estamos llevando esto de la mejor manera posible. Son muchos cadáveres los que lleva el cabrón a su espalda, y no tenemos ni una sola pista. Para colmo, también hay un único cadáver en Madrid con el mismo *modus operandi*. Nos está volviendo locos, macho. Debemos hacer todo con sumo cuidado para poder pillar a ese hijo de puta y que se pudra en la cárcel —

espetó con malhumor—. Bueno, ¿por qué volvisteis por aquí?

—Eme se olvidó la cartera y las llaves de casa.

—Si estuviste en el *pub*, ¿cómo pagaste las copas?

—Por el móvil —respondió Eme con la mayor tranquilidad.

—Entonces, ¿para qué la necesitabas?

—Necesitaba las llaves para entrar en casa. Agustín, el padre de Rocío, se quedaba esta noche con los niños. Nosotros íbamos a quedarnos a dormir en mi casa.

—Comprendo. ¿Se separaron en algún momento de la noche? —preguntó, en esta ocasión, su mirada se dirigía directa mí.

—Ni de la noche ni de la tarde, desde que me recogió en casa.

—Y en el *pub*. ¿Tampoco se perdieron de vista en ningún momento?

—Bueno, durante un rato estuvimos separados, pero eso ya lo sabes. Yo estuve bailando en la pista mientras él permanecía en la barra.

—Entiendo. Durante el tiempo que estuvisteis en el *pub*, ¿siempre estuvisteis con alguien? ¿Tenéis testigos de que permanecisteis todo el rato allí?

—Castillo, ¿a dónde cojones quieres llegar? —respondió Eme, malhumorado.

—Eme, tranquilízate. Solo quiero dejar todo aclarado. Estuve con vosotros, os vi en todo momento, pero después, durante un largo rato, desaparecisteis. Solo quiero dejar claro que vosotros tenéis testigos en todo momento.

¡Vaya! Sería muy difícil explicar que habíamos desaparecido durante un rato por un calentón.

—Bueno, llegamos al *pub*, pedimos unas copas. Hablé con Rebeca durante un rato y, como me estaba dando por saco, me marché a la barra. Rocío se fue a la pista de baile con Eli y Christine, dos amigas mías que han viajado desde Estados Unidos junto a sus maridos para la inauguración. Un chico se acercó a ella y...

—Y una rubia tetona a ti —interrumpí. No iba a dejarme mal porque un chico se me acercara en el *pub* para bailar conmigo. No estaba haciendo nada malo. Eme me miró con una sonrisa en la cara. ¿Por qué me miraba y sonreía de esa forma?

—Y una rubia a mí, ¿contenta? —Asentí, y continuó hablando—: La cuestión es que el chico se estaba propasando con Rocío.

—No se propasaba. Solo bailaba conmigo —repliqué.

—Demasiado pegado y sus manos estaban en tu cintura.

—Pero no se pasaba.

—Te quería follar —contestó Eme, muy molesto.

—Y yo... —Me callé la boca, porque escuché un carraspeo. Nos habíamos olvidado de los policías, que nos miraban sonrientes.

—Bueno, como sabes, me acerqué a ella y bailamos. Le quité al moscardón de encima, y nos quedamos un rato en la pista de baile. Casi todo el *pub* está de testigo.

—Sí, pero hubo un momento que desaparecisteis y nadie sabía dónde os habías metido. ¿Os vinisteis hacia aquí directos o parasteis en algún sitio? ¿A qué hora cogisteis el taxi?

—A ver, por partes. No desaparecimos, nos metimos en el almacén del *pub*, que es diferente, aunque allí estuvimos poco tiempo, apenas unos diez minutos. Vinimos directos hacia aquí. No sé a qué hora cogimos el taxi, pero lo llamé desde mi móvil, por lo que sí te puedo dar ese dato. Tardó poco tiempo en llegar.

—¿Qué hacíais en el almacén del *pub*? —¡Me cago en la puta! ¡Este tío era imbécil o se lo hacía! ¡Vaya preguntas que nos hacía *el nota*! ¿Qué coño importaría eso? Encima no paraba de

anotar todo lo que decíamos en esa libreta negra, que como no se callara se la iba a tragar.

—¿De verdad necesitas que te lo diga? —preguntó Eme con media sonrisa pícaro en la cara. Otro que se iba a comer una torta con la mano abierta.

—Robar en el almacén de un *pub* no está bien visto, además de estar penado por la ley.

—¡No jodas, macho! —replicó Eme. Cada vez estaba más avergonzada. Mi cara debía de ser ya de color rojo sangre. ¡Mierda! ¡Vaya comparación!—. No estábamos robando.

—¿Entonces? Explícamelo, porque no lo entiendo. ¿Tú lo entiendes, Manuel? —le preguntó al otro policía.

—Lo que vas a entender es la cantidad de horas que vas a correr alrededor del tatami. Va a pasar mucho tiempo antes de que vuelvas a pisar uno —farfulló Eme, muy cabreado.

—Lo que tú digas, pero sigues sin responder.

Este tío, por muy bueno que estuviese, era tonto de remate.

—¿De veras necesitas que te lo explique? Entonces estás peor de lo que yo pensaba. No necesitas unas clases de defensa personal, ni de tiro, ni tan siquiera necesitas mejorar tu forma física.

—Necesito que el testigo sea directo y nos dé el mayor número de detalles posibles.

—¡Echar un polvo, vale! —exclamó, exasperado.

¡Joder! ¡El muy capullo se ha atrevido a contarlo!

—¡No echamos un polvo! —exclamé, enfadada. Elevé el volumen más de lo necesario, por lo que varias cabezas se giraron en nuestra dirección.

—Bueno, poneos de acuerdo. ¿Echasteis o no echasteis el polvo? —preguntó el puto policía, mientras se aguantaba la risa.

—¡Nos interrumpieron! ¿Contento? —respondió Eme, ahora sí que estaba cabreado y se le había borrado esa sonrisa que tenía antes.

—Entiendo. Entonces tuvieron *coitus interruptus*. Y después, ¿qué hicieron?

Tanto Eme como yo le echamos una mirada asesina.

—Sabes que no vas a superar el curso en tu puta vida, ¿verdad? —le dijo Eme—. Después salimos de allí con algo de prisa para coger las llaves de los cojones e ir a casa.

—¿Entonces fue cuando pedisteis el taxi?

—Sí.

—¿Tardasteis mucho desde que salisteis del *pub* hasta pedirlo?

—No. Fue de inmediato. Llevábamos algo de prisa.

—¿Cuánto tiempo tardó el taxi en llegar?

—No lo sé. Como te he dicho antes, estaba un poco... perjudicado. Mis cinco sentidos estaban... en otra cosa. Pero eso es algo que te puede contestar fácilmente el taxista. Imagino que llevarán registros de llamadas, y cosas por el estilo.

—Cuando llegasteis, ¿qué hicisteis?

—Lo normal, nos bajamos del coche, entré en la nave, busqué mis cosas y fue cuando escuché el grito de Rocío —respondió Eme con voz cansada.

—¿Y usted?

—Me bajé del coche, me fui a la puerta para esperarlo y fue cuando la vi —respondí de igual modo que Eme. La noche ya nos pasaba factura. Ambos estábamos exhaustos.

Después de una hora más, por fin pudimos marcharnos de allí. Aunque sabía que mi padre y los niños aún estaban dormidos, entramos en su casa, ya que debía recoger la bolsa que había dejado allí con mis enseres personales. Eme se quedó en el salón mientras iba al dormitorio de mi padre.

Lo miré con cariño. Se le notaba cansado. ¡A saber la guerra que le habrían dado esos dos granujas! Siempre podía contar con mi padre y eso suponía un gran alivio para mí. No eran muchas las ocasiones en las que se quedaba con Nando, ya que, primero, por su trabajo, y después, con el tema de su enfermedad que debía evitarle el mayor número de disgustos posibles, no pudo hacerlo. Quería a mi hijo con todo mi corazón, pero reconocía que era un pequeño gamberro que se metía en más problemas de los necesarios.

Salí del dormitorio con una sonrisa en la boca. Entré en el que mi padre tenía para nosotros cuando nos quedábamos en su casa; era mi antiguo dormitorio. Allí estaban los dos pequeñajos. Mi padre había sacado la cama de abajo y le había puesto sábanas limpias. Me acerqué a ellos, los besé y los tapé de nuevo. Al parecer, Mara era como mi hijo que no paraba de destaparse durante la noche.

Al salir de nuevo al salón, ya preparada para marcharnos, me encontré a Eme saliendo del cuarto de baño, con la cara descompuesta y más nervioso de lo normal. Comenzó a dar vueltas alrededor del salón, aunque sin decir nada. Tan solo se tocaba el pelo de manera nerviosa una y otra vez.

—¿Qué ocurre Eme? Pareces un poco nervioso —le pregunté, extrañada.

—Nada. Tan solo estoy un poco cansado, eso es todo —contestó de manera poco creíble.

—¿De verdad? Porque parece que no te lo crees ni tú mismo —repliqué, mientras dejaba la bolsa en el suelo y ponía las manos en jarra.

—De verdad. No te preocupes. Ha sido un día demasiado largo. Venga, vámonos y descansemos un poco, que falta nos hace.

—De acuerdo, vaquero, si lo dices será por algo, pero no pienses ni por un instante que me lo creo —aclaré con un tono de voz que me salió más agotado de lo que pretendía.

En un principio iba a quedarme en casa de mi padre, pero al salir del *pub* le mandé un mensaje para decirle que me quedaba en mi casa; ahora no quería volver a cambiar de plan. No me apetecía quedarme sola, por lo que lo hablé con Eme y decidimos quedarnos ambos en la suya.

Cuando llegamos a su apartamento, aún continuaba nerviosa, aunque intentara por todos los medios aparentar normalidad. Eme me miró y, sin mediar palabra alguna, se marchó a la cocina. Permanecí a la espera sentada en el sofá del salón. Miraba a mi alrededor, pero no veía nada. Tenía frío, a pesar de que la fecha en la que estábamos era muy calurosa. Me abracé en la búsqueda inútil de un poquito de confort. Seguía temblando.

—Te he traído una tila. Te sentará bien —me dijo Eme con precaución—. Tómatela y te acuestas. Necesitas dormir un rato. Ha sido una noche muy dura.

Sin mediar palabra, me tomé la tila a pequeños sorbos, mientras entraba en calor, y mi estado de alteración se calmaba poco a poco con Eme a mi lado. Cuando terminé de tomarla, pasamos a su dormitorio, destapó la cama y, con un gesto de su cabeza, me indicó que me acostase.

—¿Dónde vas a dormir? —pregunté como pude, ya que apenas me salía la voz.

—Me iré al sofá, así puedes descansar.

—¡Por favor, no me dejes sola! —le supliqué casi a punto de echarme a llorar.

—No te preocupes, me quedaré aquí hasta que te duermas —susurró; se desvistió, se puso un pantalón de pijama y se acurrucó en la cama con su pecho pegado a mi espalda. .

Me quedé dormida entre suaves caricias, el sonido pausado de su respiración y su aroma.

Capítulo trece

«No debemos tener miedo a equivocarnos, hasta los planetas chocan y del caos nacen estrellas».
Charles Chaplin

Esperé hasta que cayó en un profundo sueño. Estaba inquieto; algo me decía que no había hecho lo correcto, a pesar de que no pude reprimirme. Mi instinto me llevó a coger esa medalla de la escena del crimen casi sin saber el motivo. Pero algo me impulsó a hacerlo al verla enredada en el pelo de la chica, así que, sin más, cogí un pañuelo, la desenredé de su cabello con delicadeza y la metí en mi bolsillo sin tocarla. Más tarde, la metí en una bolsita de plástico para no dejar mis huellas. Me levanté de la cama y me fui hacia el salón. Encendí la lámpara de la mesita pequeña, ya que no quería que Rocío se despertase; necesitaba descansar un poco. Había sido una noche dura para ella. ¡Joder! Lo fue para mí y estaba acostumbrado incluso a ver cuerpos desmembrados.

Cogí la insignia con la fina cadena de oro entre mis dedos y la observé atentamente a la vez que me preparaba un café. Era un emblema con una frase en árabe y una flor en la parte superior. Busqué mi portátil en la entrada de la casa y lo encendí para descifrar el mensaje de esa frase. Durante un rato me entretuve solo en ese quehacer. Si mantenía mi mente ocupada, no pensaba en nada más.

Fue un auténtico suplicio dejar a Rocío en mi cama, pero no quería caer en una tentación tan dulce como ella, no era lo que necesitaba en ese momento. Le urgía descansar y tranquilizarse; olvidar esa noche y continuar su camino sin que yo me interpusiera. Las palabras de Agustín retumbaron en mi mente como un redoble de tambor, taladrándome una y otra vez. Cerré la tapa con rabia y aparté el portátil sin averiguar nada.

Cuando llegué a casa de su padre esperaba que fuese algo rápido. A pesar de la buena relación que mantenía con él, nunca había estado allí, por lo que me llamó la atención la austera decoración y la falta de detalles personales; no me la esperaba de esa manera. Por eso me llamó la atención la única foto que tenía en la vacía estantería del salón. Una única foto en un sencillo marco de madera. La vi y me atrajo como un imán.

En ella, Rocío, Nando y Agustín posaban sonrientes en una playa cercana a casa. Se notaba que estaban felices y relajados. No era una foto demasiado antigua, aunque mi vecina llevaba el pelo más corto y Nando se veía más pequeño. Las ojeras de Agustín y su aspecto delgado me indujeron a pensar que se tomó el verano pasado, cuando tuvo el primer infarto.

A pesar de que no podía apartar mis ojos de Rocío por el brillo que emanaban de los suyos y la sonrisa sincera que iluminaba su rostro, observé en la foto algo que me distrajo por un instante. Agustín llevaba colgado al cuello un medallón, pero la luz del sol le daba directo impidiendo ver bien el colgante, sobre todo los dibujos grabados en él.

La confusión y el nerviosismo se apoderaron de mí, a pesar de repetirme una y otra vez que habría miles de colgantes iguales. No creía que fuese ese algo único y especial, pero la intuición me decía que me engañaba. Por otro lado, no veía bien el grabado de la medalla. ¿Por qué carajo me había llamado tanto la atención?

Tomé el último sorbo del café que ya se había quedado helado y me recosté en el sofá con la

intención de descansar un par de horas. Estaba reventado, y eso no ayudaba a que mis ideas se aclarasen. Cerré los ojos, aunque mi mente divagaba de un pensamiento a otro. Gracias a Dios, Toby se había quedado en casa de una de las amigas de Rocío, de otra forma, no descansaríamos con los dichosos ladridos.

Tras un rato, escuché un ruido en la habitación. Me incorporé un poco en un intento de saber qué ocurría, aunque lo único que percibí fue el silencio. Me volví a recostar, y esta vez escuché una especie de quejido sordo.

Me levanté y fui hasta el dormitorio. Quería comprobar cómo se encontraba Rocío. Abrí la puerta con suavidad; estaba tapada hasta la cabeza y su cuerpo convulsionaba con espasmódicos temblores, a pesar del calor sofocante que hacía en esa época del año. La habitación permanecía en penumbras, tan solo iluminada por la tenue luz que entraba por la ventana.

La manta se movía ligeramente. Me acerqué a ella con cuidado y volví a escuchar un pequeño quejido. Lloraba en silencio, y verla tan indefensa me partió el alma. Suspiré exhausto, porque no sabía cómo reaccionar. Me debatía entre acercarme a ella, abrazarla y consolarla o, por el contrario, rezar para que no hubiese notado mi presencia, salir de la habitación y dejar que se desahogara sola. Me froté la cara en un vano intento de aclarar mis ideas.

—No me dejes sola, por favor, Eme —suplicó entre sordos hipidos, acallados por la falsa seguridad que te da el estar debajo de la manta. Me recordó a una niña pequeña que había en el orfanato donde me crie que, cada vez que tenía miedo, se tapaba hasta las orejas.

—Estoy aquí, morena. Estás en mi casa, en mi cama, donde nada malo puede ocurrirte —dije, mientras destapaba la cama y me acomodaba de nuevo a su espalda.

—No sé qué me pasa, pero tengo mucho miedo y eso me descoloca, porque siempre he sido muy fuerte. No quiero que mi hijo me vea así —susurró. Su pequeño y helado cuerpo se movía al compás del llanto. Pasé una mano por su cintura y me aproximé más a ella, intentando transmitirle un poco de calor.

—No tengas miedo. Yo te sostengo. No dejaré que te caigas —repliqué flojito, despacio, haciendo mi agarre más fuerte mientras mis palabras y mi aliento penetraban en su oído, dejándole el espacio suficiente para que las comprendiera.

Intenté no mover la mano, ya que se le había subido un poco la camiseta y podía rozar con mis dedos la suavidad de su piel y la pequeña montaña que se le formaba en la parte baja del vientre. Rocío era una mujer muy hermosa con unas sensuales curvas que te dejaban sin respiración.

—Me da la impresión de que no va a parar. La chica era tan joven...

—Shhh. No pienses en eso ahora. Intenta descansar.

—¿Sabes? Me ha impresionado mucho porque se parecía a mi madre cuando era joven. Me recordó a una foto que tengo guardada en la que estaba dormida. —Se quedó pensativa unos minutos. Después se dio la vuelta y me miró a los ojos. Permanecimos así durante un largo rato. Sus ojos, enrojecidos por el llanto, habían perdido su brillo habitual.

—Necesitas descansar. Ahora estás nerviosa por lo sucedido. ¿Te preparo una tila? —le pregunté.

—No. Le hice esa foto con una cámara que me regalaron el día de mi primera comunión. Son tan parecidas... Cuando cierro los ojos, las dos imágenes me vienen a la cabeza y no logro averiguar cuál es una o cuál es otra.

—Intenta dejar la mente en blanco. Necesitas descansar. Después debes recoger a Nando y no puede verte así... —Suspiró pesadamente.

El olor que su cuerpo desprendía tan característico con reminiscencia a dulce, su pecho

subiendo y bajando por las respiraciones, que, por la cercanía y ayudado por los temblores, acariciaba mi torso, el calor que desprendíamos bajo el edredón y su piel helada en contraste con el fuego que desprendía la mía... Nada de eso ayudaba a mi estado para tranquilizarme. Con un movimiento casi instintivo, acaricié su nariz respingona. Debía hacer algo con la mano para no apoyarla en otros lados más... peligrosos. Ella, que en un principio tenía su brazo estirado por su cuerpo, rodeó mi cintura. El uno frente al otro, inspirando nuestras respiraciones, bebiendo de ellas y con nuestras miradas fijas... Sus dedos dibujando despreocupadas figuras en mi cintura, despertando en mi interior una tormenta de contradicciones.

—Necesito olvidar... Mantener la mente ocupada... Fijar mi mirada en otra cosa que me llene de nuevos recuerdos que sustituyan estos...

—Dime qué deseas... —Intuía lo que quería; me lo pedía su cuerpo, sus pupilas dilatadas donde apenas se podía ver el color miel, hasta su boca en palabras no dichas...

También me acababa de meter en un berenjenal que no sabía cómo iba a salir de él... ¡Pero era tan bonita! Suspiré mientras intentaba alargar el momento. Necesitaba tranquilizarme, aunque se podía respirar en el ambiente la fragancia del deseo contenido y eso despertaba en mí otros instintos más primarios.

Sus dedos se volvían cada vez más audaces. Cerré los ojos mientras buscaba la contención necesaria. Bajé mi mano hasta su cintura, en una larga caricia a través de su brazo, en un cómodo silencio, tan solo interrumpido por el sonido de nuestras respiraciones que cada vez eran más anhelantes.

A medida que avanzaba hacia su cintura notaba cómo se estremecía su piel ante mi tacto. Nos hallábamos tan pegados el uno al otro que estaba casi seguro de que podría notar mi excitación a través de las finas telas que nos separaban. Recorrí con mi mano cada centímetro de su brazo solo por el placer de sentir cómo se erizaba su tez. Al llegar al cuello noté los acelerados latidos de su corazón, aunque el mío retumbaba de la misma forma, con fuerza, expectante.

Sus apetitosos labios entreabiertos me suplicaban que los besase. Ya había probado su dulzor, y los anhelaba con ardor. Su mirada bajó a los míos y fue todo lo que necesité para acercarme a ellos. No debía precipitarme. Rocío necesitaba que la mimase, que le concediese todo el cariño que fuese capaz de ofrecerle para que olvidase la pesadilla en la que se había convertido esa noche. Me lo pedía a gritos. Y yo sería aquel que se lo concediese.

Devoré sus labios; a la vez, mi mano dedicaba furtivas caricias en su rostro, limpiando de sus ojos todo rastro del dolor que esa noche le había causado, ahuyentando los miedos, las pesadillas. Rocío, *mi morena*, quería que le diese nuevos recuerdos y le ofrecería el mejor de todos; uno que sustituyera a todo lo anterior, lo borrara y lo anulase.

Poco a poco y muy despacio, nos fuimos despojando de nuestras ropas como si estuviésemos desenvolviendo el regalo más valioso del mundo, aunque la contención fuese tan fuerte que estuviésemos a punto de explotar. Solo caricias. Caricias dedicadas al otro, con mimo, con suavidad, sin prisas. Y besos. Muchos besos; a veces, salvajes; en ocasiones, simples roces, que nos llevaban al límite, para volver a empezar de nuevo.

Me sentía pleno. De vez en cuando, separaba nuestros labios para grabarme a fuego su mirada anhelante, expectante. Deseo, fuego y excitación. Todo eso y más era lo que me transmitía y lo sabía porque me veía reflejado en sus propios ojos.

Rocío subió su muslo por el mío, provocando que todo mi ser se estremeciera por el roce de nuestras pieles. Nuestras caderas, sincronizadas de forma perfecta, comenzaron un baile en busca de su propio placer. Mis sentidos estaban desbordados. El saborear sus dulces labios, el escuchar

sus gemidos contenidos, el oler los pasteles que degustaba a diario en ese punto del cuello que me volvía loco y que parecía que todo se magnificaba, el ver la excitación y el deseo en el brillo de sus ojos, el tacto entre nosotros donde no había ni un solo milímetro de separación. El roce justo en ese punto donde todo daba paso al placer... Borracho... Así era cómo me sentía; embriagado por todo lo que estaba sintiendo en esos instantes, durante esas horas. Sobraban las palabras, solo deseábamos sentirnos el uno al otro... Lo demás... dejó de existir.

Como pude, temblando por la excitación, por la expectativa, por la nebulosa de placer en la que estaba envuelto, cogí un preservativo del cajón y lo abrí. Rocío me lo quitó de la mano con suavidad, se separó un poco y me lo puso, regalándome caricias a lo largo de mi erección. Le aparté la mano; respiré profundo... Necesitaba unos minutos... Intuía que, en el momento en que entrase en ella, nada sería igual. Aunque ya todo había cambiado...

Con un movimiento de su cadera me invitó a entrar. Me enloquecía esta Rocío que tomaba la rienda y pedía lo que deseaba en todo momento. Esa chica que, a pesar de que había sido una noche infernal, era lo suficientemente fuerte como para querer sustituir las pesadillas por un recuerdo que jamás olvidaría. Y eso, terminó por descolocarme por completo.

Intenté reprimirme al entrar en ella. Suave, despacio, sin prisas... Pero fue casi imposible. Cuando la penetré por primera vez tuve que parar, quedarme en su interior unos instantes mientras mi erección se hinchaba más, pedía más. Salí de ella del mismo modo que entré mientras nos mirábamos, nos rogábamos con nuestros ojos más.

En la misma posición, casi sin querer movernos para no romper la magia del momento, con nuestras respiraciones entrecortadas, con el deseo y la pasión flotando a nuestro alrededor, resbalándonos por el sudor que emanábamos bajo el cobertor, llegamos a un orgasmo brutal donde no me hizo falta nadie más en la cama para sentirme pleno y satisfecho por primera vez en mi vida.

Y así, acurrucados, abrazados en la misma posición, sin salir de ella, entre besos robados, caímos en un profundo y placentero sueño tras una noche que se convirtió en un carrusel de emociones.

Capítulo catorce

«Para qué sirve el arrepentimiento, si eso no borra nada de lo que ha pasado. El mejor arrepentimiento es sencillamente cambiar».

José Saramago

A pesar del edredón que nos cubría, me desperté envuelto en una capa de sudor fría. El corazón me latía frenético. Miré a la mujer que tenía a mi lado. ¡Tan bonita! Se la veía tranquila y relajada. Me quedé admirándola durante un rato. En mi interior se estaba desatando un lío de cojones y no tenía claro qué acababa de pasar. ¡Joder, sabía lo que había hecho! Había roto una puta promesa. Para mí, la palabra era sagrada; lo único que tenía y había terminado por olvidarla.

Intenté dormir, pero fue imposible. Mi mente iba de un pensamiento a otro, sin ton ni son. De repente, aparecieron *flashes* de mi relación con Gloria. Me llevé unos meses con ella y fueron buenos, pero jamás albergué por ella sentimientos más allá de una bonita amistad. Me aferré a la estabilidad, a llegar a casa y encontrarla allí, fue más una relación basada en el compañerismo. Y respecto al sexo... lo pasábamos bien, pero no me llenaba. Lo que sentí con Rocío fue tan diferente que no lograba catalogarlo. Estaba en *shock*.

A lo largo de mi vida tuve muchas relaciones con innumerables mujeres, tantas que no recordaba el nombre de la mayoría de ellas. Me vino a la mente la rubia del club. ¿Realmente era como Agustín? ¿De verdad no era capaz de llevar una relación seria con una sola persona? Con Rocío no extrañé nada...

Estaba exhausto... La volví a mirar y se removió un poco. La arropé y dejó de moverse. Poco a poco su respiración se hizo más pausada. La admiré durante un largo rato, mientras mi mente no paraba de divagar; iba a su puta bola de un asunto a otro.

Con Kimani era muy diferente. Me excitaba con tan solo pensar que la vería en el club. Siempre mantuve relaciones con una sola mujer hasta que llegué a Las Vegas. Reconozco que estaba tan aburrido, tan hastiado de mi vida, que cuando llegué allí, me dejé llevar por todas las distracciones que me ofrecía esa ciudad, incluido los clubs de intercambio. Pero ¿lo hacía por aburrimiento o porque realmente era lo que necesitaba?

Con ella, con mi chica de piel de ébano, jamás se me pasó por la cabeza mantener un encuentro sexual a solas. Siempre necesitaba más; bien estar en el club y que todos vieran cómo la follaba o incluir a alguien en la ecuación. Hubo momentos en los que creí tener celos de que otro hombre la poseyera, pero no era más que una rabieta por no ser el elegido en ese momento, porque en el instante que encontraba otra... distracción, me olvidaba de ella por completo. Incluso cuando veía cómo la follaban, no me cabreaba, me excitaba. ¿Podría soportar que alguien se tirase a Rocío en mi presencia? Ella no era así. No le iban esas cosas. Ella practicaba un sexo más... ¿normal? ¿simple?

Cambié de posición en la cama; me puse de lado en un vano intento de estar más cómodo para volver a coger el sueño. Estaba arrepentido de lo sucedido hacía unas horas. Arrepentido porque había roto una puta promesa. ¡Joder! Eso era sagrado. Solo tenía la palabra, el honor. Si la incumplía... ¿qué me quedaba?

Me quedaba el recuerdo de una noche inolvidable, pero sobre todo muy especial. El de sus ojos fijos en los míos, de su piel erizándose ante mi contacto, el recuerdo del latido frenético de

mi corazón, de la inmensidad de sentimientos que brotaban a borbotones durante el tiempo que estuvimos regalándonos sonrisas y caricias. El recuerdo del sabor de sus labios... ¡Joder! ¡No comprendía qué me pasaba!

Si este discurso me lo hubiera dado Rebeca o Julio, tendría para toda una vida de burlas. ¡Qué decía! ¡Si seguía cachondeándome de ellos! Me froté la cara. No me entendía ni yo mismo. Cogí el móvil y miré la hora. No había dormido nada, apenas media hora. Cerré los ojos, respiré hondo e intenté calmar mis nervios. ¡Y nada! No podía dormir.

Me levanté, me di una ducha y me preparé un café. Cogí el portátil para trabajar un poco. Navegué por internet durante un rato sin buscar nada en concreto, entré en el correo, contesté a varios emails que tenía pendientes, subí una publicación a Face, y me metí en la página de Amazon en busca de unas sillas que necesitaba para la nave y vi algo que me llamó la atención: era un sillón con una forma un tanto extraña. ¿Sillón del amor? Pinché en el enlace y me derivó hacia las funciones y posibles posturas. Mi imaginación me llevó hasta Rocío y, con tan solo visualizarla ahí, dispuesta, excitada... tuve una erección. En un ataque de locura, hice el pedido y apagué el portátil.

Debía aclarar mis ideas. Me arrepentía de lo que había sucedido la noche anterior, pero solo por haber roto la promesa que le hice a su padre. En realidad, era un falso arrepentimiento. Pensé que, si volviese atrás en esa noche, si volviese a revivirla, no cambiaría nada de lo sucedido. Solo por ver sus ojos cuando llegaba al orgasmo, ya había merecido la pena.

Inmerso en un mar de contradicciones, envié un *wasap* al grupo que tenía con Rebeca.

Eme
Chicos, ¿desayuno?

Reb
¿Ya estás despierto? Pensé que lo harías más tarde, ya que ayer te fuiste con tu chica. Muy mal se te tuvo que dar la noche.

Julio
Jajaja.

Taylor
¿Le dieron calabazas al oficial más *playboy*?

Eme
¡Ja, ja! No estoy para bromas.

Reb
No mojé. Necesitas echar un polvo.

Eme
Bueno, ¿quedamos para desayunar? ¿Dentro de media hora en la cafetería que hay frente al puerto?

Reb
Ok.

Julio
Ok.

Taylor

Ok.

Al menos había conseguido quedar con ellos. Si no lograba aclarar mis ideas, seguro que, al menos, lograba despejarme un poco. Necesitaba salir de allí, pero no quería despertar a Rocío. Había sido una noche intensa y seguro que estaba exhausta. Cogí un papel y un boli y le escribí una nota.

Buenos días, preciosa. Espero que descansases un poco. He salido un momento con los chicos. Tenía que hacer un par de recados. Tienes la cafetera a tu disposición y también hay algunos bollos, aunque no sean como los tuyos; esos me los zampo enseguida. Avísame cuando despiertes. Un beso... donde más te apetezca.

Dejé la nota con cuidado encima de la almohada y me marché a la cafetería donde habíamos quedado. Tenía que coger la moto; seguro que me ayudaba a despejar mis ideas.

Cuando entré, no había llegado ninguno. Escogí una mesa en la terraza y me senté a esperarlos. Cogí el periódico del mostrador y la noticia del cadáver que había descubierto Rocío esa misma noche llenaba la portada. Leí el artículo por si comentaban algo que no supiéramos, pero no encontré nada relevante. Durante un rato, le volví a dar vueltas al asunto.

No me gustaba la idea de que se hubiesen encontrado dos cadáveres justo en el mismo lugar, en la puerta trasera de mi nave. No era bueno para el negocio. Las chicas que quisieran ir para aprender las clases de defensa personal que iba a impartir no se atreverían a apuntarse. El caso cada vez era más conocido y la prensa creaba alarma social. Lo entendía, ya que traía de cabeza a la policía; después de no sé cuántas chicas asesinadas, aún no se sabía nada. Al menos, no decían nada importante, todo lo llevaban de la forma más discreta posible. Eso era lo mejor, ya que a veces la prensa podía inmiscuirse en la investigación y dar pistas. En esos casos, las consecuencias eran nefastas.

Mi amiga y su marido se sentaron frente a mí casi sin darme cuenta. Rebeca tenía una sonrisa deslumbrante. Pese al paso de los años, esta pareja seguía igual de enamorada que los primeros días. Se notaba a la perfección que no habían perdido esa pasión del inicio de una relación. Siempre pensé que una pareja, con el paso de los años, perdía la chispa y que, a partir de ese momento, serían más importantes otros sentimientos como el cariño o el estar al lado de alguien que te acompañase en el camino. Pero ellos me demostraban cada vez que estábamos juntos que podías tenerlo todo. El amor, la pasión, el cariño... Los admiraba.

Cuando el resto se unieron a nosotros, llamé al camarero para que tomara nota del pedido. Todos estaban felices y relajados. El amor flotaba en el aire; era algo palpable.

—Tío, dais asco. Solo faltan los unicornios y los corazoncitos de colores flotando a vuestro alrededor —me burlé, mientras intentaba desviar la atención.

—Desembucha, Eme. No estoy aquí para perder el tiempo. Tengo que aprovechar los pocos sábados que no tengo a la niña por la mañana —replicó Rebeca casi enfadada—. Desde que tú y el tito Julio os marchasteis, me quedé sin opciones. Mi abuela es muy mayor para bregar con ella y mi madre cada día está más ocupada.

Todos nos reímos ante la ocurrencia. Era verdad que, cuando Julio y yo vivíamos en Málaga, casi todos los viernes nos quedábamos con ella. Cada fin de semana le tocaba a uno. Ambos le teníamos un gran cariño a la pequeña y a su lengua viperina. Me gustaba pensar que esas salidas fuera de tono eran mías, que la peque en el fondo, aunque no fuese familia de sangre, si era su tito de tal manera que se parecía a mí en ese sentido. Sonreí ante tal posibilidad.

—Pues... el tema es el siguiente. Conocí a Agustín en Madrid. Es el cuñado de...

—¿Agustín es el padre de Rocío? —me interrumpió Taylor.

—Sí.

—Continúa —espetó Rebeca.

—Pues eso. Es el cuñado del dueño del bar donde iba todos los días a desayunar. Fue cuando me propuso el negocio.

Durante más de una hora les expliqué todos los pormenores. Necesitaba aclarar mis ideas a medida que exponía el tema. Necesitaba contarles todo lo referente a la promesa que le hice a su padre, la relación que habíamos mantenido, las veces que paseamos por la playa, las sesiones de entrenamientos, las noches que me esperaba en su casa para cenar...

—Es una chica fantástica —comentó Christine con un tono soñador.

—Una cosa es cierta. Hace unas tartas para morirse de gusto. Se le da muy bien la cocina.

—¿Lo dices por algo, capullo? —preguntó con una sonrisa Rebeca.

—Por nada, capi. ¡Dios me libre de decir alguna impertinencia! —exclamé entre risas, mientras elevaba mis manos en son de paz.

Todos estallamos en risas. En ese momento, me vino a la mente el medallón que encontré en la escena del crimen. Se lo conté todo, con el máximo de detalles posibles.

—¿Estás loco? ¿Sabes que eso es un delito? ¿Por qué no le has dicho nada a la policía? Eso es un delito en toda regla y lo sabes muy bien. Emerson Ward, ¡no puedes entorpecer una investigación de esa manera! Ahora mismo vas a la poli y le entregas esa medalla. ¿No sabes que te podrías meter en un lío? Todos los tíos sois iguales. ¡En cuanto os encapricháis por una tía, se os va la puta pinza! Pues que sepas, que esta vez no pienso mover ni un jodido dedo para sacarte de prisión, mamonazo.

¡Pues sí que estaba cabreada!

—Tranquila, capi, no tendrás que hacer nada de eso. En cuanto descubra algo, voy a la poli, le entrego la medalla y le cuento todo. —Intenté tranquilizarla un poco, aunque no surtía efecto.

—¡Pero ese no es tu trabajo! ¡Eres más capullo de lo que suponía! —replicó con un gran enfado.

Todos los de la mesa se quedaron callados. Solo Rebeca reprochaba mi actitud a gritos con un enorme enfado. Le cogí las manos por encima de la mesa y le empecé a hablar.

—Rebeca, sé que no es trabajo mío. También sé que quizá me haya extralimitado al hacer esa promesa y que piensas que Rocío es estupenda. Yo también lo pienso, pero si he incumplido mi palabra, al menos necesito protegerlos; ahora mismo, saber que los dos están a salvo, es mi máxima prioridad. ¿Lo entiendes?

—Entiendo que estés enamorado de ella, que necesites protegerlos a ambos, que entre vosotros se haya creado un vínculo muy especial, pero entiende también que eres mi amigo, que eres especial para mí, para mi hija, para todos nosotros... Necesito, necesitamos, que no cometas tonterías. No sé por qué, pero somos especialistas en meternos en líos que ni nos van ni nos vienen. Recuerda mi secuestro... O el lío en el que se metió Julio en Las Vegas. Ahora, aquí en Almería, donde se supone que todo es mucho más seguro... Y seguimos metiéndonos en líos. ¡Desde luego, no tenemos remedio!

—Entonces, ¿me vais a ayudar?

—Por supuesto que sí, capullo. Ya lo sabes. Esto se está pareciendo a los mosqueteros, pero en lugar de tres, cada vez somos más. ¿Todos a una? —preguntó al resto de los chicos que estaban en las mesas.

—¡Todos a una! —exclamaron, haciendo que, por primera vez desde la noche anterior, me

sintiera mucho más ligero.

Ellos estaban allí y me iban a ayudar. Algo en mi interior me decía que Rocío podía estar en peligro y no me había dado cuenta hasta ese momento. El runrún que rondaba por mi cabeza, ese que me decía que estaba mal haber hecho el amor con Rocío, el que haya faltado a mi palabra, y que mis amigos en ningún momento me lo reprocharan, a sabiendas de lo recto que era en ese aspecto, me hizo pensar que quizá no cometiese ningún delito, que no era algo tan horroroso.

Uno no elige de quién enamorarse. ¿Enamorarse? ¿Realmente estaba enamorado? ¿Yo? ¿Emerson Ward, aquel que perdía o tiraba los teléfonos de las chicas aposta para no tener que volver a llamarlas? ¿Yo? ¿El Emerson Ward mujeriego que se pirraba por una buena sesión en un club? ¿Ese que follaba por distraerse, o tras un día ajetreado? ¿Ese que se burló de Rebeca hasta la saciedad por caer rendida a los pies de su actual marido? ¿O de Julio, o incluso de Taylor? No, no estaba enamorado. Rocío me encantaba, con ella todo era diferente, adquiriría otra perspectiva mucho más...

Cuando me di cuenta, todos me miraban con caras sonrientes. Negué con la cabeza y estallaron en grandes carcajadas. ¡Mamones! ¡Los quería con toda mi alma! Y yo me estaba volviendo patético con tanto sentimentalismo.

—¿En qué te podemos ayudar? —preguntó Taylor sacándome de mis pensamientos.

—Necesito averiguar algo de la medalla. He pensado que quizá seas capaz de descifrar qué pone en ella —comenté, sacándola del bolsillo dentro de una bolsita de plástico para no dejar mis huellas. En ningún momento la había tocado y fui lo suficientemente cuidadoso como para no borrar las que podría haber.

—Déjamela. Le haré una foto y se la mandaré a mi contacto por si me puede decir algo de ella. Al menos que traduzca la inscripción —respondió Taylor, alargó su mano y cogió la medalla entre sus dedos. La observó durante un rato y estuvo dando vueltas alrededor de la mesa hasta que todos la vieron.

—La inscripción está en árabe. Tengo un amigo que lo domina bastante bien. Puedo preguntarle —respondió Julio.

—Está bien. Déjalo en nuestras manos. Averiguaremos todo lo que se pueda de ella. No te preocupes. Ahora, debes estar tranquilo, ¿vale? No nos marcharemos de aquí hasta que todo esto quede resuelto —espetó Rebeca.

—¡Qué emoción, Eli! ¿A qué te huele esto? —exclamó Christine, emocionada, mientras daba pequeñas palmitas.

—¡Me huele a boda! —Ambas comenzaron a dar palmadas de alegría. Las miré con cara de pocos amigos.

Aún no había reconocido que estaba enamorado y ya me querían casar.

—El cazador cazado —exclamó Rebeca, mientras se unía la fiesta de las otras dos locas. Todos estallaron en carcajadas. Y mi mala leche subió por momentos.

—¿Estáis locos? ¿No tengo aún ni una puñetera relación y ya me preparáis la boda? —exclamé totalmente fuera de mí.

—¡Tiempo al tiempo, querido! —dijo Christine con una sonrisa inocente.

¡Ja, inocente, mis cojones! Era una arpía de mucho cuidado. Si me despistaba un poco, me la preparaba por todo lo alto, con esmoquin incluido. En ese momento me llegó un mensaje de Rocío. Estaba salvado por la campana, bueno, por el mensaje de *mi chica*. Me avisaba que se marchaba para recoger a los niños y que se lo dijera a Rebeca.

Quédate en casa, te recojo y vamos juntos a por ellos.

Vecina Buenorra

No quiero molestar. ¿Ya has terminado?

Eme

Sí, no te preocupes. Te recojo y almorzamos con los chicos, ¿te parece?

Al ver cómo la tenía en mi agenda de contactos, suspiré un tanto extraño. Todo había cambiado entre nosotros y no me parecía correcto tenerla con ese apelativo. Me fui a ajustes y cambié su nombre.

Rocío

Me parece perfecto.

Y con una sonrisa bobalicona en la cara, me despedí de mis amigos para ir a recoger a esa chica que me traía de cabeza.

Capítulo quince

«Cuando entiendas que no se trata de luchar, sino de aceptar y fluir, habrás entendido la vida».
Sherezade, Las mil y una noches

El poco tiempo que transcurrió desde la cafetería hasta mi apartamento lo dediqué a reflexionar sobre todo lo ocurrido. Mis amigos, esos con los que trabajé codo con codo, que nos cubrimos las espaldas y nos salvamos en más de una ocasión, de nuevo estaban dispuestos a hacer una piña para salvarle el culo a uno del grupo. ¿Cómo no los iba a considerar mi propia familia? Todos y cada uno de nosotros daría su propia vida por el otro. De manera instintiva me llevé la mano a la cicatriz del tiro que me dieron hacía meses en Las Vegas.

Había algo que me rondaba por la cabeza y no paraba de darle vueltas al asunto. La situación con Rocío era nueva para mí y no sabía cómo enfrentarme a ella. Era la primera vez en mi vida que tenía que ver a alguien después de echar un polvo. Con Gloria, tenía una relación, pero ella, al igual que yo, no era demasiado dada a las muestras de cariño y menos en público. Kimani, bueno, con ella era algo especial, ya que, aunque nos veíamos en el hotel, nunca salíamos, no teníamos una verdadera relación más allá de las cuatro paredes del club, a pesar de que estuvo a mi lado en el hospital. Y el resto eran simples polvos donde la mayoría de las veces ni tan siquiera me despedía de ellas.

Con Rocío era diferente. En ese momento me daba cuenta de que nunca fue igual, incluso en la forma de conocernos. Era tan distinta a todas las chicas que con las que había estado hasta ese instante... La vi a lo lejos, parada en la acera, con su mochila y un hombro al descubierto, dejando ver su piel tersa, las gafas oscuras y el sol de frente. Paré la moto y me bajé un poco antes para poder tomar aire y así enfrentarla, ganar unos minutos más... Algo ilógico porque mis piernas comenzaron a andar un poco más rápido de lo que en un principio planeé. Mi mente decía una cosa y mi cuerpo respondía otra.

Pensé que, cuando la tuviese delante, sería un momento incómodo, pero no pude estar más equivocado. Todo fluyó de la manera más natural. Éramos dos personas que se atraían irremediablemente cuando estaban cerca la una de la otra; ella era el imán y yo el metal que me dejaba arrastrar y atrapar con fuerza. ¿Había alguna forma de impedirlo? No lo sabía y me daba igual. No quería dejar de hacerlo. Con decisión, le rodeé la cintura con mi brazo, la acerqué a mi cuerpo y la besé. No pretendía que fuera más allá de un simple beso, un leve roce de nuestros labios. Lo que no sabía es que con ella nunca había medias tintas, nada era leve. Era todo o nada, como una explosión que lo arrasaba todo a su camino, aunque cuando lo hacía, después todo seguía en el mismo lugar, justo donde debía estar. Cuando nos separamos, nuestras respiraciones eran erráticas y entrecortadas.

Después de salir de la cafetería le mandé un mensaje contándole los planes. Debía subir un momento a casa y cambiarme de ropa. Estaba claro que con los chicos nunca sabías dónde ibas a terminar. Nos gustaban los planes improvisados, casi éramos especialistas en ellos. Subí a casa, me cambié rápido y bajé de la misma forma. No esperé ni el ascensor, no tuve paciencia.

Cuando salí del portal, casi sin decir nada, sin hablar, la cogí de la mano y nos dispusimos a dar un paseo hasta casa de Agustín para recoger a los niños. Quedé allí con los chicos para ir en sus coches hasta la playa; teníamos ganas de practicar submarinismo y, según me informé, por allí

había un lugar ideal para hacerlo. Luego almorzaríamos en cualquier bar cercano. La cuestión era pasar el día juntos y que los niños se divirtieran. Tanto a Nando como a Mara les encantaba la playa.

Almería era una ciudad que te ofrecía de todo: sol, playa, una gastronomía fantástica, lugares de diversión... Tranquila pero con mucho encanto. Me había acostumbrado muy rápido a vivir allí, a sus costumbres, y sus habitantes, encantadores y acogedores. Tenían esa chispa que lograba hacerte reír hasta en las situaciones más inesperadas. Y sus mujeres... Rocío englobaba el concepto de mujer andaluza, hermosa, alegre; el sueño de cualquier hombre.

Reprimí a tiempo el gruñido que emanó casi de manera instintiva de mi garganta al pensar en Rocío junto a otro que no fuese yo. Ilógico y demente, dado que ya era mayorcita y tenía un hijo... Y no creía que ella fuese la Virgen María del siglo XXI.

El ambiente en el coche era festivo. Todos bromeábamos con un Nando enfurruñado porque no podía ir en el mismo coche que Mara. El enano comenzaba a ser un pequeño conquistador nato, aunque aún le faltaran algunos años para llegar a serlo. Tendría que hablar muy serio con él de las mejores técnicas. Ese pensamiento, casi fugaz, que cruzó mi mente implicaba un futuro; un futuro lejano, además. ¿Realmente estaba dispuesto a eso con Rocío? No era el momento de divagar; ese pensamiento solo implicaba que pensaba quedarme en la ciudad por unos años más y era algo que tenía asumido, ya que allí era donde acababa de empezar mi negocio. Y Rocío era mi vecina más allá de lo que pudiese durar lo nuestro.

Me mentía y lo sabía, pero esa pequeña mentira acallaba mi conciencia; lograba que no entrase en bucle haciéndome las mismas preguntas una y otra vez. Evitaba el ataque de pánico en el que estaba a punto de entrar. En ocasiones, esas pequeñas mentiras que enmascaran nuestra voz interior y provocan que actuemos de manera natural son las que evitan que nos estrellemos de forma irremediable.

En los últimos días me había convertido en alguien que no reconocía. Uno que se planteaba una relación seria, la segunda en mi vida, con una mujer, pero también en alguien que rozaba la línea de la ilegalidad sin motivo aparente. ¿Por qué había cogido la puta medalla de allí? Ni idea, pero estaba claro que no andaba muy fino.

Suspiré cuando el coche paró en la playa. Todos se bajaron con demasiada rapidez, y yo parecía que iba a cámara lenta. Me bajé las gafas de sol para disfrutar de la vista de mis amigos. Todos estaban allí, con sus parejas, con Mara, cada uno encargándose de algo; Taylor observando el paisaje mientras agarraba a Eli por la cintura. Vi cómo Christine se acariciaba con cariño su prominente vientre, parada cerca del acceso a la playa, mientras Julio se encargaba de recoger sus bolsas. Edward jugaba con Mara; caminaban por la arena junto a Nando en busca del lugar ideal para dejar los trastos.

Contemplé a Rocío. Estaba... radiante. Miraba al horizonte con la mano a modo de visera, con su preciosa sonrisa y el cabello un poco revuelto por la ligera brisa. Como si la hubiese invocado, giró su rostro hacia mi dirección. En la otra mano sostenía el teléfono. Hablaba en voz baja. Desde que me encontré con ella y la besé, no habíamos dicho ni una sola palabra ninguno de los dos. Colgó la llamada y extendió su mano hacia mí.

—¿Vienes?

Y solo esa simple palabra fue suficiente para que corriese a su lado sin albergar ni la más mínima duda. Cogí su mano, que aún tenía extendida, y me aferré a ella con fuerza. Le respondí de inmediato con una gran sonrisa en la boca.

—Por supuesto, morena. ¡Vamos! ¿Has practicado alguna vez submarinismo?

—Pues claro. A pesar de este cuerpo que ves, con mis lorzas y mis kilos de más, me gusta practicar deporte, vaquero. No lo olvides. Aunque también me pirran unas buenas croquetas y el chocolate —esto último lo susurró en mi oído, como si fuese un secreto. ¡Y ese «vaquero»! Su particular acento al pronunciarlo. El roce de su aliento me erizó todo el cabello, provocando que una corriente eléctrica me recorriese todo el cuerpo y me quedase parado a mitad del recorrido en la arena de la playa. Comencé a quemarme la planta de los pies y jalé un poco de ella para que siguiésemos caminando.

—Te encanta comer ensaladas —repliqué, bromeando. Nunca la vi comiendo ninguna.

—O sí, me chiflan. ¡Son lo más! Donde se ponga una buena lechuguita, con su tomatito y todas esas cositas verdes que se quiten las croquetas de jamón con esa bechamel y su crujiente rebozado. ¡Ni punto de comparación! —exclamó, gesticulando con las manos.

La miré extrañado. A veces se expresaba de una forma tan seria que no sabía si bromeaba o no. Al ver mi cara, estalló en un ataque de risa, al que pronto me uní. Rocío tenía un humor un tanto particular. Se le notaba que estaba relajada a pesar de la endemoniada noche que habíamos tenido y eso me reconfortó mucho.

—¿Quién habla de croquetas? —preguntó Rebeca, que se había puesto a nuestro lado y ni tan siquiera me había dado cuenta.

—Le decía a Eme que donde se pone una buena ensalada que se quiten las croquetas de jamón —explicó Rocío, mientras le guiñaba un ojo cómplice a mi amiga.

—¡Y tanto! Acompañado de una buena botella de agua. ¡Es lo más! —respondió Rebeca entre risas.

Las dos se adelantaron un poco mientras hablaban de cocina. No sé qué hablaría Rebeca, ya que creía que no sabría ni dónde estaba esa habitación en su casa.

—Capi, y... ¿ya has aprendido a cocinar o sigues teniendo los *tuppers* de la abuela Mara en el frigorífico? —pregunté, socarrón, sabiendo muy bien cuál iba a ser la respuesta.

—Comandante, capullo. ¡La envidia te corroe! Y para tu información, prefiero comer antes que cocinar. Además, para qué voy a aprender si tanto mi madre como mi abuela o, incluso, Edward lo hacen a las mil maravillas. No quiero quitarles la ilusión de preparar mis platos favoritos —respondió entre risas.

—A mí no es que me guste especialmente, pero alguien tiene que hacerlo o, de lo contrario, tanto Nando como yo moriríamos de inanición. Aunque reconozco que no se me da mal —explicó Rocío.

¿Qué no se le daba mal? ¡Si cocinaba de escándalo! Sobre todo los postres. Cualquier tipo de pastel; a cualquier cosa dulce le daba un toque casi mágico. Salivaba al pensar en la tarta de manzana. Ya hacía varias semanas que no la hacía.

—¿Podrías hacer tarta de manzana para mañana? —interrumpí de repente casi sin pensar. Rebeca se quedó mirándome con cara de haberme pillado en un descuido y con una sonrisa de oreja a oreja—. A Nando le encanta y también es una de las favoritas de Mara. La podrías hacer para la merienda —farfullé de manera atropellada, mientras me encogía de hombros en un vano intento de restarle importancia.

¡Bueno, nuestra relación era un tanto extraña! Como amigos le podía pedir que hiciera una tarta, ¿no? Otra mentira más a sumar si teníamos en cuenta que me había acostado con ella esa misma noche. Aunque lo cierto era que no habíamos hablado nada sobre el tema ni asentado ninguna base. Y lo más importante era que no le habíamos puesto nombre a nuestra relación. ¿Estábamos saliendo? ¿Éramos pareja? ¿Lo pensaría ella así? ¡Joder! Demasiadas preguntas para

las que no tenía ni una puñetera respuesta. ¿Debía dejar fluir las cosas?

Me quité las gafas de sol, que llevaba puestas, y me froté los ojos, mientras procuraba aclarar mis ideas, que estaban más liadas que antes. Llegamos hasta el grupo y comenzamos a sacar las toallas y el equipo de buceo. No todos íbamos a practicar este deporte. Christine y Eli se quedarían con los críos.

Saqué mi traje de neopreno y comencé a ponérmelo, dejándolo abierto en la cintura mientras preparaba el resto del equipamiento. La playa de Los Muertos estaba preciosa. Contrastaba el color blanquecino de la arena con la oscuridad de la montaña rocosa y el verdor de los musgos con el color azul de las aguas cristalinas. Nos habíamos puesto apoyados en la montaña y los niños jugaban a pasar por debajo de una especie de columna que iba desde la montaña a la arena, haciendo un arco natural de lo más original. Saqué el móvil y le hice varias fotos cuando me di cuenta de que Nando me miraba con cara extraña.

—¿Qué tienes pintado ahí? —preguntó el niño, señalando la parte de los huesos de la cadera.

—¡Titoooo! ¿Te has hecho un tatuaje? —gritó, emocionada, la niña. Todos voltearon sus cabezas hacia mí. Miré hacia mi vientre donde sobresalía los cuernos de la cabra.

—¿Podemos ver el dibujo entero? Venga, di que sí, di que sí —rogó Nando, mientras juntaba sus manos a modo de súplica. Comencé a reír, ya que el dibujo terminaba en una zona bastante íntima.

—¡Molaaa! ¡Enséñanoslo! —replicó la niña.

—Mara, cielo. No te puedo enseñar el tatuaje completo, ya que termina muy abajo. Lo entiendes, ¿verdad? —intenté explicarle.

—No —respondió, encogiéndose de hombros—. Si ya todos te hemos visto en bolas, ¿qué más te da?

¡La madre que la parió!

—Cielo, no todos me han visto en bolas. Estamos en una playa. Además, no querrás que me detengan por escándalo público y estropear nuestro bonito día —expliqué de la manera más seria que me era posible. Estaba a punto de estallar en carcajadas. Miré a mis amigos y me topé con la mirada interrogante de Rocío.

—Nosotros no lo hemos visto en bolas, ¿a qué no, mamá? —preguntó Nando, como si fuese lo más natural del mundo. ¡Bendita inocencia! Giré la cara a Rocío y la encaré. Se había sonrojado; ese simple gesto de ella, encendida, agachando el rostro mientras se colocaba un mechón de cabello detrás de la oreja, me pareció adorable.

—Bueno, no todo el mundo me ha visto en bolas, Nando.

—Yo sí —replicó Mara como si ese hecho le diese un punto extra en algún extraño juego que no llegaba a comprender—. ¡Recuerda que es mi tito!

—Pero cena conmigo todas las noches. Mi mamá le prepara la cena y me arropa antes de dormir. A veces, me lee cuentos —farfulló, medio enfadado, el niño. ¿Qué les ocurría a estos dos? Todos volvieron a mirarme con una sonrisa en la cara que me daban ganas de arrancárselas a golpes. Me encogí de hombros, tratando de quitarle hierro al asunto. Tenía ganas de gritarles: «¡Es mi vecina! ¿Qué pasa? ¡Meteos en vuestros asuntos!».

—Chicos, no discutáis por nada. ¿Por qué no os vais a jugar con la arena o al agua? Hemos venido para disfrutar y pasarlo en grande —sentenció Rebeca. ¡Bendita sea, por sacarme siempre de todos los apuros!

Los niños comenzaron a correr por la playa como si nada, y yo, para no hablar, seguí comprobando el equipo. Rocío se fue hacia su bolsa y comenzó a sacar el suyo. ¡Joder! Si encima

le gustaba practicar los mismos deportes que a mí, sacaba ahora mismo el anillo y le pedía matrimonio. ¿De dónde carajo ha salido ese pensamiento? Más me valía dejar la mente en blanco y no pensar en gilipolleces. El sol de España me afectaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Todos me imitaron y siguieron con sus quehaceres dejando el tema relegado hasta otro momento porque sabía, que los muy mamones, me acribillarían con el tema de mi vecina.

Cuando terminé y vi a la susodicha con su traje de neopreno y su equipo de submarinismo, con la máscara y el snorkel en la mano, mi entrepierna me dio un inoportuno tirón. Teniendo en cuenta la estrechez del traje, cualquier cosa que ocurriera allí abajo sería *vox populi*. Me agaché al lado de la pequeña nevera que llevaban mis amigos, agradeciendo lo preparados que estaban por ir con los niños, cogí un botellín de agua fría y me la eché por la cara.

Rebeca y Rocío les untaban protector solar a los niños, mientras que Christine y Eli ya estaban tumbadas al sol. Taylor, Julio y Edward reían por algo que no me había ni enterado.

—Disfruta del sol y de la playa, Eli. En Las Vegas no tienes esta maravilla —dije. Christine se incorporó un poco, se bajó las gafas de sol y sonrió.

—Cierto, solo tengo el calor sofocante del desierto, aunque en el hotel tengamos aire acondicionado. Siempre hay la posibilidad de viajar a Los Ángeles. Lo hacemos cada vez que tenemos unos días libres.

—¿Trabajáis en un hotel en Las Vegas? —preguntó Rocío con gran interés.

—Sí. Tanto Julio como yo trabajamos en el Bellalux, es un hotel...

—Lo conozco. Pertenece a la cadena hotelera de mi ex.

—¿El señor Bellatox es tu ex? ¡Wow! ¡El mundo es un pañuelo! ¿Y cómo os conocisteis, si él vive allí? ¿Viviste en Las Vegas?

—No. Lo conocí en uno de los muchos viajes que hizo para inaugurar un hotel aquí. Pero es una etapa de mi vida de la que prefiero no hablar —contestó Rocío, cortando la conversación de forma tajante.

Christine me miró y yo me encogí de hombros. Era la primera noticia que tenía. Nunca me había hablado de ningún ex, ni tan siquiera habíamos tenido una conversación acerca del padre de Nando. Sabía más por el propio niño que por ella.

—Seguro que sería el hotel en el que nos alojamos, ya que tenemos descuentos de empleados y nos sale tirado de precio. Julio y yo, siempre que cogemos unos días libres, aprovechamos para viajar, aunque sea a lugares cercanos —explicó Christine, mientras cambiaba de tema de manera sutil.

Me guardé la información para poder preguntarle otro día, cuando estuviera más relajada y no hubiese tanta gente delante. Quería saberlo todo sobre ella, pero deseaba que fuese ella quien me lo contase, ya que eso denotaría que poco a poco tendría más confianza en mí.

Cuando todos estábamos preparados, nos metimos en el agua. No íbamos a hacer submarinismo profesional, ni nos meteríamos en aguas demasiado profundas. Se trataba solo de ver el fondo marítimo que, en aquella zona en concreto, era magnífico. En aquel lugar, en alguna que otra ocasión, mis miradas se dirigían más hacia mi vecina que a las especies marítimas, ya que me resultaba un espectáculo mucho más hermoso, mucho más interesante.

Y allí, en ese mar de aguas cristalinas, en ese escenario casi idílico, me recreé en las vistas de mi sirena andaluza, provocando que me enamorase más de ella, si eso era posible. Y, de repente, entendí todas las charlas con Rebeca, cuando estaba de baja después de su secuestro; el desasosiego de Julio, cuando se produjo el incendio en el hotel y sus prisas por alejar a Christine de todo el embrollo; la forma en que miraba Taylor a su mujer; o incluso, la desesperación de

Edward, cuando estábamos en aquel sótano delante de aquellos tres insurrectos.

Estaba enamorado y era algo que no podía permitirme. Miré una vez más a Rocío, absorta en la belleza de una estrella de mar, con peces a su alrededor como si ese fuese su medio natural, practicando el *snorkel* con una gran confianza y sentí que comenzaba a faltarme el aire.

De repente, se instaló un dolor desagradable en el pecho que pesaba como una jodida loza y me impedía respirar. Necesitaba distanciarme; tomar perspectiva de lo que me ocurría. Y aclarar mis ideas antes de que alguien saliese dañado de todo este asunto.

Salí del agua rápidamente, fui hasta el resto del grupo, me quité el traje de neopreno con prisas y le pedí a Edward que me llevara a casa.

Capítulo dieciséis

«No hagas con el amor lo que hace un niño con su globo; que al tenerlo lo ignora, y al perderlo llora».
Pablo Neruda

—¿Quéééé? ¿Estás loco? ¿Cómo pretendes que nos vayamos ahora? ¡Joder, Eme! ¿Qué carajo te ocurre? —espetó Edward, bastante enfadado. Las chicas miraron en nuestra dirección ante los gritos del francés.

—No me pasa nada, vale. Solo que no me encuentro bien. Me está empezando a doler el pecho y...

—Y solo tienes un puto ataque de pánico, Eme. Madura de una vez por todas —me interrumpió Edward.

—No te vas a morir de esta, Eme —prosiguió Christine. Su barriga llegaba antes que ella. La mire mal. Realmente no era así, pero de alguna manera me tenía que vengar, aunque no se lo dijera a la cara. «Lo que se piensa también vale», era una frase que decía mucho la madre de mi amiga Daniela.

—No iré a morirme, pero no me encuentro bien —dije, sin hacer el menor caso a la alusión de Edward al ataque de pánico. No me interesaba—. ¿Podrías hacerme el favor?

—No. Afronta esto tal y como lo hemos hecho todos, macho —sentenció, se dio la vuelta y se marchó junto a los niños que corrían por la playa, dejándome a mí con la palabra en la boca y a las dos locas con un ataque de risa.

Y mi humor no había mejorado. Arrojé el traje de neopreno a la arena, extendí la toalla y me senté a tomarme una cerveza que había cogido de la nevera. Pensaba beberme sus existencias de birras, por capullos.

Dos horas y tres cervezas más tarde, apareció el resto del grupo. Rocío tenía el semblante serio; en cambio, el resto se veían alegres y relajados. Llegaron hasta nosotros y comenzaron a quitarse los trajes y a guardar el equipo mientras comentaban lo que habían visto.

Como un autómatas, me acerqué a Rocío para ayudarla, pero ella con un suave manotazo me hizo saber que estaba enfadada. ¿Y ahora qué coño le pasaba? Se quitó su traje, quedándose en bañador, con un escote que me pareció de lo más sexi; tenía una abertura que le llegaba hasta el ombligo. Se me reseco la boca de inmediato y la dichosa presión del pecho, esa que casi se había disipado, regresó con la fuerza de un huracán, arrasando todo a su camino.

En ese instante, comenzó a sonar un móvil. Todos miramos a las bolsas que estaban allí, dilucidando de quién sería, hasta que Taylor se acercó con rapidez y cogió el suyo, mientras descolgaba de inmediato la llamada. Se retiró del grupo y contestó. Durante un rato se dedicó a dar vueltas por esa arena tipo gravilla blanca. De vez en cuando asentía con la cabeza y miraba hacia el grupo.

Cuando colgó, en tres zancadas estaba a nuestro lado. Se sentó, dejó el móvil en el mismo lugar; se le veían los engranajes de su mente dándole vueltas a algo.

—Era mi contacto —dijo escueto.

De inmediato, Eli se levantó.

—¡Vamos al agua! Dejemos que los chicos hablen de esas cosas tan aburridas que se traen entre manos. ¿Vienes, Rocío? Me conviene dar un paseo. Creo que se me están hinchando un poco

las piernas. ¿A ti te pasaba con el embarazo de Nando? —desvió la atención Christine.

Y de esta forma, mis dos locas amigas, arrastraron a Rocío hacia otro lugar para que nosotros pudiésemos hablar con total tranquilidad. No quería que Rocío se enterara de que había cogido algo de la escena del crimen.

—Mi contacto me ha podido decir el significado de la inscripción. Está en árabe y significa «mujer de mil batallas». La flor es típica de la zona de Jordania.

—El iris negro —interrumpí. Por desgracia, era una zona demasiado conocida para nosotros. Estuvimos en numerosas misiones por allí—. Sabía que me sonaba de algo, aunque no la relacioné, la verdad.

—¿Qué tiene que ver una medalla con una inscripción en árabe y una flor típica de Jordania con una serie de asesinatos en España? —preguntó Rebeca. Se sentó a mi lado y cogió dos cervezas de la nevera, me ofreció una y se quedó la otra. Cogí el botellín y suspiré.

—No tengo ni la más remota idea. Pero me imagino que no será demasiado común. Hay dos opciones. La primera es que el asesino sea alguien de origen árabe asentado aquí, en España, lo cual tampoco sería raro, porque hay muchos; y la segunda, que sea alguien, aunque español, que esté relacionado de algún modo con el mundo árabe. No habría otra explicación para el grabado —intenté aclarar mis pensamientos en voz alta.

—Si quieres, puedo preguntar por las joyerías de Almería y alrededores. Podríamos hacer un sondeo y ver si nos lleva a algún lado.

—Eso podría ser interesante. Si es una pieza hecha a mano o si pertenece a alguna colección específica. Está bien, empecemos por ahí y veremos si podemos tirar de algún hilo.

Durante un rato más estuvimos en la playa. Pasamos una mañana agradable, hasta que decidimos regresar para ir a almorzar. No volvimos a hablar del tema, ya que, hasta el lunes que abriesen las joyerías, no teníamos nada que seguir investigando. En realidad, nosotros no deberíamos estar con esto, ya que la policía tenía muchas más pruebas que nosotros.

Tras haber pasado el día completo en compañía de mis amigos, todos nos retiramos a descansar. Como dijo Rocío al despedirnos: «Cada oveja con su pareja, y tú estás desparejado». Había sido un día largo; necesitábamos una buena ducha y descansar el resto de la noche. El humor de Rocío mejoró conforme pasaban las horas, aunque todavía le quedaba un resto de ese mal humor. Nada que una buena *pizza* no solucionase. O unas croquetas caseras, pero ni tenía, ni sabía cómo hacerlas. Julio y Christine nos dejaron en el portal de casa con el coche de alquiler y ellos tiraron hacia su hotel. Cenarían en la misma habitación y descansarían, ya que Christine estaba exhausta.

Cuando llegamos a nuestra calle, Nando se había quedado dormido en mi regazo. Salí del coche con él en mis brazos, intentando que no despertara, aunque sabía de sobra que lo teníamos que hacer para darle una ducha rápida. En silencio, atravesamos el portal y subimos en el ascensor. Ya en casa de Rocío, lo dejé en el sofá recostado.

—¿Te ayudo con él? Subo para ducharme rápido, después lo hacemos con Nando y pedimos unas *pizzas*. ¿Qué te parece el plan?

—Mal. ¿A qué juegas, Eme? —me preguntó, directa. Rocío siempre era así, no se andaba con medias tintas.

—No juego a nada. ¿A qué te refieres? —pregunté, haciéndome el tonto.

—Sabes muy bien a qué me refiero, pero si prefieres que te refresque la memoria, lo hago, no tengo ningún problema en ello. —Se giró y me dio la espalda—. Me refiero a que saliste del agua,

cosa que puedo comprender. Lo pudiste hacer por mil motivos, pero...

—No podía avisarte. Todavía no he desarrollado el don de hablar debajo de ella —interrumpí.

—No me refiero a eso. Sabes muy bien que cuando salí del agua, tu actitud había cambiado. Estabas serio, taciturno. Y, ¿sabes qué te digo? Que no tengo ni tiempo ni ganas de estar con una persona a mi lado que no sé si su humor cambiará al minuto siguiente sin saber el porqué, que se le cambie el rostro de tal manera que no sea capaz de hablarle por miedo a tener una discusión. Ya soy mayorcita, soy una mujer independiente, tengo un hijo del que hacerme cargo y no quiero andar con estos juegos.

—Yo...

—No digas nada y márchate, por favor. Ahora mismo solo necesito una ducha y dormir durante horas —farfulló y levantó una mano a la vez para parar cualquier intento de réplica por mi parte.

Me di la vuelta y me marché enfadado, no solo con ella, sino también conmigo. La había cagado a base de bien y no sabía cómo salir del embrollo. Aquí no valían unas simples disculpas. Todo este asunto se me iba de las manos. Una *pizza* no solucionaba nada, y conociendo el carácter fuerte de mi vecina, no sé ni por qué se me ocurrió la idea.

Estaba jodido y así llegué hasta mi apartamento, me duché y me metí en la cama, exhausto de un día repleto de contradicciones.

Los días siguientes pasaron en una oleada de cosas por hacer, de asuntos que atender, de papeleos burocráticos respecto al negocio que no llegaban a nada y parecía que no los terminaba. Las tardes libres las dedicaba a pasear junto a Julio y Christine por todas las joyerías de Almería para intentar averiguar algo del dichoso medallón. En ninguna nos decían nada, no pertenecía a ninguna colección conocida, no se sabía si era hecha a mano, si era alguna reliquia o si, por el contrario, se trataba de algún *souvenir*.

Durante las mañanas, continuaba con mi rutina. Salía a correr por la playa, aunque ya la temperatura no fuese tan alta como antes. La mayoría de los días, los chicos se unían a mí. Edward y Rebeca se alternaban para quedarse con Mara, que no paraba de preguntar por su amigo. No volví a ver a mi vecina y tampoco volvió por el gimnasio. Extrañaba correr junto a ella, nuestras charlas interminables, nuestras risas, las cenas en su apartamento, el subir por las escaleras intentando averiguar el pastel o postre que había hecho ese día a través del olor que emanaba de su apartamento, el brillo de sus ojos cuando estaba feliz, el olor dulzón que desprendía su piel... En definitiva, estaba jodido.

Lo bueno era que no había vuelto a aparecer ningún cadáver. Los periódicos barajaban diferentes posibilidades, aunque no creía en ninguna de ellas. Pensaban que la policía lo había acorralado y que paró para no levantar sospechas. También se decía que fue detenido por cualquier otro delito y que el parón se debía a su estancia en la cárcel. Los chicos que llevaban el caso, y que entrenaban en mi gimnasio, no creían en ninguna de esas hipótesis. Ese asunto los traía de cabeza y comenzaban a pensar que era alguien que pertenecía al cuerpo. Así me lo habían dicho en alguna que otra ocasión después de los entrenamientos.

La desconfianza entre ellos crecía, creando un ambiente de crispación que se palpaba en los entrenamientos, que se habían vuelto más violentos. Intentaba calmar los ánimos, pero la frustración, en muchas ocasiones, provocaba que te desahogaras a través del deporte, sobre todo si era de contacto. Era algo que sabía muy bien, ya que a mí me ocurría lo mismo. Me refugié en el

trabajo, en la investigación, a la que no llegábamos a ningún punto, y en mis amigos.

Me olvidé por completo del club, no le encontraba sentido alguno después de probar la exquisitez de la piel de mi vecina, tras haberme perdido en ella y hacerle el amor, entregándole todo lo que sentía en ese instante. No. No necesitaba ir, aunque tampoco volviese a enterrarme en Rocío. A pesar de que ambos nos sabíamos al dedillo los horarios del otro, intentábamos evitarnos a toda costa.

El verano terminaba y Mara debía regresar al cole, al igual que mis amigos también tenían que volver a sus trabajos. Llevaban aquí demasiadas semanas. Se llevaron fotos del medallón, tirarían de contactos y continuarían con la investigación.

Yo, por mi parte, recordé a un antiguo compañero del ejército que trabajaba aún en la zona jordana. Tony era el único de nuestro escuadrón que continuaba haciendo trabajos para una empresa de seguridad privada en esos países.

—Tony, ¿qué tal? ¿Cómo estás? —Hacía ya bastantes meses que no hablaba con él. Aunque nuestro grupo de WhatsApp continuaba, no se conectaba, porque con frecuencia no se encontraba en la misma franja horaria que nosotros.

—Capullo, ¿qué es de tu vida? Me han comentado que has montado un gimnasio. ¿El gran Emerson Ward entrenando a chavalas pijas a mantener su línea? —bromeó.

—Imbécil, no...

—Lo sé —me interrumpió—. Solo quería buscarte la lengua. Echo de menos las bromas del grupo. Me ha contado la capi que habéis estado juntos de vacaciones en España. Sol y playa. Lo habéis pasado mal, ¿eh?

—Ellos sí, te recuerdo que yo vivo y trabajo aquí. No estoy de vacaciones. Vinieron para la inauguración de mi negocio.

—Lo sé. Me ha comentado Rebeca que te va muy bien. Me alegro mucho, tío.

—Y tú, ¿cómo estás? ¿Sigues sin poder hablar de tu trabajo?

—Sí. Ya sabes, para los gobiernos no existimos.

—Lo sé. Quería pedirte un favor. Estoy investigando una medalla que me encontré. Tiene grabada una frase en árabe y la flor iris negra. He preguntado por las joyerías de aquí y nadie sabe decirme nada. Te envío un mensaje con la foto.

—De acuerdo. Investigaré un poco, veré qué puedo hacer.

—Gracias. Te lo agradezco mucho, tío.

Durante unos minutos más, estuvimos hablando de nuestras vidas hasta que llegué de nuevo a la nave, donde había quedado con el cliente que tenía una empresa de seguridad y que conocí en la inauguración. Había preparado un dossier con mis servicios, un presupuesto detallado con todos los tipos de entrenamientos que podía ofrecerle.

Era demasiado temprano para que el gimnasio estuviera abierto, pero tenía que terminar varias cosas. Así que entré en mi despacho con el portátil y me enfrasqué en el trabajo durante horas a la espera de la visita.

Tal y como me había imaginado, la empresa de seguridad privada no era como la de Rebeca, no tenían el mismo tipo de clientes. La de mi amiga se dedicaba a la protección de altos cargos, de directivos, de multimillonarios, o de políticos en vacaciones que no deseaban que los periodistas los pillasen. En cambio, la de mi cliente estaba en primera línea de fuego. Todos eran antiguos militares con una excelente hoja de servicio de diferentes nacionalidades, pero sobre todo árabes que pasaban desapercibidos en esos países y que los contrataban gobiernos que renegaban de su existencia.

Tras firmar un extraño contrato con un entrenamiento demasiado personalizado donde solo vendría un par de hombres a la vez y una duración demasiado corta para lo que se exigía, determiné hablar con Rocío. Nuestra relación no podía seguir de esa forma. Me mataba pensar que me rehuía, que no volvería a escuchar su risa. Incluso extrañaba ayudar con los deberes a Nando, nuestras charlas, sus continuas preguntas. Echaba de menos las manchas de pintura en la cara o en las manos de mi vecina.

Subí los escalones de casa de tres en tres, ansioso por llamar a su timbre y enfrentarla de una vez por todas. Llegué, abrí mi puerta dispuesto a darme una ducha e ir a verla, pero sonó el telefonillo. Extrañado, porque no conocía a nadie que me llamase, pregunté:

—¿Sí?

—¿El señor Emerson Ward?

—Sí, soy yo —respondí, sorprendido.

—Le traigo un bulto. Un paquete.

—¿Un paquete? No espero nada

—¿Es usted el señor Emerson Ward? —volvió a preguntar.

—Sí, ya se lo he dicho.

—Pues entonces, es para usted —replicó, molesto.

Abrí la puerta y esperé a que llegase. Cuando salió del ascensor un jovencito con un paquete enorme y que se veía pesado, me extrañé aún más. Hasta que caí en la cuenta de lo que era. Comencé a reír mientras el pobre me miraba con cara de estar enfrentándose a un cliente desquiciado. Firmé el albarán de entrega, me despedí del pobre repartidor y metí el bulto dentro de mi salón. Me había olvidado por completo del pedido y ahora tenía que hacerle un hueco en mi apartamento. Pesaba más de lo que en un principio esperaba. Lo dejé en el salón sin desembalar y me fui a mi dormitorio para buscarle un hueco.

Retiré la mesa de noche, moví la cama de matrimonio un poco a la derecha, dejando un hueco libre debajo de la ventana. El dormitorio era espacioso pese a que el apartamento en sí era pequeño, por lo que cabía a la perfección. Lo había comprado en color chocolate, contrastando con el color oscuro y blanco de los muebles y el color dorado de las cortinas. Le daba a toda la estancia un aire sensual. Imaginé a Rocío allí.

Era curioso que, a pesar de todo el tiempo que habíamos pasado juntos, ella había entrado en mi apartamento solo en dos ocasiones; una, el día que se le inundó el suyo, aunque no pasó de la puerta de entrada, y otra, el día que hicimos el amor por primera vez. Necesitaba crear más recuerdos con ella, allí, en mi cama, en mi casa, para crear un verdadero hogar y ahora que había llegado esa pieza, de la que ni tan siquiera recordaba haber pedido, estaba loco por estrenarla con Rocío. No concebía mi vida sin que ella estuviese presente. Esas últimas semanas fueron solo existir y respirar, pero no me sentía vivo e iba a ponerle remedio de inmediato.

Me di una ducha y me vestí rápido, ansioso por volver a verla. Por la hora, estaría con Nando haciendo los deberes. La imaginé sentada en el salón de su apartamento, con el pelo recogido en una coleta deshecha, con algún vaquero estropeado, como siempre se ponía para estar por casa, con alguna camiseta demasiado ancha y la música de algún cantante español sonando por los altavoces, bajito para no molestar. Me encantaba estar allí, en su ambiente, a pesar del desorden, de la ropa de Nando esparcida por el salón, los juguetes tirados por el suelo y el puñetero Toby ladrando continuamente, porque a pesar de todo, había creado un hogar, para ella y para su hijo, del que me hizo partícipe durante un tiempo. Su casa olía a las pinturas que utilizaba para sus cuadros, pero también olía a café recién hecho, a asado, a los pasteles, en definitiva, olía a hogar.

Uno del que me sentí parte y disfruté cada minuto.

No era solo sexo con ella. Se trataba de charlas hasta las tantas, de compartir el postre, de ver pelis, de disfrutar juntos con su hijo, del que me había encariñado. Había sido un completo estúpido al intentar darle espacio y que se calmasen las cosas. Debía hacer caso del consejo de Edward y enfrentarme a ella como un hombre.

Llamé a su timbre. Una, dos veces, una tercera vez. Y nada. Nadie me abrió la puerta. Esperé durante más de una hora. La llamé al móvil, volví a llamar al timbre, puse la oreja para escuchar en el interior, donde tan solo me recibía el silencio. Y nada.

Derrotado y sin saber qué hacer, volví a mi frío apartamento, donde esperaría hasta que la escuchase regresar. Algún día tendría que volver a su casa, ¿verdad?

Capítulo diecisiete

«Es muy probable que las mejores decisiones no sean fruto de una reflexión del cerebro, sino del resultado de una emoción».

Eduard Punset

ROCÍO

Llegué al aeropuerto derrotada y sin Nando. No podía creer lo que el capullo de mi ex me había hecho. Jamás en la vida se preocupó por él. Vino a visitarlo pocas veces, no llamaba casi nunca, a pesar de que al principio era yo la que lo hacía, la que me ocupaba de mandarle fotos de su hijo. No entendía cómo se podía despreocupar de un ser tan pequeño e indefenso. Pronto me di cuenta de que no quería saber nada de él y dejé de molestarlo. No le pedía nada, ni tan siquiera su maldito dinero. Mi hijo tenía una madre con dos ovarios para sacarlo adelante. Tenía los medios suficientes para que no le faltase un plato de comida. Era una mujer independiente y, gracias a Dios, jamás me faltaba el trabajo. Tampoco necesitaba lo más importante, el amor. Si su padre no quería dárselo, su madre tenía de sobra por los dos. Y, en ese momento, por el único hecho de que no podía tener hijos y su novísima esposa florero deseaba uno a toda costa, por un simple capricho de una Barbie demasiado pagada de sí misma, secuestraba al mío. ¡No lo entendía! ¿Pensaba que me quedaría de brazos cruzados?

Tenía los ojos tan enrojecidos por el llanto que, incluso, me dolían con el roce del viento o con la excesiva claridad que me sobresaltó cuando salí del recinto. Clara me acompañó en todo este lío del que ni tan siquiera sabía cómo me había metido.

El primer día de cole, cuando fui a recoger a Nando, la directora me informó que se lo había llevado su padre. En un principio pensé que sería Eme y habría una confusión. Él lo había recogido en algunas ocasiones el curso anterior.

Fui hasta mi casa y, cuando llegaba, vi a lo lejos que salía hacia el gimnasio con su bolsa de deporte y el portátil en la mano. Iba solo, por lo que Nando no estaba con él. Asustada, llamé a mis amigas, a la señora Rosa y a mi padre sin resultado alguno. Entonces fue cuando empecé a asustarme de verdad y, justo en el momento que me dirigía de camino a la nave de mi vecino, me llegó al móvil la maldita foto de Nando en un avión al lado de su padre.

De inmediato llamé al abogado, quien me aconsejó que pusiera una denuncia en comisaría. Me fui allí corriendo, casi ahogada por las prisas y los nervios; tras hablar con varios inspectores, no me dieron demasiadas esperanzas de que regresase pronto. Lo haría, pero todo llevaba demasiado tiempo al tener que contar con la policía de otros países. Me explicaron un protocolo muy complicado del que no me enteré ni una mierda. Tampoco me importaba. Solo quería a mi pequeño de regreso.

Tenía las de ganar. Intentaban tranquilizarme; me decían que legalmente tenía la custodia de mi hijo, que su padre nunca se había hecho cargo, que jamás se había preocupado de él más allá de pasarme una manutención. ¿Por qué ahora? ¿Por qué si nunca se había preocupado por él, tan solo con pasarme una mísera pensión me lo arrebatava de esa forma? ¿Por qué lo arrancaba de mis brazos de una manera tan cruel? Cuando me llamó, no le puse objeciones para que lo viese. ¡Idiota! ¡Había sido gilipollas! ¡Discutí con él y ahora me lo pagaba de esa forma!

Me faltaba el aire...

Me dolía el pecho...

Sentía un dolor punzante en el corazón...

No sé cómo, llamé a mis chicas, que se hicieron cargo de todo. Yo solo tenía las fuerzas justas para poder seguir las y contestar con monosílabos las pocas preguntas que me hacían. Estaba sin estar. Vivía sin vivir y apenas descansaba. Me llevé una semana casi sin dormir. Tan solo intentando solucionar algo sin saber hacerlo. Como una zombi la seguía allí donde me decía. Las preguntas me venían una y otra vez. Lo llamaba a los teléfonos que tenía de él, a sus contactos, a su familia, a su secretaria, a su hotel, y nada... Recordé la conversación con Christine en la playa. Ellos dos trabajaban para él. Los llamé, pero con el mismo resultado. Ninguno me decía dónde coño estaba metido el puto señor Bellatox de los cojones que, desde su torre de cristal, dirigía un imperio, pero que era incapaz de mantener una verdadera relación con su hijo, demasiado ocupado en hacer crecer su fortuna. Sus continuos viajes, las ausencias cada vez más largas; Nando y yo nunca tuvimos un verdadero hueco en su vida. Nadie lo había visto y el móvil desde el que me envió la foto llevaba una tarjeta desechable imposible de rastrear, según me dijeron los policías con los que hablé....

Me vi arrastrada por Clara en un viaje por todas las ciudades de Estados Unidos donde él tuviera un hotel, una casa o un puto garaje. Durante tres semanas solo vivía para encontrar a mi hijo. ¿Comería? ¿Lo tratarían bien? Tiré de todos los ahorros que tenía; también de la ridícula manutención que me había dado a lo largo de los años, y que nunca gasté, y del dinero que las chicas pudieron reunir. No me importaba hipotecarme, si con eso conseguía que Nando volviese a mi lado.

La primera noche sin él fue la más dura, eso no quiere decir que el resto no lo fueran. La pasé en casa de Clara, llorando, gritando desesperada después de una tarde en comisaría. Mis amigas intentaban tranquilizarme. Pero ¿cómo se consuela a una madre que pierde un hijo? Juré que, si le tocaba un solo pelo a Nando, lo mataría. En ese momento de lo único que tenía ganas, además de abrazar a mi pequeño, era de clavarle un puñal en el pecho, escuchar el sonido de la piel al abrirse y retorcer el puñal para infringir el mayor dolor posible, mientras veía salir la sangre caliente a borbotones; mirarlo a la cara, directo a los ojos, y ver su sufrimiento a través de ellos... Me estaba volviendo loca de remate, lo sabía, pero me importaba una mierda.

Tuve que llamar a mi padre, quedar con él y contarle de la manera más suave lo acontecido, pero fracasé de manera estrepitosa. Intenté restarle algo de importancia por su enfermedad. No debía tener sobresaltos, ni esforzarse demasiado y, sobre todo, no tener disgustos. Pero no pude evitarle nada de eso. Durante horas lloramos juntos.

Después de pasar una noche desesperada entre llantos y sollozos, decidí que lo mejor era coger el toro por los cuernos y buscar a ese hijo de puta. Las autoridades tardarían demasiado, y yo no tenía paciencia para quedarme sentada de brazos cruzados sin saber cómo estaba mi hijo. Al día siguiente, Clara y yo cruzábamos el charco para ir en su busca y me daba exactamente igual si hacía o no lo correcto.

Pero todo fue en vano. Nadie sabía dónde estaba. Nadie lo había visto. Su móvil personal estaba desconectado, y a los que utilizaba para los negocios no me contestaba ni devolvía mis llamadas, y yo... estaba cada vez más desesperada. Hacía ya quince días que se lo había llevado y, con sus recursos, podía estar en cualquier parte del mundo.

Aquel día en el aeropuerto, al salir y lastimarme los ojos por el brillo del sol, desesperada por no haber encontrado a Nando, por no saber nada de él, por haber llamado a todas las puertas posibles sin resultado, por regresar a un hogar vacío donde mi hijo ya no estaría en el sofá, donde

no escucharía sus ruidos al jugar con los coches, sin la banda sonora infernal de los juegos de la Play, no pude más y me dejé llevar por la desolación y desesperanza por primera vez desde que comenzó toda esta pesadilla.

Sentí cómo me rodeaban los brazos de Clara. Ella no dejaría que me cayese, no dejaría que abandonara una búsqueda que, aunque difícil, no era imposible. En ese momento supe que ella siempre estaría allí.

Pasamos por el hospital para ver a Vane. A pesar de ser pediatra, la última vez me recetó unos tranquilizantes para poder soportar todo este dolor. Como una zombi, acompañaba a mis amigas por el hospital, sin nada que decir, sin nada que me importase, al igual que hice después cuando llegué a mi casa y la encontré vacía. Fría.

Comencé a temblar. Clara preparó una tila caliente mientras decía palabras que escuchaba en la lejanía. Miré a mi alrededor y todo lo que veía eran las cosas de Nando tiradas por todos los rincones, juguetes que siempre me enfadaba por verlos tirados y que ahora no me molestaban. Me recriminaba el porqué le regañaba por algo tan insignificante y... me faltaba de nuevo el aire... intentaba respirar grandes bocanadas, pero no podía. De repente... empecé a hiperventilar. Recuerdos de Nando saltando en el sofá, de él viendo la tele, de él jugando, en la ducha, en mi cama, haciendo los deberes, haciendo pasteles... todo eran recuerdos y más recuerdos. Y mi niño ya no estaba. Y yo quería morirme. ¿Qué significado tenía mi vida si no lo tenía a él? Ninguno. Grité casi sin darme cuenta de lo que hacía. Necesitaba sacar el dolor lacerante que tenía en mi pecho desde el día que desapareció. Pero por mucho que gritaba, lloraba o me desesperaba, el dolor persistía, punzante, hiriente, sangrante.

De repente, sentí que me elevaba, como si flotase. Intenté abrir los ojos, aunque fue imposible debido a la hinchazón. Llevaba demasiados días durmiendo tan solo a ratos, cuando ya estaba tan exhausta que los cerraba por propia inercia y despertaba sobresaltada con terribles pesadillas para darme cuenta de que no era un mal sueño, sino que se habían hecho realidad y, entonces, todo se volvía a revivir mi cabeza con la fuerza de un huracán, arrasando en su camino la poca cordura que me quedaba.

Escuchaba voces, lejanas, susurradas, sin llegar a comprender lo que decían, lo que significaban. Miré la oscuridad del exterior por la ventana de mi dormitorio. Ni tan siquiera sabía cómo había llegado hasta allí, aunque no me importaba. Ya nada importaba. Sin Nando a mi lado, nada tenía sentido.

Cogí el móvil para ver la última foto de Nando que Ferdinand, el señor multimillonario Bellatox, me había enviado. Se veía sonriente, casi feliz. Siempre anhelaba tener un padre. Mi hijo no consideraba a Ferdinand como su padre, pero tampoco él hacía nada para ganarse ese título. Los niños son más inteligentes de lo que creemos. Suspiré mientras acariciaba su rostro con el dedo a través de la pantalla. Sus ojos, a pesar de la sonrisa, mostraban tristeza. Conocía lo suficiente a mi hijo como para saber que estaría asustado. Era la primera vez que su padre hacía algo de eso. Era la primera vez que mi hijo estaba a solas con su padre. Las visitas siempre coincidían con viajes de negocios para controlar los hoteles que tenía aquí en Almería. Casi tan esporádicas y lejanas que Nando no lo conocía, aunque yo, en alguna que otra ocasión, le hubiese hablado de él.

La última vez fue hace casi un año; me encargó los nuevos cuadros de la decoración del hotel que tenía aquí tras la reforma. Todos sus hoteles estaban decorados con lienzos míos hechos por encargo. Y no era una obra de caridad que hiciese, sino que me gané a pulso el trabajo cuando convocaron el concurso para elegir al pintor. Y él, el muy canalla, a pesar de estar yo embarazada,

no me dijo nada. Me presenté por mi cuenta, sin que él lo supiera y tuve que lidiar con una junta de accionistas demasiado exigente. Nuestra relación nunca fue fácil; a pesar de una separación demasiado amistosa y teniendo en cuenta que él desapareció de mi vida hacía muchos años. Nunca me importó no estar separada legalmente; no tenía ganas de rehacer mi vida, quizá me acomodé o simplemente veía pasar los días sin esperar nada de ellos.

Miré la hora en el móvil y, a pesar de que aún era de madrugada, me levanté de la cama. No podía dormir. Había un silencio tan sepulcral que me ponía los pelos de punta. Extrañaba los ladridos de Toby, que estaba en casa de mi padre desde que me marché.

Salí al salón. Todo estaba oscuro y apenas veía nada. Tenía que hacer un sobreesfuerzo para realizar cualquier labor. Me fui hacia la cocina casi arrastrando los pies. Vi una sombra tumbada en el salón que no reconocí con claridad. Al acercarme, se removió y se levantó de un salto.

—¿Qué haces aquí, Eme? —pregunté con una voz que me salió demasiado cascada debido al llanto. Sentía como si tuviese miles de pinchos clavarse en ella.

—Eso no importa ahora. ¿Cómo estás? —respondió de una manera demasiado suave. Por su tono de voz, deduje que lo sabía todo.

—¿Y Clara? —pregunté, obviando su pregunta.

—En su casa, descansando, lo necesitaba. Rocío, con independencia de lo que haya pasado entre nosotros, deberías habérmelo contado. Tengo contactos, tengo amigos en América, ¡joder! ¡Soy americano! Te puedo ayudar. Nando...

—¡No pensé, vale! Simplemente actué como creí que debía hacerlo. ¡Es mi hijo, Eme! ¡Lo único que tengo!

—Te entiendo. Pero también tienes a tu padre y me tienes...

—Mi padre lo sabe, pero intento mantenerlo al margen. Está delicado del corazón. No vino con nosotras porque le tocaba una revisión médica. Por lo demás, intenta tirar de sus contactos. Intenta averiguar algo, lo que sea —lo interrumpí. No quería escuchar esas palabras. No en ese momento. En ese instante, lo nuestro, nuestra discusión, o nuestra separación, o lo que fuese, no tenía sentido. Solo importaba que Nando volviese a mi lado, y si él podía ayudarme a recuperarlo, mi cabezonería no sería un impedimento.

—Puedo ayudarte, ¿sabes? También deseo que Nando regrese.

—Está bien, ¿qué podemos hacer? Porque te juro que lo he intentado todo.

Durante horas me dediqué a relatarle todo a Eme, sin omitir ningún detalle. A lo largo de la conversación lloré, me desesperé, me calmé y volví a llorar; casi no podía hablar con los hipidos producidos por el llanto. Eme me escuchó con paciencia, dándome consuelo, abrazándome en los momentos que más necesitaba o incluso suministrándome pañuelos de papel para que me sonara la nariz, hasta que volví a quedarme dormida sobre su regazo, exhausta en todos los sentidos.

Desperté de nuevo sobresaltada. Estaba recostada en el sofá, mientras que Eme miraba a través de la ventana del salón con el móvil pegado en la oreja. Susurraba mientras se tocaba el pelo una y otra vez, como hacía siempre cuando estaba nervioso. Me levanté para preparar café y, al poner los pies en las baldosas, noté que el frío recorría todo mi cuerpo. Fui a mi dormitorio, me puse las zapatillas y una rebeca calentita para andar por casa y salí para preparar mi chute de cafeína. No resistí la tentación de pararme en el dormitorio de Nando, recorrer con la mirada toda la estancia con sus juguetes favoritos y el peluche que tenía encima de su cama. Me acerqué a él como un autómata, lo cogí y aspiré el aroma que desprendía a mi niño. Abrazada a él, me dirigí a la cocina donde Eme ya estaba preparando el desayuno.

Deseaba un café, a pesar de que sabía que no era lo que más me convenía en ese instante, sin

embargo, no podía resistir la tentación. Cuando llegué, Eme estaba allí; trasteaba con los cacharros y un aroma dulzón a chocolate envolvía la estancia.

—He preparado chocolate caliente. Necesitas tomar algo y no te conviene tomar demasiado café. No he encontrado nada para comer, tan solo unas rodajas de pan de molde. Ven, siéntate y desayuna algo.

—Te lo agradezco, pero no me apetece comer nada.

—Tómate, al menos, el chocolate. Algo caliente te vendrá bien —dijo, mientras se encogía de hombros y me guiñaba un ojo.

—Gracias.

No pude decir nada más. Cogí la taza y me calenté las manos con ella. Me dolía la cabeza y todo parecía que iba a cámara lenta. Lo bebí a pequeños sorbos, sin mediar palabra, tan solo sumida en mis propios pensamientos, con el pequeño perrito celeste en mi regazo, al que acariciaba de vez en cuando.

—He hecho algunas llamadas. Me he puesto en contacto con algunas personas que pueden ayudarnos. De hecho, ahora mismo hay un detective privado siguiendo los pasos de tu exmarido —dijo, mientras me miraba a los ojos; intentaba evaluar mi reacción.

—¿Lo han encontrado? —pregunté, ansiosa.

—No. Pero ¿hasta dónde estás dispuesta a llegar para traer de vuelta a Nando?

—A cualquier cosa. Eso ni se pregunta —respondí sin comprender nada.

Eme se acercó, me cogió de las manos por encima de la mesa y me las acarició con suavidad. Se tomaba su tiempo para pensar qué me iba a decir a continuación. Durante unos segundos nos miramos a los ojos por primera vez desde que pasara todo esto, por primera vez desde que había regresado a Almería sin Nando, por primera vez desde que descubrí que era él y no Clara el que estaba tumbado en el sofá de mi casa. Y, por primera vez desde que Nando desapareció, tuve una esperanza.

Esa mirada me transmitió cierta paz, un poco de tranquilidad, pero, sobre todo, me transmitió la seguridad de que Eme removería cielo y tierra para traer de vuelta a Nando a nuestras vidas. Porque esa mirada me decía que mi hijo era casi tan importante para él como para mí y que, de algún modo que aún no era capaz de entender, nuestras vidas estaban entrelazadas.

¿El destino habría puesto a Eme en mi camino para poder solventar esta broma pesada que me gastaba? No lo sabía, pero después de esa mirada tenía claro que quería a Eme en mi vida.

Capítulo dieciocho

«La felicidad es cuando lo que piensas, lo que dices y lo que haces están en armonía».
Mahatma Gandhi

Tres días después de acudir a su apartamento casi a diario, de llamarla a su móvil que siempre me daba el mensaje de apagado, de ir a buscar a sus amigas sin resultado alguno y de tener una charla de lo más incómoda con Agustín, solo saqué en claro que se había marchado a Estados Unidos con un exmarido que no sabía ni que existía. Sabía que tenía de ex al señor Bellatox, por una breve conversación en la playa, pero no que se hubiese casado con él. Estaba frustrado, enfadado y enrabiado como un niño pequeño cuando le privan de su juguete favorito. Pasé por todas las etapas posibles. Llamé a Rebeca que se cachondeó de mí y le colgué el teléfono. Lo mismo ocurrió con, Taylor, Edward... Hasta que desistí en el intento. Todos me decían lo mismo; estaba enamorado, la había cagado y ahora debía asumir las consecuencias. Hablé con Julio, quien me confirmó que Rocío lo había llamado hacía unos días para preguntar por su jefe y que necesitaba hablar con urgencia con él. ¿Qué sería tan importante para qué ella cogiese un puto avión para ir a verlo? Pero ¿tan grave fue lo que hice para que la mandase directa a los brazos de su ex? Solo pensar en que ese tal Ferdinand la rozase, me ponía de mala hostia.

Y no eran celos. ¿O sí? Nunca me había pasado algo parecido; tal y como me había dicho Christine, después de colgarle la llamada a Julio, no sabía gestionar mis sentimientos. El grupo de WhatsApp parecía un patio de colegio donde todos opinaban de todo. Bueno, de todo no, sobre mí y mi nuevo estado de enamoramiento. Se trataba más de resarcirse de años en los que me cachondeaba de ellos; se vengaban a gusto. Llegó un momento en el que dejé de leer los mensajes, incluso estuve a punto de abandonar el grupo, pero, claro, me llamarían cobarde. ¡Cómo si no los conociera ya!

Cuando llegué a casa, lo hice con el propósito de llamar a su puerta y solucionar todo esto. Pero de nuevo, me recibió el silencio. Regresé a mi apartamento; habían pasado cerca de quince días en los que no sabía nada de ella, solo que estaba de viaje. Lo justifiqué de mil maneras para no enfadarme y poder sobrevivir al día a día sin pensar que ella estuviese en los brazos de otro. En realidad, sabía que no sería así. Rocío, mi morena, no actuaría de esa forma; no se arrojaría a los brazos de un hombre por sentirse rechazada por otro.

Hice tiempo como pude; intentaba evitar a toda costa entrar en su casa como un elefante en una chatarrería. Bajé en un par de ocasiones para llamar a su puerta, pero el ensordecedor silencio que había dentro era casi tan desesperante como mi estado de ánimo. Su amiga Clara abrió la puerta la tercera vez que bajé. Todo el apartamento estaba en penumbras. Con un movimiento de cabeza me indicó que pasara. Se la veía demacrada y cansada; pero, sobre todo, estaba muy preocupada por Rocío.

Durante un rato me relató todo lo sucedido, con nerviosismo, pasando de un tema a otro y obviando demasiados detalles que me decía que no le correspondía a ella contarlos. Rocío descansaba en el sofá tras llegar de Estados Unidos hacía una hora escasa y tomar un tranquilizante que le habían recetado en el hospital. En la cocina, escuché en silencio cómo su ex se había llevado a Nando y que, tras interponer la denuncia pertinente e intentar contactar con él, determinó ir en su busca. Mi morena no podía quedarse de brazos cruzados. La alcé, se removió

un poco, aunque continuó durmiendo. La lleve a su cama y la tapé para que estuviera más cómoda y descansara. Se la veía mucho más delgada.

—¿Por qué no te marchas a casa y descansas? Debes de estar exhausta. Déjame que sea yo quien se ocupe de ella ahora. Ambas necesitáis estar despejadas para encontrarlo —sugerí de manera suave. Clara tenía un aspecto deplorable, demasiado cansada y ojerosa.

—Me gustaría estar aquí cuando despierte —rebatí. Era tan obstinada como Rocío.

—Ahora necesitas dormir. Cuando despierte, le explicaré todo. Haré un par de llamadas por si puedo averiguar algo, ¿de acuerdo? Tranquilízate, tengo contactos allí que estoy seguro de que nos ayudarán —le expliqué con la voz más calmada posible. Necesitaba infundirle la suficiente confianza para que me dejara hacer lo necesario y traer de vuelta a Nando.

Era un tema bastante peliagudo. Si bien, el padre nunca había tenido una verdadera relación con él y la custodia era de Rocío, el caso de sustracción de hijos cada vez era, por desgracia, más común. Si a eso le sumábamos que se lo llevó a un país extranjero y un hombre de los recursos de él, el asunto se recrudecía.

—De acuerdo. Volveré mañana. Cualquier cosa, me avisas. Apunta mi número.

Avisé a un taxi para que la llevase a su casa y se marchó tras prometerle que la llamaría con cualquier cambio. Fui hasta el dormitorio de Rocío y la observé durante unos minutos. De momento estaba tranquila, por lo que llamé a un amigo que trabajaba en el departamento de policía de Nueva York y le dejé una nota para que me llamase. Ese amigo podría aligerar los trámites o, al menos, averiguar si el exmarido se encontraba aún en América. Debía esperar a que Rocío despertase y me contase ella la historia, ya que Clara obvió, entre otros datos, el nombre del susodicho.

Estaba agotado y con sentimientos muy contradictorios. Nunca me contó nada del padre de Nando, en cambio, el niño tenía un sentimiento de desamparo que me encogía el corazón. Quería una figura paterna en su vida, lo deseaba tanto que, incluso, me llegó a preguntar a mí al principio, aunque luego compitiese con Mara por llamarme *tito*. Era un niño encantador y, aunque tenía el amor que desbordaba Rocío por él, sentía esa necesidad en el fondo de su corazón y lo proclamaba con la naturalidad propia de la inocencia de su edad.

Me recosté en el sofá a la espera de que Rocío se despertase o de la llamada de Albert; al menos, quería saber las posibilidades reales de encontrarlo y traerlo de vuelta. Sabía que ella había denunciado a la policía y que había hablado con un abogado, pero no sabía si era experto en sustracción internacional de menores o si había presentado la acción en el Convenio de La Haya. Esto, aunque la ley estipulaba que se solucionaba en un plazo máximo de seis meses, la realidad era muy distinta y sabía bien que podían ser procesos que durasen incluso años. No conocía cómo estaba aquí el tema, pero en mi país, por desgracia, era algo muy frecuente.

Después de un rato, la escuché salir de su dormitorio. Intenté no moverme para no asustarla. Cuando se acercó, me levanté, aunque no pude evitar que se sobresaltase. Con la voz rota por el llanto y la desesperación, me recriminó mi presencia allí. Intenté calmarla, decirle que podría ayudarla, hasta que logré convencerla.

—Ferdinand, en el fondo, nunca quiso tener un hijo. Nuestra boda fue algo demasiado impulsivo y ninguno de los dos quiso cambiar de país. Fue un matrimonio predestinado al fracaso desde el principio. Yo vivía aquí con Nando, mientras él lo hacía a caballo entre Nueva York y España. Las visitas cada vez eran más distanciadas, las estancias con nosotros más cortas... Hasta que ninguno de los dos nos echábamos en falta. No estábamos enamorados, fue algo más pasional, dejándonos arrasar por ese deseo desmedido.

Empezó a relatarme su historia de no amor con su exmarido, al que me negaba a ponerle nombre. Escucharla mientras hablaba de esa pasión desmedida que en un principio surgió entre ellos no era agradable, más bien me provocaba una úlcera de estómago sangrante. Me habló de un concurso de pintura que ganó para decorar toda una cadena hotelera y la poca ayuda que tuvo de él, pese a que era el dueño. Después me habló de sus continuos viajes, su embarazo, sus largas ausencias, de cómo se fue desentendiendo de Nando...

Durante horas me contó todo sobre la denuncia que había interpuesto, el viaje improvisado, las visitas a las diferentes ciudades sin sacar nada en claro. Lloró. Lloró mucho y cada lágrima que derramaba se me clavaba en el corazón como una estaca. Solo podía consolarla y abrazarla mientras me tragaba las mías propias y hacía acopio de toda mi fuerza de voluntad para estar fuerte frente a ella. Me necesitaba entero, pero el pensar si Nando tendría miedo, si lo trataban bien o si, por el contrario, sufriría de algún modo, reabría en mi interior unas heridas demasiado dolorosas. La frustración por la impotencia es un sentimiento muy difícil de gestionar por un niño pequeño. Y eso lo aprendí a base de los duros golpes que la vida se encargó de poner en mi camino.

Necesitaba que ella se calmase, pero sentía impotencia por no ser capaz de conseguirlo. El amanecer casi nos pilló en aquel sofá, entre llantos; suministrándole pañuelos de papel para que se sonara su congestionada nariz. Logré calmarla con suaves caricias y palabras de consuelo susurradas hasta que, agotada, cayó dormida sobre mi regazo. Esperé hasta que su respiración se tranquilizó y se hizo más pausada.

Con cuidado para que no despertase, me levanté del sofá, cogí el móvil y seguí haciendo llamadas. La primera de ellas, a un abogado que conocía del ejército. Coincidí con él cuando estuve destinado en Fort Drum, en el condado de Jefferson, hace ya muchos años. Pronto congeniamos bien gracias a nuestro gusto común por las juergas y las continuas estancias en los calabozos por cosas como llegar tarde o pasados de copas a los entrenamientos. Sonreí cuando lo recordé. A partir de ese momento, quedaba con él cada vez que podía. Era un buen abogado, aunque su especialidad no fuera la de familia, podía aclararme algo y, lo que era más importante, ponerme en contacto con alguien del gremio que sí lo fuese.

—Oficial, ¿a qué se debe el privilegio de esta llamada? No estarás de nuevo en problemas, ¿verdad?

—Señor letrado, tiene usted voz de dormido. ¿No estará en la cama de alguna bella dama y lo habré pillado en el sueño postorgásmico?

—Vete a la mierda, Eme.

—Vete tú, que aún estás metido en ella —le respondí entre risas.

—Vale, me has pillado. ¿Qué es de tu vida? ¿Montaste ya el gimnasio para pijas?

—No es un gimnasio para pijas. Además, aquí las niñas de papá no son cómo las de Nueva York. ¿Sabes? Deberías venirte. He descubierto una nueva raza de mujeres, las andaluzas...

—¿Las comparas con animales, Eme? Eso no es digno de ti. Estás perdiendo facultades en estas disputas dialécticas. Será que el sol español se está comiendo las pocas neuronas de tu cerebro. —Vale, tocado y hundido. Llevaba razón. De vez en cuando con tal de ganar, metía la gamba hasta el fondo.

—No obstante, te pierdes una gastronomía de lujo. —Desvié el tema. No me gustaba perder ni al parchís.

—Eso sí que es cierto. He estado en un par de ocasiones y esas tapas no tienen nada que envidiar a los mejores chefs neoyorquinos.

—Te lo puedo asegurar —respondí con una sonrisa, recordando las veces que había almorzado en bares de aquí.

—No obstante, no creo que me hayas llamado para hablar de gastronomía. Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —Ese era mi amigo, siempre dispuesto a tenderte una mano.

—Tengo una vecina, Rocío...

—Ups, el gran Eme recordando el nombre de una mujer. ¡Eso sí que es nuevo! —interrumpió con sus típicas pullas.

—¡Calla, capullo! Esto es importante. Como te decía, mi vecina Rocío tiene un hijo fruto de una relación que tuvo hace tiempo con un tipo con más pasta que vergüenza. El hombre no se ha preocupado del niño más allá de pasarle una mísera pensión y alguna que otra visita esporádica, aunque en los últimos años, ni eso. Hace unos días, lo recogió del colegio y se lo llevó. Le envió a su madre una foto en un avión. Se llama Ferdinand Bellatox; es el dueño de la cadena hotelera —le expliqué a grandes rasgos. Escuché un silbido a través de la línea.

—Investigaré un poco al tipo y consultaré con algunos colegas a ver qué podemos hacer. Por lo general, el hijo suele volver con el progenitor que tenga la custodia, pero es una lucha que suele ser muy larga. Debe prepararse para una batalla judicial muy costosa. ¿Lo ha denunciado? ¿Ha presentado la acción de retorno del Convenio de la Haya? Eso es lo que debe hacer en primer lugar, además de contar con un buen abogado.

—Sí, lo ha denunciado a las autoridades de aquí, también habló con su abogado, pero no sé si presentó eso que dices.

—No te preocupes, intentaré averiguar algo y me pondré en contacto con un abogado de aquí para que ejerza también de intermediario. Ya tengo al tipo perfecto en mente.

—Está bien. Gracias.

Después de unos minutos más, colgamos la llamada. A continuación, llamé a un exmilitar también amigo mío que se dedicaba a encontrar personas desaparecidas por su cuenta. Se había convertido en una especie de detective privado, e incluso, la policía contaba con sus servicios en algunas ocasiones. Debía jalar de cualquier contacto que tuviera para tener a Nando lo más pronto posible con nosotros. Era un chico que no se merecía lo que le estaba pasando, y ver a Rocío tan destrozada y rota, me partía el corazón.

La conversación con Steve fue corta pero productiva. Le di datos de lo que sabía, pero me pidió una relación lo más minuciosa posible de todos los inmuebles que pudiera tener. No obstante, comenzaría a hacerle un seguimiento de inmediato.

—Cueste lo que cueste, Steve. Deja todo y dedícate solo a esto.

—Está bien. No te preocupes. Hazme una transferencia hoy mismo de veinte mil dólares para el primer pago. Por ser tú, no esperaré a que llegue y me pondré a trabajar de inmediato.

Comencé a tocarme el pelo pensando de dónde cojones iba a sacar la cantidad que me pedía. Tenía el dinero en efectivo suficiente para el primer pago, pero debía pensar en algo para el resto. Y rápido. Cuando colgué la llamada, Rocío había despertado y se dirigía hacia su dormitorio. Sabía que quería un café, a pesar de que era lo que menos necesitaba en ese momento. Fui a la cocina y comencé a preparar chocolate caliente. Le vendría bien. Cuando apareció por allí, su aspecto ojeroso no había mejorado. Se la veía tan frágil y tan desamparada que tuve ganas de matar al hijo de puta de su ex por hacerla pasar por todo esto.

Con calma, comenzó a tomarse el líquido caliente, cogiendo entre sus pequeñas manos la taza para calentarse. De vez en cuando acariciaba un pequeño peluche que habría cogido del dormitorio del niño. Ambos estábamos sumidos en nuestros pensamientos. En silencio, nos

tomamos el chocolate. Después de esa noche, era algo de paz en medio de la tormenta. Estaba claro que, si queríamos a Nando de vuelta lo antes posible, no sería a través de medios legales. Si utilizábamos esa vía, tardaríamos demasiado tiempo. Tendría que utilizar otros medios más drásticos; cruzar esa delgada línea entre lo legal y lo ilegal. Nunca había sido el típico que se queda a la espera de nada. Siempre fui un hombre de acción y, en este caso, no iba a ser menos.

Lucharía hasta mi último aliento para conseguir que Nando regresase a nuestro lado. Tras asegurarme de que ambos remaríamos en el mismo sentido en este asunto, le cogí las manos por encima de la mesa y le acaricié los nudillos con suavidad. Deseaba reconfortarla, aunque en esos momentos no hubiese consuelo alguno.

La miré a los ojos con toda la determinación del mundo para transmitirle que haría todo lo que estuviese en mi mano para traerlo de vuelta lo antes posible; que no estaba sola, que podía contar conmigo para esto y para todo lo que necesitase; decirle a través de mi mirada que Nando era tan importante para mí como lo era ella. Quise que viese a través de mis ojos paz, tranquilidad y el amor infinito que sentía por ella, por los dos, hasta el punto de que sería capaz de hacer cualquier cosa. Seguridad. Eso era lo que Rocío más necesitaba en ese momento.

Y yo sería la persona que haría todo lo que fuese posible para ofrecérsela en bandeja de plata, aunque eso conllevara cruzar esa línea, a pesar de que tuviese que bajar a los infiernos para rescatarlo. Bajaría y volvería a subir con él en mis brazos. Porque durante todos estos días lo único que saqué en claro es que mi vida sin ellos no tenía sentido. Me había enamorado de Rocío, pero Nando iba en ese *pack* indivisible y que, en el fondo de mi corazón, el pequeñajo me había atrapado con su desparpajo tanto o más que su madre.

Sentí una punzada en el corazón. La situación era desoladora, pero la superaríamos juntos. Recordé a mis amigos, debía llamarlos porque sabía que, ahora más que nunca, estarían a mi lado. Esto era cosa de todos. Y si yo me tiraba por el barranco sin paracaídas, estaba seguro de que Rebeca iba detrás de mí para ponerme uno y regañarme. Julio, Taylor, Edward y George también me acompañarían en mi caída para ayudarme a subir.

No íbamos a esperar. Haríamos todo lo posible por traerlo de vuelta.

—¿Lo han encontrado? —preguntó ansiosa.

—No. Pero ¿hasta dónde estás dispuesta a llegar para traer de vuelta a Nando?

—A cualquier cosa. Eso ni se pregunta —respondió sin comprenderla.

Y eso fue todo lo que necesité para saber que me acompañaría en esto, porque ella no era de las que se quedaban sentada a la espera de que ocurriese algo, sino de las que también se tiraban al vacío sin paracaídas.

Éramos tal para cual. ¿Qué mejor manera de iniciar una relación con alguien? Ninguno de los dos éramos comunes, nuestra forma de conocernos tampoco fue la típica. Suspiré agotado, aunque con la determinación de que, por primera vez en la vida, aunque el destino me lo pusiera difícil iba a luchar por algo que quería para mí y, en todo este embrollo, lo único que sabía era que tanto Nando como Rocío formarían parte de mi futuro. Lucharía por ellos.

La imagen de la casita con la valla blanca, ellos a mi lado y Toby ladrando me dibujó una sonrisa amarga en la cara. Abracé con todas mis fuerzas su cuerpo, como ella lo hizo al mío, porque el destino, de nuevo, me ponía a prueba.

Nunca creí en las familias felices, porque nunca tuve una. Me aferré a Rebeca y mis amigos porque fueron los únicos que me demostraron que estaban ahí, para lo bueno y para lo malo; eran mi pequeña familia elegida.

En esas semanas que pasé con ellos supe que había elegido otra, que mi reducido círculo se

ampliaba por voluntad propia. Pero la vida era una puta que de nuevo me arrebatava la felicidad justo cuando parecía que la tenía entre mis dedos.

Esta nueva broma del destino no iba a poder conmigo. Como se decía aquí, cogería el toro por los cuernos en la búsqueda de mi propia felicidad.

Y, en esta ocasión, lo conseguiría. El puto destino comenzaba a tener esa certeza.

Capítulo diecinueve

«Nuestras vidas se definen por las oportunidades, incluso las que perdemos». *El curioso caso de Benjamin Button*, F. Scott Fitzgerald.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó con una nueva decisión. Sus ojos enrojecidos por el llanto tomaban un nuevo brillo fruto de la determinación.

Cuando la vi en su apartamento, hace ya muchas horas, la vivacidad de sus ojos se había apagado por completo. De una manera extraña, me alegraba que fuese yo quien lo hubiese conseguido. Era una amarga alegría.

Le conté los pasos que había dado, obviando la transferencia que tenía que realizar con urgencia; ella no necesitaba más cargas pesadas a sus espaldas. Podía hacer el primer pago desde internet, pero quería intentar solicitar un préstamo al banco para el resto. Admitía que ese asunto me agobiaba. No quería que ella se enterase de nada, por lo que necesitaba un par de horas para realizar unas cuantas gestiones.

—De momento, llama a Clara para que se quede contigo. Debo ir al banco para hacer unas gestiones para un proveedor y no quiero que te quedes sola. Regreso enseguida. El detective me ha pedido que hagas una lista de todas las propiedades que recuerdes que tenga tu exmarido. Eso nos podría servir —le pedí. En realidad, no necesitaba que hiciera eso. En cuanto cruzase la puerta llamaría a Taylor que, con dos clics en su base de datos, estaba seguro de que me daría toda la información. Pero era una manera de tenerla entretenida con algo y que se sintiese útil.

—De acuerdo. Ahora que lo recuerdo... el abogado que llevó la separación hizo una lista de todo lo que él poseía tanto a su nombre como a los de las empresas. Como nuestro matrimonio fue algo improvisado, ni tan siquiera hubo separación de bienes. Pensó que podría ser de ayuda para exprimirle hasta el último céntimo. Aunque no lo hice —explicó de manera pensativa.

—Si lo conservas, podría sernos de mucho provecho. Bien pensado. Búscalo mientras me acerco un momento a la sucursal que hay aquí cerca.

Le di un beso en el cabello y me marché, sacando el móvil de mi bolsillo. A pesar de que ella tuviera esa lista, averiguaría si tenía algo más por ahí escondido. Con esos millonarios nunca se sabía y confiaba en la eficacia de Taylor para sacar a las ratas de las madrigueras.

Al final tuve que desplazarme en la moto hasta una sucursal ubicada en La plaza del Castillo, en Carboneras. Delante de mí había una chica con su amiga. Ambas reían alegres, hablaban de croquetas de jamón y enviaban mensajes al grupo de amigas. Estaban tan locas como *mi chica*. Después de esperar con paciencia durante un buen rato, y escuchar sus risas y burlas con el grupo, me tocó el turno en la ventanilla. Cuando las dos amigas pasaron por mi lado, les guiñé un ojo. Había algo en ellas que me llamó la atención. Podría ser el contraste de su vitalidad y risas con mi sombrío estado de ánimo.

Por fin pude realizar el pago y solicitar el préstamo que, como bien sabía, me denegaron. Eso sí, de una forma tan amable como molesta. Al salir, pensé en mil formas de conseguir dinero de forma rápida, pero acababa de liquidar todo mi efectivo y los pocos ahorros que tenía los había invertido recientemente en el negocio. No quería pedirles dinero a mis amigos, porque, aunque no les faltase, tampoco iban sobrados de pasta. No sabía cómo iba a salir de eso, pero estaba claro que haría todo lo posible por solucionarlo.

Cogí la moto y volví a casa. Al entrar en el apartamento de Rocío, vino corriendo con unos papeles en la mano.

—Mira. Lo he encontrado. ¡Sabía que lo tenía! ¿Esto servirá de algo? —dijo a la vez que me mostraba los documentos.

Los cogí y comencé a revisarlos. El muy capullo tenía una fortuna en inmuebles alrededor de todo el globo terráqueo. Nando podría estar en cualquier parte del mundo. Mi mente intentó ponerse en la piel de ese cabrón en un intento de dilucidar dónde lo podría tener escondido. Pero estaba bloqueado o no servía para tramar algo así. Y eso que, durante toda mi vida militar, me vi envuelto en los asuntos más escabrosos. Recordé el secuestro de Rebeca y lo mal que lo pasamos para dar con ella.

—Creo que deberíamos pensar como los malos de las pelis —declaró Clara. Y se quedó tan pancha. La miré y no sabía si reír o llorar—. ¿Qué? ¡No me miréis como si me hubiesen salido tres cabezas! A ver, musculitos, tú tienes experiencia como militar, ¿no? Pues allí te habrás encontrado con muchos malos, sabrás cómo piensan.

—Para saber cómo piensa un malo se tiene que ser malo. Y Eme no lo es, por muy militar que haya sido. Te recuerdo que él estaba en el bando de los buenos.

—Pero habrá atrapado a muchos.

—Eso lo hace la policía.

—Policías, militares, FBI, legionarios... ¡Qué más da! Llevan uniformes, están buenos y atrapan a los malos.

—No todos se dedican a lo mismo, Clarita.

Las miré cómo si estuviese en pleno partido de tenis sin comprender bien las reglas. Sabía hablar español a la perfección, pero de vez en cuando, hablaban tan rápido que perdía el hilo de lo que decían. Suspiré exhausto y me removí el pelo. Desde que había dejado el ejército lo llevaba demasiado largo y no acababa de acostumbrarme.

Escaneé los documentos con una aplicación del móvil y se los envié enseguida al detective y a todo el escuadrón a través del grupo de WhatsApp para que se pusieran manos a la obra. Debía encontrar la manera de conseguir el resto del dinero. Para ello debía hacer demasiadas llamadas que no quería que supiera Rocío. Me sabía mal dejarla allí, pese a que no estaba sola.

—No te preocupes. Haz lo que sea necesario. Ve a la nave y no te preocupes por mí, me quedo con Clara, y el resto de las chicas vendrán después —aclaró tras hablar con ella e inventarme un problema en las tuberías de la nave.

La cogí de la mano y la arrastré hasta la entrada para poder darle un suave beso en la comisura de sus apetitosos labios, aunque ella, más audaz que yo en esos momentos, giró levemente la cabeza y pude saborear por breves instantes su dulce boca. Me supo a poco, pero, a la vez, colmó mi helado corazón de una esperanza de futuro a su lado. La abracé antes de marcharme como si me fuese la vida en ello.

Cogí la moto y me dirigí a la nave. Durante horas, me dediqué a mendigar entre todos los amigos, incluido mi escuadrón, que enseguida hicieron una transferencia con todo lo que podían, siempre dispuestos a todo. Estaba agobiado. Necesitaba más dinero con urgencia y, aunque me lo prestaban sin problemas, la cantidad que logré reunir aún no era suficiente. Desesperado, daba vueltas a través del pequeño despacho una y otra vez, pensando la solución, aunque no veía salida alguna. Me sentía como un león hambriento y enjaulado con algo de carnaza al otro lado de la reja, pero sin poder tocarlo.

La desesperación, a veces, te lleva a hacer cosas que en otras ocasiones no te lo habrías

planteado. Y ese instante ideaba cualquier cosa que me llevara a conseguir la pasta suficiente. ¿Vender un riñón en el mercado negro? Seguro que alguno de mis contactos sabría dónde lo podría hacer. Tenía tantos que obtendría información privilegiada de casi cualquier cosa que pidiese. Intenté recordar si sabía algún trapo sucio de alguien que pudiera ayudarme, pero estaba bloqueado. No conseguía aclarar mis ideas y el cansancio acumulado tampoco ayudaba.

—Buenas tardes, señor Ward. —Me sobresalté cuando escuché la voz de un cliente que no esperaba.

—¿Cómo ha entrado? Está cerrado —repliqué, molesto. No tenía ganas de enfrentarme a él en ese momento. Ni a él ni a nadie. Tan solo quería encontrar una puta solución a mis problemas.

—La puerta trasera —dijo a modo de explicación, encogiéndose de hombros como si fuera la cosa más obvia del mundo. Recordé que siempre la dejaba entreabierta.

—¿Qué desea? Disculpe mis modales. No esperaba a nadie y estaba inmerso en un asunto bastante importante para mí —intenté parecer más cortés. A pesar de que en ese momento no tenía cuerpo para negociar ni entablar relación con nadie, no debía olvidarme de que era un buen cliente potencial que me reportaría muchos beneficios a largo plazo; beneficios que necesitaría vistas las circunstancias—. Siéntese, por favor. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Agua, café...?

—No se preocupe. Seré breve. He hablado con Steve tras la conversación que he tenido con Agustín. —«¿De qué conoce este hombre a mi amigo Steve?»—. Como sabrás, Agustín y yo nos conocemos desde hace años. Me ha contado todo lo referente al tema de su nieto y me ha pedido ayuda. Empecé a investigar un poco y contacté con él para que me pasase algo de información. Da la casualidad de que trabajó durante una época para mí, hasta que se montó por su cuenta, aunque de vez en cuando me hace algún trabajillo —continuó hablando sin esperar a que yo respondiese.

—Lo conozco desde hace mucho. También he hablado con él —respondí con cautela. No sabía qué decirle.

—Lo sé. Me lo ha dicho. Como sabrás, en este mundillo en el que me muevo, somos pocos y nos conocemos casi todos. Me ha explicado la delicada situación en la que se encuentra. Y estoy dispuesto a ayudarlo. Necesita de alguien que tenga contactos internacionales, con grandes recursos a su disposición de manera inmediata.

Hizo una pausa para que asimilara las palabras que acababa de soltar sin que se le moviese ni un solo pelo de su engominada cabeza.

—Creo que no lo comprendo bien, señor Black. ¿Qué quiere decirme con todo eso? —pregunté, extrañado.

—Quiero decir que soy la solución a su problema. Según tengo entendido, el exmarido de su mujer ha sustraído a su hijo y se lo ha llevado a Estados Unidos. Como bien sabrá, hay todo un protocolo burocrático que tarda al menos seis meses. Eso, en el mejor de los casos. —Asentí ante tal información y me quedé pensando en la forma que había llamado a Nando, refiriéndose a él como «su hijo», y dejando en el aire si se refería al hijo de Ferdinand o al mío propio o al de Rocío. Algo tan nimio como eso, el pensar que alguien se refiriera a Nando como hijo mío, me hinchó el pecho de un orgullo que no sabía cómo catalogar. No había dudas de que estaba desvariando.

—¿Qué propone? —le pregunté sin titubear. Si podía ayudarme en algo, bienvenido sea. Haría lo que fuese por traérselo de vuelta a Rocío e iniciar una vida junto a ellos.

Recordé el momento en que Nando, con la naturalidad y la inocencia propia de la infancia, me preguntó si iba a ser su nuevo papá. Sabía que estaba dispuesto a ejercer ese papel. Y ese pensamiento me reconfortó. Sí, estaba dispuesto a hacer lo que fuese para que Rocío y Nando

estuvieran juntos de nuevo. Tan solo por verlos felices ya me daba por satisfecho.

—De momento, pongo a su disposición toda mi logística y mis recursos para que madre e hijo vuelvan a reunirse.

—Le advierto que no tengo cómo pagarle. Acabo de invertir todo lo que tenía en el negocio. He abierto hace apenas unos días.

—Lo sé. No se preocupe por ese pequeño detalle. Ya ajustaremos cuentas de la forma que sea más beneficiosa... para ambos. No le voy a engañar, me pagará. Soy un hombre de negocios y mi parte altruista se la quedó mi exmujer con el divorcio. Empezaré a investigar por mi cuenta y le pagaré a Steve el resto del dinero que le debe. Le recomiendo que haga lo mismo. Seguro que si tira de algunos de sus contactos, podrá sacar algún trapo sucio de ese hombre. Tenga en cuenta que todos los tipos de esa calaña tienen algo que esconder.

Con esas palabras, se levantó, se abrochó la perfecta chaqueta que llevaba puesta y se marchó tal y como había entrado. Sin decir nada más. Dejándome sin palabras. Llamé a Taylor, a George, a Tony, y, por último, a Rebeca para ponerlos al día.

—¡Joder, capullo! Tú lo haces todo a lo grande. Ten cuidado donde te metes. Ya sabes que te he prestado todo lo que teníamos, pero si es necesario...

—Lo sé, pero no se trata de eso. Necesito tirar de mis contactos, de los tuyos y de los de todos para intentar averiguar cualquier cadáver que tenga escondido en el armario.

—De acuerdo, veré lo que puedo hacer. De todos modos, el fin de semana me trasladaré allí y reuniré al equipo. No te dejaremos solo ante esto. Lo sabes, ¿verdad?

—Gracias. No sé cómo te lo voy a pagar.

—Me ofendes, capullo. Si le pasara algo a Mara, ¿tú qué harías?

—Lo que fuese necesario —respondí sin vacilar.

—Pues ahí tienes la respuesta.

Y, sin más, colgó la llamada. Durante unos minutos me quedé mirando el móvil sin saber qué hacer. Debía esperar de nuevo y no era algo que me agradase. Lo principal era averiguar dónde demonios lo tenía escondido. No creía que lo tuviese en alguna de sus propiedades en Estados Unidos. Era demasiado conocido y si salía con el niño, seguro que la prensa le tomaba alguna foto.

Inmerso en esos pensamientos cogí la moto y me fui a casa. Me paré por el camino para poder comprar una cajetilla de tabaco. Necesitaba fumar. Desde que llegué a España no lo había hecho. Antes de volver a conducir, me fumé un cigarrillo apoyado en la moto mientras mi mente viajaba de un lado a otro. Las palabras «prensa» y «noticias» saltaron delante de mis ojos. Para poder rescatar a Nando, debíamos mantener a la prensa fuera del asunto. No sabía si se habían enterado ya, por lo que tiré el cigarrillo y entré de nuevo en el estanco para comprar el periódico. Con rapidez, lo hojeé, en busca de alguna noticia. Nada. Me tranquilicé de inmediato, aunque volví a leer sobre otro asesinato. ¡Joder! ¡Con todo este asunto me había olvidado de la puta medalla! Se me acumulaba todo. ¡No sabía cómo me metía en tantos berenjenales a la vez! Menos mal que me salí del ejército porque quería un poco de tranquilidad.

Al parecer, nuestro grupo atraía los problemas como la miel a las abejas. Cogí la moto y me fui a casa. Pretendía ir directo a ver a Rocío, ya la había dejado sola demasiado tiempo. Cuando llegué, Clara me abrió la puerta. Pregunté por Rocío y me dijo que estaba en el dormitorio de Nando, pintando.

—Utiliza el trabajo como modo de escape, ¿sabes? Esto es muy duro para ella.

—Puedo hacerme una idea —respondí, escueto—. ¿Ha comido algo?

—De momento, nada —dijo con un suspiro. Cerró la puerta y entramos en el salón.

Tras unos minutos de silencio, fui hasta la cocina para ver qué podía hacer para almorzar. Estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para que comiese algo. Miré entre las estanterías y me vino una idea a la cabeza. Cogí el móvil, busqué la receta y miré si disponía de todos los ingredientes. Había comenzado a llover y recordé lo que dijo cuando estuvimos comiendo con los chicos. Clara me miraba de manera extraña. Cuando los dispuse sobre la encimera, le entró un ataque de risa.

—¡Esto no me lo pierdo! ¡Un yanqui haciendo migas! —exclamó entre carcajadas. La miré sin comprender. La receta no se veía demasiado complicada de elaborar, solo que había términos que no llegaba a comprender bien. Tras unos minutos un poco perdido, Clara se apiadó de mí, puso un poco de música en su móvil y empezamos con el almuerzo. *Perfect*, de Ed Sheeran, comenzó a sonar. Me encantaba esa canción.

De vez en cuando miraba hacia el dormitorio de ella, donde se suponía que estaba pintando; eso la relajaba, además de disfrutar de su pasión. Me alegraba que ella decidiese hacer algo para mantener la mente ocupada. Cuando todo estuvo dispuesto en la mesa, me acerqué y llamé a la puerta con los nudillos.

—Rocío, ¿se puede? —pregunté de la forma más suave. No quería sobresaltarla. Se la veía concentrada en el lienzo que representaba un esbozo con los rasgos de Nando. Me quedé absorto; miraba el dibujo, asombrado, ya que era tan realista que aluciné. Los ojos del niño estaban tristes y una lágrima solitaria corría por su mejilla. Parecía querer salir de la tela.

—¿Eh? —Me miró un poco confundida—. Disculpa, no te escuché.

—No te preocupes. ¿Vienes a almorzar? Debes comer algo —dije, mientras entraba y me acercaba a ella con pasos lentos y las manos en los bolsillos. En ese momento, las tripas le rugieron y fue todo lo que necesité para cogerla de la mano y darle la vuelta.

—¿Ya es la hora? No me había dado cuenta. ¿Cómo te ha ido todo? ¿Solucionaste el tema de la tubería de la nave?

Por unos momentos me quedé bloqueado. No recordaba que le había contado eso como excusa para marcharme. Tras unos segundos, reaccioné.

—Ah, sí. No te preocupes. Todo está bien —respondí, escueto. Me mesé el pelo en un acto reflejo, y ella se quedó mirándome. Me daba la impresión de que no se lo había creído—. Llamé a un fontanero. Vendrá mañana. Entretanto he cerrado la llave de paso. —Me apresuré a aclarar, aunque por su cara sabía que le mentía.

Salimos del dormitorio cogidos de la mano. Ella iba directa al cuarto de baño para una ducha rápida, estaba llena de pintura por todos lados, y yo fui hacia la cocina para terminar de hacer la comida, cuando sonó el timbre. Clara salió a la entrada.

—¡Rocío, son las chicas! —exclamó cuando abrió la puerta.

Me limpié las manos en un paño y salí a saludarlas. No las conocía demasiado, tan solo había estado en una ocasión con ellas, hacía ya algunos meses, al principio de conocer a Rocío.

—Encantado. Soy Eme —me presenté, mientras le tendía la mano a modo de saludo formal.

—Ya nos conocemos. ¿Qué tienes... memoria de Dory? ¿O es que al estar como un queso gruyere tienes una única neurona en otro lugar que no es el cerebro? —preguntó Vane con retintín y una enorme sonrisa en la cara, mientras escaneaba mi cuerpo al completo. Casi me cohibí.

—Lo sé, pero no estaba seguro de si os acordaríais de mí. Hace ya mucho que no nos vemos —aclaré, sin añadir nada más y mordiéndome la lengua por no responderle con otra fresca.

—¿Cómo olvidar a un militar *buenorro*? Una no se olvida tan fácilmente de esas cosas —

intervino Cristi, la tercera en discordia.

—¡Chicas, calmaos! Tengamos la fiesta en paz. Recordad que estamos aquí para apoyar a nuestra amiga y eso es lo que hace el vecino —amonestó Clara.

En ese momento, Rocío salió del cuarto de baño. Con caras preocupadas, tanto Cristi como Vane, se acercaron a ella y se fundieron en un tierno abrazo que duró una eternidad.

Capítulo veinte

«Dicen que el hombre no es hombre mientras no oye su nombre de labios de una mujer».
Antonio Machado

El almuerzo transcurrió en un ambiente a caballo entre las bromas veladas y el pesar por la ausencia de Nando, que flotaba sobre nuestras cabezas como una nube negra en pleno verano. Todos queríamos que Rocío se relajara un poco. Era difícil, porque, al fin y al cabo, se trataba de su hijo. Ella contestaba con monosílabos, casi sin intervenir en la conversación y con la mirada ausente, distraída. Me dolía en el alma verla de esa forma. Ella, que por norma general era vitalista, que tenía una energía desbordante y un carácter risueño y alegre, estaba apagada.

—Me parece increíble que, en un momento como este, no se me quite el hambre. Por norma general, las chicas dejan de comer con los disgustos. Debo ser la única mujer del planeta que, sin saber si mi hijo se encuentra bien, es capaz de comer tantas migas. Estaban deliciosas. Gracias — dijo casi sin voz; miraba a un punto indeterminado.

—No hagas caso. Ya sabes que nosotras no somos como el resto. Respecto a la comida y a la cerveza, no hay quien nos pare. Pero no te sientas mal por eso, cielo. Debes mantenerte fuerte por Nando —agregó Cristi de modo condescendiente.

—Has dejado de comer. Estás más delgada —agregué.

—Estaré más delgada, pero el culo y el flotador de la cintura siguen ahí. —Suspiró.

—Has perdido culo, y ese flotador de ahí me gusta. No quiero que lo pierdas —farfullé, un poco molesto. Me gustaba tal y como era, con sus sensuales curvas, sus nalgas redondas y ese montecito al final del vientre.

—Pues yo lo detesto —replicó, enfadada. Debía tener paciencia con ella. Era lógico que su humor no estuviera demasiado bien. Cuando todo esto pasase, le demostraría el efecto que tenían en mí tanto sus nalgas como ese vientre abultado que tanto detestaba.

La velada pasó lenta, a la espera de cualquier noticia. Los segundos parecían minutos, y los minutos, horas. Daba la sensación de que el tiempo no pasaba. Las chicas se quedaron hasta casi llegada la noche. Intentaron distraerla haciendo una tarta de manzana. Me alegraba, porque era una de mis favoritas, pero se me instaló un desagradable nudo en el estómago al recordar que también era la de Nando. Miré a Rocío y, como si la hubiese invocado, giró su rostro. Nuestras miradas se anclaron. No hubo palabras. Sobraban. Ambos recordábamos lo mismo.

Sus ojos comenzaron a brillar, fruto de las lágrimas contenidas. Me acerqué a ella y apreté su mano. El resto dejó de existir; nos encontrábamos en la misma burbuja del pequeño mundo que habíamos creado los tres. Porque en ese instante, el niño estaba allí, con nosotros, en nuestros pensamientos y en nuestras plegarias silenciosas. Nuestras. De los dos. De nuestra pequeña familia recién creada.

Antes de que se marchasen a descansar, les pedí que me esperaran un momento. Subí a casa rápido y cogí ropa de recambio. No pensaba dejarla sola ni un solo momento. Preparé una pequeña bolsa con algunas prendas, el portátil y el cargador de móvil. Necesitaba que estuviera cargado por si recibía alguna noticia.

Diez minutos más tarde estaba de nuevo con ella. Después de que se marchasen las chicas, me di una ducha rápida y salí al salón donde Rocío miraba fotos del niño en un álbum. De nuevo, las

lágrimas corrían libres por sus mejillas.

—Era el cumpleaños de Nando. Cumplía tres años y le había regalado un coche de Spiderman con un mando a distancia. Las pilas no iban incluidas y se cogió una rabieta. Tuve que dejarlo con la señora Rosa y salir corriendo a comprarlas. —Sonrió con tristeza e hizo una pausa; tomó una respiración. No le dije nada, pero le acaricié el brazo en una muestra de apoyo y cariño, ayudándola a sacar las palabras que tanto trabajo le costaban—. Era domingo por la tarde y estaba todo cerrado. Intenté buscarlas por varias tiendas de chuches; eran las únicas que estaban abiertas a esas horas, pero no había en ninguna. Estaba un poco desilusionada y, a cambio, le compré esta tarta de gominolas —explicó, mientras la señalaba en la foto. Aparecía en un segundo plano, pero se notaba que ya faltaba la mitad de ellas—. ¿Puedes creerte que se olvidó por completo del coche y de las pilas? Mi niño siempre ha sido así. Nunca ha cogido grandes rabiets por caprichos.

—Porque Nando es un chico listo —respondí, mientras le guiñaba un ojo—. ¿Quién se va a acordar de un coche a pilas teniendo delante la mejor tarta de chuches?

Rocío soltó una pequeña carcajada. No era una verdadera risa; era fruto de los nervios mezclado con el cansancio y los recuerdos de un tiempo mejor. La abracé fuerte. Deseaba con toda mi alma que se aferrase a mí, ser la roca donde se agarrase para soportar todo el dolor que cargaba su alma y, juntos, aligerar el peso.

—Sois los dos unos golosos de mucho cuidado. En ese sentido no sé quién es más niño, si Nando o tú.

—La duda me ofende. ¡Por supuesto que yo! —respondí con una fingida voz de enfado. Ambos sonreímos. Posé mis labios sobre su cabello y le di un leve beso, un simple roce que no pretendía ir más allá que una mera muestra de cariño.

Durante un largo rato nos quedamos así, sentados en el sofá, abrazados y en silencio, tan solo interrumpido por el sonido de nuestras respiraciones. La penumbra del salón contrastaba con los cambiantes destellos de luz que emitía la silenciosa televisión.

De repente, una imagen en ella llamó mi atención. Era la fotografía de una chica joven que, de momento y por instantes, me recordó a Rocío. Sabía que no era ella, pero había algo en el retrato de esa joven que se asemejaba. Subí un poco el volumen. Se trataba de un nuevo asesinato acontecido durante el día anterior. La policía seguía sin tener la menor idea de quién era el autor de los hechos o de alguna pista que llevase a su detención.

Rocío continuó pasando las hojas del álbum. De vez en cuando se paraba en alguna y recordaba en silencio la situación que habría llevado a tomar aquella fotografía o acariciaba con sus dedos el rostro de su hijo. Me llamó la atención que, estando en la época de las tecnologías y las cámaras en los móviles, ella tuviera un álbum como aquel, que parecía ya como un objeto obsoleto.

—¿No utilizas el móvil para hacerlas? —pregunté, mientras señalaba el libro con la cabeza.

—No me fio de ellos —respondió como si fuera la cosa más natural del mundo—. En muchas ocasiones, puedes perder la información y estos son recuerdos, instantes, que no son recuperables. Nunca volverá a cumplir los tres años. Podré hacer fotos de su décimo cumpleaños, del día de su graduación, o incluso de su boda, pero jamás volveré a tomarle una foto de ese día, de ese preciso momento. Y, a veces, la memoria nos falla —explicó con la voz cada vez más apagada.

Sabía que otra de sus pasiones era la fotografía. La había visto bajar en alguna que otra ocasión al paseo para tomar fotografías de la playa. Sin duda, era una mujer muy creativa en todos los aspectos.

Durante un rato más permanecimos sentados en el sofá viendo una imagen tras otra de Nando solo, con ella, con las chicas, con Toby... Mostraban un día a día de ellos, haciendo pasteles, en alguna celebración con Agustín, en la playa o una simple imagen del niño, absorto, haciendo los deberes o viendo la tele, ajeno a lo que su madre hacía en ese momento. Me sentía como un *voyeur* invadiendo su intimidad. Aunque no la invadía, ya que Rocío la mostraba ante mí con esa naturalidad que la caracterizaba. A veces se le saltaban las lágrimas, en otras ocasiones sonreía amargamente.

—¿Volverá? —preguntó de repente.

Una simple palabra que significaba todo un mundo. Una simple palabra que podía cambiar el rumbo de nuestras vidas. Y me tragué las lágrimas, el dolor y la rabia, porque de lo único que estaba seguro era de que haría todo lo posible porque la respuesta fuese afirmativa. Pero la única certeza era que no lo sabía y no quería engañarla.

—Haremos todo lo posible.

Fue lo único que pude decirle sin que se me quebrase la voz. Esperé a que se desahogara de nuevo. Durante horas estuvo llorando, a veces fuerte, soltando la pena; en ocasiones, simples lágrimas silenciosas que se deslizaban por sus mejillas. Cada vez le costaba más trabajo mantener los ojos abiertos.

No sabía cómo actuar. Si dormir con ella o permanecer atento, recostado en el sofá. Esperé hasta que su respiración me dijo que estaba profundamente dormida. La cogí entre mis brazos y, con suavidad, la llevé a la cama para que descansase. Determiné marcharme al salón, pero justo cuando iba a salir del dormitorio, me pidió que me quedase con ella.

—Por favor, no me dejes sola. La cama me parece ahora tan grande y fría...

Fue lo único que necesité para meterme bajo las sábanas con ella. Me limité a abrazarla. Ella apoyó su rostro en mi pecho y su mano en el abdomen con suaves movimientos, mientras las yemas de sus dedos rozaban con delicadeza mi piel. Comencé a acariciarle el cabello suavemente hasta que sus caricias eran cada vez más pausadas y se quedó dormida. Durante mucho tiempo me quedé mirando el techo con la mente perdida. Esperaba que la llamada se produjera a la mañana siguiente. Esta falsa calma terminaría con nuestra paciencia.

Pero no se produjo, ni ese día, ni en los tres siguientes. Tanto las chicas como Agustín venían a diario e intentaban llenar el espacio vacío que Nando había dejado tanto en nuestros corazones como en la casa. Extrañábamos sus risas, sus carreras por el apartamento, los ruidos que emitía al jugar con los coches o el sonido de los juegos de la Play.

Todas las noches me quedaba en su casa. Prácticamente no salíamos del apartamento a la espera de las ansiadas noticias, aunque yo me ausentara por unas horas para ir a trabajar y volvía rápido a casa. Nos limitábamos a sobrevivir, a calmar los ánimos de Rocío, que, con cada nuevo día, desesperaba más.

El teléfono, ese que se había quedado mudo por tantos días, sonó el miércoles por la noche casi entrada la madrugada, provocando un estado de casi euforia. Prácticamente me abalancé sobre él, cuando vi el nombre del Señor Black en la pantalla iluminada.

—Señor Black —saludé, escueto; no quería perder el tiempo. Me levanté y avancé hasta la ventana con el móvil pegado en la oreja.

—Tenemos indicios de que lo tiene en Jordania. Steve ha estado investigando y, aunque no tenemos pruebas, es más que probable que se lo haya llevado a una ciudad cercana—respondió igual de directo.

—¡Joder! ¿Qué relación tiene con el señor Bellatox?

—No lo sé. Pero los indicios son claros. Su *jet* privado aterrizó allí hace trece días. Según Steve, le esperaba un coche. Llegó en plena noche y al día siguiente, el *jet* despegó rumbo a Nueva York de nuevo.

—¿Y no podría ser un viaje de negocios? ¿Qué tuviera que acudir a alguna reunión? Según pude investigar, no posee ningún inmueble ni hotel en aquella zona. Podríamos pensar que fue a cerrar algún negocio o, incluso, para llegar a algún acuerdo y abrir allí uno. No sería una idea demasiado descabellada.

—No lo es. Pero estoy seguro de que no es el caso. Si lo desea, llámelo intuición. Voy a enviar allí un pequeño equipo para que investigue sobre el terreno. Dentro de unos días sabremos algo más. Le mantendré informado.

—Disculpe, señor Black, pero si manda un equipo, me gustaría ir también; piense que es un niño pequeño. Cuando se lo lleven... estará asustado, con desconocidos y después tendrá que realizar un largo viaje de vuelta. ¿No piensa usted que es mejor que vea una cara conocida? Además, por mi experiencia podré ser de ayuda. —No pensaba dejarlo solo. Iría a Jordania, aunque fuese andando. Esperé la respuesta que tardaba en llegar.

Rocío me miraba expectante. Sabía, con tan solo mirarla a los ojos, lo que me pedía. Deseaba ir conmigo. Ella era *mi* mujer guerrera, esa que no se quedaba sentada esperando las soluciones.

—De acuerdo, señor Ward. Ya sabe lo que debe llevar. Con suerte, no estaremos allí más de cuatro o cinco días. Un coche lo recogerá en un par de horas.

—Gracias.

Dicho eso, colgó la llamada sin responder. El señor Black era un hombre de negocios que no se andaba con rodeos; iba directo al grano, y eso era algo que me gustaba. Me giré hacia Rocío que esperaba impaciente las noticias. En ese momento, volvió a sonarme el teléfono.

—Dime —contesté. A pesar de que siempre comenzábamos con las bromas, en ese momento, no tenía tiempo. Volvía a la acción por la mejor causa posible: llevar a Nando hasta los brazos de Rocío. Esperaba con ansias ese instante en el que madre e hijo se reencontrasen.

—¿Querías cadáveres? Tengo los mejores.

—Habla.

—Por teléfono no. Pero te mandaré un mensaje de lo más descriptivo. Te aseguro que lo tenemos pillado por los huevos, capullo. Con esto, no volverá a molestaros.

—Mami, ¿es el tito Eme?

—Sí, déjame hablar con él. Son asuntos de mayores. Vete al salón y ahora voy contigo a jugar un rato, ¿de acuerdo? —Escuché que le decía Rebeca a su hija.

—Es solo un momento, mami, te lo prometo

—¡¡Edwaaardd!! ¡¡La niñaaaaa!! —gritó mi amiga. Sonreí al imaginarme la situación.

—Tito, solo un momento. He logrado quitarle el móvil a mamá. —La niña parecía sofocada y que corría mientras hablaba—. Solo te diré una cosa. Como no recuperes a Nando, te las verás conmigo. Y no estoy de cachondeo. Ese niño es el único que me sigue el rollo.

—¡Joder con la niña! ¡Me ha quitado el móvil y ha salido corriendo! Cada día me cuesta más seguirle el ritmo. Voy a tener que hablar muy en serio con el padre y los entrenamientos que hacen juntos —replicó, sofocada.

—No te preocupes. Son cosas de críos.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan condescendiente? ¿Dónde está mi capullo y qué has hecho con él? —bromeó. Sus preguntas me hicieron sonreír. Esas dos mujeres tenían el don de sacarme una gran sonrisa tan pronto como hacerme enfadar—. Bueno, te enviaré el mensaje.

—De acuerdo. Estaré esperando. En un par de horas me marchó a Jordania.

—¿Jordania? —No quería explicarle demasiado.

—Viaje de placer. Estamos en contacto. Por cierto, gracias.

—Como dice mi abuela Mara, las gracias a los curas.

Con una sonrisa en la boca y mucho más tranquilo, colgué la llamada. Debía explicarle todo a Rocío de la manera más sencilla. Miré el reloj y me quedaba apenas una hora y media para prepararlo todo. Sabía que no tenía que llevar demasiado equipaje, solo lo básico. Me giré y me topé con su rostro expectante. Había llegado el momento de enfrentarla. Sería una conversación incómoda, ya que estaba seguro de que ella querría venir también. Debía convencerla para que se quedase aquí, en la seguridad de su casa. Esperaba que la vida de Nando no corriese peligro, pero de ser así, no podría ocuparme de dos a la vez. En este tipo de rescates, lo principal es la vida de la víctima. El señor Black había accedido a que fuese porque conocía mi hoja de servicio, pero un civil, en estos casos, sería un estorbo. No estaría al cien por cien si ella estaba a mi lado.

De manera concisa, le expuse todo lo que sabíamos hasta el momento. No quise engañarla ni omitir ningún detalle. Al fin y al cabo, era su madre y tenía todo el derecho del mundo a saber el riesgo que supondría que ella estuviera allí, por muy buena intención que tuviese.

Ella me escuchaba con atención. Su cara pasó de la expectación a la sorpresa, pasando por la decepción de no poder ir a recoger a su propio hijo.

—Ya lo hemos hablado, Rocío. No podré encargarme de la seguridad de los dos a la vez. Te prometo que llamaré todos los días para mantenerte informada. Pero necesito que estés aquí, segura, lejos del peligro. ¿Lo entiendes? —pregunté, mientras acariciaba su mejilla.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Rocío se precipitó a abrirla, y entró Agustín con una bolsa de comida preparada en la mano.

—He traído esto para que no tengáis que cocinar —dijo, y levantó la bolsa para que la viésemos y la llevó a la cocina.

—Gracias, papá. Te lo agradezco mucho. No tengo demasiadas ganas de ponerme a cocinar en este momento —agradeció con voz cansada.

—No tienes nada que agradecerme. Solo intento cuidaros. Ya sabes que estoy aquí para cualquier cosa que me necesites —respondió Agustín. Se sentó al lado de su hija y la abrazó en señal de apoyo. Me gustó que ella tuviese ese amparo, un padre que la protegiese contra viento y marea.

—Lo sé, papá. Ferdinand se ha llevado a Nando a Jordania. ¿Puedes creerlo? Hace tanto que no escuchaba nada de ese país, que casi se me había olvidado ya. No sé qué se le habrá perdido allí.

—Bueno, no te preocupes por eso. Mi nietecillo es un chico muy fuerte. Estoy seguro de que está bien.

—Siento interrumpiros, pero debo marcharme —me disculpé. En ese momento, caí en algo que había dicho Rocío—. ¿Por qué dices que hace tiempo que no sabías nada de Jordania? Cualquier cosa que sepas es importante que nos lo digas, Rocío. Puede facilitarnos mucho las cosas. ¿Quizá tu ex tenía allí negocios?

—¿Eh? —preguntó, confusa—. Ah. No. Mamá era jordana, aunque se vino para España cuando era muy pequeña. Cuando falleció mi abuelo materno, hace unos cinco años, un abogado se puso en contacto conmigo. Había heredado la propiedad donde vivía el abuelo y yo era la única familia que le quedaba.

—¿Qué hiciste con la propiedad?

—Hablé con mi abogado para que la pusiera a la venta.

—¿Se vendió? —pregunté impaciente. Si aún la tenía, Nando podría estar allí. Era una posibilidad que debíamos tener en cuenta.

—Sí. Debía ser muy buena, porque tres días después recibí una transferencia con el dinero de la venta. Además, al ser el abogado de Ferdinand no me cobró por sus servicios.

Esto se complicaba cada vez más. Ya no sabía por dónde salir. ¿Ahora Rocío tenía origen jordano? ¿Tan rápido se vendía un inmueble en Jordania? ¡Joder! Si casi no da tiempo ni a poner el puto anuncio en las webs. ¿Y si en realidad no se vendió la casa familiar y se la quedó su ex? Podría ser una posibilidad. Pero entonces, ¿por qué no había aparecido en ninguno de los listados que teníamos de sus inmuebles? Miré de nuevo la hora. Apenas quedaba una para que vinieran a recogerme. Después pensaría en todo esto. Ahora lo único que deseaba era estrechar a Rocío entre mis brazos. Pero no quería hacerlo delante de Agustín. Había roto la promesa, pero era un pequeño detalle que él no sabía.

Y era mejor que, de momento, tampoco lo supiera. Al fin y al cabo, no tienes por qué contarle todo a tus padres, ¿no? No lo sabía, porque nunca había tenido una relación de ese tipo. Le hice una señal a Rocío para que viniera a la cocina y poder besarla, empaparame de ella y soportar los pocos días que estuviésemos separados.

Ella se levantó de inmediato y acudió a mi lado. En cuanto desaparecimos de la vista de Agustín, la acogí entre mis brazos como si me fuese la vida en ello. Durante un rato, me embriagué con su olor, con el sabor de sus dulces labios y con la suavidad de la piel de su espalda.

—Nos vemos en unos días, morena. Traeré a Nando conmigo cueste lo que cueste.

—Te creo, vaquero. Esperaré ansiosa tus llamadas. Por favor, tened cuidado.

La volví a besar, a saborear sus labios, al principio con cuidado y suavidad, hasta que no pude reprimir mis ganas y se convirtió en exigente, con el anhelo y la frustración de no poder repetir tanto como quisiera; por saber que en los próximos días no la vería, no la tocaría, que estaríamos separados por miles de kilómetros... Esperaba que todo saliese bien. En ese beso quise demostrarle todo lo que sentía por ella. Mi lengua recorrió con cuidado cada centímetro de su boca, guardando en mi mente cada sensación, aprendiendo todo de ella, aspirando cada gemido y atesorándolo en mi corazón como si fuese el mayor regalo que una mujer ofrece al ser amado.

—¡Eme! —gimió en mi boca, apenas un susurro, una sola palabra que decía más, lo decía todo.

Y, con las sensaciones y un puto nudo en el estómago, me separé y fui hacia mi apartamento para preparar el equipaje y viajar rumbo a Jordania. Recuperar a nuestro peque era lo único que tenía en ese momento en la cabeza.

Capítulo veintiuno

«El amor conquista todas las cosas. Démosle paso al amor».
Virgilio

Con la respiración errática y los latidos de mi corazón bombeando en mis oídos, llegué a mi apartamento. Tan solo quedaban quince minutos para que vinieran a recogerme. Debía apresurarme, ya que me gustaba la puntualidad, estaba acostumbrado a ella. Con prisas, preparé una pequeña bolsa de mano donde metí alguna muda de repuesto, el portátil y el cargador. Jalé del fondo de mi armario donde tenía ropa militar.

Saqué mi arma de la mesilla de noche. En España, la ley respecto a las armas de fuego eran diferentes que en Estados Unidos. Allí, con solo la licencia podías tenerla en casa. Aquí debías reunir una serie de requisitos que yo los cumplía al haber trabajado como seguridad privada en la empresa de Rebeca.

Con todo listo, bajé sin perder el tiempo. Justo en el momento que puse un pie en la calle, un coche negro con tres hombres paró en la puerta. Con un movimiento de cabeza, me conminaron a entrar en el vehículo.

Casi sin hablar, nos dirigimos hacia el aeropuerto de Almería. No sabía si cogeríamos un vuelo regular. Si era así, nos esperaba una media de nueve horas de viaje. Primero tendríamos que hacer escala en Madrid. Pero, para mi sorpresa, el señor Black había pensado en todo y tenía preparado un *jet* privado para nosotros. Él no estaba en el coche. Por lo poco que me dijeron mis compañeros, él nunca iba a las misiones.

Durante el viaje, nos dio tiempo a ponernos al día, a mirar planos y localizaciones; planear todo al milímetro. Tenían varios lugares donde podía tener escondido al niño. Por lo que ideamos un dispositivo de vigilancia en todos ellos, repartiéndonos el trabajo. También contábamos con tres jordanos que nos ayudarían con el plan de rescate. Estaba organizado todo como si se tratase de una misión militar, incluso se establecieron los rangos para no dejar nada al azar. Fue algo que me dio tranquilidad. Si en algo destacaba, era precisamente en este tipo de misiones.

El señor Black nos alojó en un hotel en Aljoun, cerca de la Reserva Forestal, a pocos minutos andando del castillo. A pesar de que estábamos en noviembre, hacía un calor asfixiante, algo bastante habitual en estas zonas. El hotel era sencillo, aunque parecía limpio. Nos dio tiempo a ducharnos y descansar un poco antes de comenzar con la vigilancia. Alquilamos varios coches con la idea de repartirnos los lugares.

En cuanto terminé de asearme, me senté en la cama con el portátil en el regazo. Envié un correo electrónico a Taylor para que averiguara algo sobre la propiedad de la familia materna de Rocío. Desde que me lo contó, no dejaba de darle vueltas al tema. No creía posible que se vendiera con tanta facilidad. Por otro lado, a ella le ingresaron el dinero en la cuenta. Solo había alguien que se relacionase con Rocío que tuviese tanta pasta y ese era el señor Bellatox. Pero ¿para qué la querría?

Rocío jamás había pisado Jordania, a pesar de que parte de su familia era de aquí; ni tan siquiera acudió al entierro de su abuelo o para ver lo que había heredado. Lo hizo todo a través de su abogado, que resultaba ser el mismo que el de su ex. Al menos, daba qué pensar. Le envié a Taylor información sobre mi morena y le dije que partiese de ahí para que averiguara todo lo que

pudiese tanto de ella como de su madre.

Cerré el portátil, y salimos a pasear para investigar y familiarizarnos con la zona. Debíamos analizar distancias y posibles vías de escape alternativas por si el asunto se ponía feo. Nos repartimos los distintos lugares en grupos de dos. Íbamos con cámaras, haciendo fotos de todo, como si fuésemos meros turistas. El objetivo era analizarlas después con más minuciosidad y ver detalles que se nos hubiesen escapado. Durante los dos días siguientes, hicimos guardias en turnos rotativos, sin resultado alguno. Nadie salía ni entraba de las casas donde se suponía que podía estar Nando.

Esa noche me llegó un correo electrónico con la información de Taylor. En él me daba el nombre de la empresa que adquirió la propiedad, además de la dirección. También señalaba el nombre del administrador de la susodicha, a qué se dedicaba y algunos datos más que no se relacionaban para nada con el señor Bellatox o sus negocios. Como no me tocaba guardia, le pedí a uno de mis compañeros jordanos que me acompañase por si necesitaba que me tradujera algo.

Cogimos un taxi y en poco menos de media hora, estábamos en la puerta de esa dirección. No pretendíamos entrar sin más, y el exterior no parecía ser la sede de nada, sino una simple vivienda particular. No tenía ni un mísero letrero que indicase la clase de negocio que era o a qué se dedicaba. Tras varias horas en la puerta donde no parecía que hubiese vida con todas las luces apagadas, nos marchamos de nuevo al hotel para descansar.

Habían pasado cuatro días, el tiempo que en un principio se estipuló para encontrar a Nando. Cada noche se me partía el alma cuando hablaba con Rocío y no podía decirle que lo habíamos encontrado. La imaginaba llorando durante horas por la pérdida de una esperanza, aunque al día siguiente, todos los del grupo, las renováramos como si nos fuera la vida en ello. Me dolía profundamente cuando me cogía el teléfono a diario con la ilusión de una niña para volver a destrozarla con unas noticias que no llegaban.

Estaba desesperado. Le prometí que la llamaría, pero escucharla llorar y no estar a su lado para poder consolarla quebrantaba mis fuerzas. Cada noche, me pasaba lo mismo; me preguntaba una y otra vez si hacía lo correcto, incluso salía a correr para despejar la mente y, al regresar, las llamadas en cada ocasión se tornaban más dolorosas.

Cada día ampliaba mis guardias un par de horas más, si lo encontrábamos deseaba ser yo quien estuviese allí. El niño, después de tantos días, necesitaba el consuelo de un rostro conocido. Tan solo pensar el miedo que pudiese pasar, cuando unos desconocidos con pasamontañas lo sacasen de ese encierro sin que comprendiese nada de lo que sucedía a su alrededor, me producía arcadas. Ningún niño debería pasar por eso.

Si tanto lo amaba su padre, no comprendía cómo le hacía pasar por un trago así. Si de verdad lo quería, tendría que haber escogido el camino largo y ganarse la confianza de su hijo poco a poco. Se lo habría llevado a su terreno con unas simples llamadas o con pasear con él por el parque de vez en cuando. Además, era un chico tan cariñoso que te robaba el corazón enseguida.

El señor Black estaba en constante contacto. Seguía investigando, le mandábamos las fotos que hacíamos a diario y las analizaban ampliando hasta el límite. Una semana más tarde, nos envió la parte de una de ellas donde se veía algo a través de una de las ventanas. Se trataba de una sombra de lo que parecía un niño con la cabellera negra y rizada.

Nos dio una esperanza. Se parecía mucho a Nando, aunque no se distinguía bien. A pesar de

ello, teníamos algo con lo que empezar a trabajar. Recordé el dispositivo de vigilancia que hicimos en Yemen para encontrar al oficial americano. No podíamos hacer lo mismo, ya que no se trataba de un bloque de viviendas, sino de una casa. A pesar de ello, nos centramos allí y dejamos la vigilancia del resto.

Durante la noche, no sucedió nada. Todas las luces estaban apagadas y parecía que no había vida. Me negué en rotundo el hacer turnos, a pesar de las reticencias de mis compañeros, con los que cada vez me llevaba mejor.

—Eme, sabes que esto se puede alargar y necesitas estar al cien por cien cuando se produzca la acción —me recriminó uno de ellos.

—Lo sé, pero necesito estar ahí cuando lo rescatemos. ¿Sabes lo desamparado que puede sentirse en un momento así? No tiene a nadie, quizá ni tan siquiera comprenda el idioma. No sabemos si su padre está ahí dentro.

—Lo sé, y créeme si te digo que lo comprendo. Pero estás demasiado involucrado, Eme, y eso puede jugar en nuestra contra.

—Te aseguro que estoy preparado. Me he visto en peores situaciones —contesté, casi de mal humor. Nadie me movería de allí. Tomé una respiración honda para templar los nervios.

—Hagamos una cosa. Tómate un descanso de un par de horas. Ve al hotel, te duchas, habla con tu chica, descansas un poco y regresas más despejado. ¿Qué te parece? En un par de horas no va a cambiar demasiado la situación.

—Está bien —claudiqué. Me quité el *pinga*, que llevábamos en el oído para comunicarnos entre nosotros, y me giré para marcharme—. Cualquier cosa, me avisas.

—No te preocupes, lo haré. De momento, nos dedicaremos a seguir vigilando. Necesitamos estar seguros de que sea el niño quién está ahí y no otro cualquiera.

Me fui directo al hotel y me di una ducha rápida. El calor era tan sofocante que tenía la piel pegajosa. Quise llamar a Rocío, pero no quería crearle falsas esperanzas. Tenía ganas de regresar a casa y, por primera vez en mi vida, tenía la sensación de volver a un hogar. Extrañaba dormir y despertar a su lado, abrazarla y besarla. Parecía que habían pasado siglos desde la última vez que la tuve entre mis brazos. Bajé a la cafetería del hotel y me pedí un té para llevar.

Con mi vaso de plástico en mano, comencé a recorrer los alrededores. Callejeaba a través de los diferentes puestos de comida, de los de frutas y verduras, de los tenderetes con ropas de colores vivos y brillantes, de las incesantes charlas y los gritos de los comerciantes... Todo un espectáculo para la vista y el olfato. Siempre que había ido a alguna misión por un país árabe, me gustaba perderme en este tipo de mercados, con el olor de las especias, de la carne o de la fruta fresca que contrastaba con la sequedad del ambiente y de la árida tierra.

Al final de la calle vi una pequeña tienda de orfebrerías. Era otra de las cosas típicas de allí. Dando un pequeño paseo, me acerqué hasta el escaparate. Había teteras de cobre, piezas antiguas en plata, como la Manos de Fátima, colgantes de diferentes formas, monedas otomanas o dagas beduinas difíciles de encontrar. Entré por la curiosidad de esas dagas que siempre me habían llamado la atención. Si podía adquirir alguna, la pondría en la nave de exposición.

El comerciante en cuestión chapurreaba el inglés y pese a que nos costaba un poco de trabajo el poder comunicarnos con fluidez, me enseñó las dagas más modernas. Mi presupuesto no llegaba para comprar esas piezas antiguas y costosas. También quería llevarle un *souvenir* a Rocío. Cuando comenzó a enseñarme las medallas de plata con diferentes grabados, me vino a la mente el que encontré en la escena del crimen. Trasteé en el móvil, encontré la foto que le hice para mandársela a mis amigos y se la mostré al dependiente.

Enseguida me dijo que tenían ese mismo modelo de patena liso para que el cliente lo grabara a su gusto.

—¿Sabes si hay muchas joyerías que se dedique a hacer grabados de este tipo?

—En Jordania hay muchas, pero por esta zona, solo somos tres los que lo hacemos al instante. Los demás deben esperar unos días y los turistas no tienen tiempo, deben marcharse porque continúan con su ruta —me explicó con un inglés bastante malo.

—¿Y usted recuerda haber grabado algo así?

—No. Son muchas las grabaciones que hacemos y no puedo recordar el dibujo de todas. Pero de lo que sí puede estar seguro es que el colgante es el mismo modelo que trabajamos aquí. Las otras joyerías también la trabajan, ya que es un recuerdo muy común. Los clientes se lo llevan porque recuerdan a las monedas otomanas y pueden grabarle lo que quieran. Además, son mucho más económicas que las monedas.

—De acuerdo, muchas gracias. ¿Podría decirme la dirección de las otras dos joyerías? —pregunté, mientras sacaba el dinero y le pagaba. El hombre ya me había envuelto la daga en un papel marrón con un trozo de cuerda.

—No están muy lejos de aquí. Son conocidas, por lo que, si coge un taxi, le llevan enseguida.

Salí de la tienda tras despedirme del amable vendedor. Busqué un taxi y me monté con el propósito de visitar las siguientes. Cuando llevábamos poco más de cinco minutos, el móvil sonó.

—Dime —contesté al primer tono. Se trataba de John, el que ejercía el papel de capitán en el pequeño grupo que habíamos formado.

—Confirmado. Se trata del niño. El padre no está con él. Se ha dejado ver en una gala benéfica en Nueva York. Creemos que para despistar.

—¿Cuántos hombres hay? —No me interesaba lo más mínimo el señor Bellatox.

—Cuatro.

—Voy.

—*Ok* —contestó de la misma forma escueta que yo. Nunca nos andábamos con rodeos.

Le di al taxista la nueva dirección y le dije que parase unas calles antes. Quería pasar lo más desapercibido que pudiera. Al llegar, me reuní con mis compañeros en una cafetería cercana. Me dieron el *pinga* y nos dirigimos hacia una furgoneta que habían alquilado donde tenían todo el material necesario. Admiré los diferentes juguetitos de última generación. Se notaba que el señor Black ganaba el suficiente dinero como para tener este equipo que debía ser caro de cojones.

Ideamos el plan. Aunque sería sencillo. Sabían que el niño estaba en el piso superior, que había cuatro hombres en total, custodiándolo, y que dos de ellos estaban apostados en la puerta delantera y trasera. Los restantes debían de estar en la planta inferior. Se habían hecho con los planos de la vivienda gracias a los contactos de nuestro jefe con el gobierno jordano. No quería pensar en cómo lo había conseguido.

Determinamos acabar con el tipo que estaba apostado, vigilante, en la parte trasera. Fue un trabajo fácil por el factor sorpresa. Tras eso, saqué el equipo con la cámara, la pasé por debajo de la puerta para saber si había alguien allí o estaba despejado. Mi compañero la abrió con una pasmosa facilidad con las herramientas que llevaba encima.

Con el sigilo que nos caracterizaba por nuestros años en el ejército, entramos a hurtadillas dispuestos a llevarnos por delante a todos los que se interpusieran en nuestro camino. La euforia recorría cada poro de mi piel. Por fin, después de tantos días podría recuperar a Nando y regresar a España con él en mis brazos.

Debía concentrarme en el operativo, ya que cualquier fallo, por mínimo que fuera, podía dar al

traste con nuestros planes y eso era algo que no nos podíamos permitir. En silencio, volví a pasar la cámara por debajo de la siguiente puerta que daba al salón. Se suponía que los otros dos debían estar ahí. Se escuchaba el sonido de fondo de la televisión. Tras varios minutos, en los que estuve girando la pequeña cámara en las diferentes direcciones, los encontramos sentados en el sofá mientras bebían cerveza.

El volumen del aparato estaba tan alto que apenas se dieron cuenta cuando entramos por detrás de ellos y les rajamos las gargantas sin ningún tipo de remordimiento. La sangre saltó a borbotones manchando por el camino toda la estancia y salpicando el televisor. No podíamos disparar, ya que podría alarmar al otro custodio. Dejamos los cadáveres tirados en el sofá y subí las escaleras de tres en tres con las ansias de reencontrarme con Nando, aunque con el cuidado suficiente para que no me escucharan. Mis compañeros se dispersaron por la casa en busca de alguna prueba que incriminase al señor Bellatox, para que Nando no tuviera que declarar y recordar todo el infierno que había vivido. A partir de ese momento me encargaría de que este recuerdo lo olvidase a base de vivir otros increíbles.

Crucé el pasillo apoyado en la pared derecha. Había cuatro puertas. Me aprendí el plano de memoria para no cometer ningún error. Escuchaba a mis compañeros cómo hacían comentarios de algunos objetos que encontraron en el sótano.

El bombeo de mi corazón se aceleraba más a medida que me acercaba a la puerta. Miré a mi alrededor. Apenas escuchaba nada. Al llegar, pasé de nuevo la cámara, la giré en las diferentes direcciones en busca del niño hasta que lo encontré sentado en la cama, con las rodillas flexionadas, los brazos alrededor y la cabeza entre ellas. La imagen me destrozó el alma. Sin querer demorarme más, a sabiendas de que estaba solo, intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada con pestillo.

Nando, al escucharlo, levantó un poco el rostro y pude ver el terror a través de sus ojos. Empezó a temblar, pero fue incapaz de mover ni un solo músculo. Simplemente miraba fijo a la puerta a la espera de que se abriese. Llamé a mi compi a través del *pinga*, que acudió con rapidez y, en pocos minutos, la puerta se abrió dando un golpetazo más fuerte de lo que pretendí en un principio, fruto de la desesperación por estrecharlo entre mis brazos e infundirle la tranquilidad del que se sabe a salvo.

Arrojé el equipo al suelo y en tres zancadas llegué hasta él, lo cogí en brazos y, mientras le hablaba al oído para que supiera quien era, corrí hacia la parte trasera para comenzar con el plan de huida. Pero lo más importante era que Nando estaba a salvo y ya no me lo quitaría nadie.

Capítulo veintidós

Salí por la puerta trasera cargado con Nando y custodiado por dos de mis compañeros. A partir de ese momento, todo sucedió de la manera más rápida. Habíamos rescatado al niño y lo que más urgía era regresar a España.

No miré atrás cuando subimos a la furgoneta. Faltaban dos compañeros más que se habían quedado en la casa para encargarse del otro hombre y limpiarla de posibles huellas. El niño sollozaba y temblaba entre mis brazos. No lo solté en ningún momento. Solo cuando estábamos en el refugio de la furgoneta, me quité el pasamontaña que llevaba para que viese mi rostro e infundirle un poco de tranquilidad, aunque la experiencia por la que acababa de pasar le sería difícil de olvidar. Cogí una manta que vi en el coche y se la eché por encima.

A pesar de que todos respirábamos con dificultad en esa parte trasera del vehículo, intentábamos crear un ambiente distendido. Saqué de la pequeña bolsa que llevaba conmigo su peluche azul. Al verlo, a Nando se le iluminó su pequeño rostro surcado por las lágrimas. Lo cogió y se aferró a él como si fuese un chaleco salvavidas en medio de un mar embravecido. Con cuidado, le limpié sus ojos y su nariz enrojecidos por el llanto.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté con una suavidad que contrastaba con los vaivenes que daba la furgoneta por los baches y la velocidad a la que iba el vehículo. Sin mediar palabra, Nando asintió afirmativamente—. Ahora vamos al aeropuerto para regresar a España. ¿Tienes ganas de ver a mamá? —De nuevo, asintió.

Debía de ser difícil para él todos los acontecimientos que había vivido. De vez en cuando, su cuerpo se estremecía o volvía a sufrir temblores. Apreté el agarre y lo abracé con más fuerza. Mis compañeros hablaban en voz baja mientras organizaban todo y hablaban con el señor Black, poniéndolo al tanto de todo.

Al llegar al aeropuerto, de nuevo nos esperaba el mismo *jet* con el que habíamos venido. Subimos con rapidez, sin perder ni un solo segundo de tiempo, y en cuanto cruzamos las escaleras, cerraron las puertas y se encendieron los motores para iniciar el despegue. Todo estaba calculado al milímetro.

Después de una hora de vuelo, conseguí que Nando se relajara lo suficiente para que se durmiera. No quería despegarme de él, pero la postura que había tomado sería molesta. Lo recosté en la butaca y lo tapé con una manta que me dio uno de los chicos. Quedaban unas seis horas de viaje por delante.

—Tu equipaje está allí al fondo junto con el de los demás —me explicó un compañero—. El señor Black se encargó de que trajeran todas nuestras cosas.

Asentí y me dirigí hacia allí. Cogí el portátil y me dispuse a trabajar un rato. Quería ponerme en contacto con Rebeca por si teníamos algo. El señor Bellatox ya tendría que saber lo sucedido y tendríamos que estar preparados para una posible revancha. Aún no había encontrado un cadáver en el armario lo suficientemente jugoso como para hacerlo desistir en el intento.

Suspiré exhausto. Era importante que lo encontrase antes de pisar territorio español. Cuando se abrió el programa de correo, vi un mensaje de Rebeca. Lo leí con rapidez.

Para: Capullo
Asunto: Ropa sucia.

El cesto de la ropa sucia está repleto. Hay prendas más embarradas que otras, aunque hay una especialmente mugrosa. Es la típica que no puedes tirar y que, por muchos lavados que hagas, la pringue no sale y que intentas por todos los medios posibles esconderla en lo más hondo del armario. Comenzaré con esa. Despreocúpate.

Sonreí al leer el mensaje de mi amiga y me tranquilicé al pensar que teníamos algo de lo que tirar para poder pararle los pies al cabrón. Durante un rato, estuve leyendo el resto de los correos. De vez en cuando, miraba a Nando, que seguía dormido, aunque no estuviera tranquilo por completo. Se removía en el asiento y se escuchaba algún suave sollozo lastimero fruto de algún mal sueño. No había nada urgente, por lo que escribí un mensaje de vuelta a Rebeca.

De: Eme
Para: Capi
Asunto: re: Ropa sucia

Me alegra saber que tenga bastante suciedad. Regreso a casa. Cuando llegue, iré para que me enseñes personalmente esa prenda en especial. Intentaremos sacarla del armario por muy honda que quiera esconderla. Gracias por todo.

Una vez enviado el correo, me quedé más tranquilo al saber que todo volvería a su cauce. Se me pasó por la cabeza la idea de mandarle un mensaje a Rocío y contarle las noticias, pero lo deseché de inmediato. Lo único que conseguiría sería que se pusiera más ansiosa.

El resto del vuelo lo pasé con el niño en mi regazo para que sintiera la protección de mis brazos. De vez en cuando despertaba, volvía a llorar y se quedaba dormido cuando se daba cuenta de que realmente estaba a salvo. No hablaba y eso era algo raro en él, pero el estrés postraumático en un niño de su edad podía desarrollarse de diferentes formas.

Pensé que deberíamos llevarlo a un hospital para que lo examinaran en cuanto llegáramos a España y que lo viesan especialistas en la materia. No escatimaría en nada. Sabía que la seguridad social española era muy buena, pero también en ocasiones, bastante lenta. Tenía contratado un seguro médico muy bueno y, en cuanto llegara a España, los incluiría a ellos en mi póliza.

Una vez que aterrizamos, nos esperaba otra furgoneta para trasladarnos. En un principio, no volveríamos a casa de Rocío. El señor Black había alquilado una en algún punto de la costa andaluza para que pasáramos allí un tiempo hasta que las aguas volviesen a su cauce y que el exmarido renunciase por completo a Nando. Esa era la segunda parte del plan, quizá la más difícil de llevar a cabo. La ropa sucia.

Le mandé un escueto mensaje a Rocío.

Eme
Haz una pequeña maleta con lo imprescindible. Van a recogerte en media hora.

Rocío
¿Por qué? ¿Se sabe algo? ¿Dónde estás?

Debí suponer que Rocío no haría lo que le dijese sin hacer preguntas. Pero tampoco quería decirle más, ya que podría fastidiar el plan.

Eme
¿Podrías hacerlo, por favor?

Rocío
Sí, antes contéstame. Estoy angustiada.

Eme
Lo sé, créeme, pero haz lo que te pido, por favor.

Rocío
Está bien. ¿Meto algo para Nando?

Sonreí, porque mi chica era lista. De esa forma sabría si el niño estaba conmigo, pero no quería decirle nada por aquí. No creía que fuese demasiado seguro hasta que tuviéramos todo bien atado y tampoco que hubiese llegado tan lejos como para intervenir los móviles. De todos modos, cualquier precaución era poca. Arriesgarnos a perder al niño de nuevo no era una opción viable. Aunque lo que más deseaba en este mundo era infundirle algo de tranquilidad.

Eme
Tranquila, no hace falta. ¿Confías en mí?

Esperaba que con eso se calmase. Aunque no se lo había dicho de forma abierta, se lo dejaba entrever. Su respuesta tardó varios minutos en llegar, tantos que se me hicieron eternos y pensaba que no tendría la suficiente seguridad como para acatar algo de esta índole sin saber nada al respecto. La comprendía. Al fin y al cabo, era su hijo, el ser al que más amaba por encima de todo, incluso de ella misma. La palabra *escribiendo*... durante más tiempo del necesario me tocó los cojones de una manera increíble, hasta el punto de comenzar casi a enfadarme. ¿Tan difícil le era confiar en mí? Pero, claro, había sufrido un duro golpe de manera inesperada por parte del padre del niño. Bajo esas circunstancias era difícil volver a creer en nadie, ¿no? Cuando por fin llegó la respuesta, me quedé sin saber qué decir.

Rocío
Sí. En cinco minutos estoy abajo.

¿Qué cojones? ¿Tanto tiempo solo para escribir eso? Recordé a Mara cuando me decía que su abuela se liaba con el móvil al mandar mensajes y que se llevaba cinco minutos para una respuesta de lo más escueta. Mati no se llevaba bien con la tecnología, al igual que les pasaba a muchas personas mayores. Pero mi chica no era así. Rocío siempre era rápida con ellas.

Me dijeron que se acercaban ya a recogerla. A nosotros aún nos quedaban un par de horas para llegar al lugar escogido por el señor Black.

—¿Dónde vamos? —pregunté a uno de mis compañeros.

—A una casa rural en un pueblo de la sierra de Cádiz. Allí podremos disfrutar de tranquilidad. Se han reservado dos casas, una para vosotros tres y la otra para el resto. Están juntas, por lo que no estaréis solos en caso necesario.

—Habéis pensado en todo, ¿no? —En esa parte del plan no había participado.

Ahora debía centrarme en los *cadáveres* de Ferdinand para asegurarme de que no volviese a

molestarnos. Y ese asunto era personal. Nando abrió los ojos. Con suaves caricias en el pelo, intenté calmarlo para que no se asustara. Se incorporó y miró por la ventanilla.

—¿Dónde estamos? —preguntó con la confusión marcada en sus ojos.

—Vamos a un lugar muy bonito donde podremos jugar al fútbol. ¿Te apetece?

—¿Y mamá? ¿No vamos a casa? Quiero ir a casa con ella —gimoteó con pena, mientras a mí se me partía el corazón al verlo tan indefenso y desolado.

—Mamá vendrá con nosotros. Viene hacia aquí.

Quería preguntarle muchas cosas; si lo habían tratado bien, si había comido, si tenía hambre, sed o frío, pero no me salían las palabras. A pesar de que tuve una excelente relación con él desde el primer minuto, no era capaz de preguntarle nada de eso, en parte, porque no sabía si era capaz de enfrentarme a las respuestas.

Determiné que comenzaría por lo más sencillo cuando vi el cartel de una estación de servicio a pocos kilómetros.

—¿Tienes hambre? ¿Necesitas ir al cuarto de baño? Hay una estación de servicio cerquita en la que podemos parar, si necesitas hacer pis o comer algo. ¿Te apetece un zumo o un poco de agua?

—Necesito hacer pis y una Coca-Cola. —Sonreí, porque Rocío no le dejaba tomar refrescos.

—¿Qué tal si cambiamos el refresco por un vaso de Cola Cao calentito y un trozo de pastel? —pregunté, mientras le guiñaba un ojo.

—Trato hecho —respondió, mientras me daba la mano cerrando el acuerdo. El muy granuja era todo un negociante y me gustaba que poco a poco comenzara a hablar, aunque su voz aún no era firme, sino que apenas susurraba, como si temiera que alguien lo escuchase.

Paramos en la siguiente estación de servicio. Se trataba de un bar de carretera, con un expositor muy antiguo en la entrada con cintas de casete y cabezas de toro disecadas que daban miedo con tan solo miraras. Nando se me acercó más en cuanto entramos, aferrándose a mi cintura. Le rodeé el hombro con el brazo para infundirle esa seguridad que tanto reclamaba en silencio.

Hicimos el pedido y nos sentamos en una mesa. Me pedí un café sin nada de comer, porque no tenía cuerpo para nada más, a pesar de que estaba más relajado ahora que las cosas comenzaban a salir bien. Lo que verdaderamente necesitaba era asegurarme de que Nando comiese, que estuviera alimentado; era mi particular forma de cuidar de él, ya que sentía impotencia por no poder hacer nada más, por ser incapaz de preguntarle aquello que tenía en la punta de la lengua y que me costaba trabajo expulsar.

Nando engulló el trozo de pastel enseguida. Le pregunté si quería más y, casi sin respirar con la boca llena del último trozo y los mofletes manchados de chocolate, asintió afirmativamente en varias ocasiones con la cabeza. Me levanté y él me siguió hasta la barra. Allí me pidió un trozo de tarta de manzana que vio en el expositor. Con el plato en la mano, regresamos a la mesa donde terminó de comer, pagamos y continuamos el camino.

Una hora más tarde entrábamos en la casa de la sierra, decorada al completo con muebles rústicos que la hacían muy confortable. En el centro del salón había una enorme chimenea encendida, cosa que agradecí, ya que en el exterior hacía mucho frío.

Era la típica construcción andaluza de pueblo; no eran de las casas bajo la roca, una de las atracciones de Setenil de las Bodegas, sino que estaba algo más apartada. Hice un pequeño recorrido por la casa con el niño a mi lado. Cuando llegamos al dormitorio de matrimonio, dejé mi bolsa de equipaje allí. Al llegar al que se suponía que era el dormitorio de Nando, vi encima

de la cama una maleta. Nando necesitaba algo de abrigo, aunque no se había quitado la manta que le puse por encima nada más salir de su encierro.

Abrimos la maleta y encontré varios jerséis gruesos, vaqueros y un chaquetón forrado. El señor Black había pensado hasta el último detalle, cosa que le agradecí mentalmente.

—¿Tienes frío? Puedo prepararte un baño de agua caliente y después cambiarte de ropa para que estés más abrigado y no caigas enfermo. ¿Te apetece?

—Vale. Pero no me dejes solo, por favor —suplicó.

Por supuesto que no pensaba hacerlo. Nos dirigimos al salón donde me esperaban mis compañeros. Ellos se marcharían a la suya en cuanto llegase el otro coche con Rocío.

—No sé si habrá algo en la nevera. Voy a bañar al niño para que entre en calor y cambiarlo de ropa —dije, mientras me dirigía a la cocina para comprobarlo.

La nevera estaba bien surtida. Tenía de todo para poder estar allí unos días sin necesidad de salir para comprar nada, tan solo el pan.

—Bien, te dejo este intercomunicador para poder ponerte en contacto con nosotros. Estaremos ahí al lado. A cinco minutos hay una tienda de alimentación donde hacen el pan a diario, aunque te recomiendo las teleras. Ese pan de pueblo es de lo mejor —me explicó mi compañero, del que no recordaba ni el nombre. Debía aprendérmelo, ya que estaríamos unos días juntos.

—Perdona que no recuerde tu nombre. ¿Me lo podrías repetir? Soy un poco despistado.

No era cierto, pero la verdad era que en los últimos días no había estado demasiado atento a ellos, me centraba solo en lo primordial, que era el rescate del niño, devolvérselo a Rocío sano y salvo. Al menos, esa promesa no pronunciada con palabras, la iba a cumplir a pesar de todo.

—Pedro. No te preocupes. Te comprendo. Tengo también dos hijos, y si les pasara algo a alguno de ellos, tampoco recordaría el nombre de nadie. Nos tienes ahí al lado para lo que necesites. Nosotros nos retiramos ya, necesitamos una buena ducha y descansar. Cualquier cosa, ya sabes —dijo.

Comenzó a andar, dejó el intercomunicador encima de la mesa y se marchó hacia el salón. Escuché cómo decía algo a los otros dos y, acto seguido, el suave sonido de la puerta al cerrarse.

—Bien, peque, preparemos un baño caliente digno de reyes mientras esperamos a que llegue tu madre. Verás como después te sientes mucho mejor. ¿Vamos?

Durante un rato esperamos a que se llenase la enorme bañera. El vapor de agua empañaba el espejo y calentaba el ambiente que era realmente frío. Cuando estuvo llena, se desnudó y se metió en ella. Le miré el cuerpo de soslayo en busca de alguna marca, pero, para mi tranquilidad, no tenía ningún hematoma. Durante un rato se relajó dentro del agua caliente y, cuando se comenzó a enfriar, lo saqué, sequé y vestí enseguida con ropa gruesa para que no cogiese frío.

Después de eso, nos sentamos en el salón a la espera de que llegase nuestra chica, mientras veíamos algo en la tele al calor del fuego de la chimenea.

Capítulo veintitrés

ROCÍO

El viaje hasta Cádiz se me hizo eterno. No sabía nada, solo que me vinieron a recoger dos armarios empotrados por orden de Eme. ¿Quiénes serían? ¿Serían amigos suyos o antiguos compañeros del ejército? Quizá fuesen meros clientes del gimnasio. Sabía que la mayoría eran militares, legionarios o incluso polis. No creía que fuesen amigos. No, Eme solo consideraba amigos a Rebeca y su grupo. Me daba la impresión de que era un hombre al que le costaba trabajo entablar amistad; más bien, serían conocidos.

Yo, que no callo ni debajo del agua, intentaba entablar algún tipo de conversación. Bueno, más bien, procuraba sonsacar alguna información sobre mi hijo, pero parecía que les hablaba a los cristales tintados del todoterreno. Suspiré agotada y me di por vencida a mitad del camino.

La música *rock* retumbaba por los altavoces, lo que provocaba que no pudiera relajarme como quisiera. Aunque desde que Nando desapareció, no dormía más de tres o cuatro horas seguidas, y eso, gracias al efecto de los calmantes. Miré en mi bolso con las manos temblorosas. Con las prisas de hacer la bolsa, no estaba segura de si los había cogido. Respiré tranquila al verlos al fondo de la cartera.

Unas tres horas y media después, llegamos a un pueblecito de la provincia de Cádiz, Setenil de las Bodegas. Nunca había escuchado hablar de él, pero el ver unas casitas, construidas bajo un saliente de una roca, era un espectáculo fantástico. Durante un rato callejamos, mientras miraba por la ventanilla con una mezcla de sentimientos contradictorios, entre maravillada por la belleza natural del pueblo y apenada por no poder disfrutar de estas vistas con la persona que más amaba.

En la plaza varios niños jugaban a la pelota con sus abrigos y bufandas. Aunque en el interior del coche hacía una temperatura agradable, se notaba que en el exterior no era así. Al verlos, la presión en el pecho se acrecentó. Verlos jugar alegremente entre ellos, mientras no sabía dónde se encontraba mi hijo, fue un duro golpe que no podía gestionar. Comenzó a faltarme el aire y a respirar con dificultad. Los dos hombres, que hasta ese momento ni se habían dignado a dirigirme la palabra, giraron sus rostros.

—¿Se encuentra bien, señora? Ya falta poco para llegar. Tome.

—Gracias. —Fue todo lo que pude decir. Alargué la mano para coger la bolsa de papel que me tendía y a respirar en ella.

Estaba teniendo un ataque de ansiedad en toda regla. El copiloto giró medio cuerpo para asegurarse de que me encontraba bien y, tras unos minutos, volvió a mirar hacia delante, cuando el piloto aparcó frente a una casita blanca que parecía bien cuidada.

Los hombres salieron con una agilidad para nada propia del tamaño de sus cuerpos, y uno de ellos me abrió la puerta para que saliera. Con pesadez y lentitud saqué mi dolorido cuerpo del vehículo. Me quedé mirando la sencilla construcción con plantas en el porche, pero sin saber aún qué hacía allí. La puerta de entrada se abrió y, de repente, de ella salió corriendo un niño pequeño con el pelo negro y rizado.

Me quedé paralizada, me llevé las manos a la boca, ahogando un grito que se quedó acallado en mi garganta. Mi hijo, mi pequeño Nando estaba allí. Las piernas me temblaban, avancé hacia

él, aunque parecía que el camino se alargaba a medida que me aproximaba. El tiempo se paró y todo giraba en torno a mi hijo; a ese pequeño que parecía inalcanzable, a pesar de estar a pocos metros de mí.

Como un torbellino, se estampó contra mi cuerpo y, por fin, pude rodearlo con mis brazos. Me arrodillé frente a él para estar a su altura y me fundí en un abrazo eterno, empapándome de su olor, colmándolo de caricias en su cabello, besándole cada rincón de su pequeño rostro y palpando su cuerpo como si me fuese la vida en ello. Ambos respirábamos con dificultad fruto de la emoción contenida. Después de tantos días, después de tantas noches sin él, tenía a mi hijo frente a mí. Y podía tocarlo, besarlo y abrazarlo tanto como deseé todas esas largas jornadas donde tan solo soñaba con tenerlo a mi lado. El corazón me bombeaba con frenesí, me faltaba la respiración, pero en esta ocasión era por un motivo muy diferente.

Mi alma descansaba. Y mi cuerpo se relajó de inmediato, aunque aferrado al suyo, pequeño y suave, tan mío y del que no quería volver a separarme jamás. Cuando lo tuve en mis brazos supe que volvía a estar completa; que esa parte de mí, que me habían arrancado de cuajo cuando desapareció, volvía a estar en su sitio y que todas las piezas de mi mundo finalmente encajaban, porque mi niño era toda mi vida; sin él a mi lado, nada tenía sentido. Lo había comprobado.

La desesperación, la angustia, el miedo, el horror, la ira... el dolor... todo se desvaneció de golpe. Solo centraba mi visión en él, en mi pequeño. Le di la vuelta comprobando que estuviera bien. ¡Qué tontería! ¿Qué deseaba comprobar, si le faltaba algún miembro? ¿Si tenía marcas en su piel por encima de la ropa? Con los ojos empañados de lágrimas, reí por primera vez en mucho tiempo, tanto que parecían siglos.

Nando me miró como si me hubiesen salido tres cabezas, con extrañeza y su ceja levantada, un gesto tan de él y que había echado tanto en falta, que volví a reír a carcajadas mientras me quitaba con una mano las lágrimas de los ojos y con la otra seguía aferrada a mi niño. Sus pequeños brazos apretaban su agarre alrededor de mi cuello y los espasmos provocados por su llanto se volvieron más violentos.

Nada existía a mi alrededor. No había nadie más. Solo nosotros dos. Intensifiqué mi agarre, aferrándome a mi hijo como si de un salvavidas se tratara, porque mi vida sin él no era vida, tan solo una existencia vacía y desolada.

Ya lo había comprobado y no quería volver a hacerlo. Jamás.

Las piernas me temblaban y apenas podía sostenerme sobre ellas, pero no quería separarme de él. No quería que existiese ni tan siquiera un milímetro de separación entre nuestros cuerpos. Temblaba, lloraba, reía... tenía todo un tsunami de emociones que emergían de mi interior, desbocados y sin control.

Y las fuerzas, aquellas que me habían sostenido durante todos los angustiosos días sin saber nada de Nando, me flaquearon por primera vez en mucho tiempo. Comencé a tener la visión borrosa, las manos temblorosas, la falta de respiración, a pesar de acariciar una y otra vez sus abultadas mejillas.

Estaba más delgadito. Mil preguntas se agolparon en mi mente; sin respuestas. Ahora que lo tenía conmigo tendría tiempo de sonsacárselas. No era el momento de incomodarlo, de hacerle recordar algo tan sucio y cruel.

—Mami, me lastimas... —dijo entre hipidos y respiraciones entrecortadas.

—Lo siento, lo siento, lo siento... Perdóname, cariño. Ya te suelto. Es que me alegro tanto de que estés aquí... —respondí con una sonrisa en la cara, a pesar de que las lágrimas corrieran libres por mi rostro sin tener intención de marcharse.

Aflojé mi abrazo, a pesar de que no lo solté. Me costaba demasiado despegarme de mi niño. Me recreé en su olor, en su tacto, en sus pequeños bracitos alrededor de mi cuello; esos simples detalles me llenaban el alma de calidez sabiendo que mi hijo estaba allí, conmigo, que era real, no un simple sueño o una efímera ilusión que luego se evaporaba dejando mi alma vacía, sola y fría, como me había pasado en alguna ocasión cuando me quedaba dormida y al despertar, chocaba con la cruda realidad. No. Nando, por fin, estaba entre mis brazos. En la puerta, como un mero observador, se encontraba Eme, parado, estático, alejado, pero a la vez sin perder ni un solo detalle.

Me levanté despacio, agarrada de la mano de ese ser que lo era todo para mí y fui, de igual manera, a su encuentro. Recorrí los pocos pasos que nos separaban con mi mirada fija en la suya, las piernas temblorosas y el pecho agitado por la emoción.

—Tranquila.

Pude leer en sus labios. Me devolvía a mi hijo y ahora me infundía tranquilidad. Sin ninguna duda, Eme era un hombre muy especial. El típico que cumple las promesas por encima de todo. Sabía que, lo ocurrido entre nosotros, le martilleaba la cabeza por una promesa incumplida. Antes de marcharse, al mirarnos a los ojos, vi la determinación en ellos. Recordé sus últimas palabras antes de partir de viaje: «Traeré a Nando conmigo, cueste lo que cueste». Y esa frase encerraba más, mucho más, porque no solo era una promesa a mí, sino también su compromiso de cuidarnos ante mi padre. Si lo único que tenía era el honor, la palabra cumplida, y también lo perdía, en su cabeza no le quedaba nada. ¡Tan caballero *mi vaquero!* ¡*Mi vaquero!* Yo misma me sorprendí ante ese pensamiento.

—Gracias.

Quise que leyera en los míos. Aunque no estoy segura de si lo conseguí, ya que era un revoltijo de nervios incontrolados, temblando como una hoja en plena tormenta donde la llevan de aquí para allí sin saber muy bien dónde está su lugar. Al llegar a su altura, avanzó un par de pasos para darnos el encuentro.

Me agarró por la cintura con suavidad y me acercó a él. Sin soltar a *mi* Nando de la mano, le rodeé el cuello con mi brazo y me refugié en la seguridad de su amplio pecho. Ahí, en ese instante, de pie delante del porche de una casa en un pueblo alejado de la sierra gaditana, sentí que estaba en casa más que nunca, porque comprendí que mi hogar estaba en el mismo lugar que ellos dos, mis dos hombres, mis dos amores. Porque hogar no es un lugar físico, sino un sentimiento, un lazo que une a las personas más allá de la casa o piso que comparten, más allá del espacio.

Hogar es sentimiento, unión, comprensión, humor, tardes de risas, pelis en el sofá, llantos compartidos, abrazos y besos, muchos besos. Hogar es olor a café o chocolate una fría tarde de domingo con esa o esas personas especiales. Hogar es disfrutar juntos cuando preparas la cena. Hogar es ayudar a la otra persona a cargar con la mochila para que el peso sea más llevadero. Son recuerdos con esa persona que tan importante es.

Y ese lugar está encerrado en nuestro corazón y lo llevamos allá donde vayamos.

Comprendí que esas dos personas que tenía en ese instante entre mis brazos eran mi hogar. Porque no es algo material, sino intangible, que se nos puede escapar entre los dedos como la arena de la playa. Porque hogar es amor, es el sentimiento de protección, es saber que, pase lo que pase, sigue ahí, inquebrantable.

Siempre había considerado mi casa como mi hogar. Los días que Nando desapareció, ese lugar se convirtió en una estancia fría, muerta. En ese instante, en un lugar alejado, lo reencontraba, porque ellos siempre serían mi refugio.

Me empapé de la calidez que me producía estar entre los brazos de Eme y de la helada manita de mi hijo. No fui consciente del frío que hacía hasta que Nando me lo recordó.

—Mamá, ¿podemos entrar, por favor? Tengo frío y dentro hay una enorme chimenea encendida. ¡Mola!

Entre risas y mucho más relajada, entramos en la calidez de aquella casa de campo. El fuego chisporroteaba proporcionando calor a la estancia, además de un acogedor ambiente. Puse mi pequeña bolsa de equipaje encima de la cama de matrimonio. Hicimos un recorrido por la casa, con un emocionado Nando que no me soltaba la mano. ¡Mi hijo! ¡Mi pequeño estaba conmigo! Lo tocaba, lo besaba y lo abrazaba a cada instante para asegurarme de que estaba allí, conmigo, que era una realidad. Que todo lo que había pasado se había quedado en una simple pesadilla.

—Quédate sentada en el sofá. ¿No me crees capaz de cocinar, morena? —repetía una y otra vez Eme. Se desesperaba cuando intentaba entrar en la cocina para ayudarlo con la cena.

—No estoy inválida, ¿sabes? —repliqué.

—Lo sé, pero estás agotada, y Nando solo en el salón, viendo la tele. Ve con él. No creo que preparar una sopa de sobre sea tan difícil —farfulló, mientras leía las instrucciones, y yo sonreía ante la imagen que tenía ante mí. De repente, el agotamiento, el estrés, la presión en el pecho, todo había desaparecido para dejar paso a una felicidad infinita en el interior de mi alma, esa que, a pesar de que dicen que no se puede tocar, Ferdinand la había cogido con sus propias manos y la había destrozado.

—Lo dice aquel que se ha llevado una semana fuera de viaje buscando a un niño —contesté, medio enfadada. Aún debía contarme qué había pasado, dónde estaba Nando y todos los detalles que no quise preguntar delante de mi hijo.

Supe que pararon a mitad de camino para que Nando comiese, algo que hizo que mi corazón brincara de alegría. Saber que al menos, después de todo lo pasado, no había perdido el apetito, supuso un gran alivio. Era de las típicas madres que le daba demasiada importancia a la comida.

—Lo dice ese que quiere que te sientes de una vez a disfrutar de una peli con tu hijo. Yo ya me he visto una con él; *Hotel Transilvania*, e incluso me enseñó los pasos del baile final —exclamó con un guiño mientras bailaba fatal y tatareaba peor con ese acento yanqui, la canción de *Macarena*. No pude aguantarme y rompí a carcajadas—. Según esto, se tarda cinco minutos —continuó hablando como si no hubiese pasado nada.

—Vale, puedo ir preparando los sándwiches.

—¿Te han dicho alguna vez que eres terca como una mula?

—No, pero soy andaluza. ¿Qué pretendes? Creo que nos viene en los genes.

Eme negó con gestos, sonrió y prosiguió con la ardua tarea de hervir el agua. Me rendí y fui hasta el salón, donde me senté al lado de mi pequeño. Nando puso su cabecita sobre mi regazo; veía la peli de *Spiderman* mientras reproducía diálogos completos. Se la sabía de memoria.

Un rato más tarde, Eme apareció con una bandeja con tres tazas humeantes de sopa y un plato con los bocadillos. Se sentó con nosotros, colocó la bandeja en el centro de la mesa baja y, viendo la peli mientras que ellos dos repetían lo mismo que los personajes, a la luz del ambiente creado por el fuego de la chimenea, cenamos tranquilamente.

Tras la cena, recogimos la mesa y nos acomodamos en el sofá. Nando se estiró sobre los dos, su cabeza en mi regazo, las piernas en la de Eme y agarrado con una mano a cada uno de nosotros. No me creía que estuviera así con él. Empecé a acariciarle el cabello, movimientos lentos y despreocupados; jugaba con sus rizos morenos, y poco a poco, su charla se alargaba en los tiempos. Se quedaba callado durante un rato, entrecerraba los ojos en un estado de duermevela y,

de repente, volvía a abrirlos. Se negaba a quedarse dormido, no sabía si por temor o por alargar el momento de estar así con nosotros.

Poco a poco y bien entrada la noche, su respiración se hizo más pausada y, a pesar de que continuaba toqueteando su pelo, me relajé en el sofá y apoyé mi cabeza sobre el hombro de Eme. No podía negar que estaba feliz y, allí, me sentí la mujer más dichosa del planeta; tranquila, al calor del fuego y de los cuerpos de dos de las personas más importantes en mi vida, con la única iluminación de la chimenea y la televisión.

Eme pasó el brazo sobre mis hombros, acercándose más a él. Le di un beso en la mejilla en agradecimiento por todo lo que hacía. En silencio, porque las palabras en ese momento sobraban, tan solo queríamos disfrutar de la paz y el sosiego que la vida nos brindaba en ese instante.

Una paz que puede frustrarse en décimas de segundo y cambiar el rumbo de tu vida, tal vez para siempre. Una llamada de teléfono, un instante en el que te distraes y llegas tarde a recoger al niño del cole, un mensaje de texto o una simple fotografía y, todo lo que crees que has construido a tu alrededor, toda la seguridad, desaparece como un huracán que arrastra todo a su paso y solo deja desolación, devastación. El todo frente a la nada. Lo había aprendido con la desaparición de Nando. Lecciones gratuitas que te brinda la vida y, lo más importante, te ayudan a crecer y hacerte más fuerte a base de golpes. Porque cuando lo pierdes todo, no tienes miedo a nada.

Y esa era una de las cosas que aprendí. La otra, que la vida es muy perra y, cuando crees que nada más te puede ocurrir, que ya has llegado al fondo y lo has tocado con la palma de tu mano, ese fondo, es aún más hondo y que todo es efímero. Y que la vida puede arrearte un nuevo golpe, pero que siempre tendré la capacidad de levantarme, resistir y fortalecerme por las personas que merecen la pena. Por mi hijo, por Eme y por mi familia.

Poco a poco, mis pensamientos se hacían cada vez más pesados, mis movimientos más lentos y a mis ojos les costaba trabajo enfocar la imagen de la televisión. Hasta que, a pesar de la fuerza, de la resistencia, de las ganas de continuar la lucha, mi cuerpo se rindió al cansancio, fruto del carrusel de emociones vividas ese día. Y feliz, me dejé llevar por el sueño. Mañana sería otro día.

Capítulo veinticuatro

Ver a Rocío llorar de alegría fue una de las experiencias más gratificantes de mi vida. Ese abrazo eterno entre madre e hijo, el amor infinito que se profesan, provocó que todos los que estábamos presentes nos rompiéramos como niños pequeños. Miré a mi alrededor y vi a mis compañeros, grandes como armarios, con lágrimas en los ojos intentando disimularlas sin obtener resultado alguno.

La dejé durante el tiempo que necesitaba. Tan solo contemplaba esa imagen que, para mí, era tan importante parado en aquel porche. Lograba cumplir mi promesa al hacer que de nuevo lo estrechara entre sus brazos. Por fin podía relajarme. Nando, nuestro chico valiente, estaba con nosotros. Ahora debía centrarme en otros asuntos, como conseguir que Ferdinand los dejase en paz.

Me aparté un poco para llamar a Rebeca. En un principio pensé que debía llevarlo al médico, pero después concluí que debía ser Rocío quien tomase la decisión. Tras dos tonos, mi amiga descolgó la llamada.

—¡Capullo! ¿Qué tal? ¿Y el niño? —preguntó, ansiosa.

—Está bien, no te preocupes —le contesté, mientras admiraba la imagen de ellos. Durante un rato le relaté por encima algunos detalles vagos, sin explayarme para no dar demasiados detalles por teléfono. Rebeca contestaba con monosílabos, aunque sabía que en el fondo procesaba toda la información que le daba e intentaba hacerse una idea general que nos ayudase con el asunto de Ferdinand.

—Ahora descansa unos días, Eme. No solo Rocío es la que está agotada, tú también. No puedes forzar tanto la máquina.

—¿Me estás llamando viejo, Capi?

—No es mi intención, pero no tienes edad para ir haciéndote el superhéroe por medio mundo —bromeó. O al menos, eso esperaba. Fruncí el ceño, inconsciente, ante la incertidumbre, aunque lo dejé pasar.

—Tú tampoco y en cambio estás en la misión más arriesgada de toda tu vida —repliqué; sonreí, porque sabía que no comprendería la broma.

—¿A qué te refieres? —preguntó, extrañada. Había picado el anzuelo.

—Creo que criar a Mara se considera deporte de alto riesgo. —No pude reprimirme más y estallé a grandes carcajadas. Al cabo de unos segundos, Rebeca se unió a mis risas.

Ya que había recuperado a Nando, estaba mucho más relajado y tranquilo. Podía incluso bromear. Pronto volveríamos a nuestra vida, a la normalidad. Y era algo que estaba deseando.

—¡Capullo!

—¿Te da tiempo a depilarte las piernas, Capi? —Podía ser muy cargante cuando me lo proponía y estaba de muy buen humor.

—¡Y el *toto*! —replicó. Ambos reíamos.

—Bueno. Ahora centrémonos en lo importante. Mañana por la tarde me desplazaré a Málaga para que hablemos sobre la ropa sucia. Debemos sacarla cuanto antes para continuar con nuestras vidas. Creo que Nando necesita normalizar la suya, volver al cole, ir al parque, jugar con sus amigos...

—De acuerdo, entonces, quedamos mañana por la tarde. Te estaré esperando en la oficina.

—¿Te importa si quedamos en otro lado? No tengo ganas de encontrarme cara a cara con Gloria.

—No me importa, aunque no la encontrarás. Se marchó hace un par de meses a Nueva York, donde aceptó un nuevo puesto de trabajo.

Durante un par de minutos más hablamos sobre Gloria y colgamos la llamada cuando comencé a tener frío y vi que Rocío se acercaba hasta mí. Todo ese tiempo me mantuve en un segundo plano, ya que era algo que necesitaban hacer a solas.

La tarde y la noche transcurrió tranquila, pese a una pequeña discusión que gané sobre quién realizaría la cena. No me gustaba perder ni a las canicas, pero en esa ocasión ella necesitaba disfrutar de la compañía de Nando, aprovechar cada segundo con él, y yo quería que lo hiciese. Después de todo el sufrimiento no había mayor recompensa.

Tras cenar, nos sentamos en el sofá y no tardaron en quedarse dormidos a mi lado. A pesar de que deseaba con todas mis fuerzas dormir abrazado a Rocío, pensé que lo mejor sería que ellos dos durmieran en la cama de matrimonio, mientras yo lo haría en la otra habitación. Tampoco estaba muy seguro de si el niño tendría pesadillas. Era mejor así.

Con sigilo para no despertarlos, me levanté del sofá, cogí en brazos a Nando y lo llevé a la cama. Hice lo mismo con Rocío, que, aunque protestó un poco al principio, abrazó a Nando en la cama y se tranquilizó. Me quedé mirando durante un rato la imagen que tenía ante mí apoyado en el quicio de la puerta. No dejaba de darle vueltas a la cabeza.

No quería separarme de ellos, pero deseaba terminar con el asunto cuanto antes. Me quité la camiseta rumbo a mi dormitorio, destapé la cama y me acosté. Durante un rato estuve mirando el techo, hasta que yo también me rendí ante el cansancio acumulado.

A la mañana siguiente, como siempre, me levanté temprano. Todo estaba en un silencio casi ensordecedor y la temperatura de la casa había descendido unos grados. Con rapidez me vestí para ir a la cocina y preparar el desayuno. Cuando llegué al salón, la chimenea estaba apagada. Cogí unos leños, reavivé el fuego e hice el café. Rocío, se levantó pocos minutos más tarde.

—Buenos días —saludó con la voz ronca desde la puerta.

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras? ¿Has dormido bien? —pregunté, preocupado.

—Sí, gracias. Ahora que Nando está conmigo he dormido a pierna suelta.

—¿Café? —pregunté; levantaba una taza en la mano y la señalé. Ella asintió con la cabeza.

—No sé ni cómo llegué a la cama —afirmó, mientras se encogía de hombros. Me di la vuelta, serví los dos cafés y añadí en el de ella un poco de leche.

—Os quedasteis dormidos en el sofá y pensé que no sería el lugar más apropiado para pasar la noche —contesté con indiferencia.

Nos sentamos frente a la chimenea con nuestras tazas humeantes. En un acto reflejo, Rocío cogió el mando a distancia, encendió la televisión y la silenció. Siempre hacía lo mismo todas las mañanas. Le gustaba tomar el primer café con el sonido mudo y la iluminación del aparato.

—¿Cómo disteis con él? ¿Cómo le encontrasteis? ¿Cómo estaba? —preguntó, ansiosa. Esperaba esas preguntas desde ayer.

No quería contarle todo, así que me limité a maquillarle un poco la verdad. Con un carraspeo para aclararme la garganta y las ideas en la cabeza, comencé a relatarle por encima la ayuda que nos había prestado el señor Black y cómo habíamos llegado hasta su paradero. Rocío me escuchaba atenta y sin interrumpirme, aunque sabía que se moría por hacerme mil preguntas que no le cuadraban en su cabeza. Hablábamos entre susurros para no despertar a Nando.

Cuando las preguntas se volvieron demasiado incómodas, el niño se despertó entre gritos y llantos. Ambos nos levantamos y corrimos hasta el dormitorio. Había tenido una pesadilla y lloraba ante la ausencia de su madre. Estaba seguro de que eso le pasaría en más ocasiones. A pesar de lo fuerte que se mostraba, era un niño pequeño y ese tipo de situaciones son difíciles de gestionar a esa edad.

Se calmó pronto gracias a las caricias de su madre, su abrazo, el contacto con ella. Lo cogió en brazos y lo llevó hasta el salón. Allí lo sentó en el sofá.

—Colega, ¿quieres un chocolate caliente? —Nando asintió, aún con restos de lágrimas, y me fui hacia la cocina para prepararlo. Cuando estuvo listo, lo volqué en un tazón y se lo llevé. Quería ver cómo reía por lo que cogí el móvil, trasteé en él y pronto la música de *La Macarena* empezó a sonar—. He estado ensayando, pero creo que los pasos no me salen tan bien como a ti. Quiero mejorarlo, porque si voy a algún local donde haya chicas, podría impresionarlas de esta manera —le expliqué; le guiñé un ojo a su madre y comencé a exagerar la torpeza de mis movimientos para provocarle la risa.

—Tío, así no se hace. Pareces un pato *mareao*. Además, a la única chica que debes impresionar es a mamá, aunque no creo que lo hagas. No sabes cocinar y te mueves como el culo —exclamó, elevando un dedo a la vez que enumeraba las cosas que no se me daban bien. ¡Si es que era un jodido! Se levantó del sofá, se puso a mi lado y empezó a darme una clase de baile.

Rocío reía a carcajadas con las payasadas que hacía. No pudo resistirse más, se levantó, se puso a nuestro lado y empezó a bailar con nosotros. Se le daba bastante bien y verla tan relajada, tranquila y riendo, hacía que mereciera la pena el ridículo que pasaba intentando seguir el pegadizo ritmo de la música. Cuando ellos subían las manos, yo las bajaba, cuando iban a la derecha, yo a la izquierda.

—¡No intentes cantarla! Con ese acento, estropeas la canción. Se dice MA-CA-RE-NA. Debes pronunciar más la erre. ¡Pareces un niño pequeño!

—MA-CA-E-NA —intentaba repetir, aunque no me esforzaba demasiado para provocar sus carcajadas. ¡Lo que hacía para alejar sus miedos! Cada vez palmeaba, bailaba o pronunciaba peor. A pesar de las carcajadas, no perdía el ritmo de la canción y continuaba bailando de una manera tan sensual que, a veces, me costaba trabajo apartar la vista de ella.

Pasamos así parte de la mañana, con diferentes ritmos españoles que intentaban que yo bailara, pero que se me daba fatal y ellos reían de una manera tan sincera que hacía que todo eso mereciera la pena.

Después de un almuerzo que se empeñó Rocío en preparar, donde Nando y yo ejercimos de pinches, tuve que marcharme a Málaga donde había quedado con Rebeca. Sería un viaje rápido; ir y volver, después, por la noche. Estábamos a una hora y media de distancia.

Cuando entré en la cafetería de Lola, Rebeca aún no había llegado. Era el local al que siempre íbamos cuando vivía allí, ya que estaba cerca de sus oficinas y hacían unos bollos espectaculares, además de tener una zona infantil donde Mara se pasaba las horas jugando. Me senté en el mismo sitio de siempre. Lola, al verme, acudió de inmediato. Durante unos minutos nos pusimos al día hasta que Rebeca vino con Mara agarrada de su mano. La niña, al verme, salió corriendo en mi dirección y nos abrazamos. Tenía ganas de verla. Pasé tanto tiempo con ella cuando era más pequeña que cada día extrañaba sus salidas fuera de tono o ese desparpajo que la caracterizaba.

—¿Qué pasa, capullo? —me saludó mi amiga, muy en su estilo, seca y borde, aunque sabía que en el fondo no era así.

—Capi —respondí.

—¡Ya estamos! ¡Mamá no es Capi! —exclamó trágica, haciendo más teatro de lo normal. Ambos nos reímos.

—Mara, cielo, ¿por qué no te vas a la zona de juegos y me dejas hablar con Eme?

—¡Mamiiii! ¡Es mi tito y hace tiempo que no lo veo! —protestó, se cruzó de brazos y puso cara de enfado, moviendo la punta del pie una y otra vez.

—Peque, te prometo que después iremos un rato al parque y jugaré contigo —dije en un vano intento de calmarla.

—Está bien. Pero después me comprarás un helado. —¡La muy jodida intentaba negociar!

—No puede ser. Hace mucho frío para un helado, enfermarás y no podrás ir al cole —repliqué. La sonrisa pícaro que puso me hizo ver que ese plan no le disgustaba demasiado o que eso era lo que buscaba. ¡Niños! ¿Quién los entendía? ¡Yo no!—. ¡Está bien! —claudiqué.

Mara se marchó hacia las colchonetas. En ese momento llegó Lola y nos tomó nota del pedido.

—¿Y bien? —pregunté, directo, a Rebeca. Entre nosotros no hacía falta andarnos con rodeos. Rebeca sacó una carpeta de cartón de su gran bolso, donde llevaba, además, un montón de cosas de la niña.

—Bien, mira estos documentos. —Me acercó la carpeta, la abrí y comencé a hojearlas—. Está metido en muchos asuntos sucios, además de llevar sus hoteles, tiene relación con gente no demasiado recomendable. Esta fotografía está hecha una noche en Nueva York. Está entrando en un edificio de oficinas suyas. En esta otra —dice señalando una nueva—, entra en el mismo edificio el señor Luka Giovanni, un italiano conocido por su relación con el tráfico de arte.

—¿Y qué relación tiene? No se les ve juntos —pregunté sin entender lo que quería decirme.

—Las fotos están tomadas desde la cámara de seguridad del cajero automático del banco de enfrente. Mira las horas. Hay un espacio de tiempo de dos minutos entre uno y otro.

—De todos modos, esto no demuestra nada. Pueden haber ido a diferentes plantas. Es un edificio de oficinas en pleno Nueva York. Puede ser casualidad. Necesitamos algo más contundente.

—¿Y qué me dices si te enseño esto? —Trasteó en su bolso y sacó una grabadora. Le dio al *play*.

Durante un rato, escuchamos una conversación entre el que se suponía era Ferdinand con el supuesto Luka donde hablaban de pasar por la frontera unos cuadros. El señor Bellatox le aseguraba al italiano que estaba todo preparado para el traslado. Miré sin entender. Parecía que el cansancio hacía mella en mi cerebro.

—¿Qué tienen que ver los cuadros con todo esto? Por lo que sé, al señor Bellatox le gusta la pintura. En todos sus hoteles tiene exposiciones. Su empresa, según me contó Rocío, organizó un concurso para elegir al pintor que se encargaría del trabajo. Lo ganó Rocío. —Esto último lo dije con el pecho hinchado por el orgullo.

—Ya, entonces, ¿por qué una empresa que se dedica al sector hotelero necesita a un experto en arte en nómina?

Me encogí de hombros porque cada vez entendía menos, pero sabía que Rebeca contestaría a eso. Así que lo mejor que hice fue callarme.

—Dímelo tú, que sabes la respuesta —contesté finalmente. Mi amiga sonrió.

—Si se supone que los cuadros son para los nuevos hoteles que abren, ¿por qué todos pasan

por Rusia, que es precisamente donde vive el experto? Me explico. Tu chica pinta el cuadro y lo envía al hotel que está a punto de ser inaugurado. De ahí, lo trasladan hasta Rusia y, dependiendo del mes, va hacia un lado u otro del mundo, bien Nueva York, Japón, Francia y luego, vuelta al mismo lugar de origen. ¿No canta un poco? Mira las nóminas del experto. Le paga para que certifique la autenticidad de esas pinturas —dijo mientras revolvía entre los papeles de la carpeta.

—¿Para qué tienen que pagar a un experto para que certifiquen que las pinturas están pintadas de verdad por Rocío? No estamos hablando de pinturas del siglo XII o de un Picasso. Entiendo poco de arte, pero me parece un poco absurdo.

—Además, mira la cantidad que le paga al experto al mes, más de lo que cuestan los lienzos. ¿No es raro que pagues a alguien casi cien mil euros al mes por certificar una pintura que te ha costado quinientos euros?

—Tráfico de arte. Me imagino que utilizaran las pinturas de Rocío como tapadera. Pondrán detrás de los cuadros de ella los que han sido robados. Cuando pasan por la aduana, llevan todos los papeles en regla. La factura que le hará Rocío, el pago de la misma, el destino, albaranes de transportes, los permisos necesarios... todo encaja.

—¡Exacto! Y aquí tiene los pagos que ha realizado a un agente de aduanas a través de una cuenta en Suiza. Ese agente, de no tener liquidez y estar hipotecado hasta las cejas, ha pasado a pagar la hipoteca y mandar a su hija a una universidad privada.

—¡Joder! ¡Lo tiene bien montado el cabrón!

—Sí. Podemos hacer dos cosas. Desmontarle el chiringuito y mandarlo de patitas a la cárcel o bien mandarle un mensajito a través de conocidos para que deje a Rocío y al niño en paz. Incluso podemos ofrecerle un régimen de visitas, en caso de estar interesado, y que Rocío lo permita, claro está.

—De momento, le mandamos el mensaje. ¿Tienes a alguien en mente? —Rebeca sonrió. Por supuesto que lo tenía—. Después lo mandaremos directo a la cárcel. No quiero que, desde allí y con sus recursos, vuelva a acercarse a ellos.

—De acuerdo, llamo ahora mismo. —Sacó su teléfono, marcó y se lo cogieron enseguida—. ¡Paco! ¡Qué alegría escucharte! Tengo un trabajito para ti... Sí... —En ese momento llegó la niña.

—Mami, quiero comer helado, ¿nos podemos ir ya?

—Sí, un momento, cielo... No a ti no, a mi hija, que está aquí... Lo que te iba diciendo, tienes que mandarle el mensaje que hablamos a nuestro amigo. Es importante que se lo hagas llegar cuanto antes, ya que no queremos ninguna fiesta sorpresa. Y, después, manda todo al FBI y que sean ellos los que se encarguen.

—Mami, a mí me gustan las fiestas sorpresas, ¿podemos ir?

—No, cielo, deja a mamá, que está trabajando. Perdona, pero mi hija está por aquí —se disculpó con su contacto.

—No estás trabajando. Anulas una fiesta sorpresa. No será la de mi cumpleaños, ¿verdad? —preguntó, enfurruñada. Al parecer, no tenía ganas de dejarlo tan fácilmente. Rebeca me pidió ayuda con la mirada, así que me levanté, la cogí de la mano y me la llevé fuera.

—¿Quieres un helado?

—Sí. —Festejó la niña, dando palmaditas y saltitos; ya se había olvidado de la dichosa fiesta por completo.

Salí al parque de enfrente, le compré el cucurucho de helado más grande y empezó a comerlo mientras esperábamos a que Rebeca saliese.

Cuando lo hizo con una enorme sonrisa en su rostro, supe que no tenía nada de qué

preocuparme. Como siempre, si uno se metía en líos, los otros estábamos allí para remangarnos y meternos en el charco hasta el cuello y, si fuese necesario, ahogarnos en el intento, porque eso es lo que hace una verdadera familia. Se cuidan los unos a los otros. Sin palabras ni agradecimientos. Solo por amor.

veinticinco

«Yes que el amor no necesita ser entendido, simplemente necesita ser demostrado».
Paulo Coelho

Regresé a Setenil esa misma noche. Necesitaba pasar más tiempo con ellos dos. En realidad, no sabía si nos quedaríamos un par de días más o una semana. No me importaba, siempre y cuando fuera a su lado. Cuando llegué, la puerta estaba cerrada con llave y los cristales empañados. Hacía un frío tan húmedo que, por muchas capas de ropa que llevases, te calaba hasta los huesos. Abrí la puerta con suavidad. La luz del salón estaba encendida y en el interior se escuchaban las inconfundibles voces de Rocío y Nando en la lejanía.

Rocío me recibió entre las risas provocadas por algo que decía el niño y que no llegué a escuchar con claridad. Solo hizo falta que nos mirásemos para saber que todo iba bien. Le di un casto beso en la mejilla y entré en busca del niño, que vino corriendo a mis brazos.

—Eme, estamos jugando al Cluedo^[2], ¿te apuntas? Con tres jugadores es más divertido — exclamó, alterado, al tiempo que se soltaba del abrazo que me daba.

—¡Por supuesto, colega! Deja que me duche y me ponga algo más cómodo.

—Date prisa. No juegues con el agua —exclamó. Se marchó corriendo de nuevo hacia el sofá y comenzó a colocar las fichas en el tablero.

—Mientras, iré preparando algo para la cena —dijo Rocío, dirigiéndose hacia la cocina.

Una vez duchado, cenamos en el salón al calor del fuego de la chimenea. Siempre me quedaba embobado admirando las chispeantes llamas, algo que me tranquilizaba e hipnotizaba a partes iguales. Ellos no paraban de hablar sobre todo lo que habían hecho durante la tarde. Las risas y sus voces llenaban la estancia tanto como lo hacían con mi corazón, que se reconfortaba con ellos a cada instante que pasaba.

Después de unas cuantas partidas al juego, logamos que se tranquilizase y se sentara con nosotros en el sofá para ver un rato la televisión. Tras un día de emociones, cayó exhausto y pronto se quedó dormido con la cabeza en el regazo de su madre, al igual que el día anterior.

Comprendía la necesidad imperiosa de Rocío de palparlo y besarlo a cada instante. Hacía apenas veinticuatro horas que lo había recuperado tras semanas de incertidumbres y desconsuelo. De nuevo, al igual que la noche anterior, los llevé hacia el dormitorio principal y yo dormí en el otro, sabiendo que ambos se buscarían en sueños e, incluso allí, se encontrarían.

Pasamos un par de días más allí, alejados de todo. Por las mañanas, paseábamos por el pueblo, jugábamos en el jardín de la casa a la pelota con mis compañeros, que, a pesar de poner al día al señor Black sobre los avances de Rebeca, insistió en continuar con la vigilancia.

Llamaba a diario a mi amiga. Quería asegurarme de que todo fuera bien y que el mensaje le llegaba de manera clara al ex de Rocío. No deseaba ningún fleco que pudiera enturbiar la tranquilidad de ellos dos. También hablábamos con Agustín sobre todo lo acontecido. El pobre hombre estaba pasándolo demasiado mal con todo este asunto, ya que ellos dos eran su única familia, además de una hermana en Madrid con su marido e hija, a los que veía en raras ocasiones, ya que regentaban un pequeño restaurante y no podían coger demasiadas vacaciones.

Tanto a Rocío como a su padre, les obvié el asunto de los negocios turbios a los que se dedicaba el susodicho. Era algo en lo que no deseaba que se involucraran, así que les conté una

versión bastante edulcorada de los hechos, aunque, por la cara que puso Rocío, supe enseguida que no se creyó ni una sola palabra.

Tras esos días, volvimos a Almería, cuando me había asegurado de que todo estaba en orden. Incluso, un abogado sin escrúpulos, amigo de Rebeca, logró que firmase un nuevo acuerdo donde se desentendía de la custodia del niño y rechazaba las visitas concertadas o cualquier contacto con él.

Todo volvía a su cauce. Nando poco a poco fue deshaciéndose de las pesadillas. A pesar de ello, Rocío concertó una visita con un psicólogo especializado en la materia, ya que aún tenía miedo a quedarse solo o incluso a ir al cole. Toby y sus ladridos regresaron también. Debía reconocer que era al que menos extrañé, pero Nando mostró tanta alegría al verlo que solo eso lo hizo más soportable.

Los primeros días no fui a trabajar. Los monitores que tenía contratados para las diferentes actividades se encargaban de sustituirme en mis clases. Les enviaba por correo el *planning* de trabajo y estábamos en constante contacto, aunque la parte administrativa se me acumulaba. Podría trabajar desde casa, pero prefería pasar más tiempo con ellos.

—¿Qué quieres para desayunar? —pregunté esa mañana, delante del expositor de dulces de una cafetería cercana a casa.

—Ese trozo de tarta de manzana me está llamando.

—Mira, creo que tiene tu nombre escrito —bromeé a la vez que le hacía una seña al camarero para que se acercara.

—Y el de al lado, tiene el tuyo —replicó entre risas. Una vez que pedimos, nos fuimos hasta la mesa donde nos esperaba Rocío.

—¿Habéis pedido ya? —preguntó ella. Se frotaba las manos en un intento de entrar en calor. Las cogí entre las mías e intenté hacer lo mismo. Me miró con una sonrisa apagada en la cara—. Gracias. Se me ha puesto mal cuerpo al leer la noticia. Esta noche han asesinado a otra chica. Hacía ya tiempo que no aparecía ninguna —explicó, deslizando el periódico por la mesa hacia mi posición.

—No debes preocuparte por eso ahora mismo. Estoy seguro de que la policía lo atrapará pronto. No existe el crimen perfecto, siempre pueden dejar un rastro de ADN, una huella parcial, algún detalle que a simple vista no se ve y que la policía puede jalar de ahí para atraparlo —intenté tranquilizarla. No sabía muy bien el motivo de por qué le afectaban tanto estos crímenes.

—Ya, pero mientras lo atrapan o no, siguen muriendo chicas. Según dice el periódico, mueren asfixiadas como si se tratase de un macabro juego... ya me entiendes... —balbuceó; miró a Nando que seguía nuestra conversación sin perder detalle.

—No pienses en eso —corté de raíz la conversación. No era necesario que el niño escuchase nada después de todo lo que había pasado—. ¿Qué os apetece hacer hoy?

—El abuelo va a llevarme al parque esta tarde. Por la mañana no podía, porque estaba muy cansado. Ahora se cansa mucho con su enfermedad, ¿sabes? Y aunque mamá está pendiente de la medicación, pasa las mañanas acostado.

El comentario del niño me hizo gracia, a pesar de que intentara disimularlo. Imaginaba dónde pasaba las noches, en el club liberal que había en las afueras; ese al que hacía tanto tiempo que no iba y que no me apetecía volver a pisar. Definitivamente, por las mañanas debía de estar agotado.

—¿Y después de desayunar? —pregunté para desviar el tema.

—No sé tú, pero yo necesito hacer la compra. Tengo el frigorífico vacío. En mi casa viven dos hombres que comen por seis —comentó con una preciosa sonrisa en la cara.

—Yo no vivo en tu casa —repliqué por la seriedad que en el fondo encerraba ese comentario, a pesar de haberlo dicho con una sonrisa.

—No te asustes, vaquero. ¿Desayunas en casa? —asentí con un gesto—. ¿Almuerzas, meriendas y cenas? —Volví a afirmar—. ¿Te duchas en casa y duermes con nosotros?

—Sí, pero eso no tiene nada que ver. Tengo mi propio apartamento —refunfuñé como un niño pequeño al darme cuenta de que nuestra relación se había tornado más seria de lo que pensaba. Además, lo había hecho de una manera tan natural que ni tan siquiera me había percatado.

—Respira, vaquero. No pretendía asustarte —susurró en mi oído—. ¡Me encanta que estés ahí!

Fue todo lo que necesité para olvidarme de todo lo demás y centrarme en su rostro, iluminado por una enorme sonrisa, en sus mejillas encendidas por el frío y en sus rizos revueltos por el viento. Le rodeé la cintura, la acerqué a mi cuerpo y deposité un suave beso en sus cabellos.

—Vamos al súper, entonces. ¡Hay que reponer provisiones! —exclamé de manera teatral, consiguiendo que el niño estallara en carcajadas.

Durante un par de horas, estuvimos en el supermercado dando vueltas por los pasillos, cogiendo todo tipo de cosas. Nando y yo llenábamos el carro de bollos, pasteles y todo tipo de dulces o *pizzas*, mientras que Rocío los sacaba, exasperada, y nosotros reíamos y volvíamos a meterlos en el carro. Nos llevábamos de maravilla y me divertía mucho con él.

—¡Parad ya! No sé cuál de los dos es más niño.

—¿No lo sabes? —pregunté a la vez que reía—. Nando es el maduro —especifiqué y le guiñé un ojo al niño. ¡Éramos tal para cual! El niño me seguía las bromas con una rapidez increíble.

Después de salir del súper, nos fuimos a almorzar a un pequeño bar cerca de casa de Agustín, donde este se unió a nosotros. Durante la comida estuvimos charlando tranquilamente de los nuevos proyectos de Rocío. Le habían ofrecido exponer varias de sus obras en una pequeña sala de Málaga y estaba emocionada con la noticia. Al almuerzo, le siguió el café, hasta que Agustín se marchó con el pequeño para el parque, y nosotros, a casa.

—Mami, ¿puedo quedarme con el *abu* esta noche? —preguntó de manera zalamera el niño. Rocío miró a su padre y este afirmó.

—Está bien, pero debes portarte muy bien. Ya sabes que el *abu* no puede hacer demasiados esfuerzos.

—Me portaré estupendamente. ¡Lo prometo! ¡Palabra de *Scout*! —exclamó, subiendo la palma de la mano hacia arriba.

—¡Tendrás morro! ¡Si no eres *Boy Scout*! —replicó Rocío, riendo.

—Pero lo prometo de igual forma —contestó con una sonrisa angelical en la cara, que no le pegaba para nada, y ponía las manos juntas a modo de súplica. Sonreí y recordé a Mara. Ambos eran igual de zalameros. ¡Qué coño digo! ¡Ambos eran igual de *joíos*!

Nos marchamos a su casa y dejamos al abuelo y al niño en el parque. Al llegar, guardamos la compra y preparamos café. Miré como nos movíamos por la cocina, sincronizados, como si fuese algo habitual en nosotros. Cada uno se encargaba de una tarea. De vez en cuando, Rocío me rozaba o se pegaba a mi cuerpo para alcanzar algo. Puso un poco de música y, despreocupada, movía sus caderas al ritmo del sonido que sonaba. Dejé de escucharlo para centrarme en admirar el candente balanceo de sus nalgas, despertando en mí sensaciones que estaban dormidas desde hacía tiempo. Más que olvidadas, las aparté debido al momento por el que pasábamos, porque estar cerca de Rocío siempre producía el mismo efecto en una parte de mi anatomía que no entendía de nada. ¡La muy mamona me ponía en evidencia cuando le salía de los cojones! Pero hacía tanto tiempo que no estábamos juntos y habían pasado tantas cosas que un simple roce o su

simple aroma me ponían como una moto.

Me miró de esa forma tan especial que hacía que me olvidase del resto del mundo. Me acerqué a ella, despacio, como un lobo acechando a su presa, con las manos en los bolsillos del pantalón para recolocarme la erección.

—Si no quieres que me abalance sobre ti y te coma entera como un hambriento ante el manjar más exquisito, más te vale parar ahora mismo —susurré en su oído, a la vez que saqué mi lengua y me recreé en acariciar con ella todo su cuello, sobre todo la zona de la clavícula, donde parecía que se concentraba todo su aroma con más intensidad.

—¿Quién te ha dicho que no quiero que me comas? —preguntó, y soltó un pequeño gemido cuando mis labios se posaron detrás del oído, recreándose en esa zona que me volvía loco.

Fue todo lo que necesité para pegar mi cuerpo al suyo y comenzar a besarla. Pretendía hacerlo con suavidad, pero la imperiosa necesidad de tocarla, rozarla y hacerla mía podía con la poca cordura que me quedaba. La ansiosa caricia de nuestros labios contrastaba con la suavidad con la que entrelacé nuestros dedos al cogerle las manos. No podía parar. Por fin la tenía entre mis brazos. Quería hacerle tantas cosas que tuve que separarme un poco para respirar y tranquilizarme, mientras nuestras miradas no se desviaban ni un solo momento del otro. Deseaba ver en sus ojos todo lo que podía expresarme sin palabras y que los míos le contaran mi necesidad de amarla y que me amase.

Despacio, muy despacio, anhelando alargar el momento lo máximo posible, me fui moviendo con ella hasta el dormitorio sin dejar de saborear sus labios con caricias furtivas por debajo del grueso jersey de lana, rozando la piel de su espalda con mis dedos, asegurándome de que era real lo que estaba viviendo.

Llegamos al dormitorio con el deseo contenido, entre gemidos y extasiados por el placer. La tumbé en la cama con suavidad. No quería ser un bruto, deseaba dejar la huella de mis dedos grabados en su cuerpo... ¡Ah! ¡Sus ojos eran tan hermosos! ¡Tan vivos! ¡Expresaban más de lo que decía! Mucho más. El deseo, el amor, la excitación, la espera contenida, la expectación ante lo que iba a suceder, la magia del momento... ¡La decepción! ¿Decepción?

—No tengo preservativos —balbuceó entre gemidos contenidos, llevándose las manos a la cara.

—¿Estás... limpia? —pregunté como pude, entre tiernos besos.

—Sí...

—Entonces... no... hay... problema... —contesté, mientras seguía con mi particular ataque, en esta ocasión, a su vientre, con la impaciencia y el deseo a flor de piel.

—No... tomo... nada...

La miré sin comprender, hasta que caí en la cuenta. ¡Joder! ¡Estaba tan cachondo que solo pensaba con la polla! Respiré mientras pensaba. No quería darme por vencido y dejar a medias lo que iba a ser una tarde-noche apoteósica. Recordé que en mi apartamento tenía una caja. No pensaba subir para luego volver a bajar y romper el momento. La agarré de la mano, salimos del dormitorio y de su casa; subimos las escaleras hasta la mía de tres en tres, con impaciencia y risas provocadas por lo cómico del momento. ¡Si es que me tenía que pasar de todo!

En cuanto cerré la puerta de mi apartamento, volví a atacar sus labios, a comerlos con ansias, a saborearlos con deleite, recreándome en ellos. Subí el jersey y lo saqué por su cabeza, dejándolo tirado en mitad de la entrada. Me separé unos centímetros para admirar la protuberancia de sus pechos contenidos en el sujetador blanco. Acerqué mis labios a ellos y los recorrí con la lengua, a la vez que le arrancaba de lo más profundo de su ser esos sonidos que me parecían de lo más

erótico. Recorrí con mis manos la piel de sus brazos, erizada ante el contacto y que provocaba que una ola de calor recorriese mi cuerpo al completo.

La empujé con suavidad hasta entrar en el dormitorio sin separarnos lo más mínimo. No quería ninguna distancia entre nuestros cuerpos. Le clavé mi pelvis para que supiera cómo me ponía ante la perspectiva de volver a hacerla mía, de enterrarme en ella para siempre y permanecer así para el resto de nuestros días.

Por fin vería su cuerpo desnudo. Ese que había imaginado tantas veces en la intimidad de la ducha y con el que había soñado en tantas ocasiones en la soledad de mi dormitorio. Rocío subió sus brazos y acarició con dulzura mi cuello, provocando un tsunami de sensaciones en mi cuerpo. Acaricié su torso a medida que bajaba mis manos hasta la cinturilla del pantalón, dejando un rastro de calor por el camino. Desabroché el botón y la miré de nuevo. Me arrodillé ante ella, no sin antes besar todo su torso descubierto, toda su piel desnuda y, antes de bajarle la incómoda prenda, fijé mi mirada en la suya.

Eché la cabeza hacia atrás, extasiada, dejándose llevar por el placer de las caricias, por el momento que vivíamos y me grabé a fuego la imagen que tenía ante mí. Era la mujer más hermosa que jamás había conocido. Con sus curvas, su barriguita, tan natural que me hacía perder la poca cordura que me quedaba.

Bajé sus pantalones y, por fin, se los pude arrancar, arrojándolos hasta el otro lado del dormitorio.

—Mi morena, tan bella... —Fue lo único que logré decir con coherencia.

Rocío llevó sus manos hasta mi camisa y empezó a desabrochar los botones con dedos temblorosos; con dificultad, desabrochó el primero mientras intentaba acercarme a sus labios y ella se retiraba para concentrarse en la tarea, que le costaba más por la excitación y la impaciencia del momento.

—¿Le tienes mucho aprecio a la camisa? —preguntó con la voz entrecortada. Negué.

Y, con un movimiento rápido, separó ambas partes, arrancando los botones del tirón, que cayeron en el suelo, provocando que me excitase más, si eso era posible. La abracé fuerte y subió sus piernas rodeando mi cintura, traspasando el calor que desprendían nuestros cuerpos.

Parecía un chiquillo en su primera relación. La llevé hasta la primera pared que vi, la apoyé en ella y ataqué de nuevo sus jugosos y apetitosos labios. Nunca me saciaba de ellos. Desabroché con impaciencia el sujetador, dejando al descubierto sus senos, llenos, erectos, con los pezones sonrosados como fresas jugosas. Y los ataqué como un animal, sin contención, llenándome de ellos, relucientes con mi saliva y animado por sus incontrolables gemidos. Estaba a punto de estallar en los pantalones.

Volví a cargarla para llevarla hasta mi cama, pero por el camino vi el potro que compré meses atrás y que aún no había estrenado. Sin pensarlo, me acerqué a él y la senté mientras me desabrochaba los pantalones y admiraba sus curvas a través de la tenue luz que entraba por la ventana. Rocío me comía con la mirada. Al darse cuenta del tatuaje, se relamió sus carnosos labios, dejándolos tan brillantes que me excitó más; sin duda, estaba a punto de reventar. Mi dureza reclamaba la liberación con urgencia mientras ella esperaba expectante.

Me acerqué a la mesilla de noche y, con apremio, cogí el paquete de preservativos y los tiré sobre la cama. Terminé por quitarme el bóxer y el pantalón a la vez, quedándome completamente desnudo. Me acerqué a ella y la besé. Con ansias, con el deseo contenido de tantas semanas, con el anhelo de enterrarme una vez más en ella y olvidarme del resto del mundo.

Rocío se levantó y, mientras me miraba, comenzó a bajar las braguitas por sus piernas,

quedándose gloriosamente desnuda delante de mí. Con nuestras respiraciones entrecortadas y con un movimiento tan erótico que por poco provoca que estallase en ese momento, se sentó y cruzó la pierna al otro lado, dejándome un primer plano de su centro tan espectacular que se me reseco la boca. Con una sonrisa pícara, se deslizó suavemente, quedando su cabeza en la parte más baja, su espalda arqueada y mostrándome la fruta prohibida, ofreciéndome el mejor manjar. Sonreí ante tan espectacular visión y caí rendido ante ella.

Le abrí las piernas con cuidado y comencé a besar el interior de sus muslos, tan redondos, tan llenos que no pude evitar la tentación de morderlos como una jugosa fruta. Sus gemidos mezclados con la risa entrecortada eran la mejor banda sonora para mis oídos, encendiéndome, calentándome, excitándome... y su sabor, la mayor exquisitez que jamás había probado.

Un puto loco. Así me volvía mi pequeña morena almeriense. Sin retrasar más el momento, con manos temblorosas, cogí el preservativo, me lo puse con rapidez y, arrodillado ante ella, por todo lo que me hacía sentir, perdí la poca cordura que me quedaba enterrado entre sus pliegues hasta que, con un gran alarido, ambos estallamos en una apoteósica explosión de placer.

Capítulo veintiséis

Dicen que los mejores perfumes vienen en frascos pequeños; que los regalos, cuanto más pequeña sea la caja, más caros son; o que lo bueno y breve, dos veces bueno. En definitiva, que los buenos momentos siempre duran poco. Eso fue lo que me pasó.

Tras pasar una noche donde los gemidos, las risas y confidencias estuvieron presentes hasta los primeros rayos del sol, los problemas volvieron con la luz del día, donde todo se ve con mayor claridad. Acabamos rendidos en la cama al amanecer, destapados, sudorosos, saciados... felices.

El sonido del móvil me despertó poco tiempo después. En un principio, no quise atenderlo, pero, ante tal insistencia, me levanté y lo cogí para que no despertara a mi chica. Me quedé admirando su cuerpo desnudo. Hasta ese momento no había podido admirarlo con tranquilidad. Fui a taparla para que no cogiera frío. En ese instante, se dio la vuelta y algo llamó mi atención. Un pequeño tatuaje en la parte baja de su vientre, justo encima del hueso de la cadera.

Se trataba de una flor y, alrededor, unas letras; un dibujo que había visto con anterioridad. Según me contó Rocío en una ocasión, su madre era jordana. ¿Qué posibilidades hay de que el grabado de la medalla que tantos quebraderos de cabeza me estaba dando coincidiera con su tatuaje? Mi experiencia me decía que las casualidades no existen. Y que todo, al final, acababa relacionado.

Con esos pensamientos rondando en mi cabeza, marqué el número del señor Black, que ya había cesado en sus intentos de ponerse en contacto conmigo. Tras vestirme con un pantalón de chándal, salí del dormitorio con el móvil en la oreja y me fui hacia la cocina, escuchando los tonos de la llamada.

—Señor Ward. Tenemos que reunirnos —dijo, escueto.

—Señor Black. Dígame dónde.

—Le mandaré la ubicación en un rato. Lo espero en una hora.

—De acuerdo.

No dijimos nada más. No hacía falta. Sabía que había llegado la hora de ajustar cuentas. El señor Black era el típico hombre de negocios que siempre recuperaba su dinero y, lo que había hecho por mí, por nosotros, sabía que tarde o temprano se lo tendría que pagar de un modo u otro.

No sabía lo que me tenía deparado el destino, pero a veces es un puto que juega en contra nuestra. Con la incertidumbre instalada en mi mente, preparé café que tomé poco a poco mientras pensaba en todo lo sucedido el día anterior; la compra del súper que jamás fue tan divertida, el almuerzo junto a ellos dos, el coqueteo mientras guardábamos los alimentos, lo sucedido en mi dormitorio, sus risas, sus gemidos, cuando dijo que era la vaquera que iba a cabalgarme... ¡Y cómo lo hizo! Su tatuaje...

No. No sabía lo que me depararía el futuro. Pero tenía claro que iba a luchar para que fuera junto a ellos. Ahora que había encontrado mi lugar en el mundo, la razón por la que luchar cada mañana al levantarme y escuchar sus risas, algo me decía que no iba a gustarme lo que me deparaba en un futuro próximo...

Terminé el café y, con la imperiosa necesidad de besarla por última vez, fui hasta nuestro dormitorio, donde Rocío dormía en paz, ajena a todos mis pensamientos. Así debía ser siempre.

Aunque había incumplido parte de la promesa que le hice a su padre, mi misión en esta vida sería protegerlos por encima de todo y todos, aunque eso significara que me costase la vida. Esa promesa jamás la incumpliría.

Me acerqué a la cama con cuidado para no despertarla; me estiré a su lado y, durante un buen rato, me dediqué a admirarla. Tan solo quería grabarme su rostro relajado, sus largas pestañas, su preciosa nariz, sus labios carnosos, su pelo esparcido por la almohada, con la boca entreabierta, su tranquila respiración, tan relajada y tan bonita... Sería la imagen que me llevaría conmigo, porque estaba seguro de que lo que me pediría el señor Black no sería fácil.

Con pesar, me levanté de la cama y, justo al terminar de ducharme y vestirme, recibí el mensaje con la ubicación. Me acerqué a la cama y desperté con suavidad a Rocío.

—Morena, debo marcharme —le susurré en el oído; me estiré de nuevo en la cama junto a ella para esperar que abriese los ojos.

—¿Te marchas? No entiendo —dijo con ojos somnolientos.

—Debo acudir a una reunión. No creo que tarde demasiado. Sigue descansando, aún es temprano —contesté. Deposité un suave beso en sus labios y me levanté de la cama.

—Me pondré una alarma para no quedarme dormida. Tengo que ir a recoger a Nando a casa de mi padre.

—Si quieres, puedo recogerlo cuando termine la reunión. Así no tienes que salir.

Eché una última mirada a Rocío antes de traspasar la puerta y marcharme a la reunión. En ese preciso instante, no me apetecía moverme de su lado. Sin darle más vueltas, bajé, cogí la moto y me fui hasta el lugar señalado en la ubicación.

—Seños Black. —Saludé con un apretón de manos cuando nos encontramos en una oficina de una nave muy cerca de la mía.

—Señor Ward. Le agradezco que haya venido con tanta celeridad —dijo, devolviendo el apretón de manos—. Tome asiento, por favor.

—Gracias. Dígame, ¿qué puedo hacer para devolverle el enorme favor que me hizo? Me imagino que estoy aquí por ello, ¿no?

—Exacto. Como vería en los días que estuvo en Jordania con uno de mis equipos, mi empresa de seguridad privada es un tanto especial. Nos contratan gobiernos, sobre todo el americano, cuando ellos no pueden realizar las intervenciones de forma directa, generalmente porque debemos sortear algunos asuntos legales de una forma en la que el ejército no podría.

—Lo sé. No hace falta que explique más.

—Está bien. Me gusta. Iré al grano. En esta ocasión nos ha contratado nuestro gobierno. Según fuentes, existe una fábrica clandestina de misiles en Jordania que, con posterioridad, compran los rusos. Esa fábrica está situada en un lugar estratégico, muy peligroso. Ahí es donde entra su ayuda.

—Sabe que estoy dispuesto, pero como habrá leído en mi ficha, nuestro equipo estaba especializado en la recuperación, con vida, de rehenes en situaciones o lugares de conflicto bélico.

—Como bien ha dicho, he leído todo sobre usted. También todos los cursos que hizo a lo largo de su vida militar, como los de desarticulación de bombas, la especialización en detección de minas antipersonas, el de francotirador... debo reconocer que me sorprende su alcance. También pueden ser muy útiles los cursos de negociación.

—No comprendo cómo puede ser beneficioso esa especialización. No creo que vayamos hasta allí para negociar con el dueño de la fábrica: «Te cambio tu lucrativo negocio por una *pizza*» —dije, imitando a los actores de las pelis de acción en plena negociación.

El señor Black rio ante tal ocurrencia.

—La cuestión no es solo el tema de la fábrica. Como comprenderá, los empleados tampoco tienen unas condiciones laborales demasiado satisfactorias. Muchos mueren a diario por la falta de protección y por la mala calidad de los materiales empleados y, la mayoría, trabajan allí bajo coacción.

—Ambos sabemos que los empleados de esa fábrica no son la mayor preocupación de nuestro gobierno. También existen fábricas textiles en China, donde la media de jornada consta de quince o dieciséis horas y que la edad media de los trabajadores no supera los doce años. Pero no fabrican armas, sino ropa de imitación.

—Bueno, en todo caso, la motivación de nuestro gobierno para desarticularla no es nuestro problema, simplemente nos contratan para realizar un trabajo.

—En eso estoy de acuerdo con usted.

—La cuestión es que necesitamos para el equipo que mande allí un profesional especializado en armamentos, como lo es usted. Según nos han informado, la fábrica está rodeada de esas minas. Su misión consistiría en encontrarlas y señalarlas, para posteriormente, quedarse en la retaguardia, como francotirador, protegiendo a sus compañeros. Necesitamos gente tan polivalente como usted.

—Bueno, mi equipo pertenecía a la élite. Éramos un grupo muy especializado y nos encargamos de realizar cursos muy específicos.

—Lo sé. Vuestro expediente es brillante, y el índice de éxito, el más elevado del ejército. Por eso preciso de sus habilidades para esta misión. Mis hombres no tienen aún esa cualificación.

—Después de pasar por mis manos, le aseguro que la tendrán.

—Sí, pero no puedo esperar hasta entonces. Por ello, necesito su ayuda. No solo saldrá la deuda, sino que se llevará un buen pellizco. ¿Está de acuerdo?

Y ahí estaba la cuestión. Sin duda, era una misión bastante peligrosa, de esas que hacía tiempo que no realizaba. A pesar de seguir entrenando a diario, llevaba más de cinco años sin tener contacto con este tipo de trabajos, la puntería, la edad... me podían temblar las manos y eso podría suponer la muerte de un compañero. No podía aceptar, pero tampoco negarme.

—Sí. ¿Cuándo nos vamos?

—En tres días, tiempo más que suficiente para montar el operativo.

Me marché de allí con la idea de hablar con Rocío. Debía ponerla al corriente de todo lo que estaba pasando, aunque pensaba contarle una versión mucho más *ligh*t. No tenía por qué saber todos los detalles y, menos aún, el posible peligro que podría tener.

Recogí a Nando de camino a casa, tal y como acordamos. Cuando llegamos al rellano, el inconfundible olor a tarta de manzana nos dio la bienvenida. Ambos nos miramos y sonreímos.

—No seáis pesados. La tarta es para la merienda. Además, ahora está caliente. Os sentará mal.

—¿Cómo nos va a sentar mal una tarta de manzana? Eso es imposible, ¿verdad, Eme? — Intentaba convencer a su madre.

—Colega, a mí no me metas en esto. Si tu madre dice que hasta la merienda, no le podemos replicar. ¿Tú no sabes que las mujeres siempre se salen con la suya?

—Tú estás atontado. Si se le suplica un poquito y le ponemos cara de cordero *degollao*, cae, fijo — me replicó en voz bajita para que Rocío no se enterase—. A mí me funciona siempre.

Me agaché y le hablé al oído. ¡Menudo era el niño!

—Colega, si claudicamos ahora, después podemos pedirle doble ración. Piénsalo. Eso se llama negociar — dije, a la vez que me levantaba y le guiñaba un ojo. Me agaché de nuevo, ante la

señal que me hizo el niño.

—Pero si es lo mismo. Nos comemos uno ahora y otro después. Dos trozos.

—Si la hacemos enfadar, nos quedaremos sin el trozo de la merienda.

—Está bien, mamá. Pero en la merienda nos comemos dos trozos —sentenció muy serio, y se marchó hacia el dormitorio para dejar la mochila.

Ambos nos reímos con el niño. Pasamos la tarde entre pelis, trozos de tarta, el parque, leyendo, la ducha, la cena. Éramos dos y no parábamos con el crío, aunque nos reíamos mucho con sus ocurrencias. Después de cenar y acostarlo, nos sentamos en el sofá. Había llegado el momento de hablar.

—Debo marcharme dentro de tres días. No me ha quedado más remedio que aceptar un trabajo para un cliente y tengo que ir a Jordania de nuevo. No sé cuánto tiempo estaré allí. —Me quedé callado y la miré, sopesando su reacción.

—¿Necesitas dinero? ¿Por eso lo has aceptado? No tengo mucho, pero algo te puedo dar. Si te hace falta, lo cogemos. Estoy en deuda contigo, Eme. Lo que hiciste por Nando fue más de lo que nadie ha hecho jamás por nosotros y eso es algo que nunca olvidaré.

—Shhh. No se trata de dinero. —Mentí, aunque me dolió en el alma hacerlo. Pero no quería que ella supiese el trato al que había llegado para salvar la vida de su hijo, para rescatarlo—. Es algo que necesito hacer para el negocio.

—¿No puedes contármelo? —preguntó suavemente. En sus ojos veía el miedo y era algo que me reconcomía en mi interior. No quería que ella se sintiese de esa forma.

—Lo siento. Es un asunto secreto. En ocasiones, aunque queramos hablar de nuestro trabajo, no podemos hacerlo con la libertad que queremos ni tan siquiera con nuestras familias —intenté explicarle, aunque me era más difícil de lo que suponía. Ahora entendía a otros compañeros cuando se iban de misión y ni tan siquiera podían contarles a sus familias a qué lugar del mundo los destinaban. Todo eso era una mierda.

—No lo entiendo, Eme. Ahora tienes un gimnasio. No eres militar. ¿O es que eres una especie de agente secreto? ¿Un James Bond? —me preguntó con un semblante serio.

¿De verdad pensaba que era un agente secreto? No pude evitarlo y sonreí.

—Ni soy nada de eso, ni tampoco soy militar. Simplemente voy de negocios allí.

Volví a mentir y me sentí como un ser ruin. Pero intentaba no cargarle con el peso de que me marchaba para pagar una deuda por el rescate de su hijo. Quería que fuera feliz, no que se preocupase por mí. Aunque en el fondo de mi corazón me calentaba y me gustaba tener a esa persona que te espera en casa y que se preocupa para que no te ocurra nada. Era una sensación nueva, una que no me gustaba porque era contradictoria.

Los tres días siguientes pasaron más deprisa de lo normal, entre reuniones preparando todo el operativo y pasando todo el tiempo que podía junto a ellos. Las noches las pasaba disfrutando junto a Rocío. Aunque, en cada ocasión que estaba con ella, me preguntaba por su tatuaje. La última noche, quise salir de dudas.

—Nunca fui un hombre de tatuajes, a pesar de que en el ejército era raro el compañero que no los llevara. —Inicié la conversación cuando la tenía entre mis brazos, tranquilos, mientras acariciaba su torso desnudo—. Cuando estuve en Las Vegas, tuve una etapa un tanto loca. Me desmadré mucho. Tenía la sensación de que no pertenecía a ningún lugar, de que no había nadie que me esperase en ningún lado. Acababa de romper con Gloria, una chica con la que estuve unos años, pero que éramos más amigos que pareja. Fui allí para ayudar a Julio y me quedé más tiempo del que en un principio pensé. No sabía dónde regresar. En una noche loca, me hice el tatuaje.

Cuando desperté por la mañana y lo vi, supe que había tocado fondo y que debía cambiar. Cada vez que me miro al espejo y lo veo, me recuerda que, aunque no tenga una familia de sangre, tengo a mis amigos, una profesión y, ahora, tengo un negocio y os tengo a vosotros. Y el tuyo, ¿tiene algún significado especial para ti? —pregunté, mientras pasaba las yemas de mis dedos perezosamente por su tatuaje. Quería restarle importancia al tema, pero, a la vez, saber algo más de ese tatuaje que tanto se asemejaba a la puta medalla que había encontrado. Era un runrún que martilleaba mi cabeza una y otra vez, pero con todo lo que estaba pasando en mi vida, no tenía ni tiempo para dedicarme a todo.

—Como sabes, mi madre era jordana. Fue una mujer muy adelantada en su tiempo, se vino a España cuando era muy joven, a pesar de las reticencias de sus padres. La flor es la típica del desierto jordano, una belleza negra y peculiar. La frase significa «mujer de mil batallas», por todas y cada una de las luchas que tuvo que batallar mi madre tanto allí, en su tierra, como aquí, por la discriminación que había en la época en la que ella llegó.

Ambos nos quedamos en silencio durante un buen rato en la penumbra del dormitorio.

—Entonces, ¿fue un diseño que hiciste tú?

—¡Mamáááá!

El grito asustado de Nando nos alertó a ambos, que, con prisas, nos pusimos algo de ropa y fuimos hasta su dormitorio. Tenía otra pesadilla y lloraba desesperado. Rocío lo cogió en brazos y lo llevó a su cama, allí donde momentos antes, habíamos hecho el amor.

—¿Estás más tranquilo, colega? —le pregunté una vez que lo había tapado y acomodado junto a Rocío. Asintió levemente con la cabeza, aún con rastros del llanto en sus mejillas—. Estaré en tu dormitorio. —Fui a girarme para acostarme en la cama de Nando.

—Eme, ¿te puedes quedar con nosotros?

Miré a Rocío, buscando su consentimiento, que asintió con una sonrisa en la cara. De inmediato, me acosté en el otro lado, dejando al niño en medio de nosotros, que, entre dulces caricias y suaves palabras que le decía su madre, volvió a quedarse dormido.

Cuando amaneció preparé el desayuno para los tres. Debía marcharme por muchas ganas que tuviera de quedarme. Cuando lo tuve todo preparado, los desperté para desayunar juntos.

Tenía la amarga sensación de que algo no iba a salir bien y, eso, me carcomía por dentro. Tras un desayuno en apariencia relajado, me despedí de ellos. No quería que me acompañasen al aeropuerto. No quería alejarme de mi pequeña familia, quizá para siempre.

Capítulo veintisiete

«Hay amores tan bellos que justifican todas las locuras que hacen cometer».
Plutarco

Marcharme fue algo tan doloroso que, incluso días después, aún no había encontrado el valor para llamarlos. A menudo cogía el móvil y acariciaba la pantalla cuando marcaba su nombre. Pasaba una y otra vez las pocas fotos que tenía de ellos y me prometía que, cuando regresase, me pasaría el día tomándoles fotografías que capturasen todos y cada uno de los momentos que viviésemos juntos.

El viaje fue tranquilo y el equipo era el mismo que había rescatado a Nando. Durante los días anteriores, habíamos organizado el operativo al dedillo. Me fascinaba la cantidad de *juguetes* de última generación que utilizaban los mercenarios; armas nuevas, sofisticados equipos de escuchas, de comunicación, e incluso, de protección. Los chalecos y los cascos eran mucho más ligeros que los que utilizábamos en el ejército.

Durante varios días estuve en labores de vigilancia apostado en la azotea de un edificio cercano. Tan solo me movía cuando venía mi compañero a hacerme el relevo. Era uno de mis fuertes. Podía pasarme inmóvil durante horas, casi sin pestañear, mirando a través del objetivo de mi arma de largo alcance, calculando la velocidad del viento, la posible desviación de la munición, la entrada y salida de las pocas personas que rondaban el lugar y que se desviaban hacia un camino trasero de tierra que no llevaba a ningún lugar en apariencia, anotando turnos dispares que no se correspondían en nada con una fábrica, horarios con un único objetivo en mente; cubrir a mis compañeros en caso necesario.

Ese turno duró casi diez horas. Llevábamos recopilando información cinco días. Cuando vino mi compañero a sustituirme, solo me apetecía andar. Tenía los músculos entumecidos. La distancia desde la posible fábrica clandestina hasta Amman, donde se ubicaba nuestro hotel, era demasiado larga para hacerla andando, por lo que un coche nos llevaba y recogía.

Cuando llegué al hotel, me duché y salí con otro compañero para almorzar algo. Había cubierto el turno nocturno. Al ser el último en llegar al equipo, me daban las peores tareas, cosa que no me importaba y que, incluso, comprendía. Paseábamos por las calles principales, admirando la belleza que nos ofrecía un país lleno de contrastes, con el olor de la comida especiada de los puestos ambulantes y los colores brillantes de los tenderetes de ropa. No había duda de que se respiraba un ambiente vivo, en constante movimiento.

Los comercios se alineaban uno tras otro, de diferentes tipos, de artesanías, de recuerdos, de telas, de ropas, de tapices. Buscábamos un local donde poder almorzar algo que supiéramos qué estábamos comiendo. De repente, me topé con una joyería diferente a la que encontré en mi anterior viaje. Sin pensarlo dos veces, entré de nuevo.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, caballero. ¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó en un inglés bastante chapurreado.

—Estoy buscando un diseño específico de una medalla. Se trata de una imitación de una moneda otomana con un grabado especial. —Saqué el móvil, busqué la foto que le hicimos y se la mostré—. Me gustaría saber si este grabado lo hicisteis vosotros. —El hombre se quedó mirando

el grabado con atención durante mucho tiempo.

—Es posible. Pero si lo hicimos, fue hace mucho tiempo. Ahora tenemos ordenador y el pantógrafo está conectado a él, por lo que guardamos los diseños. Pero mucho me temo que esta medalla tiene muchos más años. Podría mirar en los documentos antiguos. Pero no le aseguro nada.

—Si me hace el favor, le estaría muy agradecido —dije, mientras dejaba sobre el mostrador un fajo de billetes de dinares jordanos—. Aquí tiene mi tarjeta por si encuentra algo.

—De acuerdo, lo buscaré, pero no sé si podremos darle la información del cliente.

—Bueno, de momento busque si fue en esta joyería donde se realizó el grabado. Estoy seguro de que más adelante, podríamos llegar a un acuerdo. ¿No cree?

Salimos de la joyería. Mi compañero John se había mantenido en todo momento callado, respetando mi espacio.

—¿De qué va todo esto? —preguntó en cuanto cruzamos la puerta del establecimiento.

—No tiene nada que ver con el operativo, si es eso lo que te preocupa.

—Eme, si hay algo que ocultas o tienes alguna información que puede sernos de utilidad, no puedes ir a tu puta bola, debes compartirla. Ya sabes...

—Lo sé, de acuerdo. Pero te aseguro que esto no tiene nada que ver con el operativo. Se trata de un tema personal. Sé mejor que nadie que, en una misión como esta, debemos ser compañeros, trabajar a una y no guardarnos ningún tipo de información. Estuve demasiados años en el ejército y llevo muchas misiones de este tipo sobre mis espaldas, ¿te queda claro? Que sea el último que haya llegado al equipo no quiere decir que sea un novato.

Dicho eso, me adelanté unos pasos. Estaba cabreado. No podía creer que John pensase algo así de mí, aunque reconocía que, en su lugar, me habría pasado lo mismo. Allí nos jugábamos la vida y había que tener fe ciega en nuestros compañeros, y eso era algo que se ganaba con el tiempo, y nosotros no lo habíamos tenido.

—Lo siento, pero ya sabes cómo van estas cosas —dijo John, poniéndose a mi lado.

—Lo sé. No te preocupes.

Dicho eso, zanjamos el tema, entramos en un restaurante y comimos platos combinados, donde lo único que reconocíamos eran las patatas fritas. Pasé la tarde descansando mientras John hacía un seguimiento del que creíamos que era el dueño de la fábrica.

Los dos días siguientes los pasé esperando la tan ansiada llamada de la joyería, además de descansar después de las interminables noches de vigilancia. Quería saber algún tipo de información sobre el colgante. Tardaba demasiado en encontrar cualquier pista al respecto. Sobre la fábrica, tampoco avanzábamos demasiado. Parecía que me encontraba en un callejón sin salida.

Los trabajadores no entraban por la puerta que vigilábamos y no éramos capaces de encontrar otra, ni un lugar para observar con claridad ese callejón trasero. Estaba claro que habría algún tipo de acceso secreto o túnel que conectase con la fábrica, y sospechábamos que el terraplén delantero, único lugar aparente por donde pasar, estaba plagado de minas antipersonas.

El señor Black llevaba varios días negociando con el gobierno jordano para que le facilitasen los planos del edificio, aunque siempre se topaba con la excusa de que estaba en desuso. El cansancio comenzaba a causar estragos en parte del equipo, ya que no todos estaban acostumbrados a permanecer de vigilancia durante horas. Algunos eran hombres de acción. No todos estaban preparados para esto.

Desde que llegué, no había hablado con Rocío. Extrañaba no estar a su lado, las largas conversaciones o, simplemente, charlar con ella mientras veíamos una peli, sentados en el sofá.

Decidí llamarla por el simple hecho de escuchar su voz durante unos minutos.

—¿Qué tal, vaquero? —preguntó al descolgar. El cariñoso apelativo me sacó una sonrisa, la primera desde que salí de su casa el día que me marché.

—El tiempo es mucho más templado que allí, morena. Estamos a quince grados, aunque tenemos una ligera amenaza de lluvia.

—Vaya. ¿No tenemos otro tema de conversación que no sea el tiempo? ¿A ese punto hemos llegado, vaquero? —Sabía que estaba sonriendo. La imaginaba sentada en el sofá, con la manta, junto a Nando, viendo cualquier peli de dibujitos para niños y anhelaba estar allí.

—Puedo decirte con total seguridad que no hay tartas de manzana. Las he buscado por todos lados.

—Eso es un gran problema. ¿Cuándo vuelves? Ese día te tendré preparada una solo para ti.

—¡Dios! ¡Eso sería fantástico! ¿Sabes cuánto te amo? No te puedes hacer una idea.

Me quedé en silencio. Hasta ese instante nunca le había dicho lo que sentía, pero me salió de forma tan natural, que me arrepentía no habérselo dicho a la cara, mirándola a los ojos y depositando después ese beso que tanto ansiaba darle. Suspiré melancólico. Así era como me sentía.

—Sé que me amas con locura cuando te hago las tartas de manzana —respondió, riendo.

—No es así.

—Eme, encárgate de llegar entero y repetírmelo cuando estés aquí, junto a nosotros, ¿de acuerdo? —sentenció con una voz más severa de lo que creí que pretendía.

—Morena, no te preocupes por mí. Llegaré entero, pasaremos las navidades juntos y le compraremos a Nando los Reyes. ¿Vale? Pero, aunque necesito decírtelo, anhelo... no, más bien, me urge, escuchar esas palabras de tu boca. En este instante, lo preciso más que respirar. Es lo único que deseo...

Casi fue una súplica. Sabía que me amaba. No me cabía ninguna duda, pero los extrañaba tanto que dolía. Me sentía tan solo, tan desesperado, y los días eran tan largos que cada vez se me hacía más cuesta arriba pasar tanto tiempo lejos de ellos.

—Vaquero, no dudes nunca de lo mucho que te amo. Por favor, ten cuidado y regresa junto a mí lo antes posible.

—Ten la seguridad de que lo haré, ¿ok? Os amo, a los dos. Ahora debo colgar. Dale muchos besos de mi parte al niño.

Sin más, corté la llamada, ya que necesitaba recomponerme, poder continuar con el trabajo y que no interfiriese en nada. Debía templar los nervios para que no me temblase el pulso. Justo en ese momento, recibí la llamada del dueño de la joyería. Había encontrado un papel con un dibujo parecido a la medalla, junto a un nombre.

Con premura, me acerqué a la joyería para hablar con el dependiente. En el amarillento papel, un nombre: Fátima Abu Ahmad. Enseguida llamé a Taylor y le pasé la información para que averiguase todo lo que pudiese sobre esa mujer.

Tras colgar la llamada con mi amigo, me volvió a sonar el teléfono: el señor Black.

—Dígame.

—Tenemos los datos. Comienza la acción.

—Voy enseguida.

Ambos colgamos con rapidez. Me marché al hotel, me cambié de ropa y salí hacia el lugar donde me esperaban el resto de los compañeros. Durante el trayecto me pusieron al día de lo sucedido. Vimos los planos y los memorizamos.

Estábamos camuflados en otro edificio diferente al de todos esos días atrás; daba a la puerta por donde se suponía que debíamos entrar para desmontar la fábrica. Otro equipo se encargaría de los responsables de la misma.

En cuanto comencé a mirar por el objetivo de mi fusil NTW^[3] me di cuenta del tipo de campo que teníamos por delante.

—Aquí Águila Negra. Atención. No os mováis. Repito. No os mováis —dije a través del pinganillo a mis compañeros, que se disponían a atravesar ese campo.

—Aquí Lobo. Águila Negra, informa de la situación —contestó John, el capitán del equipo.

—Lobo. Me ha parecido ver algún destello en la tierra. No creo que sea seguro cruzarla —respondí. Mi intuición me decía que estaba ocurriendo algo extraño.

—Contamos con el apoyo del gobierno jordano y estamos colaborando con el americano. En un rato, llegan refuerzos.

—Lobo, si se confirman mis sospechas, esto puede convertirse en un putito infierno.

—Haz un reconocimiento de la zona.

—Necesito la sonda o el detector de metales.

—No hay tiempo, Águila. Tenemos una hora para completar la misión.

—Es una puta locura.

—Es lo que hay. Haz el reconocimiento. El EOD está de camino.

—¡Joder, Lobo! ¿Pretendes que me meta en un campo que puede estar plagado de minas antipersonas?

—Eme, eres el mejor. ¡Puedes hacerlo!

—¡Me cago en la puta! ¡Con la sonda! ¡Joder! ¡Sin sonda es casi imposible! —Respiré. No me gustaba nada esta situación y lo único que deseaba era correr en dirección contraria—. ¡Que sepas que en menos de una hora no lo puedo hacer! Si quieres que haga el reconocimiento, debes dejarme a mi bola, en caso contrario, volaremos todos por los aires.

—Haz lo que puedas. Y por favor, ten cuidado.

—Lo intentaré, pero no te puedo asegurar nada.

—Eme, eres el mejor rastreador que he conocido.

—Déjate de gilipolleces, soy el único que has conocido.

—Ahí llevas razón. Pero son pequeños detalles.

Me reí, porque en el fondo empezaba a caerme bien; era un tío que se preocupaba por el equipo. El poco tiempo que lo había tratado siempre procuraba que todo saliese a la perfección y que el equipo se encontrase cómodo con él, designándonos tareas a medida de nuestras cualidades. Conocía a los miembros a la perfección, algo que me recordaba a Rebeca.

Durante unos minutos me centré en mirar la amarillenta tierra del vasto campo que se extendía ante mí, a través de la mirilla de mi fusil, e intentar realizar un trabajo que estaba abocado al fracaso. Me levanté, desmonté mi arma de largo alcance y cogí el M16 que tenía a mi lado. La temperatura era de unos quince grados, aunque la sensación térmica, mucho más elevada.

El sudor corría descontrolado por mis sienes, la espalda, las manos... fruto del nerviosismo con el que me iba a enfrentar a este nuevo reto. Pero esta vez era diferente. En ese instante, recordé a Taylor y las veces que me decía que sería la última misión. Si no tienes a nadie esperándote en casa, si no tienes un lugar donde regresar; si tu vida no te importa una mierda... arriesgas más. Pero ahora...

Ahora tenía a Rocío y a Nando. Y debía luchar por salir ileso de allí. Ella no se merecía un

nuevo varapalo en su vida.

Me preparé para hacer el reconocimiento de la zona. Ahí, ante mí, se exponía una enorme explanada que debía recorrer y abrir un camino para que mis compañeros pudieran atravesarlo.

En la actualidad...

Me quedo unos segundos con el pie en el detonante. Sé muy bien lo que sucederá si lo levanto. El sudor corre libre por mi cuerpo, las lágrimas se arremolinan en los ojos y los cierro en un vano intento de tranquilizarme. No hay vuelta atrás y, si lo hago, todo habrá terminado. Escucho voces lejanas a través del *pinga*. No le hago caso. Me concentro en la respiración. ¡Joder! ¡Menuda mierda! Sopeso las posibilidades, pero no encuentro ninguna. Dicen que, en estos casos, tu vida pasa por tu mente como una película, pero yo no veo nada. Solo oscuridad. Decido hacerlo rápido e indoloro. ¡Como si eso fuese posible! Me río con sarcasmo. Me llevo las manos al pelo y lo noto más largo de lo habitual. Necesito un recorte. ¡Como si eso importara ahora! ¡Joder, Eme! ¡Céntrate! Bajo la vista al suelo y, aunque tengo muy claro lo que debo hacer, me resisto. Veo en la distancia que mis compañeros se acercan junto al EOD. ¡Tendría que haber llegado antes! Espero y levanto la mano para que se paren. No hay marcha atrás. Nos miramos mientras mis compañeros niegan y me reprenden lo que voy a hacer, pero creo que es algo irremediable. Corren hacia mí. Levanto el pie...

Y acto seguido, el detonante.

¡BBOOMMGG!

Siento cómo mi cuerpo se eleva por los aires, floto y no duele nada. Vuelo alto. De repente, noto como la inercia que me empujaba hacia arriba desaparece y caigo. Rápido. Mi cuerpo se estrella contra el suelo, pero no siento nada. De inmediato, todo negro. Floto.

Veó un cuerpo inerte en el suelo mientras inicio un tranquilo vuelo. ¡Es una sensación extraña! Estoy en paz. Y todo se vuelve luz. Y calma.

Capítulo veintiocho

Tres meses después...

Dicen que cuando miras a los ojos a la muerte, te enfrentas a ella y ganas la batalla, tu perspectiva de la vida cambia. A mí no me hizo falta mirarla. Cambió instantes antes, cuando fui consciente de lo que sucedería a continuación. Yo diría que incluso días antes, en el momento en que me aferré a esas personas que amaba por encima de todo; ahí fue cuando cambió mi percepción, no solo de la vida en general, sino de la mía en particular.

Si no tienes nada que perder, el miedo desaparece. Y ese temor es lo que te debilita. Eso fue lo que me sucedió a mí. Por primera vez en mi vida, tuve terror a perder algo y cometí un error que casi me costó la vida. Ahora iba a recuperarla. Por fin me habían dado el alta. Habían sido unos meses muy duros, de soledad, de rehabilitación, de recuperación. No. No estaba al cien por cien. Pero, por fin, podía regresar a mi hogar.

Sí. Mi hogar. Jamás había sentido nunca un lugar, un apartamento, una ciudad como mi hogar. Ahora, en este instante, en este preciso momento, en la terminal del aeropuerto de Almería, siento que regreso al hogar del que nunca debí salir, aunque las circunstancias me empujaran a ello.

La herida en la espalda y en la pierna, las constantes intervenciones, las continuas visitas al médico, el anhelo por una recuperación más rápida de lo que mi cuerpo estaba dispuesto a ofrecerme, hacían que me desesperara. Tan solo las pocas visitas que Rocío y Nando me hicieron a Nueva York, o nuestras continuas conversaciones por teléfono, me salvaron de volverme loco.

Miro a mi alrededor en su búsqueda. Hace pocas horas que estuvimos hablando y me aseguré que iría al aeropuerto a recogerme. Tengo ganas de volver a verla, de tocarla, de besarla... De llegar a casa, sentarnos en el sofá y hablar sobre nada en particular, de escuchar su voz y sus risas.

He extrañado a Nando; sus ocurrencias, sus salidas de tono, sus risas, jugar con él. ¡Joder! ¡No puedo creer que incluso haya echado de menos a Toby! Suspiro, feliz. Feliz, porque, por fin, voy a estar en el sitio en el que deseo estar con todas mis fuerzas.

Dejo la maleta en el suelo y vuelvo a mirar alrededor de la terminal. A lo lejos, la veo llegar, corriendo junto a Nando cogido de la mano, ambos sonrientes y, sin poder remediarlo, mi sonrisa se ensancha de manera automática. Intento agacharme para coger la maleta más rápido de lo que puedo y siento la punzada de dolor en la espalda, aun así, no me importa, la recojo y salgo andando más rápido de lo que mi pierna me permite. ¡Joder! ¡Si ya me lo dijo Nando! ¡Soy un puto Robocop!

—¿Qué coño haces corriendo? ¡Te vas a hacer daño! —me regaña Rocío en el momento en que nos damos el encuentro. Tengo ganas de agarrarla y besarla hasta que perdamos el sentido.

—¡Sigues siendo un robot! ¡Creo que te vas a quedar así! ¡Ya estás viejo! —exclama Nando.

—¡Nando! ¡Compórtate! —le recrimina Rocío.

—Déjalo, morena —le digo a mi chica—. Colega, cuando me recupere, te demostraré que viejos, los calzoncillos. A este que está aquí no lo para ni una bomba —bromeo con Nando, mientras le revuelvo el pelo.

—¡No bromees con eso, Emerson Ward! —dice ella, mientras pone las manos en jarra y me señala con un dedo.

—¡Ofú! ¡La has cagao! —apostilla Nando—. Cuando mamá se pone con las manos así y te

señala con el dedo, malo. Me parece que te quedas sin postre.

—Discúlpame, no quería bromear con eso. No me quedará sin postre, ¿verdad? —pregunto, haciéndome el inocente, mientras rodeo con mi brazo su cintura.

—¡Sois insufribles! ¡Los dos! Anda, vamos a casa que no te conviene estar mucho tiempo de pie.

—Te recomiendo que te comas todo lo que mamá ha preparado. Creo que lleva una semana haciendo comidas para cuando llegaras —me explica Nando en voz baja para que Rocío no se entere.

—Te he escuchado, renacuajo. Y no llevo una semana cocinando, simplemente he hecho varias comidas para tenerlas listas y poder pasar más tiempo con vosotros.

Dicho eso, me coge la maleta y comienza a andar hacia la salida, deshaciéndose de mi agarre y dejándome sin beso. Al notar que no la seguimos, se para y se gira. Le guiño un ojo y comienzo a moverme, con más lentitud de lo que me gustaría, agarrado de la mano de Nando.

Cuando por fin llegamos a su apartamento, me siento en el sofá, exhausto por todo el esfuerzo que he realizado a lo largo del día. Un viaje tan largo desde Nueva York hasta Madrid, con una escala de tres horas, sentado en las incómodas sillas del aeropuerto, para volar de nuevo hasta Almería. Han sido cerca de doce horas de viaje que ha provocado que mi espalda y pierna estén más doloridas de lo normal.

Después de descansar durante unos minutos, me levanto para coger el neceser donde tengo los fuertes calmantes que aún debo tomar. Espero que, ahora que estoy aquí, haciendo la rehabilitación en mi gimnasio, con el entrenamiento específico que diseñó el fisioterapeuta, la recuperación sea más rápida y pueda dejar las dichas pastillas que me dejan atontado.

—¿Te apetece comer algo? —me pregunta mi morena, cuando se sienta a mi lado en el sofá.

—Sí, pero de lo que tengo ganas, aún debemos esperar hasta la noche —le contesto, mientras dejo suaves besos en su cuello.

—¿Por qué? —pregunta Nando, que aparece delante de nosotros como por arte de magia.

—Porque tengo unas increíbles ganas de comer cosas dulces...

—¡Ah! Pues si hacemos pasteles ahora, los podremos comer en la merienda. ¿Verdad, mamá? —interrumpió de una manera tan seria que no tuve más remedio que reírme.

La tarde la pasamos tranquilos, en casa, sin hacer nada en particular, pero con esa sensación de paz y tranquilidad instalada en el pecho. Al final, no hicimos pasteles, preferimos tumbarnos en el sofá, merendar bocatas y hablar de mil temas para ponernos al día. Nando ha vuelto al cole y está aprendiendo las divisiones, aunque se le atragantan un poco.

Rocío ha vuelto a pintar, cosa que me alegra mucho. Desde que pasó lo de Nando no había retomado la pintura, a excepción de los escasos días que, durante el secuestro, se encerraba en su dormitorio para dibujar retratos del niño. A medida que avanza el día, el cansancio se hace mayor, hasta que, casi sin darme cuenta, me quedo dormido en el sofá.

—Vaquero, ¿nos vamos a la cama? —Escucho la suave voz de Rocío. Sonríe ante la perspectiva de tenerla tan pegada a mi cuerpo.

—Ya estamos tardando, morena —intento incorporarme más rápido de lo que puedo, provocando la risa de Rocío, quien me ofrece la mano como ayuda para levantarme del sofá. No me gusta sentirme un inútil, pero al acariciar su palma con mis dedos, despierta en mí ese deseo que dormía hasta entonces.

Agarrados de la mano, llegamos hasta el dormitorio. Con lentitud, me despojo de todas mis ropas mientras ella imita mis movimientos con una sonrisa en la cara. Cuando nos metemos en la

cama, por fin, puedo besar esos labios que me han llamado y reclamado desde que puse un pie en el aeropuerto y la vi corriendo hacia mí.

Los acaricio y beso como un sediento en mitad del desierto, con anhelo, pero también con el deseo contenido para no hacer movimientos demasiado bruscos. ¡Esto es una tortura! Rocío se da cuenta y con suavidad me invita a tumbarme en la cama. Obedezco. Ahora mismo soy un simple muñeco en sus manos que maneja a su antojo. Con una extremada delicadeza toma el control y recorre cada centímetro de mi piel con sus dedos, dejando un reguero caliente por el camino.

Se acerca a la mesilla de noche, coge algo que no logro ver, se levanta, dejando un vacío que me aprisiona y trastea por el armario, mientras me recreo en sus gloriosas nalgas desnudas.

—Ponte boca abajo, vaquero —me dice sonriente.

—Morena... —le advierto.

—Haz lo que te pido, por favor. ¿Puedes solo o necesitas ayuda? Tengo una sorpresa para ti.

—Puedo solo. No soy un inválido —replico, más enfadado de lo que en realidad estoy.

—No te lo tomes a mal.

—Discúlpame. Me pone de mal humor no poder hacer los movimientos como me gustaría —explico a la vez que voy cambiando la postura. Antes de tumbarme, echo una última mirada a sus nalgas tan redondeadas, tan llenas como las recordaba y mi entrepierna sufre una incómoda sacudida que oculto con el colchón.

—Disculpas aceptadas —me susurra en el oído. Se ha sentado encima de mí y acaricia con sus piernas mis caderas—. Ahora, relájate.

Escucho el inconfundible sonido de un mechero al encender y comienza a flotar un suave aroma por el dormitorio. Tengo la cabeza apoyada en mis brazos, pero Rocío me indica que las deje al lado de mi cuerpo. Hago lo que me pide, acatando todas y cada una de sus silenciosas órdenes.

De repente siento caer un líquido caliente por toda mi espalda y me tenso de inmediato. No quema, pero solo pensar que pueda dañarme la herida ya cicatrizada, me asusta.

—Shhhh. —Escucho como intenta tranquilizarme. Se acerca a mi oído y me susurra en un tono tan suave y erótico que hace que me endurezca de inmediato. Siento la suave caricia de sus pechos sobre mi piel—. Solo te voy a dar un pequeño masaje. Déjate llevar.

Solo asiento, no puedo hacer otra cosa. Siento el peso que me chica ejerce sobre mi culo y la presión contra el colchón. Cada movimiento que realiza provoca un roce y aviva el deseo. Cuando ha empapado lo suficiente mi espalda, comienza con suaves caricias con las yemas de sus dedos y el olor se intensifica.

—Morena, eres muy mala —le digo con la voz entrecortada con cada pasada de sus manos sobre mi espalda desnuda.

—No. Soy muy buena. Si hago esto cada noche, en un mes estás listo para poder cabalgar, vaquero —replica a la vez que continúa con la placentera tortura.

—Si continúas con esto, no te quepa duda de que voy a cabalgarte esta noche.

Toda mi piel está sensibilizada por su contacto. De vez en cuando, vuelve a verter el líquido por la espalda para continuar con el masaje. Estoy relajado y excitado a partes iguales. Mi instinto me pide que me dé la vuelta, la tumbe y entre en ella hasta que ambos perdamos el sentido. Mi cabeza me pide cautela.

Vuelve a acercarse a mi oído y a susurrarme algo que no logro entender. Ahora mismo me encuentro en una nebulosa de excitación donde solo soy consciente de sus manos y el suave roce de sus erectos pezones en mi espalda. Muevo inconscientemente la pelvis y me recorre todo el cuerpo un ramalazo de placer cuando siento el roce de mi erección con las sábanas. El débil

contoneo de sus caderas sube la temperatura del dormitorio.

De vez en cuando, cruza de la espalda a mis brazos, con cada caricia de sus dedos siento el fuego, para pasar después al frío que provoca cuando aleja sus manos de mi piel. Vuelve a agacharse para depositar un simple beso en mi cuello y todas las sensaciones se desbordan de nuevo. El fuego ante el contacto de sus labios, la excitación por el contacto de sus pechos, el rastro de saliva cuando pasea su lengua por ese punto que me hace perder la puta cabeza y el movimiento involuntario de mi pelvis que me pide más. La candente voz que me pide que me dé la vuelta. Y lo hago, así de simple, porque esta morena almeriense ha conseguido que caiga rendido a sus pies.

La imagen que tengo ante mí me reseca la boca. Sus largos rizos cubren parte de la desnudez de su cuerpo, mientras que sus sonrosados pezones, esos que momentos antes me torturaban con una simple fricción, me miran y suplican un poco de atención.

Mi morena echa la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su bello torso y, con una goma, recoge su cabello en un moño deshecho. Se inclina hacia delante y me ofrece el manjar por el que estoy salivando en este momento. Beso esos pechos suaves y turgentes; primero con delicadeza, para pasar a chuparlos con urgencia y desespero, arrancándole contenidos gemidos de placer, para morderlos en un arranque animal.

Mi erección queda justo en el sitio apropiado, que se humedece por la excitación de mi chica. No hace falta que la toque para saberlo.

—¡Morena, estás empapada!

—Ha sido una larga espera, vaquero —replica con la voz entrecortada.

Ataca mi boca con apasionados besos, iniciando un baile que me incita a más. Acaricio su espalda, la abrazo y la pego a mí con el ansia de fundirme con ella en un solo cuerpo. Se incorpora un poco, abre el cajón de la mesilla y saca un condón, rasga el envoltorio y lo desliza a lo largo de mi endurecida erección, masajeándola. Cierro los ojos y me concentro en todas las sensaciones que me desbordan en este preciso instante. Nuestros corazones laten atolondrados.

Cuando los abro, Rocío lleva puesto un sombrero de vaquero con motivos militares que no sé de dónde lo ha sacado.

—¡Preciosa, mi morena vaquera! —exclamo a la vez que muevo de nuevo mi pelvis y consigo entrar en ella. Nos quedamos quietos, casi sin respirar, absorbiendo el torrente de sensaciones que sentimos en este momento y mi corazón termina por desbocarse.

—No te muevas, vaquero.

A partir de ese momento, el deseo contenido deja paso a la lujuria, a la pasión desenfrenada para llegar a un éxtasis en el que explosionamos ambos, quedándonos desmadejados en la cama, sudorosos, exhaustos pero felices.

Desgraciadamente, tras el incidente, mi resistencia no es la misma y, tras el agotador viaje y ese asalto, caigo rendido en el sueño más profundo, donde las putas pesadillas se repiten una y otra vez.

Varios días después de regresar, poco a poco, mi vida se va asentando. Comenzamos a tener unas rutinas que nos vienen bien a todos. Por la mañana, voy al gimnasio y realizo mis tablas de ejercicios a conciencia; Rocío trabaja en su tienda y Nando va al cole. Pasamos la tarde juntos, cada día con diferentes actividades; bien, vamos al parque, llevamos a Nando a jugar al fútbol,

nos reunimos con las amigas de Rocío o permanecemos en la tranquilidad de casa.

Rebeca viene a verme el fin de semana. De todos mis amigos, es la que está más cerca de nosotros. Dejamos a Mara y Nando al cuidado de Rocío, mientras nosotros bajamos para tomar un café en el bar de la esquina.

—¿Cómo llevas la rehabilitación?

—Bien. Sigo los ejercicios al pie de la letra. Soy el primer interesado en recuperarme lo antes posible.

—Me alegro mucho. Bueno, dime. Sé que me has traído aquí por algo que no quieres que se enteren ni los niños ni Rocío.

—No sé muy bien cómo enfocar el tema. ¿Recuerdas la medalla que cogí de la escena del crimen? Pues bien, cuando estuve en Nueva York, durante la recuperación, le pedí a un amigo que tengo en el CSI que comprobase si había restos de ADN. Los había, pero no podían compararlos porque no hay datos en sus archivos para eso.

—Dámela, tengo gente que me debe favores dentro de criminalística. Veré lo que puedo hacer. Sospechas de alguien, ¿verdad?

—Sí. De Agustín, el padre de Rocío.

Capítulo veintinueve

—¿Cómo? ¿Por qué piensas eso? —pregunta Rebeca, sobresaltada. Suspiro cansado. Todo este tema me tiene preocupado. La idea se forjó en mi cabeza durante los meses que estuve en Nueva York.

—Tengo que ir con pies de plomo. Verás, cuando cogí la medalla no tenía ni idea de nada. Lo hice solo porque me llamó la atención. Al día siguiente, fuimos a casa de Agustín para recoger a los niños, y vi una fotografía de ellos tres. Estaban en la playa, felices, y Agustín llevaba un colgante, aunque no se aprecia el grabado, ya que le da el sol.

—Bueno, eso no significa nada.

—Lo sé. Pero a pesar de que no se la vi puesta en ningún momento, me quedé con la duda. Luego, cuando Ferdinand se llevó al niño y averiguamos que estaba en Jordania, Rocío me contó que su madre era de allí, aunque se vino a España siendo muy joven. El colgante tenía el dibujo de la flor de Jordania en el centro, rodeada de unas letras árabes.

—Vamos, Eme. ¡No jodas! No te montes películas.

—¿Me quieres dejar terminar? Cuando estuve en Aljoun, entré en una pequeña joyería. Allí me explicaron que la medalla era muy parecida a un modelo que ellos tenían; imitaba a una moneda otomana. Es un modelo muy popular entre los turistas para llevárselo de recuerdo.

—¿Agustín ha visitado alguna vez aquella región?

—No lo sé. La cuestión es que Rocío también tiene un tatuaje muy parecido en la cadera, mucho más pequeño, pero estoy casi seguro de que el dibujo es el mismo.

—Eme, a veces nos tatuamos cosas que en un principio parece que no tienen mucho sentido, simplemente porque el tatuador nos enseña un dibujo que tiene ya hecho y nos gusta. Tú le buscas el significado que más se acerque a tu propia realidad. O te emborrachas... y apareces tatuado — dice, haciendo referencia al mío. Sonríe. Sé que en parte lleva razón, pero hay algo que me dice que ahonde un poco más en la cuestión—. ¿Le preguntaste a Rocío por el significado de su tatuaje?

—Sí, me confirmó que el diseño de la flor era la del desierto y que la frase significa «mujer de mil batallas», aunque como no entiendo ni una sola palabra de árabe, no sé si pondrá lo mismo. Se lo tatuó en honor a su madre, pero no pude hablar más con ella del tema.

—Además de eso, ¿qué te hace pensar que Agustín sea un asesino en serie? Estamos hablando de una cosa muy seria y más tratándose del padre de tu chica.

—Lo sé, pero por eso necesito que me ayudes a averiguarlo. En realidad, es solo un palpito, pero no puedo ir a la policía para acusarlo con estas pocas pruebas. Y más, sin tener un móvil. Nada.

Suspiro desesperado. Es un tema que me trae de cabeza. ¿Cómo puedo acusar al padre de mi chica? En caso de que se confirmara, esto la va a destrozar. Rocío ya ha pasado por demasiadas cosas, como para sumarle algo más.

—Bien, no te preocupes. Me encargaré de que realicen las pruebas de ADN, pero recuerda que antes debes tomarle una muestra. No sé, cuando beba en un vaso, lo guardas o si fuma un cigarro, no sé... Tú verás cómo lo haces... Y ahora, vayámonos antes de que Mara y Nando la lleen.

—¿De verdad piensas que no la habrán liado ya?

Estallamos en carcajadas. Los dos niños juntos son un peligro, aunque no cambio ni un solo instante de los momentos que he pasado junto a ellos. Por el camino a casa, charlamos de los siguientes pasos que dará Rebeca para intentar averiguar algo. Mi amiga se marcha a casa, mientras que yo me acerco al gimnasio a realizar mis ejercicios. Necesito recuperarme cuanto antes.

Allí me encuentro con los dos polis encargados de la investigación. Son personas tenaces que entrenan a diario, además del curso de especialización que están realizando.

—¿Qué tal, Ricardo? ¿Cómo van esos entrenamientos?

—Bien, tío, aquí andamos. Mañana tenemos la prueba teórica.

—¿Y qué hacéis que no estáis estudiando? —digo, mientras me río. Parezco un padre regañando a sus hijos antes de los parciales.

—Necesitábamos estirar los músculos. Nos hemos llevado toda la puta noche con otro cadáver. El cabrón sabe lo que se hace. No deja ni una sola prueba. Los de la científica han peinado la zona a conciencia y nada. El forense está ahora mismo con el cadáver, aunque sé que no habrá rastros de ADN. Nunca los hay. —Castillo mira mal a su compañero. No deberían hablarme del caso. Ricardo se da cuenta y calla al instante.

—Si como dicen los periódicos, las chicas mueren por asfixia sexual, me imagino que mantendrá relaciones con ellas.

—¡El condón existe! Por si no te has enterado, se utilizan al menos desde mil quinientos sesenta y cuatro, según la Wikipedia. —Castillo le da una colleja y todos volvemos a reír.

—Sé que existe, mamón. Me refiero que la distancia debe de ser corta. ¿No ha dejado ningún rastro en su cuerpo de sudor, por ejemplo?

—¿Crees que hablas con *Los Hombres de Paco*^[4]? —Me quedo un poco desubicado, hay veces que no comprendo bien el significado de lo que me quieren decir—. La cuestión es que no hay rastros de piel, ni sudor, ni cabellos; las chicas no tienen nada en sus cuerpos. Es más, parece que incluso las limpia o ducha antes de dejarlas tirada en cualquier parte de la ciudad.

—¿Quieres cerrar el pico? ¡Ya sabes que no podemos hablar de esto con nadie, imbécil, que pareces nuevo! —le regaña Castillo, enfadado.

—Bueno, es mi primer caso de asesinatos y llevo en el cuerpo menos de un año. Tampoco diría que tengo la medalla a la experiencia —replica, risueño.

Los dejo a ambos enzarzados en una guerra dialéctica sobre qué deben decir y me marcho a mi despacho. Debo trabajar un poco. Con todo lo que he tenido encima, he dejado el negocio un poco abandonado. Durante horas, me dedico a la contabilidad, algo que me aburre como una ostra, pero que no tengo más remedio que hacer. Miro las cuentas del banco y el señor Black me ha ingresado una parte del dinero del trabajo, tal y como habíamos quedado. La gran parte me la ingresa poco a poco como parte de la factura por los servicios que le voy a realizar.

El dinero me vendrá bien, porque quiero comprar una casa más grande donde pasar el resto de mi vida con Rocío y el niño. Nuestros apartamentos están bien, pero son demasiado pequeños. Sonríe ante la perspectiva de darle la sorpresa y me meto en internet en varias webs de inmobiliarias. ¿Quién me iba a decir a mí que, después de burlarme tanto de Rebeca, seguiría el mismo camino de ella? Iba a tener... *cachondeíto*, como se dice aquí, de por vida.

En ese momento, me llega un correo de Taylor. Lo abro y en él me explica toda la información que ha podido recopilar sobre la tal Fátima, aunque no es mucho. Una muchacha jordana de familia comerciante, que emigró a España con tan solo quince años, pese a las reticencias de su

familia. No se volvió a poner en contacto con ellos y, de su posterior vida, no se sabe nada. Se le pierde la pista en el momento que pisa suelo español. ¡Vaya! ¡Ni Hacienda es capaz de encontrarla! Ni cuentas bancarias, ni tarjeta sanitaria... Nada, parece un fantasma. Otro callejón sin salida.

Le reenvió el correo a Rebeca para que también tenga esa información. Si va a ayudarme, debe estar al tanto de todo. En ese momento, me suena el teléfono.

—Dime, Rebeca.

—He organizado un operativo de seguimiento con mis hombres. Durante unos días, estarán aquí y serán su sombra. ¿Te parece bien? Además, ya he enviado la medalla a criminalística. Tardará un par de días en llegar y después lo que tarden ellos en realizar los análisis pertinentes. Aunque le darán prioridad. Me quedaré aquí unos días para organizarlo todo.

—De acuerdo. Puedes quedarte con Mara el tiempo que quieras en mi apartamento. Al fin y al cabo, paso más tiempo en casa de Rocío que en la mía. Espero que podamos averiguar algo de todo esto.

—Pues yo solo espero que estés equivocado, Eme, porque si no es así, lo que le espera a Rocío va a ser duro de cojones.

—Lo sé. Ese es mi miedo. ¿Cómo superas que tu padre sea un asesino en serie?

Dejo la pregunta en el aire y, después de hablar un poco más, ambos colgamos la llamada. Resoplo agobiado. Últimamente no paro de meterme en líos sin comerlo ni beberlo. ¡Con lo feliz que se vive en la ignorancia!

Apago el portátil, lo recojo todo y me voy a la sala de máquinas. Debo hacer mis tablas para recuperar el movimiento lo antes posible. Durante más tiempo de lo estipulado, me machaco en el gimnasio mientras le doy vueltas a la cabeza y escucho música. Ya se han marchado todos, estoy solo. Quiero olvidarme de este asunto durante el tiempo que dure el entrenamiento.

Con el sudor pegado al cuerpo, me meto en las duchas antes de volver a casa. Ya es tarde y lo único que me apetece es pasar más tiempo con ellos. Sé que Mara estará con Nando. Me alegra que se lleven tan bien porque ambos son muy importantes en mi vida.

Cuando llego a casa, me reciben las risas tanto de los niños como de Rocío y Rebeca. Ellas están en la cocina preparando algo de cena mientras toman una cerveza, y los niños juegan en el salón a la Play. Dejo el maletín del portátil en el dormitorio y corro hacia la cocina en busca de mi morena.

—¡Quien te ha visto y quien te ve! —Se burla Rebeca. Ya empezamos. Sabía que ocurriría esto. Me la tienen guardada desde hace demasiados años.

—Y tú, ¿te has depilado? Has dejado a tu hombre solo en casa. ¿Estás segura de que cuando llegue seguirá allí o se habrá largado con una modelo depilada?

—¡Vaya! ¡Originalidad ante todo! Creo que el sol español te está afectando a las neuronas.

—Chicos, dejaos ya de tonterías. ¡Toma, bebe la cerveza y calla, anda! —dice mi chica a la vez que me acerca un botellín que acaba de sacar del frigorífico. Le pego un trago.

—¡Ver para creer! ¡El gran Eme obedeciendo sin rechistar a una mujer! ¡Sí que has cambiado! De lobo has pasado a ser un tierno corderito.

Ambas estallan en carcajadas. ¡Arpías! Con mi botellín de cerveza en la mano, me marcho al salón para jugar a la Play con los niños, que, en cuanto entro, me miran.

—¡Tito! ¿Juegas con nosotros?

—Sí, tito, por favor. Juega un rato con nosotros.

Sonrío porque el niño solo me llama tito delante de Mara. Parece que es un pique personal

entre ellos. Intento poner paz, pero me sale el tiro por la culata.

—Bueno, será tu tito desde hace más tiempo, pero él vive aquí con nosotros y me prepara el desayuno todos los días. ¡Chúpate esa!

Mara entrecierra los ojos, coloca las manos en las caderas, frunce el cejo y pone cara de enfadada. ¡Malo! ¡Muy malo! Cualquiera sabe lo que va a salir de su boquita ahora.

—¡Pues yo lo he visto desnudo! ¡Chúpate esa!

—¡A mí me ha duchado! Y mi mamá también lo ha visto desnudo. Duermen juntos todas las noches.

Mara me mira y yo intento aguantar estoicamente la risa, aunque no lo consigo. Estas batallitas entre los dos me divierten demasiado. Las navidades pasadas, en Nueva York, fueron muy divertidas gracias a ellos.

—¡Niños, parad ya! —interrumpe Rocío, dando un grito. —¡La cena está lista! Así que id a lavaros las manos y volved enseguida. ¡Sin peleas! ¿Lo habéis entendido?

Los dos niños corren hacia el cuarto de baño, Rocío me mira con mala cara y Rebeca se ríe a carcajadas. Yo me encojo de hombros, restándole importancia al asunto.

—No me mires así, yo no tengo la culpa de sus peleas.

—Sí, porque no haces nada por cortarlas de cuajo. Te divierten y para ellos es un juego. ¿De verdad quieres que crezcan entre estos tipos de piques?

—Rocío, es un juego entre ellos. Y sí, me divierte.

Mi chica sonrío y me deja por imposible. Se vuelve a la cocina. Rebeca se queda conmigo, riendo a carcajadas.

—¡Me gusta esta chica! ¡Sabe ponerte en tu lugar!

Niego con la cabeza y me marcho de nuevo a la cocina para preparar la mesa. Coloco los platos y los cubiertos en silencio. Mejor no hablo o Rocío me dará de nuevo y Rebeca se volverá a descojonar.

Los niños llegan corriendo y se sientan en sus sitios. Les pongo los dos platos a la vez para que no haya peleas y comienzan a comer.

—¿Quieres venir mañana al parque con mi abuelo? Después nos invita a merendar y comemos tarta —dice Nando y susurra lo último para que su madre no se entere.

¡Como si no lo supiera! Rocío se entera de todo lo que hacemos, parece que tiene un puto radar.

—Podemos ir por la mañana y desayunar. Así comemos... eso antes —contesta, cómplice, Mara.

Rocío y Rebeca se sientan mientras escuchan la conversación de los dos renacuajos.

—El abuelo no puede por la mañana. Hoy va a salir un rato con sus amiguetes, y ya sabes que, como está delicado del corazón, no puede hacer mucho esfuerzo —explica, mientras coge los cubiertos y comienza a cenar.

Ya sé la salida que va a hacer el muy cabronazo. ¡Qué equivocada está mi chica! Este se va a ir al club. Como siga así, le da otro puto infarto. Su hija preocupándose por él, mientras él se lo pasa de puta madre acostándose con quien quiera. Que cada uno puede hacer con su vida lo que le dé la gana, y yo, precisamente, soy el menos indicado para juzgarlo. Pero ¡joder!, un poco de sensibilidad, ¡que su hija está preocupada!

En ese momento, decido que esa noche hablaré con él. No pienso pisar el club, pero lo esperaré fuera y mantendré una charla. Debo hacerle entender la preocupación de Rocío para que, o bien deje esa vida que no le conviene o bien le explique a su hija que, en realidad, no está tan

mal. Me viene a la cabeza su presunta implicación en los asesinatos y se me eriza toda la piel con tan solo pensar en la reacción de su hija. Sí, definitivamente debo hablar con él. Y lo haré esta misma noche. No quiero que Rocío se preocupe más de la cuenta.

Sé que los hombres de Rebeca le seguirán hoy, así que debo buscar una excusa para salir de casa y mantener esa charla que, seguro, será demasiado incómoda. Por muchas vueltas que le doy, no encuentro nada creíble para salir sin que ella sospeche algo. Así que paso el resto de la cena más callado de lo habitual.

Rebeca, de vez en cuando, me mira de reojo. Sabe que estoy pensando en algo, me conoce muy bien. Los niños terminan de cenar y nosotros nos dedicamos a recogerlo todo. Sigo buscando excusas creíbles, aunque ninguna me satisface lo suficiente como para que se la trague. Le llega un mensaje a Rebeca al móvil.

—Uf. Debo salir. Cosas del curro. Eme, necesito que me ayudes.

—Por supuesto. ¿Tardaremos mucho? No me apetece demasiado salir —miento un poquito para que no se me note que estoy ansioso. .

—No. Un par de horas como mucho.

—Está bien. Cuanto antes nos marchemos, antes volvemos. Estoy cansado, ya sabes que las pastillas me dejan caos

Sigo con el pequeño teatro. Mi morena me mira y sé que no se ha creído ni una sola palabra. Me acerco a ella y la beso en un vano intento de hacerla olvidar aquello que está pensando.

Con prisas, salimos de allí y nos marchamos en un taxi. Definitivamente, debo comprarme un coche. Y ahora, con mis lesiones, no puedo coger la moto. Rebeca le indica la dirección y sé de inmediato que se trata del club.

Cuando llegamos, Rebeca me insta a entrar, aunque me niego en rotundo. No quiero que él precisamente le vaya con el cuento a su hija y tener un problema innecesario. Rebeca entra, mientras yo la espero apoyado en un coche en una esquina del *parking*. Pasa más de una hora en los que he visto salir y entrar a muchas personas, aunque ninguno es Agustín. Me estoy empezando a desesperar, aunque en ese instante, sale Rebeca con prisas y se acerca a mi lado.

—Tu suegro ha estado muy entretenido entre las piernas de tres chicas. —La miro mal por el comentario. No es mi suegro—. Aunque no lo quieras reconocer, es tu suegro. Si ella es tu chica, el padre de ella es tu suegro. ¡Suegro! ¡Suegro! —repite una y otra vez. La muy capulla se lo está pasando en grande.

—¡Calla! Al final nos vamos a despistar.

—Claro, porque esa palabra te da urticaria. ¡Suegro! —repite como si fuese el juego de una niña pequeña. Sonríe y niego con la cabeza, dejándola por imposible.

En ese momento, sale Agustín con una chica agarrada por la cintura. Si no supiera que Rocío está en casa con los niños, diría que es ella, aunque visiblemente más delgada. La chica lleva una larga y morena melena rizada, con la piel de un tono bronceado como el de ella, es también de su misma estatura. Me quedo petrificado ante la similitud entre ellas y no consigo reaccionar a tiempo para ir en su busca cuando se monta en el coche y arranca casi con prisas. ¿Dónde carajo va?

Ambos nos miramos casi sin saber qué hacer, hasta que, en ese instante, se para un coche a nuestro lado.

—¡Es uno de mis hombres!

Nos montamos en el coche con celeridad, arranca y, en la distancia, comenzamos a seguirlo. La noche va a ser larga.

Capítulo treinta

AGUSTÍN

¡Joder! Tengo la polla dura como una piedra y eso que me he llevado toda la noche follando con tres preciosidades. Pero ha sido ver a esta y volver a endurecerme. La miro con ojos lascivos, sentada en el asiento del copiloto, con la mirada perdida tras la droga que le he metido en su última copa. Respiro para tranquilizarme y me llevo otra viagra a la boca, después de meter la marcha.

Giro a la derecha y reduzco la velocidad al entrar en el camino de tierra. Vuelvo a mirarla de reojo y pienso en todas las cosas que le voy a hacer esta noche. Así, tan calladita, tan sumisa, tan quieta... ¿No podría haber sido mi mujer así? Lo habríamos pasado de maravilla. Estoy seguro de ello. La imagen de Fátima me viene a la cabeza; sus reproches, sus llantos, sus gritos cuando le decía lo que me gustaba en el sexo... Su cara de asco, su repugnancia cuando intentaba acercarme a ella...

La ira recorre mi cuerpo... ¡Genial! Eso me da la fuerza suficiente para poder hacer todo lo que quiero en el cuerpo de esta chica. Es, sin lugar a duda, la que más se le parece de todas. La que he estado buscando incansablemente. He viajado por media España, hasta que, por fin, la he encontrado. Con esta me voy a recrear a base de bien.

Cojo otra viagra y me la meto en la boca. Quiero estar preparado para durar horas. Si es necesario, pasar días disfrutando con ella... Meto la mano entre sus piernas. No encuentro humedad, pero es algo lógico. Cuando despierte un poco, la pondré tan cachonda que me suplicará que me la folle hasta morir de gusto. Mi polla vuelve a brincar con brío. Estas pastillitas azules son todo un invento.

Alcanzo la botella de *whisky* que tiene ella entre las piernas y le pego un gran trago. Vuelvo a girar y pongo las luces largas. A partir de aquí, el camino es tan oscuro que no se ve un carajo. Reduzco la marcha, la miro y me centro en el escote. Estoy loco por comerle esas tetas. ¡Hace años que no estoy tan cachondo! Subo mi mano y se las aprieto por encima de la ropa. ¡Joder! ¡Como siga así, no llego!

Aminoró la marcha y, sin pensarlo mucho, me giro y le arranco los botones de la camisa, dejando al descubierto lo que ya sabía; no lleva ropa interior. Estas putitas son tan predecibles... Sus perfectas tetas operadas quedan ante mí, llamándome, reclamando mi atención. Paro el coche, lo dejo en punto muerto y pongo el freno de mano. Me acerco a ellas, me las meto en la boca y las muerdo a conciencia, fuerte, duro... Entretanto, aprovecho para sacar mi polla y darle un poco de la liberación que me pide. Masajeo de abajo hacia arriba y siento tanto placer que creo que voy a correrme.

—¡Ahhh! ¡Joder! ¡Qué bueno!

Paro. Miro a mi alrededor y los cristales están empañados. Activo el limpia y dirijo mi mirada hacia ella. Sigue quietecita, con los ojos cerrados... el rastro de mi saliva brilla en sus tetas, que comienzan a estar enrojecidas por el fruto de mi pasión.

—¡Oh, nena! ¡No será la única marca que te deje esta noche!

Arranco de nuevo y, pocos metros más adelante, por fin está el lugar al que vamos. Mi

particular picadero. Es una pequeña casa de campo de madera en mitad de la nada. Apago el coche y, como si de una novia se tratara, la cojo en brazos y cruzo el umbral. Enciendo la única luz que hay en este lugar y la dejo sobre la mesa; una camilla que compré especialmente para ellas, a la que puedo regular la altura a mi antojo.

Me alejo unos pasos para admirarla y termino por desnudarme. Dejo mi ropa doblada encima de una silla y salgo al coche a por las pastillas y la botella de *whisky*. Bebo de camino a mi refugio y, cuando entro, la chica está despertando. ¡Perfecto! ¡Que comience la fiesta!

Regulo la camilla para que su boca quede a la altura de mi polla y, sin pensarlo, me echo el líquido ambarino por mi erección, siento el frescor en contraste con el fuego que emana de ella, y se la meto en la boca. Al principio es como una virgen que ofrece un poco de resistencia. ¡Joder, cómo me gusta! Estoy tan cachondo que empiezo a descontrolarme. Y esa sensación de descontrol es la que más me excita y comienzo a mover las caderas, con mi dureza dentro de la boca de la chica, con más brío, más rápido, más... ¡Joderrr! Y me corro, la chica se atraganta con mi semen, empieza a toser, vomita, y yo me vuelvo a poner cachondo.

¡Me cago en la puta! ¡Ni tan siquiera me he puesto el condón! He cometido el mayor error de novato. ¡Me trae sin cuidado! Luego le limpiaré también la boca. Gracias a todos los cursos que realicé cuando era poli y lo que investigué por mi cuenta, sé cómo limpiar cualquier rastro de ADN, cualquier huella... Con premura, la termino de desnudar. Necesito toda su piel al descubierto. Tan joven, tan suave... La recorro con mis manos antes de pararme en su cuello, en ese punto donde siento sus latidos. Sus ojos empiezan a abrirse y su corazón a latir con más fuerza. ¡Está despertando! Me acerco a la pequeña mesa que está a mi lado con todas las cosas que tengo preparadas para mi pequeña fiesta particular, cojo la droga y la vierto dentro de su boca, sin cuidado, sin medidas. Necesito que caiga inconsciente de nuevo. ¡Rápido! ¡Urgente!

Abro sus piernas y las amarro para inmovilizarla. Su perfecto coño depilado me llama de inmediato. Ahora sí me pongo el condón, cualquiera sabe quién ha estado ahí esta noche. Estrujo sus tetas sin cuidado, recorro todo su torso, toco su entrepierna que está tan seca como la arena del desierto. ¡Perfecto! Me gusta que pongan resistencia. ¡Justo como mi mujer!

Acaricio su cuello y presiono un poco, solo lo justo, no quiero que la fiesta termine aún. Me fijo en su rostro cuando comienza a faltarle la respiración. Los ojos desencajados, la boca intentando coger un último aliento, el poco de resistencia que me ofrece... y suelto mi amarre. Con prisas, me coloco entre sus piernas y, cuando voy a penetrarla, escucho ruidos en el exterior.

Me asomo por la pequeña ventana, pero no veo nada. Solo oscuridad. Cojo de nuevo la botella, le doy varios tragos largos y me tomo otra pastillita azul. Mi corazón retumba fuerte en el pecho. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Me acerco a la chica y ...

El estruendo al abrirse la puerta me paraliza. ¿Quién cojones...? Y de repente, comienzan a entrar policías, empuñando sus armas. No sé cuántos son. Y mi corazón se desboca por el susto. El ritmo es frenético...

—¡Las manos arriba! ¡Al suelo! ¡Al suelo!

Miro a mi alrededor y todo es caos... Comienza a faltarme la respiración, el ambiente se carga de inmediato, mi corazón se salta algunos latidos, me duele el pecho... Siento la frialdad del cañón pegado a mi sien. Y la presión en la tapa del pecho se intensifica... Mi respiración se vuelve más rápida, a pesar de que soy incapaz de coger más aire... No sé qué está pasando a mi alrededor. Siento algo frío alrededor de mis muñecas y el sonido inconfundible del metal al chocar. Escucho las voces cada vez más lejanas... La presión se vuelve a intensificar, parece como si me estuvieran apretando las entrañas sin piedad... Y la respiración cada vez más

trabajosa...

Me mueven sin cuidado alguno, aprecio el frío al salir; el corazón cada vez me late más deprisa, y vuelve el dolor, la falta de respiración, la presión en el pecho, la visión nublada... Y todo se vuelve negro... Y en la lejanía, voces. Y dejo de luchar, porque... esta vez, creo que la he liado, aunque no sea muy consciente de lo que ocurre a mi alrededor.

Percibo presiones en mi pecho, entreabro los ojos y veo a un poli encima de mí... Me duele... y no puedo respirar... dolor... dolor...

EME

Lo seguimos a una distancia prudencial. En un arranque de instinto, llamé a Castillo y Ricardo en cuanto nos montamos en el coche. Vemos cómo aminora la marcha y después lo para. Nosotros también lo hacemos. Posteriormente, vuelve a arrancar y prosigue el camino por el carril de tierra.

El silencio impera en el interior del vehículo. Nadie nos atrevemos a decir nada. Si solo va a tirarse a una chica, la llevaría a su casa, ¿no? ¿Dónde va? ¿Para qué la trae aquí? Son preguntas que me hago, pero temo las respuestas.

Un poco más tarde, aparca delante de una casita de madera. Nosotros lo hacemos alejados de allí, al refugio de unos arbustos. Esperamos impacientes y vemos cómo saca a la chica en brazos.

—Está drogada —dice uno de los hombres de Rebeca—. Mira el cuerpo inerte de ella. No es algo consentido.

Observo la escena con pavor. No sé muy bien cómo tomarme esto. ¿Cómo coño se lo voy a explicar a Rocío? Tiemblo solo por la perspectiva.

—Lo haremos juntos. No te preocupes. —Me consuela Rebeca. La miro cada vez más atónito. ¿Cómo es posible que alguien que conoces sea capaz de hacer algo así? Es... monstruoso. Me froto la cara, intentando calmar los nervios—. Roberto, acércate a la ventana. Vigíla y, si descubres algo, nos avisas.

Roberto asiente y se acerca con sigilo a la casita de madera. Mira a través de ella a la vez que, al resto, se nos corta la respiración. Me muevo de un lado a otro, con los nervios a flor de piel. Pepe, el otro empleado de Rebeca, se ha quedado dentro del coche; veo cómo se enciende un cigarro, me acerco, entro y le pido uno. Mejor no ver nada. Quedarme allí sin implicarme. ¡Ja! ¡He sido yo el que ha llamado a la poli!

Le doy largas caladas al cigarrillo mientras la espera se prolonga. El no saber qué cojones está pasando ahí dentro me mata. En un movimiento casi instintivo, me froto la pierna, relajando el dolor que se ha intensificado en las últimas horas. ¡Joder! ¡Me siento un puto inútil! Estiro la entumecida espalda. Soy como un robot estropeado.

Al rato, escuchamos el sonido de varios coches. Miro hacia atrás y veo cómo se acercan varias patrullas. Salgo lo más rápido que puedo. Me acerco a Rebeca que está hablando con un policía. Le pone al día de lo que sabemos y, empuñando su arma, se acerca a la casa mientras espera a sus compañeros. Se hacen señas entre ellos. Se colocan alrededor de la puerta, uno le da una patada y empiezan a entrar.

Se escuchan voces, revuelo, y todo sucede más rápido de lo que en un principio pensé. Veo a lo lejos cómo sacan a Agustín esposado, desnudo, como si se tratara de un viejo muñeco. Intento enfocar mi mirada en él, está ido, lo tiran en la tierra de la entrada, un policía se sube en él y

comienza a practicarle el masaje cardíaco...

¡Joder! Intento ir hacia allí, pero Rebeca me lo impide...

Veo a la policía entrar y salir de la casa; llega una ambulancia, salen paramédicos; uno corre hacia el interior, el otro se queda junto a Agustín. Todo es caos. Justo en ese instante, me suena el móvil, lo miro y es un mensaje de Rocío.

Y me derrumbo. No voy a ser capaz de contarle todo esto a ella. ¿Cómo se asume que tu padre es un puto psicópata? Doy vueltas alrededor del coche incapaz de contestar. Miro de nuevo hacia la escena tan surrealista que tengo ante mí. Me paro y me acuerdo de Nando. ¡Joder!

¿Cómo cojones van a superar esto? Soy incapaz de articular palabra alguna. Me olvido del dolor de la pierna y de la espalda y doy vueltas. Miro de nuevo, veo cómo colocan a Agustín en una camilla, le ponen una manta y cubren su rostro.

¡Joder! Parece que es la única palabra que soy capaz de repetir en mi mente una y otra vez.

—Eme, vámonos. Aquí ya no hacemos nada. Hablaré con Castillo. Siéntate en el coche. — Escucho como me dice Rebeca de una manera suave. Parece que le está hablando a Mara.

Hago lo que me dice y dirijo una última mirada hacia la casa antes de sentarme. Creo que estoy en estado de *shock*. Pepe me ofrece otro cigarrillo que enciendo con manos temblorosas. Ahora soy incapaz de enfrentarme a Rocío, de llamarla y contarle todo lo ocurrido. Miro hacia atrás y veo cómo la cabaña se aleja cada vez más.

Sumido en mis pensamientos, llegamos a casa. Entro en su apartamento, en su dormitorio, me cambio de ropa con movimientos mecánicos y me acuesto a su lado. Está tranquila, dormida, y ajena a todo lo que se le viene encima. De manera inconsciente se acerca a mí y apoya la cabeza en mi pecho. Beso su cabello y suspiro, dejándome envolver por una falsa tranquilidad. Al menos, por las siguientes horas.

Sé que dentro de poco tiempo vendrá la policía, contará todo lo sucedido y tendré que enfrentarme no solo a su dolor, sino también a su furia por no ser yo quien se lo haya contado. Estoy exhausto y me duele todo el cuerpo, por esa misma razón soy incapaz de quedarme dormido.

Le doy vueltas a la cabeza y me siento mal conmigo mismo. Estoy en una encrucijada. ¿La despierto y se lo cuento? ¿O me callo y espero a que sea la policía quien la ponga al día? Rocío se mueve inquieta y se despierta. Me mira y sonrío.

—Ya has llegado. Te he echado de menos —me dice con voz somnolienta.

—Sí, llegué hace un rato.

—Has tardado mucho. ¿Ha pasado algo?

—Debemos hablar —digo casi sin pensar. Si lo hago, no se lo contaré y, aunque me duela, prefiero que lo escuche de mi boca.

—Eso nunca depara nada bueno.

Y no sé qué contestar. Casi sin pensarlo, le relato todo lo que ha sucedido desde que cogí la medalla de la escena del crimen. No omito ningún detalle pese a los incontrolables llantos de mi chica almeriense; a la vez, intento apaciguar su pena y su dolor con caricias en la espalda y suaves besos en el cabello.

Abrazo su cuerpo con fuerza para sostenerla, para que se desahogue y expulse la rabia, el dolor contenido por las chicas asesinadas, por el impacto que supone saber que tu padre es un asesino sin escrúpulos. Por los recuerdos de la pérdida de un padre que, aunque fuese un monstruo, era el que curaba sus heridas cuando se caía de pequeña y la arrojaba de noche. Por un padre que la acompañaba a sus clases de pintura o baile en su infancia, que la llevaba al parque o las fiestas de cumpleaños de sus compañeras de clase. Por un padre que se desvivió cada día de

su vida por hacerla fuerte, independiente y que fuese la mujer que es hoy en día. Aunque fuese un monstruo.

Dejo que se deshaga todo el torrente de emociones contradictorias que fluyen en su interior y que amenazan con destruirla.

Y cada lágrima, cada grito, me rompe el corazón en mil pedazos por verme incapaz de mitigar su dolor ni tan solo un poco. Solo soy capaz de abrazarla, de sostenerla para que no se caiga y todo esto termine por devastarla. ¡Qué iluso!

Todo esto ya la ha derrumbado por completo; pulverizado cualquier resquicio de cordura y no es para menos. Tan solo me queda estar ahí para ayudarla en su camino cuando encuentre las fuerzas suficientes para recomponerse, levantarse y reconstruir todo lo que el cabrón de su padre ha destruido. Y eso solo lo consigue el tiempo.

Pero tengo a mi lado al mejor aliado; Nando. Sé que hará lo posible y lo imposible por sanar sus heridas y, al final, saldrá fortalecida. Lo sé porque mi pequeña morena almeriense se merece una vida plena, feliz.

Y yo, tal y como le prometí a su padre, la cuidaré y la protegeré de todos, incluso de él. Porque nunca incumplo una promesa.

Bueno, casi nunca.

ROCÍO

Una semana después...

El relato de Eme me pareció, en un principio, lo más surrealista que había escuchado hasta ese instante. Pasé de la incredulidad, a la estupefacción, miedo, ira, dolor, incompreensión, rabia... Dolor. Solo quedó el dolor. Dolor por las chicas muertas, por el sufrimiento de los familiares, pero también por la pérdida de mi todo. Él, junto a mi hijo, fueron los pilares básicos de mi vida durante mucho tiempo.

Al final comprendí que era un auténtico desconocido. Alguien que tenía dos caras. Una, la de padre y abuelo amoroso, mientras ocultaba una cara oscura, macabra... Los días siguientes los pasé en una nebulosa, donde no quería enterarme de los detalles más escabrosos. Algún día le preguntaré a Eme, esa persona que está a mi lado ocupándose de todas las cosas de las que yo soy incapaz, al menos, de momento.

No me interesan esos detalles. Solo que fue un monstruo capaz de sesgar la vida de tantas chicas que ya había perdido la cuenta. Un monstruo y un enfermo. No, no pensaba que estaba enfermo, pero era algo que me repetía para soportar las noticias en la tele o en los periódicos que Eme tanto se afanaba en esconder.

Fui incapaz de acudir al sepelio ni a la posterior incineración. Quería borrar todo rastro de lo que un día significó en mi vida. Aunque eso era imposible.

Miro a mi alrededor y lo único que veo son recuerdos de mi infancia. Quiero deshacerme de todo esto cuanto antes, por eso he venido a su casa y estoy tirando todas sus pertenencias. Debajo de la cama hay una gran caja de plástico repleta de álbumes de fotografías. Cojo uno al azar. Fotos mías, de mi infancia, con mi madre, los tres de viaje, recuerdos agradables. ¿Cuándo cambiaste tanto, papá? ¿O es que siempre fuiste así? Paso las hojas una a una y rememoro cada momento alegre vivido a su lado. Y lloro. Lloro tanto que creo que ya no tengo más lágrimas que derramar, pero después me viene cualquier otro recuerdo y vuelven a fluir con tal facilidad que me asusto.

Siento el agarre de Eme en mi brazo. No dice nada. Solo está ahí a cada momento, a cada instante, a mi lado. Agarra el álbum y lo deja encima de la cama. En realidad, no nos llevaremos casi nada. Cojo otro y lo abro. No recuerdo que nos hiciéramos tantas fotografías como para rellenar tantas hojas.

Y lo que veo me deja petrificada. Lo cierro con rapidez y lo tiro al suelo. Pruebas y más pruebas que demuestran su culpabilidad. Voy al salón y veo la fotografía que originó que Eme dudara de ese ser. No. No lo he vuelto a llamar padre. La palabra no me sale. Aunque lo intente, se queda atascada en mitad de la garganta. Esa palabra es demasiado grande para una persona que se dedicaba a sesgar la vida de otro ser humano.

No. No me reconcilio con él, no lo comprendo, ni comprenderé jamás, cómo fue capaz de realizar semejantes atrocidades y luego quedarse con mi hijo como si nada hubiese sucedido. Un escalofrío recorre mi espalda. Pero luego, los recuerdos de un padre afectuoso, de un abuelo involucrado, recorren mi exhausta mente.

Estoy agotada de pensar. Necesito tiempo. De todo esto, solo cogeré el álbum donde están los recuerdos buenos, de mi infancia con mamá, donde creo que todavía no había emergido el monstruo de sus entrañas.

Con decisión, agarro el libro de fotos, me doy la vuelta y salgo de su casa para siempre.

—El resto os lo podéis llevar todo —digo a los chicos de una organización benéfica que ha llamado Eme para que se encarguen de los muebles.

Y, sin mirar atrás, salgo del portal cogida de la mano de Eme con el firme propósito de dejar atrás todo el pasado y comenzar una nueva vida junto a Nando y él. Las dos personas más importantes de mi vida en este momento.

Si mi propio padre llegó a engañarme, ¿puede hacerlo otra persona? Quizá, pero no voy a cerrarme al mundo por ese motivo. Si lo vuelven a hacer, me levantaré de nuevo, porque si hay algo que he aprendido de todo esto es la resiliencia.

EPÍLOGOS

Tres meses después...

—¿Lo has cogido todo? —me pregunta Rocío por enésima vez.

—Sí, no te preocupes. Lo tengo todo controlado —respondo con la poca paciencia que me queda.

—¿Llevas los pasaportes? —vuelve a preguntar.

—No nos hacen falta —replico.

—Era para comprobar si estabas atento —me contesta.

Me acerco a ella, la rodeo con mis brazos y la beso. Mis manos viajan por su espalda en una caricia eterna. Pretendo que se olvide de los nervios, del viaje, del equipaje, del niño... ¡Mierda, Nando! ¿Dónde carajo se ha metido? Me separo de ella de manera brusca y Rocío me mira con cara extrañada. Busco a mi alrededor.

—Está abajo, con Rebeca.

Sonrío, porque a pesar de todo, ella está pendiente de hasta el más mínimo detalle. Cojo su mano, entrelazo nuestros dedos y miro el equipaje. ¿Dónde quedaron los días que me iba de viaje solo con una mochila? Cuento las maletas. Cinco, en total. Si somos tres, me sobran dos. Las matemáticas no fallan. En este caso, sí.

Sin decir nada, porque sería absurdo, cojo mi mochila donde he preparado mis cosas; un par de bañadores, camisetas, ropa interior, vaqueros, el neceser con lo imprescindible y lo más importante, tres cajas de condones.

—Morena, ¿hace falta llevar tantas cosas? —le pregunto con suavidad.

—Claro. Vamos a estar once días dentro de un barco. Nunca se sabe qué te puede hacer falta —replica casi malhumorada.

—Rectifica. Vamos a pasar once días dentro del camarote de un barco. No te hace falta nada. —Quizá me he quedado corto con tres cajas de condones—. ¿Hay alguna farmacia cerca?

—Sí, ¿por qué lo preguntas? No te preocupes por nada. Llevo paracetamol, ibuprofeno, pastillas para el mareo, una pequeña caja con utensilios de primeros auxilios... ¡Ah! Y fui al médico de cabecera para que nos recetara antibióticos. También llevo dos cajas.

Niego con la cabeza y no le replico. Me dedico simplemente a coger las maletas y meterlas en el ascensor. Cuando llegamos abajo, las vuelvo a sacar dando mil vueltas y las meto en el maletero del coche de Rebeca. Vamos a ir a Málaga donde mi amiga se quedará con los niños mientras nosotros disfrutamos de unas vacaciones en un crucero. Sin niños, ni padres asesinos, sin peligros... Solo nosotros dos y un montón de días por delante para disfrutar.

Tras un par de horas de viaje, un café en el puerto y una despedida con muchas lágrimas por parte de Rocío con la separación de Nando, por fin, embarcamos rumbo a un crucero por el Atlántico. Podría haber escogido otro recorrido, pero tendríamos que volar hasta Barcelona, y mi impaciencia por tenerla solo para mí superó con creces el destino. Al fin y al cabo, no pienso salir de camarote.

Subimos al barco y nos dan la bienvenida con un cóctel de frutas. Nada de alcohol. Al menos, de momento. Rocío admira cada parte por el que pasamos y solo por ver su cara de felicidad, todo merece la pena. Entramos en el camarote, donde los tonos azulados y los motivos marineros no

faltan por ningún lado. Lo mejor de todo, la terraza privada donde podremos disfrutar de unas increíbles vistas.

Mi morena se queda absorta mirando al horizonte, apoyada en la barandilla. Me acerco a ella por detrás y deposito un suave beso en el cuello, a la vez que la rodeo con mis brazos por su cintura. Se respira paz, tranquilidad. Justo lo que necesitamos. Cuando hice las reservas, escogí el camarote con terraza privada para poder disfrutar de las vistas con total intimidad.

Ahora mismo sé lo que necesita. Restablecer la calma que perdió estos meses atrás. Cuando volvamos, tenemos que hacer una mudanza a nuestro nuevo hogar; uno que podamos llenar de recuerdos felices, de risas, de tardes de palomitas sentados en el sofá, o de baños en la piscina. Donde nuestra pequeña familia se encuentre cómoda y sea nuestro particular refugio del mundo exterior y, sobre todo, nos amemos y apoyemos hasta el fin de nuestros días.

Así, sin prisas, la llevo hasta la cama, la desnudo poco a poco, como si estuviera desenvolviendo el regalo más preciado, porque, para mí, mi chica significa eso; un regalo que la vida me brinda para demostrarme que después de la tormenta siempre viene la calma.

Y eso es lo que ella significará siempre para mí, mi paz, mi tranquilidad, mi calma después de la tormenta, mi refugio después de un día agotador de trabajo. Mi todo. Mi mundo.

Y así se lo demuestro durante el resto de los días que estamos en el crucero, durante el resto de mi vida.

Un año después...

ROCÍO

Otra vez de viaje. ¡Esta vez no se me olvidan los antidiarreicos! Eme viaja más que Willy Fog y nos arrastra en cualquiera de sus locuras. ¡Grr! No me quejo, que conste. Estoy conociendo medio mundo y dejando frascos de gel y champú por todos los aeropuertos que pisamos. ¡Y mira que me advierte! ¡Pero siempre se me olvida! ¿Dónde quedó lo de mujer prevenida vale por dos? Me lo quitaron en algún aeropuerto. ¡Seguro que está con el gel!

Miro la maleta vacía. ¡No sé qué coño meter! Cojo ropa del armario al tuntún y la meto dentro. No estoy cabreada, es que cada vez que salimos de viaje, me permite una maleta menos. Terminaré viajando con lo puesto.

En esta ocasión, nos reuniremos todos en Málaga. Al menos, no tendremos que ir en avión. Odio los aeropuertos. Cojo un par de bañadores y los guardo, junto al resto de la ropa, mal doblados. Después no seré capaz de cerrarla. Me da igual.

—¿Estás lista? —pregunta Eme desde la entrada de nuestro dormitorio.

—Casi —contesto, escueta. Lo miro y se me pasa el cabreo. ¿Cómo puede estar tan guapo? Me relamo los labios. Eme está bueno con cualquier cosa que se ponga y, sin ellas, ya ni te cuento. Suspiro y le suplico ayuda con la mirada. Él ya se ha encargado de hacer el equipaje de Nando.

—¿Qué te pasa, morena?

—No sé...

—No sabes cómo hacer un equipaje con lo imprescindible, ¿verdad? —Niego con un movimiento de cabeza.

Rebusca en la maleta para ver qué es lo que he metido en ella. Saca las diez bragas y vuelve a

meter tres.

—¿Y si son pocas? ¿Y si surge algún imprevisto? —pregunto, desesperada.

—Morena, vamos a estar tres días. Tres días, tres bragas. Y, si por mi fuera, te las podrías ahorrar. Así se podría cerrar con comodidad. —Rebusca en el bolsillo interior y saca el gel, el champú y las diez cajas de pastillas que llevo escondidas. Me siento como si fuese un camello—. ¿Antidiarreicos?

—Recuerda el virus intestinal que pillamos la última vez en Francia. Si lo hubiésemos tenido, nos habríamos ahorrado algún que otro percance.

Saca todo mi alijo, riendo a carcajadas, y lo deja tirado encima de la cama. Tan solo me deja las compresas. Se desespera y termina por esparcir todo el contenido. Elije un par de vaqueros, un par de vestidos frescos, los bañadores y cierra la maleta como si nada.

—¡Listos! Ya podemos irnos.

Miro la cama con un motón de ropa y me dispongo a doblarla y guardarla. Pone cara de desesperado y me ayuda. Cinco minutos más tarde, estamos montados en el coche rumbo a casa de Rebeca.

El viaje se hace corto. Eme y Nando no paran de bromear y de hacer planes entre ellos. Me gusta verlos tan compenetrados. Desconecto de la conversación hasta que escucho que Nando le pide que le enseñe a hacer surf. Ahí empiezo a entrar en pánico. Sé que Eme me mira por el rabillo del ojo, así que intento disimular; lo observo de soslayo y el muy capullo está riendo. ¡Al final, entre los dos, me matan a disgustos!

Cuando llegamos, Rebeca y Mara nos reciben en la puerta delantera de su enorme casa. Entre besos, abrazos y bromas, entramos al jardín donde ya están el resto. Julio sostiene en brazos a su pequeño bebé y no me resisto a cogerlo, besarlo y achucharlo. Está mucho más grande desde la última vez que lo vi, hace apenas tres meses.

Después de instalarnos, nos sentamos de nuevo en el exterior bebiendo las cervezas frescas, que trae Edward junto a algunas cosas para picar. Todos hablan a la vez, mientras Mara y Nando se bañan en la piscina y comienzan con sus típicas guerras dialécticas.

Miro a mi alrededor y me siento en paz. Eme tiene apoyado su brazo en el respaldo de mi silla y me regala suaves caricias distraídas en el hombro. Sin evitarlo, mi mente viaja a la noche anterior, se abstrae de lo que sucede a su alrededor y rememora cada momento vivido junto a él; en ese sillón, que compró un día por impulso y que nos hace pasar tan buenos momentos.

—Morena, deja de pensar. Cuando pones esa mirada, no soy capaz de controlarme —susurra en mi oído, erizando cada parte de mi cuerpo.

Los gritos de los niños me sacan de mi particular ensoñación. De nuevo pelean entre ellos por Eme. Esta cancioncilla sobre si es el tito de uno o de otro, empieza a cansarme, aunque al susodicho se le ve de lo más divertido.

—Encima, ríeles las gracias.

—Es divertido.

—¿En serio te divierte que dos críos discutan por una tontería como esa?

Eme, simplemente se encoje de hombros y vuelve a reír. Me gusta verlo así, relajado y feliz, rodeado de los suyos, de los nuestros, porque sus amigos, este escuadrón tan particular, me acogieron desde el principio como a uno más. Sin preguntas, sin juzgar nada, apoyándonos desde el principio y, por supuesto, ayudándonos en momentos tan jodidos como cuando desapareció Nando o... ¡Olvídalo, no merece la pena!

—Esto lo soluciono ahora mismo.

—¿Qué coño vas a hacer? Miedo me das.

Sonríe y no dice nada. Se levanta de la silla con la misma agilidad que tenía antes de lo de... ¡Olvida eso también! Se marcha al interior de la casa y me quedo mirándolo sin saber qué se le habrá ocurrido. Hay algo que tengo claro y es que, con Eme, jamás me aburriré. Vuelve enseguida y lo repasa con la mirada. ¡Tan guapo! Me mira y se dirige a Nando.

—Nando, desde que te conocí, hemos sido buenos colegas. Nos llevamos bien, me gusta pasar tiempo contigo, ayudarte en los deberes y jugar a la Play. Me encanta cuando nos ponemos de acuerdo para convencer a tu mamá de que nos haga pasteles y después comerlos escondidos. Nuestras largas charlas sobre chic... sobre... la vida en general, las disfruto como jamás pensé que llegaría a hacerlo. Por eso he pensado... —Eme se arrodilla delante de Nando, saca una pequeña cajita y, de ella, dos pulseras de cuero con una plaquita. Se la enseña, saca la más pequeña y se la ofrece—. ¿Quieres hacerme el hombre más feliz del mundo siendo mi hijo adoptivo?

En todo este tiempo, no he podido despegar mis ojos de ellos. Nando tiene los suyos empañados y, por primera vez, ni Mara ni él saben qué decir. Eme dirige su mirada hacia mí, me guiña un ojo y sonríe. Y yo soy feliz.

Y el tercer epílogo... Para mis Purpus y mis lectoras, porque os lo merecéis.

EME

Miro al pasado y veo todos y cada uno de los momentos vividos junto a ellos. Aquí están, de nuevo, junto a mí, como la gran familia que somos. Una escogida por nosotros mismos. Sí, juntos hemos pasado por mil aventuras, y cada una de ellas se rememoran en mi mente como si de una peli se tratara. No todos han sido buenos. ¡Joder! Las misiones junto a ellos, los momentos de peligro, las cervezas en ese local de Nueva York, el secuestro de Rebeca, conocer a Gloria y despedirme de ella; la boda tan surrealista de mi amiga; viajar hasta Las Vegas para salvarle el culo a Julio; ese operativo que nos sacamos de la manga para dejar al descubierto una trama que nos traía de cabeza y por el que me pegaron un tiro; un incendio...

Empezar de cero otra vez en una ciudad diferente y conocer a Rocío, mi gran amor. Y vuelta a los problemas. La desaparición de Nando; volar por los aires, los asesinatos; el padre implicado, el ex en la cárcel... ¡Joder! Si es que lo que no nos pase a nosotros, no le pasa a nadie.

Ahora, en este instante, tengo un nudo en la garganta. Nando aceptó ser mi hijo adoptivo; por supuesto que lo hizo, mientras Mara está cabreada, aquí, a mi lado. Espero a mi pequeña morena andaluza con impaciencia en este arco de flores tan... tan rosa, que han preparado Eli y Christine en el jardín de la casa de Taylor, en Nueva York.

No me voy a casar. Simplemente voy a reafirmar mi promesa de amarlos y protegerlos hasta el fin de mis días. No creo en las bodas, ni en la Iglesia, ni en toda esa parafernalia, pero tanto a Christine como a Eli les encanta organizar un sarao de este tipo. Y lo que empezó como algo íntimo entre nosotros, ha terminado siendo una ceremonia por todo lo alto; sin cura, claro está. A eso, me negué en rotundo. Así que Rebeca será la encargada de officiar esto... que no sé ni cómo calificar.

Nando camina junto a su madre por la alfombra que indica el camino hacia mí. Así me lo he tomado, no es el camino hacia un falso altar. Ambos vienen sonrientes. Nando se ha puesto una pajarita encima de la camiseta. Me río por sus ocurrencias. ¡Estamos en bañador! Aunque Mara no se queda atrás, con su diadema de piedrecitas brillantes. Al menos, ya no lleva esos disfraces, aunque todo en ella sigue siendo rosa, para disgusto de Rebeca, que no consigue ponerle ni unos simples vaqueros.

Cuando llegan a mí, los tres nos cogemos de la mano formando un pequeño círculo delante de Rebeca.

—Queridos amigos. Nos hemos reunido hoy aquí para comprobar, con nuestros propios ojos, que lo imposible se ha materializado. Esta chica y este pequeñajo han conseguido lo que nadie, en este mundo, hizo antes; que nuestro Eme se una en santa promesa a ellos, para desgracia del resto de las féminas de este planeta. Emerson Ward, ¿prometes cuidarlos, amarlos y protegerlos el resto de tu vida, olvidándote de tus viajes sin maletas y de tu vida despreocupada?

La miro con mala cara, y todos ríen. Río con ellos, aunque esto en realidad se parece a una boda más de lo que en un principio pretendía.

—Yo, Emerson Ward, prometo jugar a la Play con Nando, llevarlo al cole y cuidarlo cuando esté enfermo. Prometo educarlo para que, el día de mañana, dentro de muchos años, sea un

rompecorazones. Prometo llevarlo al parque, ver pelis, a las actividades extraescolares, a jugar al fútbol, a enseñarlo a escalar... —Escucho un carraspeo de Rebeca y me mira divertida, recordando el momento que fue a escalar con Edward por primera vez—. Montañas, a escalar montañas. —Rocío me regaña con tan solo mirarme. ¡Joder!—. Montañas pequeñas. Muy pequeñas. Prometo estar a su lado y curar sus heridas cuando caiga.

—A enseñarme a hacer surf y bucear. No lo olvides —susurra Nando, recordándome mis promesas.

—Prometo enseñarle a surfear. —Miro a Rocío—. En la orilla de la playa y a bucear en la bañera. Lo siento, colega, aprecio demasiado mis huevos. —Todos vuelven a reír, Rocío incluida. Menos mal—. Yo, Eme, te prometo a ti, Rocío, que estaré a tu lado cada día del resto de mi vida, acompañándote en el camino, haciéndolo juntos y apoyándote en cada paso. Prometo hacerte reír, disfrutar y vivir cada instante como si nos fuera la vida en ello. Y prometo que, cuando surjan los sinsabores de la vida, ahí estaré. Por y para ti. Para siempre.

Y, aunque la vida me las ha hecho pasar putas, siempre he sobrevivido y disfrutado a mi forma. Mejor o peor. Pero ahora tengo mi mejor recompensa. Miro a mi alrededor y todo lo que me importa está ahí. Mis amigos, mi familia, mi escuadrón y cada uno de los que se han ido incorporando con el paso del tiempo: Christine, Eli, Edward, Mara, Nando, Rocío... Al final, pese a todo lo que hemos pasado juntos, ahí estamos, celebrando un nuevo acontecimiento, a nuestra manera. Porque, al final, hemos conseguido vivir como hemos querido. Y esa es la única forma de hacerlo.

Cojo a mi chica y la beso. En este momento, es cuando la pantalla se funde en negro y termina la peli. A mí solo me queda por decir que este beso cierra una etapa. Concluye una parte de mi vida donde la incertidumbre y las aventuras dejan paso a un futuro mucho más tranquilo, aunque no por ello, menos feliz.

Y juntos, bebiendo cervezas, con los niños correteando, con Julito de brazo en brazo, entre risas y burlas, despedimos esta etapa de nuestra vida. Siempre se suele temer a lo desconocido, pero después de todo lo acontecido, cualquier tiempo pasado no es mejor.

Ahora, toca ser feliz. Y lo soy. Mucho.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Cada vez que termino una historia, tengo sentimientos encontrados. Por un lado, la alegría de haberla sacado adelante, a pesar de los meses de trabajo y los días en los que te sientas frente al ordenador y crees que no tienes nada que decir. Por otro lado, la tristeza por despedir a unos personajes que han convivido en mi mente durante meses.

En el caso de esta, la despedida es especial. Emerson Ward ha sido protagonista involuntario en las tres historias. Cuando comencé a escribir *Reb*, en junio del año 2018, jamás se me pasó por la cabeza que mi particular escuadrón iba a tener la acogida que le habéis dado.

Por ello, mi primer agradecimiento y el más especial es para todos vosotros: mis lectores. Aquellos que habéis soportado mis historias, habéis disfrutado, reído y llorado con ellas. Aquellos que os ponéis en contacto conmigo por privado y me dais vuestras opiniones. Buenas, regulares o malas. Da lo mismo, porque siempre me mostráis cariño y respeto. Y permanecerán en mi corazón guardadas como mi pequeño tesoro. Porque sin vosotros, todo esto no tendría sentido alguno.

Esta historia está dedicada, principalmente, a aquellas que me la han pedido hasta la saciedad desde que comenzaron a leer *Reb*. Por eso es tan especial. No ha sido un camino fácil, porque quiero y deseo daros una historia que esté a la altura de vuestras expectativas. En ella he dejado parte de mi alma, de mis pensamientos y de mi corazón. He dudado de la historia, de Eme e incluso de mí. Aunque he disfrutado de todo el camino que he recorrido. Con ella he reído a carcajadas, he sufrido lo indecible, me he enamorado más, si eso es posible, de todos y cada uno de mis personajes. Espero que sea capaz de transmitirlos todos esos sentimientos con mis letras.

Ahora, esas emociones agrídulces emergen de manera especial, porque toca cerrar una etapa. Despedirme de unos personajes con los que he estado conviviendo a diario durante cerca de un año y medio; abrirle la puerta a nuevos, que tocan insistentemente el timbre, para que les dé voz y cuente sus historias. Y debo confesar que me encuentro en una montaña rusa de inquietudes. Cierro una etapa, como Eme, aunque lo hago sin mi beso. Aunque muy feliz por haber conseguido llegar hasta aquí y con la ilusión del primer día para comenzar nuevos proyectos. Espero de todo corazón que, aunque no continúe escribiendo sobre nuestro escuadrón particular, le deis una oportunidad a las siguientes historias. Amenazo con volver.

Toda esta locura no sería posible sin aquellas personas que me acompañan en el día a día. En primer lugar, como siempre, a los moradores de mi casa, esos que viven conmigo y soportan a diario mi malhumor cuando algo no sale como quiero. Os amo con locura, aunque no lo demuestre tan a menudo. (En el fondo soy muy arisca). A esos que soportan estoicamente que se me haya ido la pinza y ponga el almuerzo demasiado tarde. O que se me olvide poner la lavadora porque la historia estaba en un punto demasiado interesante como para dejarla en ese momento.

No menos importante es mi equipazo de lectoras cero. Sin ellas, que soportan mis frustraciones, mis locuras, mis llamadas cuando no sé por dónde va a ir la trama o no sé qué hacer con Eme, porque si siempre se me ha ido de las manos, en esta historia, la suya, no iba a ser diferente. A ellas les debo TODO, así, con mayúsculas, porque son imprescindibles en mi vida. Por los ánimos, por las collejas cuando me he equivocado, por la forma tan especial que tienen de decirme las cosas, por los audios interminables desmenuzando la trama, los personajes, las repeticiones, las escenas, la palabra... Sin ellas, mi vida no sería igual. Gracias de todo corazón. Chicas, sois únicas, especiales e irrepetibles.

A Marisa Gallén, mi ojo de águila, mi lectora cero, mi beta, sí, mi, mí, mí. Porque yo lo valgo y me ha salido del alma repetirlo, mi, mi, mi. Contigo he aprendido a base de palos, de decirme las cosas en la cara, así sin paños mojados, a palo seco. Diciendo verdades como puños, pero de esa forma tan especial que tienes de hacerlo. Por tu primer audio después de haber leído los primeros capítulos. Por el Trío Calavera, porque sois especiales. Te has instalado en mi alma, ocupando un espacio tan grande, como es tu personalidad. No sé qué sería mi vida sin ti, y prefiero no saberlo. Te adoro con todo mi ser.

A Rocío Pérez Rojo, porque te has convertido en una persona imprescindible en mi vida. Haces más de lo que merezco. Eres una persona tan especial que ojalá viviéramos más cerca. Por aguantarme todo lo que me aguantas y aportar las risas, las ideas locas. A su marido, por ayudarnos en algunas partes de la trama para explicarnos algún detallito que no sabíamos sobre la vida militar y los mercenarios. Por ese viaje exprés a Cádiz en un momento de nuestra vida que ambas lo necesitábamos y ese fin de semana tan especial que nos sirvió para coger aire, respirar y continuar nuestro día a día. Por lo que hiciste en una ocasión por mí. Eso se queda para nosotras, pero jamás lo olvidaré, aunque sea una despistada de tomo y lomo. Lo sabes y me aceptas tal y como soy.

A mi Yoli Pérez, mi RUBIA sevillana. Eres una persona muy especial, que siempre me dice las cosas a la cara, aunque en ocasiones duelan, pero eso es lo mejor de ti y hace que te diferencies del resto. Porque la sinceridad es un bien muy escaso hoy en día y a ti te rebosa por los cuatro costados. Por ser mi lectora CERO, la más crítica de todas, la más minuciosa, que consigues que saque lo mejor de mí para que mis historias salgan a luz de la mejor manera posible. Por tus «esto sobra», por tus «esto ya lo has dicho», por tomarte la historia con la seriedad que requiere, pero, sobre todo, por tus sabias palabras y consejos que me hacen tanto bien. Esas mañanas hablando por audios no las cambio por nada en el mundo. Nunca tendré palabras para expresar lo mucho que te quiero y aprecio, porque, a pesar de que meta la pata contigo una y otra vez, el rencor no forma parte de tu amplísimo vocabulario, pero lo más importante es que me conoces como soy y me aceptas como tal. Hay pocas personas en este mundo que lo hagan y tú perteneces a ese grupo tan reducido. ¡Gracias de todo corazón! Eres una persona maravillosa.

Al grupo de Reto 1700. ¡Vaya! Aquí debo hacer una mención especial a todas y cada una de vosotras, porque sin este reto no hubiese conseguido sacar la historia. Por las risas y los buenos días, por proponernos ese reto que, aunque casi ninguna cumplíamos, nos ha obligado a sentarnos, al menos, frente al ordenador. Por todas las historias que han salido de ahí y por todas las que van a salir. Estamos locas, lo sabemos y nos gusta estarlo. A Alba Serrano, Francine, Carmen RB, Yolanda, Raquel Struch, Dublineta Eire, Manuela Rio, Rachel Rp, María Ferrer y Tessa Cooper. Por las clases de redes sociales, por las quejas por no saber hacer la sinopsis, por ayudarnos las unas a las otras, por nuestras charlas. Sois muy especiales chicas. Y espero que nuestro reto de este año, al menos, llegemos a la mitad (jajaja). Por esas 1700 palabras diarias, por un libro leído más y por un kilo menos (somos ambiciosas). Espero que algún día, podamos hacer ese retiro del que tanto hablamos. Estoy segura de que será una experiencia catártica.

Aquí debo mencionar también a Francine, dibujante de la medalla. En cuanto expuse la idea en el grupo, se ofreció a dibujarlo y ¡me encanta! Ha sabido plasmar lo que tenía en mente de una manera muy especial y el fruto de ese trabajo está en la portada. ¡Muchas gracias! Eres una persona fantástica y una dibujante excepcional. No lo dejes nunca porque eres una artista en todos los sentidos. Te lo agradeceré siempre.

A Carmen RB, ánimo. El camino es largo, pero seguro que lo consigues.

Por supuesto, y no menos importante, a Elisa Mayo, algo más que mi correctora. Por los audios, los ánimos, las anotaciones en los márgenes por mis gatillazos, por su interés más allá de lo «profesional», por ser como es, por convertirse en la voz de mi conciencia, por estar disponible siempre para mí y convertir esta corrección en algo mucho más sencillo. Por animarme a finalizarla, con tanto ahínco, que le hice caso y la terminé en un fin de semana. Y por creer en mí cuando ni yo misma lo hacía. ¡Gracias, churri! ¡Te debo una birra!

A Eve, a Vanesa Lucas Morante y su grupo de Face, por su apoyo incondicional siempre, por sus lecturas conjuntas, y las locuras de mi sirenita particular. ¡Os amodoro!

A Yoli Díaz que siempre me dice que Eme es suyo y, por supuesto, la principal culpable de que esta historia esté hoy en vuestras manos ¡Me encanta que me lo digas! Eso demuestra que mi personaje te ha llegado al corazón y que mis historias te han hecho disfrutar. Me quedo con eso y, si es así, he conseguido mi objetivo.

Al grupo de Las Purpus, siempre estaréis en mi corazón. Por esos buenos días mañaneros, por las risas, por todo lo que aportáis en mi día a día y por ser como sois, así de simple y complejo a la vez. Agradezco de todo corazón que un día os cruzarais en mi camino, porque dais esa inyección de positividad que tanto necesito en mi vida. Debo mencionar en especial a Niusha y Bea, por su apoyo incondicional. Aunque en algunas ocasiones no lo demuestre, os quiero mil. No cambiéis, porque sois geniales.

Esto llega a su fin, tan solo pedirte, a ti, lector, que, si te ha gustado la historia, la compartas en redes, o publiques reseña en Amazon, Goodreads o donde quieras, pero eso ayuda a que otros lectores se decidan por una historia u otra, y a la vez nos ayuda a nosotros a difundirla. Gracias de todo corazón. ¡Nos leemos en las redes! Esperaré vuestros comentarios.

Gracias, gracias y mil veces gracias.

SOBRE LA AUTORA



Dani Vera nació en Cádiz, el 25 de abril de 1973. La lectura ha sido su gran pasión desde muy pequeña y siempre tuvo claro que quería estudiar una carrera relacionada con las letras. Comenzó Filología Hispánica, aunque no los pudo completar a falta de unas pocas asignaturas, por razones personales. A pesar de tener que trabajar como administrativa para una empresa durante más de diez años, continuó leyendo y soñando con finalizar algún día sus estudios y poder dedicarse a su gran pasión.

Siempre escribía pequeños textos que escondía al resto como si fuesen su tesoro más preciado. Eso la llevó a crear su primera novela. Un día, animada por unas amigas, decidió dar el salto y autopublicar en Amazon. Ahora cuenta con *Reb* y *Próximo destino: Las Vegas* en su haber y sueña con poder dedicarse íntegramente a esta pasión, mientras lo compagina con otros trabajos.

Madre de tres hijos a los que adora, vive en Cádiz. Le encanta cocinar y formarse en el campo de la narrativa.

Puedes encontrarla en:

Facebook: Daniv Escritora

Instragram: @danivescritora

[1] EOD: provienen de las siglas en inglés «explosive ordnance disposa». Persona del ejército encargada de la desactivación de bombas.

[2] *Cluedo* (**Clue** en [América](#)) es un [juego de mesa](#) de detectives y misterio originalmente publicado por Waddington Games ([Reino Unido](#)) en [1948](#). Fue desarrollado por Anthony Pratt, un empleado de un abogado de [Birmingham, Inglaterra](#). Actualmente, se comercializa por la compañía de juguetes y juegos estadounidense [Hasbro](#), que adquirió la compañía de juegos de mesa [Parker Brothers](#), la cual lo comercializaba originariamente. El objetivo del juego es descubrir quién asesinó al Dr. Black, en la versión norteamericana (Dr. Negro en español, llamado Mr. Boddy, Sr. Cadavery en español), con qué arma, y en qué habitación se cometió el crimen. Fuente: Wikipedia.

[3] El NTW para francotiradores es un rifle antimaterial y antipersonal, que emplea 3 tipos de municiones: el calibre ruso de 14.5x114 (más poderoso que el calibre .50), el 20x82 (Vulcan) y el 20x110 Hispano.

[4] *Los hombres de Paco* es una [serie de televisión española](#), [policíaca](#), de [comedia dramática](#) producida por [Globomedia](#) y protagonizada por [Paco Tous](#), [Hugo Silva](#) y [Pepón Nieto](#). Emitida originalmente en [Antena 3](#) entre el [9 de octubre de 2005](#) y el [19 de mayo de 2010](#), la serie fue creada por [Daniel Écija](#) y Álex Pina (creadores, también, de [Los Serrano](#) o [Periodistas](#)). La serie comenzó siendo una [parodia](#) y una caricatura del [Cuerpo Nacional de Policía](#), pero a medida que avanzó, se convirtió en un [thriller](#) con pinceladas de [comedia](#).